

Pierre BOTTERO

EWILAN



La isla del
destino

Lectulandia

En los misteriosos dominios de Gwendalavir, Camille descubre que la realidad no siempre es lo que uno cree. Y aunque en aquel mundo desconocido su fama y su coraje alcanzan ya tintes de leyenda, su verdadera misión apenas acaba de empezar. La isla del Destino aguarda en algún lugar remoto, ocultando los secretos de su pasado... y las claves de su incierto futuro.

Lectulandia

Pierre Bottero

Ewilan, la isla del destino

Ewilan-3

ePub r1.0
fenikz 18.10.16

Título original: *La Quête d'Ewilan. L'île du destin*
Pierre Bottero, 2003
Traducción: Isabel Margelí Bailo
Ilustraciones: Krystel

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Introducción a los secretos de Gwendalavir e historia de su liberación

—Muchachos...

Doume Fil' Battis posó sus manos surcadas de arrugas sobre el pupitre de piedra. La cosa empezaba mal...

—Muchachos, por favor, ¿podrías sentaros y guardar silencio?

El guirigay ensordecedor que ascendía del anfiteatro no disminuyó. Ninguno de los aspirantes le prestaba la menor atención.

—Me gustaría que todo el mundo se sentara y se callara...

Bajo su barba tupida, el rostro de Doume Fil' Battis viró al rojo de pronto.

—¡Sentaos, maldición, y cerrad la boca!

El aullido, acompañado de un violento puñetazo en el mármol del pupitre, causó el efecto de un huracán. Se instaló un silencio de muerte que el anciano aprobó con una inclinación de cabeza.

—Así está mejor —comentó, mirando de arriba abajo a la concurrencia, ahora atenta—. Mi nombre es Doume Fil' Battis, soy cronista del Imperio, y si no os comportáis correctamente me encargaré de que la única academia a la que podáis aspirar sea la de los barrenderos de Al-Poll. ¿Entendido?

Alzó la mano para rechazar una eventual respuesta a lo que no era una pregunta y prosiguió:

—Como cada año, mi primera intervención tratará de Ewilan Gil' Sayan. Es inútil aspirar a comprender a esa figura legendaria si no hacéis el esfuerzo de imaginaros Gwendalavir tal como ella lo descubrió, y si no os detenéis en los tres principios que influyeron en su destino: la extrañeza, la guerra y el arte del Dibujo. En primer lugar la extrañeza, pues nosotros vivimos en un mundo ajeno a aquél en que ella vivía y cuya existencia no sospechaba en absoluto; un universo paralelo, en cierta manera^[1] ... Ewilan era originaria de Gwendalavir, pero lo ignoraba. No tenía ningún recuerdo de su primera infancia y, bajo el nombre de Camille Duciel, vivió con una familia adoptiva poco afectuosa hasta el día en que, para escapar de un accidente, se transportó aquí.

El cronista se calló un instante con el fin de comprobar si había cautivado a su

auditorio. Así era, en efecto, como en la mayoría de sus intervenciones. Una vez se hubo asegurado, prosiguió:

—A continuación, la guerra, pues nos enfrentábamos a la invasión de unos vecinos no humanos, los raïs, manipulados por otra raza maléfica, los ts'liches. Los Centinelas, los únicos humanos que habrían podido invertir el curso de la guerra, se encontraban prisioneros de los ts'liches, pues una de ellos, Elea Ril'Morienval, los había traicionado. Cuando Ewilan llegó, las hordas raïs caían sobre el Imperio y los ejércitos alavirienses estaban siendo machacados. La situación era desesperada cuando...

—¿Y el tercer principio?

La aspirante que lo había interrumpido era una joven espigada, de mirada picara y cabellera de un rojo encendido. Doume Fil' Battis prefirió no ofenderse.

—Ahora llego. El arte del Dibujo es la clave que permitió a Ewilan construir la leyenda que estudiaremos hoy. Este arte es desconocido en el otro mundo y ella descubrió por azar que, mediante su sola voluntad, podía convertir en realidad aquello que imaginaba, o bien desplazarse instantáneamente de un lugar a otro, de un mundo a otro; realizar lo que llamamos el paso al otro lado. ¿Me seguís?

La chica pelirroja inclinó la cabeza con deferencia y el cronista sonrió. A fin de cuentas, no todos esos muchachos eran unos maleducados...

—He pensado abordar la historia de Ewilan desde un ángulo poco habitual, partiendo de un personaje al que acabo de mencionar: Elea Ril' Morienval. Elea era Centinela, como los padres de Ewilan. Había doce Centinelas, cuya tarea consistía en custodiar la Imaginación (la dimensión que permite a los dibujantes convertir en realidad lo que imaginan) y las Espiras, los caminos que la recorren. Elea Ril'Morienval era ambiciosa y carecía de escrúpulos. Planeaba apoderarse del Imperio, y con este fin no dudó en pactar con los ts'liches y con los mercenarios del Caos, un grupo de humanos malvados. Altan y Elicia Gil'Sayan...

—Pero todo el mundo sabe que los mercenarios...

Esta vez, la interrupción se debía a un aspirante con una actitud llena de suficiencia. Doume Fil' Battis reaccionó de inmediato.

—¡Una palabra más y te expulso! —bramó—. ¿Acaso pretende darme lecciones sobre hechos históricos que me he pasado años estudiando? ¡Cucaracha pretenciosa!

El destinatario de su ira se hizo un ovillo mientras sus compañeros se apartaban de él prudentemente. El cronista hizo una larga inspiración.

—Altan y Elicia Gil' Sayan, como decía, fueron los únicos Centinelas que se opusieron a Elea Ril'Morienval. Pero antes habían tomado la precaución de poner a salvo a sus dos hijos, Ewilan y Akiro, en el otro mundo y de borrarles los recuerdos. E hicieron bien, pues fueron derrotados y desaparecieron. Sin embargo, a Elea la situación se le fue de las manos: fue traicionada a su vez por los ts'liches y encerrada junto con los otros nueve Centinelas en el extremo norte del Imperio, en una ciudad abandonada, la legendaria Al-Poll, creada en parte por Merwyn. Un misterioso y

temible guardián quedó a cargo de impedir que nadie se acercase. A continuación, los ts'liches bloquearon el acceso a la Imaginación echando cerrojos a las Espiras, y las hordas raïs se arrojaron sobre el Imperio. Privado del poder de los dibujantes, Gwendalavir resistía a duras penas. ¿Algún comentario?

Doume frunció el ceño ante la falta de reacción del auditorio. Cada año los aspirantes eran más pusilánimes, y las tradiciones se perdían. Contuvo con dificultad un gruñido de despecho y prosiguió:

—Tal era la situación cuando llegaron Ewilan y su amigo Salim. Ella se encontró sumida de inmediato en un torbellino de intereses divergentes. Poseía un poder superior al de cualquier otro dibujante, realmente sin límites. Conscientes de este hecho, los ts'liches deseaban su muerte, mientras que Elea Ril'Morienval, que había logrado contactar con ella, quería que fuera a buscar a su hermano, Akiro, para que éste liberase a los Centinelas prisioneros, los Sujetos, una acción que se suponía que podía hacer. Volveremos con detalle sobre los Sujetos y estudiaremos el dibujo ts'lich que logró inmovilizar y privar de sus poderes a la élite de los dibujantes alavirienses. Sabed simplemente que despertar a los Sujetos representaba una tarea de una complejidad increíble, que requería un poder excepcional. Por fortuna, Ewilan estaba rodeada de amigos: Edwin Til'Illian, general de los ejércitos imperiales y guerrero legendario, Duom Nil'Erg, el célebre analista, que en aquella época ya no era precisamente joven, Bjorn, un caballero de corazón leal, Maniel, un soldado con complexión de titán, así como...

La joven pelirroja levantó la mano y el cronista interrumpió su discurso.

—¿Sí?

—Este Edwin Til'Illian del que habla, ¿es el mismo que venció por primera vez a un ts'lich en combate singular?

—El mismo; te felicito por tu perspicacia...

—Y por tus bonitos ojos... —susurró un pequeño bromista.

El comentario provocó algunas risas discretas que el cronista, como orador prudente, simuló no haber oído.

—Al grupo se le unió algo más tarde Ellana Caldin, una marchombre enigmática y rebelde. Juntos se dirigieron a Al-Jeit, nuestra capital, afrontando mil peligros. El maestro Duom, aunque convencido de la traición de Elea Ril'Morienval, estaba de acuerdo, en efecto, con su parecer: Akiro, el hermano mayor de Ewilan, parecía el más indicado para despertar a los Sujetos. Había que poner a Ewilan a salvo, a la espera de que fuera capaz de ir a buscarle. El destino del Imperio estaba en sus manos.

Prueba de que se había ganado al auditorio, un leve murmullo de temor se alzó en el anfiteatro, que el cronista sofocó aclarándose la garganta.

—Durante una emboscada —continuó—, Ellana fue gravemente herida mientras le salvaba la vida a Ewilan. Ésta, que ya dominaba el paso al otro lado, decidió no seguir esperando. Acompañada por Salim, cambió otra vez de mundo para ir en busca

de Akiro y convencerlo de salvar Gwendalavir. Por desgracia, su reencuentro fue en vano. A Akiro no le apetecía nada lanzarse a la aventura y, sobre todo, no parecía conservar más que un poder embrionario, del todo insuficiente para la tarea que se esperaba de él. Ewilan y Salim optaron, pues, por regresar solos, portadores no obstante de una chispa de esperanza: Elicia Gil' Sayan había logrado contactar con su hija. Estaba viva.

El cronista calló. Los aspirantes estaban pendientes de cada una de sus palabras, manteniendo un silencio casi religioso, expectantes por que continuara su historia. Duom Fil' Battis se tomó su tiempo para beber un gran vaso de agua, se secó la boca con el dorso de la mano y, disfrutando con su papel de narrador, se lanzó a la segunda parte de su relato.

—Ahora, la tarea de despertar a los Centinelas y liberar Gwendalavir recaía en Ewilan^[2]. Junto a sus amigos, se puso en camino rumbo a la capital. Artis Valpiedra, un soñador de Ondiana, los acompañó y su arte de la Curación les permitió sobrevivir a numerosos peligros. Los ts'liches sabían que, una vez liberados, los Centinelas podrían hacer saltar el cerrojo de las Espiras, invirtiendo de este modo el curso de la guerra. Así que su prioridad era eliminar a Ewilan. Y con este fin enviaron, mediante un paso al otro lado, a varias hordas raïs de las que el grupo de amigos logró escapar.

»Durante el último enfrentamiento, Ewilan recibió la ayuda de un pequeño grupo de guerreros faëls, ese extraño pueblo que vive más allá del bosque de Barail. Uno de los faëls, Chiam Vit, se unió al grupo. Una vez en Al-Jeit se entrevistaron con Sil' Afian, emperador de Gwendalavir, antes de volver a partir en dirección a Al-Poll, la ciudad donde los Centinelas se encontraban prisioneros. Remontaron en barco el Pollimag hasta el lago Chen, donde Ewilan tuvo un encuentro con la Dama, un cetáceo gigante de poderes extraordinarios que le reveló que la iba a necesitar, pero sin dar más explicaciones. Más tarde, cuando Ewilan fue atacada por una vampira, logró salvar la vida gracias a la intervención de la Dama.

El cronista se inclinó hacia su público y su voz viró a tonos más graves, registro que sabía adecuado para las confidencias.

—Al margen de esta misión en las Marcas del Norte, Ewilan había ido adquiriendo poco a poco la certeza de que sus padres seguían vivos, por lo que se había juramentado ir a su encuentro en cuanto le fuera posible. Pero para ello necesitaba sonsacar a Elea Ril' Morierval, cuando la hallara, una información indispensable: ¡el lugar donde se encontraban retenidos!

Varias manos se alzaron para solicitar unas precisiones que Doume Fil' Battis no se dignó suministrar. En lugar de eso, continuó con su tono de voz habitual:

—La tropa alcanzó finalmente Al-Poll. El Guardián de los Centinelas era un Dragón, que estaba cautivo mediante un dibujo ts'lich. Ewilan comprendió que se trataba del Héroe de la Dama, y que ésta esperaba que ella lo liberase. Logró tal hazaña y a continuación pudo liberar a los Centinelas. El Dragón se lo agradeció socorriendo a Bjorn, Maniel y Chiam Vit, que habían sido atacados por una horda raïs

mientras defendían la retaguardia de la tropa. Ya libres, los Centinelas llegaron a la Ciudadela Fronteriza para ayudar a los ejércitos imperiales. Ewilan no había tenido tiempo de interrogar a Elea Ril’Morienvál sobre el paradero de sus padres, pero sabía que la encontraría en la Ciudadela, a varios días de camino de donde estaba. Los Centinelas habían sido liberados, la Imaginación volvía a ser accesible y los humanos estaban ganando la guerra. ¡Ewilan había salvado Gwendalavir!

La joven alumna pelirroja se puso en pie.

—La aventura de Ewilan no termina así. Yo...

El cronista la hizo callar con un gesto tranquilizador.

—¡Calma, jovencita! Ewilan había cumplido su misión, pero su aventura, en efecto, no había hecho más que empezar. Tenía que encontrar a Elea Ril’ Morienvál y, por supuesto, enfrentarse a ella. Y aunque confiaba en el resultado de dicha confrontación, Ellana tomó una decisión que vino a empañar su alegría: abandonar el grupo y dirigirse al sur, llevándose con ella a Salim, que se había comprometido a seguirla mediante juramento. Nada pudo hacerle cambiar de opinión y Ewilan, con el corazón triste, se puso en marcha rumbo a la Ciudadela... ¡sin su gran amigo!



LA CIUDADELA





Lobo del norte: Poderoso mamífero, extremadamente inteligente, que caza en manadas. Es más temible que un ogro y casi tanto como una vampira. Afortunadamente, le interesan muy poco los hombres y sus actividades. Salvo cuando está hambriento...

Enciclopedia del Saber y del Poder.

Bjorn, ¿es normal que nieve en verano?

El caballero se rascó los cuatro pelos de la barbilla que estaba intentando transformar en barba.

—No tengo ni idea, Ewilan. ¡No tengo ni puñetera idea! —declaró finalmente—. Estamos llegando a las Marcas del Norte, la tierra de los fronterizos. Circulan muchas leyendas sobre esta región, pero una cosa es segura: aquí nada es igual que en los demás sitios.

Camille suspiró y una nube de vapor se formó delante de su rostro antes de que la barrera la brisa que soplabá desde las montañas. Por muy arrebuja da que fuera gracias a su espesa capa de lana y con la cabeza cubierta por una capucha forrada, el frío la traspasaba y estaba segura de que al menor impacto sus dedos se romperían en mil pedazos.

Ante ella, el color de la hierba y de los árboles se difuminaba bajo una fina capa de nieve todavía diáfana. El cielo estaba oscuro, y el sol, totalmente velado. Los primeros copos habían empezado a caer al comenzar la tarde, lo que acabó de ajustar el paisaje a su humor.

Por enésima vez aquel día, rememoró la partida de Salim; y por enésima vez apretó las mandíbulas para no gritar.

Se habían marchado temprano, después de una despedida que Ellana había

querido que fuera breve para que no resultara tan dolorosa. Pero eso no había impedido que Bjorn llorase, ni que en más de una mirada aflorasen las lágrimas.

Salim, contrariamente a su costumbre, no había dicho nada, o casi. Con los ojos fijos en el vacío, como si huyera por propia voluntad de una realidad imposible de soportar, evitaba con sumo cuidado acercarse a Camille. Se había echado la mochila al hombro sin que al parecer experimentara una emoción especial, y sólo después de dar algunos pasos había estallado.

—¡Tres años, ni un día más! ¡Te lo juro, Camille!

Luego se había vuelto hacia Ellana.

—¿A qué estás esperando? Tenemos que irnos: ¡es la hora!

La joven marchombre había tomado una larga inspiración. Su actitud daba muestras de su aflicción. Su mirada iba de Salim a Camille y de ésta a Salim, deteniéndose a veces en Edwin, que la observaba fijamente.

Había abierto la boca como si fuese a hablar, pero luego se había reprimido y había cogido las riendas de su caballo.

—Vámonos —había soltado con voz vacilante.

Con *Murmullo* marchando detrás de ellos, se habían alejado hacia el sur sin darse la vuelta y Camille había sentido que el corazón se le arrugaba como un vulgar pedazo de papel.

Bjorn y Maniel habían decidido dirigirse a la Ciudadela para unirse a los ejércitos imperiales, pero Artis Valpiedra y Chiam Vit no habían tardado mucho en despedirse.

—Nosotros tener que volver a atravesar la meseta de Astariul —había explicado el faël—. Así que no sorprenderos de que nosotros querer avanzar deprisa y aprovechar todas las horas del día...

—Será lo más sensato, en efecto —había confirmado Edwin—. Sed prudentes: no hay duda de que las vampiras son las más peligrosas, pero no obstante no son las únicas criaturas que merodean por Astariul.

Chiam se había encogido de hombros con aire despreocupado mientras el soñador se acercaba a Camille.

—Hasta la vista, señorita. Mis pensamientos te acompañarán. Tengo la certeza de que encontrarás a tus padres.

Ella lo había besado en ambas mejillas, cosa que le había hecho ruborizarse, y luego se habían separado.

Habían transcurrido tres días, pero el grupo aún tenía dificultades para recuperar su equilibrio. El despertar de los Sujetos y la esperanza que ello aportaba no suavizaban la angustia de Camille ni la extraña tristeza de Edwin. El maestro Duom, que llevaba las riendas del carruaje, había perdido las ganas de discutir, y los pobres intentos de bromear de Bjorn y Maniel apenas provocaban una sonrisa.

Camille se olvidaba de su misión. A pesar de sus deseos de encontrar a sus padres, la imagen de Salim la perseguía. Habían compartido juntos tantas cosas que, sin él, se sentía como si le hubieran amputado una parte de su ser. Sufría por su

ausencia y se reprochaba sin cesar no haber sabido retenerlo. Echaba de menos su carácter exuberante, sus palabras, su constante buen humor... Un tirón de su montura la arrancó de sus sombrías reflexiones. La yegua torda estaba nerviosa y ella trató de calmarla.

—Tranquila, *Acuarela* —canturreó—. Tranquila.

Los sementales de Bjorn y Maniel piafaron a su vez, mientras *Coqueta* y *Nubarrón*, los caballos del carruaje, sacudían sus arreos. *Ortiga*, que iba detrás sujeta a la carreta, soltó un largo relincho.

Tras un breve debate se había decidido que la yegua suplementaria que los acompañaba desde Al-Jeit se quedaría con el grueso de la tropa. Salim no sabía montar, y era muy probable que Maniel y Bjorn necesitaran una montura de recambio. Ellana había zanjado el tema diciendo que ella le buscaría una cabalgadura a Salim en cuanto éste estuviera preparado.

Edwin no había insistido, pues *Ortiga* era una yegua rebelde que se alteraba con facilidad. Y además lo ponía de manifiesto, contagiando así la inquietud a los otros corceles. Camille se volvió hacia sus amigos.

—¿Por qué se excitan?

—Notan algo que nosotros no percibimos y que los asusta —explicó Maniel—. Es difícil adivinar de qué se trata...

Bjorn extendió el brazo hacia una loma cubierta por una espesa vegetación.

—Mirad —soltó—, ya vuelve Edwin. Tal vez él sepa algo más.

Los caballos de los soldados, acostumbrados a obedecer, se habían calmado, pero *Ortiga* se encabritó de repente. El cabestro que la mantenía sujeta al carruaje se rompió y el animal huyó a toda velocidad hacia el sur. Maniel quiso salir en su busca, pero una increpación de Edwin, que estaba llegando al galope, lo detuvo.

—¡No!

Frenó en seco cerca de la carreta. Parecía preocupado y no se tomó la molestia de recuperar el aliento.

—¡Lobos! —anunció—. ¡Una manada del Norte! Por sus aullidos, están hambrientos y no dudarán en atacar a un grupo de hombres. Estamos en peligro...

Escudriñó los alrededores y señaló el lindero de un bosque de abetos que estaba a varios centenares de metros.

—Nos refugiaremos ahí. ¡Adelante!

Camille se dio la vuelta varias veces durante la carrera, pero la nieve, que caía más copiosa, le dificultaba la visión. Cuando llegaron a los árboles, Edwin puso pie en tierra.

—¡Sube! —ordenó a Camille, mostrándole una conífera.

—Pero...

—No discutas: los lobos del Norte son tan temibles como los ogros. Hay que ponerse a salvo.

Camille se calló y agarró la primera rama. Se alzó sin dificultad y se colocó

encima de una horcadura. Edwin le lanzó tres bolsas, que ella sostuvo lo mejor que pudo, mientras el maestro Duom escalaba a duras penas otro tronco de ramas bajas.

Bjorn y Maniel, siguiendo las indicaciones de Edwin, habían liberado a *Coqueta* y *Nubarrón*.

—Dejad que se marchen los caballos —ordenó Edwin en tono apremiante—. Aguardaremos aquí a los lobos, para incitarlos a atacarnos y así dar tiempo a que las monturas escapen. A mi orden, treparemos a los árboles. Si nos enfrentamos a ellos directamente no tenemos ninguna oportunidad, así que se trata sólo de entretenerlos. ¿Entendido?

Y dando ejemplo de lo que decía, dio una palmada a su caballo. El animal, que pafaba cada vez más nervioso, partió al galope, seguido de las dos bestias de tiro y de los sementales de los soldados. *Acuarela* alzó la cabeza hacia su dueña como para suplicarle que huyera con ella.

—¡Al galope, *Acuarela*, al galope! —gritó Camille—. ¡Que vienen los lobos!

La orden, añadida al golpe que Edwin le propinó en la grupa, hizo que la yegua diera un respingo. Sin dudarle más, se lanzó en pos de los otros.

Había llegado el momento.

Al oírse los primeros aullidos, Camille sintió que se le encogía el corazón. El grito de las bestias salvajes despertaba en ella un miedo ancestral que le impelía a esconderse. El quejido aumentó, lacerante, hasta inundar todo el espacio sonoro; luego disminuyó y se apagó.

Al pie de los árboles, Bjorn y Maniel asieron con indisimulada ansia sus armas mientras Edwin intentaba penetrar con la mirada el aire velado por la nieve.

De pronto, retumbó el galope de un caballo que se dirigía hacia ellos, como contrapunto al clamor de los lobos.

El campo de visión de Camille, encaramada a su árbol, no llegaba más allá de los trescientos metros. Aun así fue ella la primera que distinguió a dos jinetes que arremetían en su dirección subidos a la misma montura.

Les pisaba los talones una jauría de formas oscuras y bulliciosas a las que no identificó de inmediato, pues eran demasiado macizas y rápidas. ¡Lobos! Se parecían muy poco a las bestias cautivas que había visto de niña en los zoos y a las que siempre había comparado con perros famélicos medio adormecidos. El cabecilla, un animal de más de un metro de alzado y pelaje negro como la noche, estaba muy cerca de los perseguidos. Unos segundos más y sus colmillos se cerrarían sobre los jarretes del caballo.

Camille entornó los ojos, tratando de vislumbrar el rostro de los jinetes. Cuando lo logró, casi se cae del susto. Se sostuvo por poco y exclamó:

—¡Es Salim! ¡Son Ellana y Salim!



La comunicación a distancia, ¿depende realmente del arte del Dibujo? Hay opiniones divergentes. Por una parte, es indudable que sólo un dibujante de alto nivel tiene la posibilidad de entrar en contacto con un interlocutor, pero por otra es innegable que cualquiera puede expresarse, una vez establecido el contacto...

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

Edwin había clavado su sable ante él en el suelo y sostenía en la mano su arco de guerra. Lo tensó, acercándose las plumas de la flecha hasta la mejilla, y aguardó.

Ellana y Salim habían oído el grito de Camille y, en consecuencia, habían virado en dirección al grupo. El caballo de Ellana, entorpecido por su doble carga, ya sólo estaba a un metro de distancia del lobo que iba en cabeza. La bestia salvaje saltó de repente hacia delante. Edwin abrió los dedos.

Era un tirador excepcional y su arco era un arma temible. La saeta mortal voló casi invisible, y sin embargo el lobo, como advertido por un sentido desconocido, la evitó con una asombrosa pirueta. La flecha se perdió en los arbustos.

No obstante, la acción había ofrecido a los dos fugitivos los segundos que necesitaban. Alcanzaron la carreta y saltaron al suelo.

—¡Sujetad a vuestro caballo! —ordenó Edwin—. ¡Si se escapa, está muerto!

Ellana y Salim obedecieron como si nunca hubieran abandonado el grupo; luego, la marchombre se volvió hacia Salim.

—¡Trepá!

Salim vaciló sólo un segundo y se subió a un árbol cercano al de Camille.

Los lobos se habían detenido y, de pronto, parecieron perder interés por sus

presas. Aunque nada más lejos de eso. Como si llevaran a la práctica una estrategia cuidadosamente elaborada, se dispersaron y el grupo de amigos enseguida se vio rodeado. El macho que encabezaba la jauría les estaba plantando cara, con los ojos brillantes e inteligentes fijos sobre ellos.

De nuevo, Edwin tensó su arco y disparó una flecha. El lobo la evitó sin mayor dificultad que la vez anterior y Edwin hizo una mueca.

—¡Estamos en un lío! Tendremos que refugiarnos en los árboles.

—¡No abandonaré a *Murmullo* a esos animales! —exclamó Ellana—. No son más que perros grandes y salvajes.

—No te engañes —gruñó Edwin—: se trata de lobos del Norte. Los conozco bien; no tenemos ninguna oportunidad...

Encaramada a su abeto, Camille se disponía a interpelar a Salim cuando sintió que el maestro Duom esbozaba un dibujo. De inmediato lamentó que fuese tan inoportuno, pero a continuación se sumergió en la Imaginación.

Volvió a emerger en menos de un segundo.

Era una sensación increíble. Sólo hallaba un modo de explicar lo que sentía: ¡resbalaba! Lo intentó de nuevo y, una vez más, fue expulsada de la Imaginación como si tratara de avanzar por una superficie escarchada.

El maestro Duom pataleó sobre su rama.

—¡Un Hiato! Sólo faltaba eso.

—¿Qué ocurre? —se inquietó Camille—. No consigo dibujar.

—Las Marcas del Norte son una tierra de locos —se enfureció el viejo analista—. ¡Es el único lugar donde se forman Hiatos! ¡Estos sitios no obedecen las leyes clásicas del Dibujo! En ellos, el poder es fluctuante: a veces intenso y a veces del todo ausente, como en este caso.

—Pero ¿por qué?

—Hay quien explica este fenómeno mediante los orígenes fronterizos de Merwyn. Se trata de un análisis simplista que no me satisface, pero ¡que me aspen si existe otro!

A sus pies, Bjorn lanzó una advertencia: un lobo de pelaje marrón arremetía directo hacia él. En el último momento, el animal lo esquivó y se batió en retirada, dejando el puesto a otro animal que dio un salto a su lado. Bjorn evitó sus colmillos por muy poco y el golpe de hacha que quiso asestarle ni siquiera lo rozó. De nuevo, las bestias se alejaron con su andar flexible, hasta quedar fuera del alcance de los hombres.

Camille intentó otra vez deslizarse en las Espiras. No lo consiguió, pero empezaba a sentir el Poder que irradiaba el bosque donde se habían refugiado. Un golpeteo sordo, que latía cada vez más fuerte, hacía retumbar el hueco de su vientre. Salim se inquietó.

—Camille...

Se calló. Se estremeció y uno de sus pies patinó encima de la rama que lo

sostenía. Gruesas gotas de transpiración aparecieron en su frente. Camille lanzó un grito de alarma que pasó desapercibido.

Los lobos ya estaban atacando. En el suelo, los cuatro compañeros se habían colocado espalda contra espalda cerca de *Murmullo*, que estaba aterrorizado, pero el ataque sólo era un amago. Los colmillos brillaron y las mandíbulas chasquearon sin que corriera la sangre. Los filos silbaron en vano y los lobos se retiraron indemnes.

—Tenemos que ponernos al abrigo en los árboles —decidió Edwin—; si no, en el próximo ataque uno de nosotros morirá. El caballo está perdido, no podemos hacer nada por él.

Sin esperar respuesta, tendió la mano hacia la correa que sujetaba al animal. Ellana, desgarrada, le dejó hacer en silencio.

En aquel instante, Salim emitió un aullido y saltó del árbol donde se había escondido. Aterrizó ágilmente, dio una voltereta y se encontró, en cuclillas, a menos de un paso del macho negro.

El lobo arrugó el morro, mostrando unos colmillos temibles, y sus orejas se irguieron. Estaba a punto de atacar cuando Salim se puso a gruñir. Edwin, que había tensado su arco, se quedó inmóvil.

La jauría ignoró por completo a sus presas y se acercó para formar un círculo de atentas miradas en torno a los dos adversarios. La actitud del macho negro se volvió aún más agresiva y los pelos de su lomo se erizaron. Como respuesta, Salim amplificó su gruñido y empezó a desplazarse lentamente hacia un lado. El lobo siguió su movimiento y muy pronto Salim quedó de cara a sus compañeros.

Camille reprimió un grito. Los ojos de su amigo brillaban con un resplandor feroz, visible a metros de distancia. ¡Eran de color amarillo!

De repente, Salim pareció ganar en potencia y avanzó directo hacia su contrincante. El lobo ya no rugía. Sus orejas se aplanaron sobre su cráneo y, de pronto, se pegó al suelo. Hubo como una agitación en la jauría y algunas bestias se alteraron, enseñando los dientes. Cuando Salim gruñó, se calmaron al instante. Éste posó la mano sobre la cabeza del macho, todavía postrado, y acercó su rostro. Camille se había quedado sin respiración.

Cuando su amigo mordió de forma salvaje la oreja del lobo negro, ella no pudo evitar una exclamación. Fue el único sonido que se oyó.

Como si la mordedura hubiera ratificado su derrota, el gran macho se levantó y se sacudió. Entonces, uno de los lobos hizo ademán de saltarle al espinazo. El antiguo jefe de jauría lo volcó sin dificultad y lo agarró por el cuello. Lo mantuvo un instante a su merced y después, cuando se aseguró de que el otro desistía en su ataque, aflojó la presión de sus colmillos.

Tras restaurar así su supremacía sobre sus compañeros, dio media vuelta y se alejó a pequeñas zancadas. Los demás lo siguieron sin dedicar una sola mirada a los humanos. Salim se desplomó en el suelo y ya no se movió.

Edwin y Ellana se precipitaron hacia él mientras Camille bajaba rodando de su

árbol para correr junto a su amigo.

—¿Qué le...? —comenzó.

Entonces comprendió y abrió los ojos, asombrada: Salim dormía a pierna suelta.



¿Qué diablos quieren que les descubra sobre Merwyn Ril' Avalon que no se haya contado ya? Una duda tal vez, una sospecha que se infiltró en mi espíritu hace varias décadas y que creció hasta convertirse en convicción: ¡Merwyn no era un dibujante! Era mucho más que eso...

*Maestro Duom Nil'Erg, discurso de apertura de la 345.ª sesión de la
asamblea del gremio de los analistas.*

Había caído la noche. Una hoguera ardía en un claro próximo al lindero del bosque. Los amigos, recogidos alrededor de las llamas, intentaban entrar en calor con gran dificultad. Había dejado de nevar, pero el frío seguía siendo intenso y un viento seco atravesaba sus ropas.

Bjorn y Maniel habían desmontado los alabes y luego el banco de la carreta, y los habían utilizado para construir plataformas rudimentarias sobre las horcaduras de los árboles.

—No creo que vuelvan —había expuesto Edwin—, pero no vamos a correr riesgos. Esta noche nos acostaremos en lo alto.

Salim continuaba durmiendo. Y profundamente. Era imposible despertarlo. Sus amigos lo habían cubierto con dos mantas y lo habían acercado al fuego.

—¿Puede alguien explicarme lo que le ha pasado a este chico? —preguntó Bjorn.

—El efecto Merwyn —le respondió, lacónico, el maestro Duom.

—¿Y eso?

—A veces, las Marcas del Norte se ven afectadas por extraños fenómenos, vinculados al arte del Dibujo, que los analistas intentan elucidar en vano desde hace generaciones. Todos los estudios realizados hasta el momento desembocan en un callejón sin salida; ¡y en el fondo de ese callejón está Merwyn!

—No veo qué tiene que ver todo eso con Salim —insistió Bjorn.

—Un poco de paciencia. Algunos lugares están literalmente impregnados del poder de Merwyn, ya sea porque ejerció allí su arte o porque revistieron para él una especial importancia. Nosotros los llamamos Hiatos. No todos son conocidos, nada de eso. Y si bien algunos son muy extensos, otros se pueden franquear con una sola zancada. Dibujar en un Hiato resulta a menudo imposible y siempre aleatorio. En él acontecen cosas muy raras y, por lo general, los alavirienses evitan entrar. En la Fortaleza, en cambio, jamás se ha observado ningún acontecimiento extraño, a pesar de que el aura de Merwyn es más fuerte allí que en ningún otro lugar: inunda literalmente las paredes y las salas. En toda mi vida de analista, no recuerdo a nadie que haya dibujado en ella.

—Salvo en la Atalaya —precisó Edwin.

—Sí, exacto —asintió el maestro Duom—. ¡La Atalaya es la excepción de la excepción!

Bjorn se rascó la barbilla.

—Soy un pobre caballero que sin duda ha recibido demasiados golpes en la cabeza, pero sigo sin entender nada. ¿Por qué a Salim se le han puesto los ojos amarillos mientras estaba haciéndose el lobo?

—¡Nos encontramos en un Hiato, Bjorn! —exclamó el viejo analista—. Debía de haber algo oculto en lo más hondo del muchacho; algo que el poder de Merwyn ha hecho salir a la superficie y que ha provocado la transformación.

—¿Salim va a convertirse en lobo?

El maestro Duom alzó los ojos hacia el cielo.

—¡Hay más posibilidades de que te metamorfosees tú en sapo! Salim no se ha convertido realmente en lobo y su «transformación» sólo es temporal. Por otra parte, puede que al despertarse no recuerde nada de lo sucedido. Los Hiatos, aunque a veces provocan estados extraños, nunca tienen efectos nefastos. No considero ninguna tontería pensar que, a través de los siglos y más allá de la muerte, Merwyn ha encontrado el modo de acudir en nuestra ayuda. Te recuerdo que la intervención inesperada, y sin duda involuntaria, de Salim nos ha salvado de una situación muy delicada.

Bjorn adoptó un aire dubitativo, pero no añadió nada.

Durante unos minutos, lo único que rompió el silencio fue el crujir de las ramas en la hoguera; luego, Edwin cruzó las manos detrás de la nuca y se estiró.

—¿Y bien? —preguntó simplemente.

No se dirigía a nadie en particular, pero todas las miradas se volvieron hacia Ellana.

La joven sonrió.

—Pues que os echábamos de menos. Y no soy de los que muestran sus sentimientos en público, así que no diré nada más. ¡Lo siento!

Bjorn se acarició la barba incipiente y abrió los ojos, con una mirada risueña de

antemano por la bromita que se disponía a soltar. Ellana frustró sus intenciones.

—Gira la lengua siete veces dentro de la boca antes de hablar —le aconsejó con una sonrisa feroz—. Veo que necesitas pasarte la navaja de afeitar, así que no me provoques...

Bjorn renunció con un gesto de la mano y Maniel le asestó una palmada amistosa. Edwin tenía la mirada fija en la joven y, cuando ésta se dio cuenta, se le ruborizaron las mejillas.

—Me alegro de volver a verte —declaró él.

Ellana se puso en pie para disimular su turbación. Se acercó a Salim, hecho un ovillo entre sus mantas, y Camille la siguió. El chico roncaba levemente, con una respiración profunda y regular. Camille cogió la mano de Ellana.

—Gracias —le susurró.

—No me las des —respondió la joven—. No lo he hecho tan sólo por ti...

—Creo que todos somos conscientes de eso...

Las dos amigas se miraron y se echaron a reír. Luego, Camille volvió a adoptar una actitud grave.

—¿No te arriesgas a buscarte problemas con los marchombres?

Ellana se encogió de hombros.

—Cuando se incorpora al gremio, un marchombre acepta una serie de principios que no transgredirá jamás, pero su libertad sigue siendo absoluta. Salim será iniciado, y a mí me corresponde juzgar cuál es el momento oportuno. Mientras tanto, continuaré formándolo.

—Entonces, ¿por qué os marchasteis? —se sorprendió Camille.

—Quizá porque me dieron miedo los sentimientos que estaba descubriendo en mí y que no estaba dispuesta a admitir.

—¿Te refieres a Edwin?

—Sí. Y a ti, y a Bjorn. ¡Incluso a Maniel y al maestro Duom! Pero dejaros me ha hecho comprender cuánto afecto os tenía.

Camille se inclinó y depositó un beso en su mejilla.

—Y hubiera sido verdaderamente estúpida de no haber regresado —concluyó Ellana.



No fue una noche reparadora.

El frío era intenso y dormir en un tablón colocado encima de un árbol no resultaba muy cómodo. Al despuntar el día, Camille estaba molida. Se desperezó largamente. A través de las ramas veía el cielo teñirse de un azul perfecto. Ya no quedaba la menor nube.

Desató el nudo que la había sujetado durante el sueño y se deslizó al suelo.

Maniel, que se había ocupado del último turno de guardia, puso cara de sorpresa, pero ella lo tranquilizó señalándole los matorrales que había al lado. El soldado comprendió y, sonriendo, apartó la mirada.

La escarcha crujía bajo sus pisadas y Camille se maravilló ante la multitud de huellas que habían dejado los animales nocturnos. Se alejó y, de pronto, frunció el ceño.

La pulsación que había percibido la víspera empezó de nuevo, más intensa y precisa. Era consciente de que no se trataba de un verdadero sonido, y de que tal vez sólo lo percibiera ella. Creyó poder localizar el origen y, casi a su pesar, apartó una rama baja y se aventuró hacia el corazón del bosquecillo.

Allí, las coníferas de follaje azulado eran más altas, más erectas. Matojos de enebro salpicaban el verde circundante con el estallido de sus bayas rojo intenso. Los troncos se espaciaron y ante Camille se abrió un claro con perfume de resina, donde se respiraba calma y serenidad.

Al principio le pareció que estaba desierto, pero luego se dio cuenta de que el latido que la había atraído provenía del centro. Una fina capa de nieve se había depositado en una superficie de suave pendiente, y aquí y allá asomaban manojos de hierba que rechazaban el frío. Camille se sentía bien. La extraña pulsación se había ajustado al ritmo de su corazón, y sintió cómo la inundaba una armonía beneficiosa.

Poco a poco, una forma se fue bosquejando en el claro. Traslúcida al principio, casi ilusoria, ganó en opacidad hasta rozar la realidad. ¡Un dibujo!

Ante sus ojos estaba naciendo un dibujo y Camille no percibía su origen ni su motivo.

Un bloque iridiscente de ángulos redondeados, de casi un metro de altura y dos de longitud, descansaba sobre una base de mármol rosa con vetas blancas, radiante de energía. Camille comprendió que aquel objeto era tan perfecto, que podía ser eterno sin encontrarse realmente allí; que podía aparecer y desaparecer a voluntad de un poder que superaba su capacidad de raciocinio. El objeto penetraba tan lejos en la realidad que el claro se organizaba a su alrededor, como una ostra alrededor de una perla.

Camille avanzó sin temor. Sabía que era bienvenida y que, de haber sido indeseable, el objeto se hubiera ocultado a sus sentidos.

Era un sepulcro.

Un homenaje infinito a la mujer que reposaba en ella, aislada del mundo por una cubierta de cristal y prodigiosamente bella. La muerte no había podido borrar la dulzura y la nobleza de sus rasgos, ni empañar el fulgor de su piel. Una masa de cabellos dorados caía en cascada en torno a un rostro de contornos perfectos y acompañaba las curvas de un cuerpo maravilloso.

El sepulcro no llevaba ninguna inscripción, como si la belleza de la yacente volviera inútil toda explicación.

Camille estaba conmocionada. Una perla de sal nació en el rabillo de su ojo y

rodó por su mejilla. Se dejó ir y se abalanzó sobre la cubierta de cristal, liberando una nota alta y pura que se transformó en un grito desgarrador. «¡Vivyan!».

Durante largo tiempo aquel nombre retumbó en el corazón de Camille.

Cuando Edwin la encontró, estaba arrodillada en el centro del claro desierto, llorando, y cada una de sus lágrimas era un poema dedicado al amor perdido de Merwyn.



Señor, Elea Ril' Morienva representa un peligro para el Imperio. Más grave aún que la amenaza ts'lich, pues se trata de un peligro insidioso que nos acecha desde el interior...

Maestro Carboist, carta al señor de Al-Vor, Saï Hil'Muran.

Las plataformas ya estaban desmontadas y la carreta cargada. Salim continuaba durmiendo. No se había movido en toda la noche, y ni siquiera había rechistado cuando Maniel lo había bajado del árbol.

El maestro Duom se encontraba sereno, para tranquilidad de Camille. Todavía turbada después de su descubrimiento, no hallaba las palabras con que explicárselo a sus compañeros. Una pregunta asaltaba su mente sin cesar: ¿era posible que Merwyn hubiera sido el Merlín de las leyendas del otro mundo?

Durante las largas veladas solitarias en la biblioteca de los Duciel, Camille se había apasionado con las aventuras de los caballeros de la mesa redonda y de Merlín *el Encantador*. Conocía a la perfección el amor apasionado que unía a éste y al hada Viviana. ¿Acaso tal semejanza con los nombres podía ser simple coincidencia?

Decidió preguntar discretamente al maestro Duom, pero éste mantenía una animada conversación con Edwin y Ellana.

—¡Imposible llegar hasta la Ciudadela a pie! —afirmaba el viejo analista.

—Pues eso es lo que vamos a hacer —replicó Edwin—. Ir a buscar los caballos sería un error. Nos obligaría a dividir nuestras fuerzas y a asumir riegos irreflexivos.

—Pero Salim continúa durmiendo —insistió el maestro Duom—. ¿Cómo vamos a transportarlo?

—Nos queda *Murmullo* —intervino Ellana—. No le entusiasmará tener que tirar de la carreta, pero lo hará e instalaremos en ella a Salim. Edwin, ¿queda aún muy

lejos la Ciudadela?

—Unos tres días a pie. Más, si el tiempo empeora.

Camille los interrumpió.

—¿Creéis que habrán sobrevivido? Me refiero a *Acuarela* y a los demás caballos...

Edwin abrió los brazos en señal de ignorancia.

—Imposible saberlo. Llevaban una buena ventaja sobre los lobos y nada lleva a suponer que éstos retomaran la persecución. Pero las Marcas del Norte son un territorio salvaje donde abundan los peligros...

Camille sintió que una punzada de inquietud se infiltraba en su vientre. Imaginarse a *Acuarela* enfrentándose a unos feroces carniceros la hizo estremecer. Ellana percibió su turbación y la reconfortó.

—No te preocupes. Tu montura es condenadamente lista; estoy segura de que saldrá adelante.

Maniel tumbó a Salim en la carreta y el maestro Duom tomó las riendas. La tropa se puso en marcha, otra vez al completo.



El paisaje era magnífico, y el cielo, de un azul casi marino.

Un sol resplandeciente se reflejaba en la nieve, que ya empezaba a fundirse. Los bosques resaltaban como manchas de un verde profundo y, unos kilómetros más al norte, la cordillera del Poll erguía sus picos orgullosos de inaccesibles desfiladeros.

Murmullo tiraba valerosamente de la carreta. El suelo encharcado le imponía una velocidad moderada que permitía a los caminantes seguirle sin dificultad.

De vez en cuando, Camille se asomaba por encima de los alabes para observar a Salim. Éste no se había movido desde que Maniel lo había depositado allí; su respiración seguía siendo regular y el ronquido, ahora más marcado, que escapaba de sus labios le arrancó una sonrisa. Preguntó al maestro Duom:

—¿Cree que se despertará pronto?

—Sinceramente, Ewilan: lo ignoro. He oído hablar de casos idénticos a éste, pero aún no me había enfrentado con ninguno. Estoy convencido de que no hay motivo de preocupación: Merwyn Ril' Avalon salvó a los humanos cuando estaban oprimidos por los ts'liches y pasó toda su existencia obrando por el bien. Me niego a creer que su herencia tenga un efecto nefasto.

—¿Quién era Vivyan? —preguntó bruscamente Camille.

El maestro Duom le lanzó una mirada de asombro.

—¿Quién te ha hablado de ella?

La muchacha dudó un instante y luego se lanzó de cabeza.

—Esta mañana, en el bosque, un dibujo ha penetrado en la realidad. Bueno, no

exactamente: no había nadie allí que lo creara, sino que ya tenía existencia propia. Yo más bien diría que ha aparecido sin más. Era un sepulcro. En él descansaba una mujer de gran belleza. He sentido el Poder que se manifestaba. Un Poder enorme, superior al de todos los ts'liches juntos, creo. Casi tan prodigioso como el de la Dama y el Dragón. Entonces he oído una llamada, un lamento, un nombre: Vivyan. Había tal fuerza en ese grito, tal desesperación...

El maestro Duom, sumergido en sus pensamientos, no respondió de inmediato. Cuando al fin tomó la palabra, lo hizo en un tono comedido.

—Has tenido mucha suerte. Nadie conoce con exactitud los orígenes de Merwyn, o al menos nadie se acuerda. Hubo un momento en que la humanidad vivía uno de sus períodos más oscuros, y él trajo la esperanza y después la victoria. Raras son las leyendas en las que él no aparece y, aunque muchos emperadores han caído hoy en día en el olvido, el recuerdo de Merwyn perdura a pesar de que murió hace mil quinientos años. Ya sabes que él rompió el cerrojo ts'lich, pero ignoras que, poco después de ser expulsados de las Espiras, los guerreros lagartos, que se sabían incapaces de vencer a Merwyn en un enfrentamiento directo, decidieron deshacerse de él mediante viles argucias. Así pues, unieron sus poderes con el fin de dibujar a un ser vivo.

—¿Es eso posible?

—¡No debería serlo, pero ellos lo hicieron! Crearon la entidad que causaría la perdición de Merwyn.

—¿Un monstruo?

—No, una mujer. ¡Vivyan!

—Pero eso es un disparate —se sublevó Camille—. Yo la he visto, y es tan hermosa, tan dulce...

—Ahí radicaba precisamente la trampa. ¡La creación de los ts'liches debía ser perfecta para que Merwyn sucumbiera a su encanto!

—¿La trampa funcionó?

—Sí. Nadie podía ver a Vivyan sin convertirse en su esclavo...

—Pero ¡no era humana!

—Eso no importa: parecía más que humana. ¡La perfección hecha mujer!

Camille estaba pendiente de cada palabra del maestro Duom, vibrando al ritmo de una historia acontecida quince siglos atrás.

—Los ts'liches no habían contado con el poder de Merwyn —continuó el analista—, que, en cuanto vio a Vivyan, comprendió quién era ella y quién la manipulaba. Sin embargo, la trampa se cerró sobre él de todos modos. Le hechizó el alma y el corazón con la misma facilidad con que una araña atrapa a una mosca en su red.

—Pero...

—Pero era Merwyn Ril' Avalon. Arrebató su creación a los guerreros lagartos y rompió el vínculo gracias al cual manipulaban a Vivyan. La liberó y le ofreció su amor.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Camille.

—Sí. Merwyn y Vivyan vivieron diez años en una felicidad tan completa que aún hoy es algo que se alaba como un modelo indiscutible. Después, la maldición ts'lich los volvió a alcanzar...

—¿Y qué pasó?

—Vivyan no era un ser humano de verdad. Había sido creada, aun a pesar de que Merwyn le hubiera ofrecido la libertad. Tanto él como ella sabían que su existencia no participaba verdaderamente de la realidad, que estaba destinada a desaparecer igual que todos los dibujos.

—Pero pueden imaginarse cosas eternas —se rebeló Camille—. ¡Usted me lo ha enseñado! Las torres de Al-Jeit, el Arco, la puerta de Zafiro...

—¡Objetos, Ewilan, no seres vivos! Dibujar a un ser humano es casi imposible; querer mantenerlo en la realidad más allá de unos días es una quimera.

—Pero ¡usted ha dicho que vivieron diez años de felicidad!

—Sí: el poder de Merwyn y la fuerza del amor permitieron tal milagro. Pero un día, Vivyan dejó de existir. Así de sencillo.

Camille sintió un nudo en el estómago. Por mucho que se repitiera que aquella historia había sucedido quince siglos antes, se sintió embargada por la tristeza.

—¿Y Merwyn? —preguntó—. ¿Qué le pasó?

—Desapareció. Hay quien afirma que enloqueció de dolor, que sus lágrimas crearon el lago Chen, que su cólera hizo emerger la cordillera del Poll... todo eso no son más que leyendas. Lo único cierto es que nunca más volvió a manifestarse.

Camille cerró los ojos. No quería que el analista la encontrara ridícula al descubrir las lágrimas que ya sentía brotar.

—Es injusto —profirió, apartándose.

El maestro Duom no respondió.

A Camille le llevó más de una hora recobrar la serenidad. No lamentaba haber guardado silencio respecto a la leyenda de Merlín y Viviana: la realidad alaviriense era tanto más hermosa...



Sombra de luna, amago de pluma, amor absoluto.

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

Desplazarse a pie era algo que contrariaba a Bjorn y Maniel. Los dos colosos, a quienes estorbaba su propio peso y el de sus armas, resoplaban a menudo y habían perdido el sentido del humor. Observaban con envidia la carreta y el banco sobre el que iba sentado el maestro Duom y maldecían sus monturas ausentes. Poco después de la pausa de mediodía, Camille se aproximó a Edwin.

—¿Qué, Ewilan? ¿Afilando tus armas antes de llegar a la Ciudadela y encontrarte con Elea Ril' Morienvál? —le preguntó él.

—No hace falta. Me siento capaz de derribar montañas para encontrar a mis padres. Aun a riesgo de parecer pretenciosa, para asustarme a mí no basta con una Centinela, por muy poderosa que sea.

—No lo dudo en absoluto. Y creo que Elea también sabe a qué atenerse. De todos modos, no debes bajar la guardia.

Camille se encogió de hombros para demostrar el poco caso que hacía del peligro, aunque tomó la precaución de informarse.

—¿Cómo ha llegado ella a la Ciudadela?

—¡Con un paso al otro lado! En la cima de la Fortaleza hay una sala especial llamada la Atalaya, desde donde se controlan las Fronteras de Hielo. Los Centinelas la conocen lo bastante bien como para poder transportarse allí.

—Pero ¿por qué a la Ciudadela y no a otro lugar?

—¿Duom no te ha contado nada?

—No he estado muy receptiva estos últimos días —se disculpó Camille.

—Lo entiendo... Con la abertura de las Espiras, el ejército recuperó el sistema de

comunicación para el que trabaja Duom. Cada cual recibió sus consignas, sobre todo los Centinelas, que no son tan estúpidos como para desobedecer por segunda vez. Fueron a la Ciudadela para participar en la batalla final contra los raïs. A estas alturas, con la victoria del Imperio asegurada, deben de haber regresado a sus puestos habituales, repartidos por todo Gwendalavir. Según las últimas noticias, en la Ciudadela ya sólo quedan los dos Centinelas de allí, y uno de ellos es Elea...

Camille se bajó la capucha. El sol brillaba con claridad y el esfuerzo de la marcha le procuraba una agradable sensación de calor.

—Hay algo que me intriga. ¿Qué entiendes por sistema de comunicación?

—¡El correo! ¿Qué si no?

—¿Te estás...? —comenzó Camille.

Percibió la risa que bailaba en la mirada del maestro de armas. Como todos los eruditos de Gwendalavir, éste poseía un sólido conocimiento del otro mundo, que ahora estaba utilizando para burlarse de ella.

—¡Muy listo! —se mofó la muchacha—. Pero hablo en serio: a lo mejor tengo una idea.

—De acuerdo, Ewilan —la aplacó Edwin—, no te enfades. Se trata de dibujantes que envían comunicados.

—¿Cómo lo hacen?

—El modo más clásico consiste en hacerles dibujar el mensaje.

—¡Sin embargo, ellos no saben dónde se encuentra el destinatario!

—No, por supuesto. Los mensajes llegan a sitios definidos de antemano y a continuación son transmitidos a la manera clásica. Los dibujantes sólo tienen que conocer la localización exacta de las oficinas de distribución.

—Ya veo. ¿Y el otro modo?

—Apenas se utiliza, porque el dibujante debe ascender más en las Espiras, hasta llegar a un nivel al alcance de muy pocos. Y los que saben hacerlo tienen preocupaciones más importantes que la entrega de mensajes. En este caso, el dibujante se dirige directamente a su receptor. Este sistema se reserva para el correo extremadamente urgente o para órdenes del emperador. Elea Ril' Morienvál procedió así para contactar contigo. ¡Y no me pidas más porque no entiendo mucho de eso!

Camille le dio las gracias y, cuando se disponía a alejarse, Edwin la volvió a llamar.

—He olvidado mencionar el uso del susurrador, bastante infrecuente, pero que tú ya conoces. Tienes una sonrisa extraña; ¿es que estás maquinando algo?

—Aún está demasiado verde para que hable de ello.

—Como quieras, Ewilan.

Camille lo observó. Desde el regreso de Ellana, Edwin estaba más tranquilo. El despertar de los Centinelas lo había liberado de un peso enorme, pero tan sólo en presencia de aquella joven se le veía realmente feliz. Camille cruzó los dedos para que Ellana se percatara de ello y se prometió que, de no ser así, ella misma se lo diría.

Acto seguido se centró en la estratagema que había concebido.

En primer lugar necesitaba asegurarse de que habían salido del Hiato, y puesto que así era, se deslizó sin dificultad en la Imaginación. El siguiente paso se reveló más complicado.

Enviar un mensaje no tenía nada que ver con lo que había intentado hasta el presente. ¡Era realmente difícil! En consecuencia, modificó su opinión sobre el peligro que representaba Elea Ril' Morierval. La Centinela había utilizado esta técnica cuando estaba sujeta, y eso implicaba un dominio extremadamente avanzado del arte del Dibujo. No había que subestimarla...

Poco a poco, Ewilan comprendió que la comunicación a distancia requería una idea precisa del funcionamiento mental de aquél a quien uno pretendía localizar; motivo suficiente para que fuera aún mucho más impresionante el hecho de que Elea, sin conocerla, hubiera logrado contactar con ella. De repente, su propio intento le pareció presuntuoso.

Aun así perseveró, concentrándose al máximo de sus posibilidades. De pronto, tuvo lugar el contacto. Tenue al principio, luego se volvió más nítido y Camille murmuró:

—Ven, bonita, ven. Ya no hay peligro, puedes regresar. Te echo mucho de menos, ¿sabes?

Como respuesta, un alegre relincho retumbó en su mente. Para sorpresa de sus compañeros, que se la quedaron mirando, Camille no pudo reprimir una exclamación de satisfacción.

—¿Tienes algún problema? —se inquietó Bjorn.

—Al contrario. El cartero me ha traído una buena noticia.

El caballero la contempló como si estuviera volviéndose loca, pero Edwin captó la indirecta y frunció el ceño.

—¿Qué estás tramando?

—¿No lo adivinas?

—No, y confieso que me inquieta un poco.

—Enseguida lo entenderás —afirmó Camille con una sonrisa enigmática en los labios.

Los caballos se unieron a ellos cuando el sol casi se estaba poniendo.

Acuarela apareció la primera, caracoleando en la cima de una colina redondeada. Los sementales llegaron poco después, seguidos de *Coqueta* y *Nubarrón*. Solamente faltaba *Ortiga*.

Guiados por la yegua, los animales fueron trotando hasta sus dueños, que los recibieron con gritos de alegría.

—¿A qué vienen estos chillidos? ¡Ni que fueran los primeros caballos que veis en vuestra vida!

Se dieron la vuelta todos a la vez.

De pie en la carreta, Salim los estaba mirando con tal cara de dormido, que

estallaron en una enorme carcajada. Luego bostezó largamente mientras se desperezaba, lo que aumentó la hilaridad general. Cuando volvió la calma, Bjorn resumió a la perfección el parecer de todos.

—Bienvenido, muchacho. Contigo durmiendo estábamos la mar de tranquilos, pero ¡debo admitir que te hemos echado de menos!



Los fronterizos son rudos, audaces e indómitos. Poseen un código de honor rígido como el acero y sus leyes excluyen toda piedad. Siguen siendo los fieles guardianes del Imperio, pues ningún emperador ha tratado nunca de influir en sus costumbres...

Señor Hon Sil'Pulim, discurso a los aspirantes de la Legión Negra.

~¿Y dices que se me pusieron los ojos amarillos?
—¡Te lo prometo!

—¡Venga ya, estás exagerando! ¿Dices que me puse a cuatro patas para pelearme con un lobo del tamaño de una vaca y que se me pusieron los ojos amarillos? ¿Cómo quieres que te crea? ¡Yo de ti dejaría el vino!

Camille y Salim estaban sentados en la parte de atrás de la carreta, con las piernas colgando en el vacío. Sus compañeros estaban atareados montando el campamento y sobre Camille recaía la tarea de explicarle a su amigo los incidentes de la víspera.

—¡Salim, pedazo de molusco! Lo que te he explicado es cierto y lo sabes muy bien, así que ya basta de este juego estúpido.

—Está bien, está bien, no te enfades. Pero tienes que reconocer que sorprende un poco averiguar que uno ha estado a punto de convertirse en hombre-lobo...

—¿De verdad no recuerdas nada?

—¡Nada! He trepado al árbol y unos segundos después os he encontrado aplaudiendo al ver llegar los caballos.

Camille suspiró.

—Puedo asegurarte que mientras tanto, aparte de tu transformación, te has echado un buen sueñecito.

—Está bien, lo acepto. Es duro pero lo acepto.

—Así me gusta...

Salim se aclaró la garganta y continuó, con voz vacilante:

—¿Camille?

—¿Sí?

—¿Nos besamos para celebrar el reencuentro?

—¡Lo siento, no me gustaría que te molestaran los efluvios del vino! —replicó ella en tono burlón—. Además, ya sabes que los besuqueos con los moluscos...

Salim alzó los ojos al cielo.

—Si lo decía en broma...

—¡Pues bromea, bromea!

Ella saltó al suelo y se dirigió hacia la gavilla que Maniel acababa de depositar en el centro del campamento.

—¿Me permite? —preguntó al maestro Duom, que se había acercado también.

—Te lo ruego, Ewilan.

Ésta se deslizó en la Imaginación y dibujó una llama. A continuación hizo que su creación penetrara en la realidad. El montón de ramas prendió. Había sido un acto instantáneo.

Ellana, que había asistido a la escena, aplaudió calurosamente.

—Buen trabajo. Yo, que no tengo ningún don, siempre me quedo boquiabierta cuando veo dibujar a alguien.

—Pensaba que todo el mundo sabía crear una llama —confesó Camille.

—En efecto —admitió la joven—, pero para la mayoría de la gente está lejos de ser tan fácil como para ti. Personalmente, hace ya mucho tiempo que decidí utilizar un mechero.

La marchombre señaló a Salim, que seguía sentado en la parte de atrás de la carreta.

—¿Ha comprendido lo que le ha pasado?

—Eso creo, aunque he tenido que insistir un poco.

—¿Y qué está haciendo ahí? ¿Está enfurruñado?

—No, está reflexionando —rectificó Camille.



El regreso de Ellana y Salim había devuelto la integridad a la tropa. Bjorn y Salim habían retomado sus incesantes riñas, que Maniel arbitraba con buen humor. El maestro Duom, que había renunciado a su rol de profesor, mantenía con Camille charlas apasionantes sobre el arte del Dibujo, mientras que Edwin y Ellana no se separaban ni un instante.

El tiempo se había suavizado y las incursiones precoces del invierno apenas eran un mal recuerdo. Un otoño radiante se iba instalando poco a poco; tan radiante como

la sonrisa de Salim cuando su mirada se cruzaba con la de Camille.



*Los hombres del Norte no son mejores dibujantes que los demás alavirienses.
Algunos incluso están desprovistos de ese don. Sin embargo, la sangre de
Merwyn Ril' Avalon fluye realmente por sus venas...*

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

La Ciudadela era vertiginosa.
Se alzaba sobre un pico rocoso desde el que se dominaba toda la llanura, y sus altas murallas se confundían con las losas verticales a las que prolongaban. Tres poderosas torres se lanzaban al asalto de los cielos, mientras que otra, coronada por una cúpula de cristal, parecía alcanzarlo.

Edwin señaló la cúpula iluminada por el sol de la mañana.

—¡La Atalaya! —exclamó—. Merwyn se ocupó de que medio Imperio fuera visible desde ahí arriba.

Salim contempló en silencio la torre y después al maestro de armas. Como no lograba dilucidar si éste estaba hablando en serio, reprimió un comentario descortés. La reprimenda de Camille de hacía unos días había calmado un poco su excesiva ironía y, desde entonces, procuraba adoptar una actitud más afable.

—¿No hay una ciudad? —se sorprendió Camille.

—Sí, se encuentra al abrigo de las murallas, al otro lado del pico —explicó Edwin—. ¡Mirad, vienen a buscarnos!

En efecto, un grupo de caballeros había aparecido en la cima de una elevación cercana y se dirigía hacia ellos. Los fronterizos cubrieron rápidamente la distancia que los separaba del grupo de compañeros, deslumbrando a Camille con su maestría ecuestre.

Al llegar a su lado, se escindieron en dos filas que volvían a cerrarse detrás de la

carreta; luego dieron media vuelta y se detuvieron a su altura. Llevaban la misma armadura de cuero oscuro que Edwin, y el mismo sable asomaba por detrás de sus hombros.

Aguardaban inmóviles y en silencio. El viento añadía su canto sibilante a la singularidad de la escena; Camille se estremeció. Los fronterizos no tenían la misma estatura que los hombres de la Legión Negra y su armadura era sencilla. Y sin embargo, le resultaban más impresionantes si cabe.

Edwin hizo avanzar un paso a su caballo. Frente a él, un fronterizo lo imitó. Camille abrió los ojos de par en par al descubrir la trenza rubia que se agitaba en su espalda y los rasgos armoniosos de su rostro: el fiero caballero era una mujer.

Edwin levantó la mano. La guerrera, briosa, hizo lo mismo.

—¡Honor y coraje! —exclamaron a la vez.

Como si esa fórmula hubiera marcado el final de un saludo protocolario, los caballeros soltaron unos aullidos de alegría y pusieron pie a tierra de un salto. Rodearon a Edwin y luego lo bajaron de su caballo sin dejar de aclamarlo. En más de una ocasión, Camille oyó que lo llamaban el príncipe de las Marcas. Su guía era adorado por su pueblo, que al parecer veía en él la única razón de su imprevisible triunfo sobre los raïs.

Finalmente, Edwin lanzó un grito.

—¡Escuchadme!

Se hizo el silencio y él continuó:

—¡No he estado solo! Estos compañeros, auténticos hermanos de armas, me han ayudado. ¡Sin ellos, nada hubiera sido posible!

Retumbaron nuevas exclamaciones, que Edwin calmó con un gesto de su mano.

—Pero la que posee todo el mérito de la victoria, la que despertó a los Centinelas después de vencer a un mentai, la que liberó al Guardián de Al-Poll, está aquí. ¡Hijos e hijas de Merwyn, aquí tenéis a Ewilan Gil' Sayan!

Todos se volvieron hacia Camille, que se ruborizó y, aunque quiso hablar, no consiguió que ninguna palabra saliera de su boca. Un silencio total reinaba en la asamblea. Camille estaba siendo observada por decenas de miradas impenetrables y, aunque no era tímida, la situación la abrumaba.

De pronto, la guerrera que había saludado a Edwin alzó ambos brazos a la altura de su rostro y se puso a golpear una palma contra la otra. Comenzó a un ritmo lento y, uno tras otro, los fronterizos se unieron a ella. El clamor de aquel homenaje se elevó, salvaje y envolvente. El silencio que le sucedió acrecentó aún más la solemnidad del momento.

—Me parece que esperan un discurso —susurró Salim al oído de su amiga.

Camille sintió que los latidos del corazón se le aceleraban. Por muchas ganas que hubiera tenido de lanzarse a hacer una declaración, no habría podido.

—Venga, ánimo, colega —continuó Salim en un murmullo—. Eres una estrella, apechuga...

La muchacha se obligó a respirar hondo y suplicó a Edwin con la mirada.

—Amigos —soltó éste—, Ewilan es quien ha salvado el Imperio, pero también es una jovencita que lleva una eternidad sin dormir en una cama de verdad. Está cansada, agotada incluso. ¿No le ofreceréis la hospitalidad de la Ciudadela?

Los fronterizos reaccionaron al instante y saltaron a sus caballos, a los que hicieron voltear, mientras la guerrera se aproximaba a Camille.

—¿Nos harás el honor de cabalgar en nuestra compañía?

Camille solicitó la aprobación de Edwin, que asintió con la cabeza.

—Soy una principiante montando —respondió ella—, incapaz de imitar vuestras proezas, pero me uniré a vosotros con placer y con orgullo.

Bjorn dio una palmada a Salim en el hombro.

—¿Cómo se lo hace para conservar semejante aplomo? —le murmuró—. Yo en su lugar habría farfullado cualquier frase ridícula...

—No lo sé —admitió Salim—. Yo tampoco lo habría hecho muy bien.

—¡Por eso no estáis vosotros en su lugar! —se burló Ellana.

La joven marchombre se había acercado a ellos con una sonrisa de oreja a oreja. De repente, frunció las cejas con aire molesto: la guerrera que había invitado a Camille se había aproximado a Edwin hasta tocarlo.

—Me alegro de volver a verte —le confió ella—. Estos meses sin ti me han dejado el corazón triste.

—La separación también ha sido difícil para mí —respondió él—. He pensado en ti a menudo, Siam, y te he echado mucho de menos.

La joven guerrera sonrió largamente, iluminando su rostro. Depositó un beso en la mejilla de Edwin, saltó a su silla sin dignarse a utilizar el estribo y a continuación dio media vuelta en dirección a Camille.

—¡Adelante, Ewilan de Gwendalavir! El señor de la Ciudadela nos espera: está ansioso por escuchar el relato de tus aventuras.

Siam presionó los flancos de su montura y los fronterizos se lanzaron a seguirla. Camille sólo tuvo que hacerle un gesto a *Acuarela* con las rodillas para que ésta saliera disparada también. Enseguida se alejaron, y entonces las palabras de Ellana resonaron en el silencio que había vuelto a caer bruscamente.

—¡No sé lo que pensáis vosotros, pero a mí esa chica me parece tan sosa como vulgar!

Edwin simuló no haberlo oído, mientras que los demás, prudentes, se guardaron bien de hacer el menor comentario.



No me gustan los raís. No tienen ningún sentido de la estética.

Merwyn Ril' Avalon.

Bjorn había renunciado a dejarse crecer la barba. Estaba acabando de afeitarse, mientras se justificaba ante un Salim guasón:

—Verás, muchacho, los pelos pican de una manera atroz, no mantienen realmente el calor y estropean mi encanto ocultando mis rasgos orgullosos y viriles.

Salim se echó a reír con tanto brío que el caballero se sobresaltó y se hizo un corte en la mejilla con el filo de su cuchilla de afeitar.

—Eres un botarate —protestó—. ¿Cómo quieres que esas fronterizas tan guapas me consideren en mi justo valor si me presento desfigurado?

—No hay de qué preocuparse, Bjorn —respondió Salim, que tenía dificultades para reprimir su excitación—. Eres tan feo, con barba o sin ella, rajado o sin rajar, que las chicas de la Ciudadela tendrán pesadillas durante siglos.

—¡Estás celoso —replicó el caballero—, eso es todo!

Maniel, que asistía al enfrentamiento sonriente y sentado en un sillón con los pies sobre una mesa baja, intervino.

—A mí me gustabas más barbudo —declaró.

—¿De veras? —se sorprendió Bjorn.

—¡Pues claro! ¡Las cosas feas, cuanto menos se ven mejor se llevan!

Bjorn, mosqueado, volvió la espalda a sus amigos.

—Sois unos envidiosos —farfulló—, nada más... Un canijo que se cree ingenioso y una especie de armario estúpido...

Salim se disponía a contestar cuando alguien llamó a la puerta.

El maestro Duom entró sin esperar respuesta y se plantó ante ellos. Estaba

impresionante con su hermoso traje de terciopelo verde y la espalda erguida como un palo.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Aún no estáis listos? Os recuerdo que el señor Hander Til' Illian nos recibirá en solemne audiencia antes del banquete previsto para celebrar la liberación de los Centinelas y la victoria que se aproxima. Este personaje legendario no es menor en importancia que el emperador. Ser poco puntuales constituiría un grave insulto, aunque no sería ninguna sorpresa viniendo de unos patanes como vosotros.

Bjorn aprovechó que el analista estaba recobrando el aliento para intervenir.

—¡Estamos listos! —gritó—. ¡Le seguimos!

El maestro Duom frunció el ceño.

—¿Te has afeitado? —observó—. Vaya idea. Yo creo que la barba atenuaba tu fealdad.

Salim dejó escapar un alegre cacareo, que provocó una mirada furibunda en el analista.

—¡Espero que sepas comportarte, joven! —lo amonestó éste—. Los fronterizos tienen un sentido muy estricto de la educación y un código de honor muy riguroso. Si te haces el impertinente, te desafiarán a un duelo en menos tiempo del que necesita una idea para atravesar tu cerebro atrofiado. ¿Lo has entendido?

—¡Entendido, jefe! —se burló Salim.

El maestro Duom alzó los ojos al cielo y luego se volvió hacia Maniel.

—Tú eres de lejos el más sensato de los tres, así que te encomiendo que los vigiles. Ya tengo bastantes preocupaciones con la inevitable confrontación entre Ewilan y Elea Ril' Morienvál como para tener que ocuparme de unos granujas maleducados. ¡Y ahora, vamos allá!

Tras estas palabras, giró sobre sus talones y se adentró en el pasillo. Salim agarró a Bjorn de la manga.

—¿Duelos? Está de broma, ¿no?

—No, amigo. Las Marcas del Norte son un territorio salvaje y peligroso, a imagen de quienes viven en él. Siempre he oído decir que los fronterizos tienen un rudimentario sentido del humor y que con frecuencia resuelven sus diferencias a golpe de sable.

Salim silbó con suavidad.

—¿Camille corre peligro de que la desafíen a un duelo?

—Elea Ril' Morienvál tiene amigos en la Ciudadela; gente a la que tal vez no complazca que alguien la cuestione.

—¡Pero si es una traidora! ¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Falso! La mayoría de los alavirienses lo ignoran. Además, al restablecer a los Centinelas en sus funciones, Sil' Afian ha dado a entender implícitamente que les perdonaba su deserción. Y los fronterizos nunca aceptarán que alguien discuta una decisión del emperador.

Salim estaba presto a protestar cuando Maniel le empujó fuera de la habitación.

—¡Adelante! Si llegamos tarde, el maestro Duom será capaz de decir que es culpa mía.

Los tres amigos avanzaron por los pasillos de la Ciudadela procurando no apartarse del recorrido que ya conocían. A Salim le parecía estar recorriendo una fortaleza medieval, si bien los inmensos ventanales, las estructuras metálicas y la decoración no tenían nada que ver, en sentido estricto, con la Francia de la Edad Media. Al fin había encontrado un tipo de construcción que combinaba alegremente sus conocimientos históricos con su gusto por lo fantástico. Estaba en la gloria.

Se reunieron con sus compañeros en la sala de ceremonias. La estancia era tan amplia, que el puente de un navío y enormes pilares de mármol rosa sostenían un techo todo abovedado. El suelo, una única losa de cristal traslúcido, dejaba ver, una decena de metros más abajo, un profundo estanque de agua límpida donde peces de colores, algunos de ellos de más de un metro de longitud, nadaban plácidamente. A Salim le costó desviar la atención de ellos. A pesar de la presencia de varias docenas de personas, el suelo estaba perfectamente limpio y uno tenía la sensación de estar flotando en el aire. En un extremo de la sala, un tigre de jade sostenía un trono tallado en una madera preciosa de vetas doradas. El señor Hander Til' Illian se encontraba sentado en él.

Su extraordinario parecido con Edwin dejó a Salim muy sorprendido. Poseían los mismos rasgos angulosos, la misma mirada gris acerada y la misma altura. El señor fronterizo llevaba la armadura de cuero de su pueblo y, aunque parecía de edad muy avanzada, no por ello resultaban menos impresionantes su fuerza y su carisma.

Camille y Edwin estaban de pie ante él, mientras Ellana y el maestro Duom se mantenían algo apartados, en medio de un grupo de fronterizos.

Salim se habría escabullido hasta su amiga si Ellana no lo hubiera agarrado firmemente del hombro.

—Guarda las formas, pequeño monstruo —le susurró en tono amenazante.

Hander Til' Illian se levantó en el momento en que dos personas, cubiertas por las sombras del trono, daban un paso al frente.

—Es ella —murmuró Salim al oído de la marchombre—. ¡Ésa es la mujer que traicionó a los padres de Camille! Y el hombre que está a su lado también es un Centinela: lo vi en Al-Poll.

También Camille había distinguido a Elea Ril' Morierval.

Los ojos de la mujer se clavaron en los de ella y, suavemente, una sonrisa afloró a sus labios. Exhibía tal altivez, que Camille se sobresaltó. De repente, detestó a aquel ser odioso. Apretó los puños mientras recordaba las palabras de Edwin: la Ciudadela era equivalente a un Hiato, de modo que allí la Imaginación no era accesible. Sin embargo, en aquel preciso instante, nada le hubiera hecho sentir mejor que dibujar un cubo de agua helada para volcarlo sobre la cabeza de la Centinela.

El señor de los fronterizos terminó su discurso y los aplausos recorrieron la

asamblea. Camille tomó conciencia de que no había prestado atención. Echó un vistazo alrededor y se tranquilizó al comprobar que nadie esperaba que ella tomase la palabra.

Como si hubiera captado su turbación, Elea Ril' Morienvál sonrió más ampliamente, se inclinó y murmuró una frase al oído de su vecino, que soltó una risa leve.

La multitud rodeó a Edwin para felicitarlo y Salim fue al lado de Camille.

—¿Has visto cómo me ha mirado esa serpiente? —se indignó ésta.

—No le hagas ningún caso por ahora —la atemperó Salim—, ya le daré más tarde su merecido.

—Te estás volviendo pretencioso —observó Camille—. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Aún no lo he pensado —admitió Salim—, pero eso no es ningún problema. Puedo encontrar mil maneras en diez segundos. No olvides que, durante mi ausencia, viví con una marchombre...

—Una ausencia de tres días, Salim, en lugar de los tres años previstos. Supongo que Ellana, incluso con un alumno tan brillante como tú, habrá tenido que reducir sus ambiciones...

—No seas tan escéptica —protesto él—. Mira...

Rozó el brazo de Camille con un gesto suave y rápido a la vez y, después de prolongar el suspense unos cuantos segundos, abrió la mano.

—Pero... ¡si es mi portamonedas! —se sorprendió la muchacha.

—¿Qué dices ahora, colega? —se mofó Salim—. ¿Continúas dudando de mí?

—En absoluto —admitió ella de buen grado—. ¡Eres todo un profesional, lo admito! Tan sólo un pequeño detalle: en ese portamonedas está la esfera gráfica ts'lich.

—¿Sigues guardando esa cosa horrible? —Salim hizo una mueca—. ¿A qué esperas para deshacerte de ella? No te sirve de nada...

—Quién sabe, Salim, quién sabe...

Bjorn llegó en aquel momento y cogió del brazo a los dos adolescentes para llevárselos.

—El banquete de bienvenida se sirve en la sala de al lado —anunció—. Acabo de localizar el lugar. Ewilan, tú tienes el honor de sentarte a la derecha del señor Til' Illian, así que estarás alejada de nosotros. Pero no te preocupes: yo velaré para que Salim no coma con los dedos.

Y prosiguió, adoptando una postura presuntuosa:

—Dime, jovencita: ¿qué te parezco sin la barba?

—¡Estás encantador, Bjorn! ¡Encantador a más no poder!

El caballero se echó a reír y propinó a Salim un empujón que a punto estuvo de arrojarlo al suelo.

—Ya lo ves, chico —exclamó—, ¡la verdad siempre vence!



Las dimensiones de la sala de banquetes se asemejaban a las de la sala de ceremonias.

La mesa central, de casi veinte metros de longitud y repleta de unos víveres a cuál más apetitoso, resultaba impresionante. Edwin se aproximó a Camille.

—Esta fiesta es un evento excepcional —explicó, algo incómodo—. Habitualmente, los fronterizos son mucho más sobrios...

Ella asintió con la cabeza y avanzó hacia el lugar que le habían reservado, lamentando tener que separarse de sus amigos. Sólo tenía delante a Edwin. Elea Ril' Morienvál se colocó cerca de éste y dirigió a Camille una sonrisa exagerada. La muchacha se estremeció. Pero el colmo fue que el otro Centinela se situara a su derecha. Edwin le dio ánimos guiñándole el ojo, pero eso sólo la reconfortó a medias.

El señor Til' Illian hizo un amplio ademán con la mano y los invitados se sentaron. Él permaneció en pie y, con los puños apoyados sobre la mesa, se inclinó hacia la asamblea.

—Amigos —expuso con voz fuerte—, hoy celebramos un acontecimiento excepcional: la victoria sobre los raïs, nuestros eternos enemigos. Nosotros, los fronterizos, hemos cumplido con nuestro deber. Hemos luchado sin tregua y sin temor. Pero este triunfo no nos pertenece. Es el triunfo de Ewilan Gil' Sayan y de nuestros fieles Centinelas. ¡Propongo un brindis en su honor!

Dando ejemplo, el patriarca levantó su pesada jarra de cristal por encima de la cabeza. Los comensales lo imitaron, coreando ruidosamente.

Cuando volvió la calma a la sala, el Centinela que estaba sentado junto a Camille se levantó a medias.

—Señor...

—¡Holts Kil' Muirt! —exclamó el patriarca—. Tienes la palabra. Te escuchamos, pues tu sabiduría es grande y te debemos la libertad.

El Centinela asintió con un gesto de la cabeza y aguardó un silencio completo antes de hablar.

—Quisiera darle las gracias —comenzó el hombre—. Su reconocimiento nos llega directo al corazón. Colaborar con unos guerreros tan orgullosos como los fronterizos por el bien del Imperio es un honor que muchos nos envidian. No obstante y con toda humildad, debo corregir algo que ha dicho: todo el mérito de la victoria le corresponde a usted. Nosotros, los Centinelas, somos en parte responsables de la peligrosa situación en que se encontraba Gwendalavir. El emperador y usted mismo han mostrado la grandeza suficiente como para perdonar nuestras faltas, y quiero reiterar aquí nuestra absoluta lealtad.

Hander Til' Illian asintió con satisfacción.

—Usted, señor —continuó Holts Kil' Muirt—, ha hablado de los Centinelas como si éstos hubieran participado en la batalla. Nada más lejos. Sólo diez de ellos

combatieron contra los raïs. Sólo diez de ellos se opusieron a la estratagema ts'lich. ¡Sólo diez de ellos se pusieron del lado del emperador! ¡Para mi gran vergüenza, hubo dos lo bastante débiles como para huir del combate, como para esconderse y deshonorarse! ¡Su hija ha contribuido a salvar el Imperio, pero Altan y Elicia Gil'Sayan son unos cobardes, indignos de que se les mencione hoy aquí!

De pronto, se oyó una explosión de cristal.

Camille acababa de estrellar contra el pómulo de Holts Kil' Muirt la pesada jarra que sostenía con su puño crispado.

A causa del impacto, el hombre lanzó un alarido de dolor y se tambaleó hacia atrás. Estallaron gritos y numerosos comensales se levantaron de sus asientos.

El orador se irguió. Una herida horrible surcaba su mejilla, pero él estaba sonriendo.

El señor Til' Illian soltó un rugido salvaje y el guirigay se aplacó para dejar paso a un silencio casi absoluto. La voz de Holts Kil' Muirt retumbó en la sala rezumando odio.

—Mi honor ha sido mancillado. Sólo la sangre podría limpiarlo. ¡Exijo un duelo!

—¡Eso es imposible!

Era Edwin quien había gritado, con el rostro deformado por la ira.

—¡Tú has insultado a Ewilan a propósito injuriando a sus padres! Nadie sabe con certeza lo que sucedió hace siete años, cuando tú cometiste traición, pero la lealtad de ellos dos está por encima de toda sospecha y bien que lo sabes. Eres una serpiente, pero tu perfidia está abocada al fracaso. Ewilan es una niña. ¡No se la puede desafiar a un duelo!

Elea Ril' Morienvál tomó la palabra en un tono suave como la seda y cortante como una cuchilla.

—¿Realmente puede decirse de una muchacha que se sienta a la derecha del señor de la Ciudadela, de una muchacha que venció al Guardián de Al-Poll y que asesinó a un mentai, que todavía es una niña?

Su argumento cayó sobre la asamblea como un mazo. Edwin palideció y se volvió hacia Hander Til' Illian.

—Padre...

El anciano pareció abatido, pero cuando volvió a levantar la cabeza, la decisión estaba tomada.

—Edwin, convengo contigo en que Altan y Elicia son honrados, y desapruebo totalmente este duelo...

Continuó, con la mirada puesta en su hijo:

—... pero no puedo prohibirlo. Nuestra ley es inapelable. Aunque las palabras de Holts Kil' Muirt están repletas de falsedad, el gesto de Ewilan constituye una agresión imperdonable. El duelo tendrá lugar esta noche, en la Pradera Alta.

Hubo exclamaciones, pero cuando Edwin abatió su puño sobre la mesa, el silencio regresó. Sepulcral. Clavó sus ojos en los del Centinela.

—Eres un ser miserable —articuló—. ¡Más abyecto que un ts'lich! Perecerás bajo mi filo; te lo juro por la memoria de mis antepasados.

La sentencia cayó como un rayo.

Holts Kil' Muirt empalideció, aunque no perdió la sonrisa. Las miradas se volvieron entonces hacia Camille, que había recuperado la serenidad.

—Mis padres no cometieron traición —anunció en voz alta y clara—. Lo sabéis todos tan bien como yo. Estoy convencida de que siguen con vida, aunque ignoro dónde se encuentran. Quiero seguir siendo digna de llamarme hija suya, así que no me escabulliré de este duelo. Sabed, con todo, que albergáis entre vosotros a unos monstruos que continúan maquinando en la sombra. ¡Tened cuidado, fronterizos, pues buscan vuestra perdición!



Vosotros sois la élite de los ejércitos imperiales, no cabe duda de ello. Sin embargo, no olvidéis la suerte que corrieron los diez soldados de la Legión Negra que, sin quererlo, provocaron a un fronterizo y su esposa. Y si no lo recordáis, preguntad por lo sucedido al único que sobrevivió...

Edwin Til' Illian, discurso a los aspirantes de la Legión Negra.

No entiendo nada! ¿Por qué quieren deshacerse de Camille y por qué han elegido este momento y este método?

Maniel acababa de resumir con palabras sencillas lo que intrigaba a la mayor parte de los fronterizos.

El banquete no se había celebrado.

El señor Til' Illian, dividido entre su deber y sus certezas, se había levantado y había abandonado la sala. Los amigos de Camille se habían acercado a ella mientras una agitación increíble se apoderaba de la asamblea. Los dos Centinelas habían aprovechado para eclipsarse de forma discreta.

Edwin se había llevado a sus compañeros al exterior y ahora se encontraban en un salón tranquilo.

—Pues es bien simple —explicó el maestro de armas—. Los Centinelas han fracasado. El emperador cree que más bien se trató de un error de juicio que de una auténtica felonía y por eso les ha otorgado su perdón. Las cosas serían hartamente distintas si averiguase las verdaderas intenciones de Morienvál y de Muirt. Pero Ewilan es la única persona que aún puede demostrar su traición.

—¿Cómo? —se sorprendió Bjorn.

—¡Liberando a mis padres! —intervino Camille—. No sé dónde están ni qué los retiene prisioneros, pero acabo de comprender que esos dos hipócritas ya no pueden

alcanzarlos. Elea Ril' Morienvál sólo teme una cosa: que yo los encuentre y que ellos le pidan cuentas. Sabe que soy capaz de hacerlo y por eso quiere quitarme de en medio. En cambio, no logro entender por qué me han desafiado de una manera tan torpe, aun a riesgo de ganarse la enemistad de los fronterizos. Honestamente, y aunque soy prudente respecto a mis afirmaciones, estoy convencida de poseer más poder que ellos dos juntos. ¿A qué viene este duelo?

Edwin suspiró largamente antes de tomar la palabra.

—La respuesta, Ewilan, se encuentra en lo que aún ignoras. La Pradera Alta es el nombre de un patio de la Ciudadela, por lo que resulta imposible dibujar allí. ¡Los duelos de los fronterizos se libran con sable!

Bjorn lanzó una sarta de maldiciones y Salim se puso en pie de un salto.

—¡Pero eso es una locura! —gritó—. ¡Un asesinato organizado! Camille nunca ha empuñado un arma. ¡Hay que hacer algo!

—¿No has oído al señor de la Ciudadela? —replicó Edwin, apretando las mandíbulas—. Conozco bien a mi padre. Es consciente de lo que ocurre y lo impediría si estuviera en su mano, pero no puede hacer nada. ¡La ley está del lado de Muirt!

—¡Estamos perdiendo el tiempo en palabrería inútil! —exclamó Ellana de pronto—. Se impone tomar ciertas decisiones. Camille, ¿estás de acuerdo en escaparte, en huir de este duelo?

—No.

—Me lo figuraba. En tal caso, me ocuparé de ese maldito cobarde. No habrá ningún duelo y...

—No cuentes con ello —la interrumpió Edwin—. Está encerrado junto con Elea Ril' Morienvál en la Atalaya, la única sala de la Ciudadela donde es posible dibujar. Allí están sus aposentos y sólo los dibujantes del más alto nivel tienen acceso a ellos. Ewilan podría entrar sin dificultad, pero dudo que acepte arreglar el asunto a tu manera.

Ella cerró los ojos.

—Si es así, Camille, vas a batirte. Tenemos seis horas por delante. Edwin, necesitamos un lugar tranquilo donde entrenarnos. ¿Te parece factible?

Antes de que el maestro de armas hubiera podido responder, alguien llamó a la puerta.

El maestro Duom fue a abrir.



La joven rubia que los había recibido en la llanura se encontraba en el umbral.

—Vengo a ofreceros mi ayuda —anunció.

Ellana se disponía a desairarla cuando Edwin se levantó y avanzó hacia ella.

—Entra, Siam —declaró—. Me alegro de que estés aquí.

Luego se volvió hacia sus compañeros.

—No he tenido tiempo de presentaros a mi hermana pequeña, Siam.

El suspiro de alivio que dejó escapar Ellana ante el anuncio de aquella relación de parentesco sólo fue percibido por el maestro Duom, que era demasiado listo como para permitirse un comentario.

Siam llevaba un objeto largo envuelto en seda violeta.

—He traído esto para Ewilan: mi primer sable. Es ligero, adecuado a su altura y edad. Y también puedo, si ella quiere, ayudarla a prepararse para el duelo.

—Siam nació con una hoja afilada debajo del brazo —precisó Edwin—. ¡No le desearía a nadie tener que enfrentarse a ella!

Camille había seguido el diálogo como si aquello no fuera con ella. Acababa de intentar, por cuarta vez, expandirse en la Imaginación. ¡Fue en vano! Tenía la horrible sensación de que la situación se le escapaba por completo. Sin embargo, se obligó a sonreír dirigiéndose a la joven.

—Muchas gracias. No sé si resultará útil, pero se lo agradezco mucho.

—Ya basta de ideas negativas —reaccionó Ellana—. Vamos a ocuparnos de ti y esta noche me darás el placer de cortar a ese hijo de ts'lich en pedacitos. ¡Manos a la obra!

Cogió a Camille de la mano y la obligó a levantarse. Siam se dirigió a su hermano.

—Podríamos utilizar la sala de armas pequeña. ¿Qué te parece?

Edwin se limitó a asentir con la cabeza. Las dos jóvenes y Camille abandonaron la estancia.

Salim se volvió hacia Bjorn en busca de una chispa de esperanza.

—¿Realmente podrán enseñarla a luchar?

El caballero observó a sus compañeros antes de responder, con un nudo en la garganta:

—No, chico; se comportan así para que la espera sea menos tensa. Es imposible enseñar a alguien el manejo del sable en una sola tarde. Ni siquiera en dos, en diez o en cien. ¡Ewilan no tiene ninguna oportunidad en este duelo!



La Imaginación es una dimensión, un universo, pero inhabitado. Tan sólo los dibujantes, recorriendo las Espiras, hacen breves incursiones en ella. Esto es lo que se admite comúnmente; pero ¿es toda la verdad? ¿No somos como ciegos que, al tocar una puerta, creen topar con un muro?

Duom Nil'Erg, *Diario personal*.

Camille barrió con la mirada la Pradera Alta. Una amplia terraza sin parapeto colindaba por tres de sus lados con una multitud de construcciones y de espacios abiertos, protegidos por las impresionantes murallas exteriores. Un balcón la dominaba, repleto de gente.

En un extremo del patio, Holts Kil' Muirt aguardaba inmóvil. Los amigos de Camille estaban mezclados con los espectadores, pero el señor de la Ciudadela había velado por que estuvieran desarmados y bien rodeados, con el fin de evitar cualquier intervención. ¡Hasta Salim estaba cercado por dos fronterizos dispuestos a retenerlo!

Edwin se había pasado la tarde vociferando, tratando en vano de convencer a su padre de que prohibiera el duelo.

Camille se lo estaba imaginando en este instante, con los músculos hechos un nudo y los puños crispados. Los guardias encargados de su vigilancia no debían de tenerlas todas consigo.

Sonrió con amargura al sentir el dolor que le recorría el antebrazo. ¡Ellana y Siam la habían hecho trabajar duramente! «Tienes que sorprender a ese hijo de ts'lich — había recalcado Ellana—. Está seguro de poder matarte sin dificultad y no desconfiará. ¡Así es como puedes vencerlo!».

Camille asió con más fuerza su sable, tal como le habían enseñado. No pudo dejar de admirar la belleza del arma: su filo era temible y era maravillosamente

equilibrada.

¿De veras tenía alguna oportunidad?

Holts Kil' Muirt comenzó a avanzar en su dirección.

Camille dejó su mente en blanco y utilizó cada parcela de su voluntad para expandirse en la Imaginación, pero fue expulsada en una fracción de segundo. «Resbalaba», igual que en el bosquecillo, cuando se enfrentó a los lobos.

Pero esta vez no renunció.

Volvió al ataque, intentando abrirse paso a la fuerza. Durante un breve instante le pareció que lo lograba, pero fue expulsada otra vez.

Holts Kil' Muirt ya sólo estaba a unos diez metros. Una sonrisa siniestra deformaba su rostro.

Como un relámpago, los consejos de Siam y de Ellana desfilaron por la mente de Camille. Colocación, guardia, centro, asaltos, paradas, fintas...

De nuevo se lanzó a la conquista de las Espiras.

—*¡Estoy trabajando, maldita sea! ¡Dejadme en paz de una vez!*

Aquellas palabras habían restallado en su cabeza, en un tono de exasperación pero sin ser pronunciadas en un carácter amenazador.

Camille estuvo a punto de flaquear y perder el contacto de puro estupor. Se contuvo por los pelos. Sabía que Holts Kil' Muirt iba a tocarla. Sólo podía hacer una cosa.

—*¡Necesito ayuda! ¡Rápido!*

El vacío pareció durar una eternidad. Camille se mantenía en inestable equilibrio en la frontera de la Imaginación. Las Espiras le seguían resultando inaccesibles. Su única oportunidad radicaba en esa voz, que resonó otra vez, más amistosa.

—*Sí, ya lo veo... Utiliza la esfera gráfica, que yo me ocupo de su sable.*

Camille abrió los ojos. ¡Holts Kil' Muirt ya estaba ahí!

La muchacha soltó su arma y se metió la mano en el bolsillo.

El hombre alzó su filo. En el balcón, la agitación *in crescendo* desde hacía unos minutos alcanzó el paroxismo. Varias siluetas entrechocaron. Durante un segundo aterrador, Camille creyó que no lograría desatar los cordones de su portamonedas, tan febriles e ineficaces se agitaban sus dedos. Lo consiguió en el instante en que el sable se abatía sobre su cuello.

Apretó los dientes a la espera de un dolor atroz...

Pero sólo hubo un golpe más bien sin fuerza.

Delante de ella, Holts Kil' Muirt observaba con aire estúpido el cilindro de cartón que sostenía en su puño. Camille actuó sin reflexionar más: extendió el brazo y arrojó vigorosamente la esfera ts'lich contra la frente de su adversario. El resultado superó de lejos sus esperanzas más disparatadas.

Tras un chisporroteo espantoso, se olió un hedor nauseabundo y el hombre lanzó un alarido mientras extendía los brazos y, sin dejar de gritar, caía de rodillas. Camille dio un paso atrás. Le temblaba todo el cuerpo. La esfera rodó libre por el suelo, pero

Holts Kil' Muirt no se levantó. Su grito se extinguió en un gorgoteo y él se desplomó bocabajo. Sus pies se agitaron durante un breve instante y después quedó inmóvil.

Un largo escalofrío recorrió la espalda de Camille y un sudor frío perló su frente y sus sienes. No soportaba la idea de haber matado a un hombre, aunque se tratara de un asesino en potencia. Sintió náuseas.

—*No está muerto, pequeña, sólo está aturdido, lo cual está muy bien. ¡Transformarse en rábano representa para él una evolución inesperada!*

La voz se había vuelto a elevar en su mente, teñida de un humor tonificante.

—¿Quién... quién está hablando? —balbució Camille.

Nadie contestó.

—¡Camille!

Se dio la vuelta.

Salim había saltado desde el balcón y se estaba poniendo en pie con dificultad. Fue hacia ella cojeando ligeramente.

—¿Qué ha pasado? —jadeó.

Camille sonrió. Los brazos ya no le temblaban, pero las piernas apenas la sostenían.

Señaló una puerta que acababa de abrirse dejando paso a Ellana, Edwin y una multitud de fronterizos.

—Había una escalera, Salim. Siempre tienes que dar la nota...

Unos puntos negros empezaron a bailar delante de sus ojos y prosiguió en un murmullo:

—Es un defecto muy feo...

Se puso pálida y se derrumbó lentamente. Salim sólo tuvo tiempo de extender el brazo para recogerla. Cuando llegaron sus compañeros, la sostenía estrechándola contra sí.

—No es nada —susurró—. Sólo se ha desmayado.

Nunca nadie había visto en su rostro semejante expresión de plácida felicidad.



El Pollimag es la columna vertebral del Imperio, y el Gran Océano del Sur, sus pies. Los piratas alinos son la espina clavada en esos pies. ¡Desde hace siglos! Y todos los intentos por eliminar esa espina han fracasado. Unos pocos dibujantes han logrado abordar el archipiélago. Pero nunca se les ha vuelto a ver.

Señor Sai Hil'Muran, *Diario de a bordo.*

Guando Camille recobró el conocimiento, estaba tumbada en una confortable cama, en una habitación suavemente iluminada por la claridad que se filtraba a través de las cortinas echadas.

Estornudó al sentir que un olor agrio invadía sus fosas nasales. El anciano que estaba inclinado sobre ella se irguió cuando abrió los ojos. Casi calvo, lucía una larga barba blanca y sus ojos, de un azul muy claro, reflejaban inteligencia.

—¿Merwyn? —susurró Camille.

Al anciano se le escapó una risa que hizo resaltar el brillo de sus dientes.

—¡Soy viejo, pero no tanto!

—Gracias, Thuy —pronunció la voz de Edwin—. Has sido tan eficaz como de costumbre.

—Esta jovencita sólo ha sufrido una lipotimia. Nada demasiado grave, pues las sales han bastado para reanimarla. Pero si por azar hubiera algún problema, no dudes en avisarme.

Camille se sentó en la cama.

Ahí estaban sus amigos, contemplándola como a alguien que se ha curado por obra de un milagro. También Salim, mudo por una vez, la miraba con los ojos abiertos como platos. La puerta se cerró detrás del sanador y Bjorn, que ya no podía

contenerse más, lanzó un grito de alegría que hizo sobresaltar al maestro Duom.

—¡Pedazo de majadero! —refunfuñó éste—. ¿Acaso quieres que me muera de un infarto?

El analista atemperó su diatriba con una sonrisa a duras penas disimulada y luego se dirigió a Camille, con una voz trémula de impaciencia.

—¿Cómo has conseguido semejante hazaña?

—He utilizado la esfera ts'lich —explicó ella—. ¡Ahora entiendo por qué nadie puede tocarla! Es una piedra que...

—¡No! —interrumpió el maestro Duom—. No estoy hablando de la esfera gráfica, aunque el hecho de utilizarla como lo has hecho da fe de tu inteligencia. Lo que quiero saber es cómo te las has apañado para el dibujo.

—¿El dibujo?

—¡Sí, ya me has oído! —se enfureció—. Dibujar en la Ciudadela es imposible; no he detectado ningún uso del poder, y sin embargo has logrado transformar el sable de Holts. ¿Qué ha sucedido?

Se hizo el silencio.

Camille no sabía si hablar.

Fue la mirada inquisitiva del analista lo que la hizo optar por callar. Aún ignoraba demasiadas cosas sobre lo que había pasado. Necesitaba pensar en ello, informarse, y temía que la curiosidad del maestro Duom fuera un obstáculo a sus pesquisas.

—No sé cómo ha podido ocurrir algo así —mintió.

El viejo analista soltó un gruñido de contrariedad. Edwin tomó la palabra.

—Traigo noticias —anunció—. Has permanecido desmayada el tiempo suficiente para que la Ciudadela recuperara la calma. Así que puedo comunicarte que los fronterizos están de tu lado, incluidos los cascarrabias a quienes ha disgustado que el duelo no se desarrollara según marca la tradición. Nadie se ha tragado las maniobras de Holts Kil' Muirt.

Camille mostró una amarga sonrisa.

—Todos están conmigo, pero se han limitado a aguardar tranquilamente mi ejecución. ¡Vaya una lógica la de tus amigos fronterizos!

Edwin pareció incómodo, así que Camille no quiso insistir.

—¿Y la otra noticia? —quiso saber.

—Elea Ril' Morienvál ha desaparecido. Ha realizado un paso al otro lado, lo que equivale a una confesión en toda regla. Los comentarios circulan sin parar por toda la Ciudadela y no abogan en su favor.

Camille se volvió hacia el maestro Duom.

—¿Puede localizarla?

—No. Los demás Centinelas, en cambio, se han manifestado: se desentienden de los actos de Elea Ril' Morienvál y Holts Kil' Muirt. Y aprovechan para alabar la actitud de tus padres, minimizar su culpabilidad y precisar que no tienen ni idea del lugar donde se encuentran. Una postura sin duda cobarde y algo indignante, pero

inabordable.

La información no desanimó a Camille. Tenía la certeza de que responder a las preguntas que se agolpaban en su mente le permitiría descubrir a Elea Ril' Morienvál. Alguien la había ayudado en su duelo. ¿Quién tenía tanto poder como para dibujar en la Ciudadela? ¿A qué actividad se entregaba su misterioso salvador?

De pronto reparó en el labio hinchado de Maniel y en una equimosis tirando a azul alrededor del ojo de Bjorn.

—¿Qué os ha pasado? —se preocupó.

Los dos colosos intercambiaron una mirada.

—Ha habido un poco de alboroto en el balcón, hace un rato... —explicó Bjorn.

—Nos habían confiscado las armas —continuó Ellana—, pero no íbamos a asistir a tu muerte cruzados de brazos. ¡Hay un buen puñado de fronterizos que se despertarán con un terrible dolor de cabeza!

—¡Qué locura! —exclamó Camille—. ¡Ahora os caerán un montón de duelos encima!

—Me extrañaría —replicó Maniel—. Porque los voluntarios tendrían que enfrentarse primero a Edwin. Al fin y al cabo, es él quien ha atizado más fuerte.

El maestro de armas se encogió de hombros.

—No pasará nada, creedme. Los fronterizos nos han retenido porque era su deber, pero no lo hacían de corazón. Esta noche han rozado el límite de su código de honor. Son muchos los que se avergüenzan de lo que ha estado a punto de sobrevenir.

Todos los que estaban en la habitación se pusieron a hablar a la vez y Camille alzó la voz para hacerse oír.

—¡Me parece que es una lástima sobrevivir a un duelo para morir después de hambre!

—¡Excelente observación! —rugió Bjorn—. ¡A la mesa!

—Pero ya es de noche —señaló Ellana.

—¡Qué más da! —exclamó el caballero—. Ewilan es una heroína. Si le apetece comer, es nuestro deber proporcionarle un festín.

—Y es de suponer que tú la acompañarás... —se burló Salim.

—¡Exacto, criatura! Las emociones abren el apetito, y yo ya he tenido bastantes peleas por hoy. ¡Ahora debo ocuparme de mi estómago!

Al salir, a Camille no le costó nada deslizarse junto a Salim.

—Quedamos aquí mismo —le murmuró al oído—. Esta noche a la una.

—Ningún problema, colega —susurró él como respuesta, con una amplia sonrisa surcándole el rostro—. ¡Allá vamos, como en los viejos tiempos!



Hay quien piensa que Sil' Afian se apresuró al perdonar a los Centinelas. ¡Evidentemente, se equivocan! El emperador siguió la única vía posible, la única que conducía a la supervivencia de Gwendalavir. Pero puede estar seguro de una cosa: perdonó, pero no olvidó...

Maestro Duom Nil'Erg, carta al maestro Carboist, superior de Ondiana.

A Camille le parecía que sólo llevaba diez segundos con los ojos cerrados cuando se despertó con un sobresalto. Consultó la clepsidra que destacaba sobre la cómoda y dejó escapar un gruñido sofocado: ¡pasaban diez minutos de la una!

Apartó la manta y, sin hacer ruido, puso los pies en el suelo. Se había acostado vestida, así que sólo tenía que ponerse las botas y estaría lista. Lo hizo en un silencio casi absoluto. Sin embargo, la voz de Ellana se elevó antes de que ella alcanzase la puerta.

—¿Adónde vas?

Camille se mordió el labio. ¡Vaya suerte la suya, compartir habitación con una marchombre que tenía unos sentidos tan infalibles como los de un radar! Decidió formular una media verdad.

—Tengo una cita con Salim —admitió.

—¡Qué bonito! —se mofó Ellana.

Y luego añadió:

—De acuerdo, no he oído nada. Pero no pases la noche fuera o despertaré al maestro Duom para que salga a buscarte. ¿Entendido?

—¡Entendido! —prometió Camille, alegrándose de haber confundido a Ellana respecto a sus intenciones.

Se escabulló fuera de la estancia. El pasillo estaba oscuro, pero las paredes de piedra desprendían un débil resplandor que permitía desplazarse sin tropiezos. Era imposible determinar cuándo había sido dibujada esa claridad. Hacía siglos, tal vez, y Camille se preguntó si ya la habrían creado tamizada o si su intensidad habría menguado con el paso del tiempo.

Llegó rápidamente a la habitación donde había quedado con Salim. Éste la aguardaba sentado delante de la puerta y se levantó al llegar ella.

—¡No! —intervino Camille antes de darle tiempo a hablar—. ¡No protestes! Sólo llego un poco tarde y tenemos un montón de cosas que hacer.

—Muy bien, colega. Me callo, no pienso en nada, no tengo sueño ni se me ha helado el culo... ¿Por dónde empezamos?

Camille reflexionó un breve instante.

—La Atalaya.

—Pero... ¡Edwin dijo que había que ser un dibujante de alto nivel para penetrar allí!

Nadie lo escuchaba. Su amiga había dado media vuelta y ya se estaba alejando. Salim corrió para atraparla.

—Al menos podrías decirme qué estamos buscando —refunfuñó.

—A *quién* estamos buscando —corrigió Camille.

—¿Es que buscamos a alguien?

—Sí: aquel que me ha ayudado durante mi duelo. Aquel que puede dibujar aquí, cuando es algo imposible. ¡Aquél cuya presencia ignora todo el mundo y al que debo encontrar a toda costa!

—Pero...

—Cállate, Salim. Aunque los guardias estén apostados en las murallas y no en el centro de la Ciudadela, es mejor no arriesgarse a que nos descubran. Nos costaría un poco explicar nuestra presencia aquí...



La torre de la Atalaya se alzaba en el centro de un patio con manzanos. La abertura de su base no se cerraba con ninguna puerta y nadie vigilaba los pocos peldaños que subían hasta ella.

El interior del edificio estaba bañado en la misma claridad que los pasillos de la Ciudadela. Tuvieron un momento de duda al descubrir la escalera: un ascenso vertiginoso que, sin barandilla, se enroscaba en la pared redondeada. La perspectiva que ofrecía la ausencia de un soporte central daba vértigo, aunque era imposible distinguir la cima del edificio. Los escalones, de más de dos metros de ancho, eran de piedras cuidadosamente pulidas y ajustadas.

—¡Bonita subida! —consideró Salim—. ¿Estás segura de querer subir ahí?

A modo de respuesta, Camille inició el ascenso y a él no le quedó más remedio que seguirla. Les llevó casi veinte minutos alcanzar la cumbre de la escalera, apretados contra la pared y evitando observar el vacío a sus pies.

Con el aliento entrecortado y las piernas doloridas, por fin se encontraron en el último peldaño.

Éste daba a un rellano bañado en un resplandor azulado procedente de un arco que se abría sobre un nuevo tramo de escalones. Se acercaron. La luz formaba una cortina inmaterial que impedía absolutamente el paso.

—¿Estará electrificado ese chisme? —se inquietó Salim.

—No tengo ni idea —respondió Camille—. Pon el brazo y lo sabremos.

—¿Estás de broma?

—¿Tienes otra solución?

—¡Sí, dar media vuelta!

Camille sacudió la cabeza y dio un paso al frente. Salim abrió la boca para protestar, pero ella ya había atravesado la cortina luminosa.

—Ningún problema —afirmó la muchacha—. Puedes venir.

Salim se encogió de hombros y la siguió. O al menos lo intentó. Pero rebotó contra el resplandor azulado como si hubiera topado con un muro y profirió un quejido mientras se frotaba la frente.

—¡Lo sabía! —comentó Camille.

—Muy gracioso —exclamó Salim—. ¡Podrías haberme avisado! ¿Qué es esta cosa?

—Un dibujo —explicó Camille—. Lo he notado al llegar. Sabía que no estaba electrificado; ¡si no, puedes estar seguro de que te hubiera dejado pasar delante! Debe de tratarse de una pantalla destinada a filtrar a los visitantes. Sólo los dibujantes de alto nivel pueden franquearla.

—¡Genial! —soltó Salim—. ¿Quieres explicarme para qué sirvo yo ahora?

—Para esperarme —replicó ella—. ¡Junto con tus dos amigos: Paciencia y Buen Humor!

Salim dejó escapar un suspiro resignado.

—Está bien, acepto el papel de inútil de turno. Sé prudente. Cuando no estoy yo ahí para vigilarte, tienes tendencia a cometer estupideces...

Camille no replicó y le dio la espalda.

Ante sí sólo tenía unos quince peldaños, que subió con prontitud.

Luego se encontró en la cima de la torre, en el centro de una inmensa estancia circular, iluminada por el resplandor de las estrellas y la luna. Una cúpula transparente reemplazaba paredes y techo, ofreciendo la visión de un panorama maravilloso.

Al norte, la cordillera del Poll alzaba sus impresionantes cumbres nevadas, mientras al sur se extendía una llanura ondulada, salpicada por una multitud de lagos titilantes. Al oeste, el Pollimag trazaba una larga línea sinuosa que en plena noche

parecía blanca.

Camille se aproximó a la cúpula y posó su mano. El tacto la sorprendió por su tibieza y confirmó su sospecha de que no se trataba de una materia natural. Trasladó su mirada al sur, en dirección a Al-Jeit, y retrocedió sin querer: el paisaje nocturno se había abalanzado sobre ella. Con precaución, hizo un nuevo intento.

Estupefacta, se dio cuenta de que la cúpula actuaba como lupa. Se concentró en un fragmento del Pollimag y, de repente, el río le pareció tan cercano como si fluyera al pie de la Ciudadela. Volvió a atenuar su atención y como resultado su visión fue normal otra vez. Durante varios minutos, se divirtió explorando el paisaje. El efecto de agrandamiento era proporcional a su voluntad. Recorrió las Fronteras de Hielo como si se encontrara allí y observó los juegos de una pareja de zorros blancos. Comprendió las ventajas que ofrecía semejante invento en una región tan poco segura como las Marcas del Norte. ¡No era de extrañar que los raïs nunca hubieran logrado sorprender al Imperio!

A regañadientes, Camille se alejó de la pared traslúcida. La estancia estaba amueblada con gusto. Pasó revista rápidamente a todos los muebles: sillones de descanso, cama doble, aparador bajo y cómodas. Todo hacía pensar que dos personas, seguramente una pareja, vivían allí. Se imaginó a Elea Ril' Morienvál moviéndose por aquel interior y sus mandíbulas se contrajeron. ¡Por primera vez, sintió lo fácil que era odiar a alguien! Ni rastro, en cambio, del desconocido al que buscaba.

Camille se deslizó en la Imaginación. Enseguida se le hizo evidente la fuerza de aquel lugar. Como en Al-Jeit, aquí todo estaba inundado por el Poder y el Dibujo. Sin embargo, notó una gran diferencia respecto a la capital del Imperio. Ésta no era más que una creación; la Ciudadela era una fuente.

Camille utilizó todo su poder para tratar de identificar el origen de aquella fuerza. Al llamar a los caballos unos días atrás, había descubierto una nueva faceta de su don, la misma que había empleado cuando pidió ayuda durante su duelo: la facultad de comunicarse a distancia. ¿Podría servirse de ese poder para localizar a alguien?

El maestro Duom no le había hablado en ningún momento de semejante posibilidad, pero no perdía nada por intentarlo. Peinó la Ciudadela, manteniendo su mente lo más abierta posible, al acecho de la menor percepción desacostumbrada.

Insistió durante un cuarto de hora.

Fue en vano.

Ya empezaba a desesperarse cuando la suerte le sonrió. Antes de renunciar, la curiosidad le llevó a intentar saber si podía determinar la posición de Salim. Se concentró en la zona situada debajo de ella y, en un instante, obtuvo la respuesta a su pregunta. La fuente de la fuerza de la Ciudadela no estaba en la Atalaya, sino en los cimientos de la torre. Aquel sitio desprendía tal aura de Poder que le resultaba imposible seguir explorando. ¡Tenía que ir hasta allí!

Bajó los peldaños que conducían a la cortina de luz azulada y la atravesó. Salim la esperaba paseándose de un lado al otro del rellano.

—¡No te has dado mucha prisa! —se quejó—. ¿Es que te has dormido?

—Estaba buscando a mi desconocido.

—¿Y lo has encontrado?

—No, pero sin duda he dado con el lugar donde se esconde. ¿Vamos?

—¡Hecho, socia! Te sigo. Como de costumbre...

Descendieron por la impresionante escalera de caracol mientras Camille explicaba a su amigo sus descubrimientos y deducciones.

Estaban llegando abajo cuando concluyó:

—Ya sólo nos queda alcanzar el subsuelo.

Salim se frotó la sien con un dedo.

—Espero que traigas una pala contigo. Si no, no sé cómo te las arreglarás para descender más allá de la planta baja.

—Cogeré la escalera —replicó Camille—. Lógico, ¿no?

—Lejos de mi intención contradecirte, colega, pero detecto cierto problema con la escalera...

—¿Cuál?

—¡Pues que no hay!

Camille observó a su amigo con sorpresa.

—¿Y esto? —soltó, señalando el suelo—. ¿Qué es esto, según tú?

—Pues si mis ojos no me engañan grandes adoquines de piedra. ¿Por qué?

Camille comprendió que Salim no estaba bromeando. Sin embargo, ella distinguía perfectamente un tramo de escalones que se adentraban en la oscuridad. Se aproximó a la abertura.

—¿Estás seguro de que no ves nada?

—¡Nada de nada!

—¿Y ahora?

Camille colocó un pie en el primer peldaño.

A Salim le entró hipo de la sorpresa.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó.

—Sí.

—Pues bien, tu pierna desaparece en el adoquín hasta la rodilla.

—¿Y si hago esto?

Camille había bajado dos peldaños más.

—¡Para! —gritó Salim—. Me da canguelo ver cómo te hundes en el suelo. ¿Qué estás haciendo?

—Hay una escalera, Salim —le explicó—. Pero tú no puedes verla, eso es todo. Venga, vamos.

—¡Que no puedo verla y eso es todo! ¡Nada más normal, según tú! Trátame con cuidado, socia: tengo la sensación de estar volviéndome loco.

Aun así, dio un paso al frente con precaución. Su pie se apoyó en los adoquines que, ahora, sabía que no eran más que una ilusión... y halló en ellos un soporte

perfectamente real. No se hundió ni un milímetro.

—¿Y si cambiamos de programa? —ironizó—. He olvidado avisarte de que no sé nadar en las piedras.

Como para dar más peso a sus palabras, saltó dos o tres veces sobre el mismo punto. Una nube de polvo se elevó con cada uno de sus botes.

Camille volvió a subir los peldaños que había descendido y le cogió la mano.

—Cierra los ojos —le ordenó— y confía en mí. Intentaremos otra cosa.

—Es injusto —protestó Salim—. Sabes muy bien que, en lo que se refiere a mis sentimientos, soy capaz de seguirte a ciegas hasta el fin del mundo. Y a lo mejor hasta un poco más lejos...

—Ya te harás el poeta en otro momento —se burló amablemente Camille—. Vamos allá.

Lo guió con cuidado y Salim, estupefacto, notó un primer peldaño bajo sus pies, y después un segundo.

—No abras los ojos —le avisó Camille—. Aún no hemos pasado del nivel del suelo. Vale, ya puedes mirar.

Salim obedeció. Se encontraba en la más absoluta oscuridad.

—Pero si no se ve nada —protestó—. Luz, por favor...

Camille trató de deslizarse por las Espiras. Igual que un poco antes esa misma noche, tuvo la impresión de que era imposible acceder a ellas. La sensación de que podía resbalar aún permanecía, pero ahora ya sabía a qué atenerse. Insistió y logró concentrarse lo bastante para lograr que una pequeña llama empezara a bailar en las yemas de sus dedos.

La escalera que penetraba en la oscuridad apenas era lo bastante ancha como para dejar paso a una persona. Camille se adentró la primera.

Al cabo de unos treinta peldaños, fueron a dar a una puerta baja de madera carcomida.

Cuando Salim puso la mano en el picaporte, éste se negó a girar.

—¿Otro dibujo? —gruñó el muchacho.

—Sí, eso parece —murmuró Camille—. Y no tengo ni idea de cómo abrirla. En este lugar de la Ciudadela, la Imaginación es tan inaccesible como el sentido del humor del maestro Duom si le pisas un pie.

—Pero en cambio has creado una llama...

—Con gran dificultad. Imposible dibujar alguna otra cosa.

—Siempre podemos probar con los viejos métodos —propuso Salim.

—¿Es decir...?

A modo de respuesta, cogió impulso y asestó un buen golpe de hombro a la puerta. Rebotó con un ruido sordo, al que siguió un gemido.

El batiente parecía a punto de desplomarse de tan viejo, pero era sólido como una pared de acero.

—Ha fallado —constató Salim frotándose el hombro—. Tenemos que intentar

otra cosa.

—Sí —asintió Camille—, pero ¿cuál?

—¿Y si llamáis educadamente? He oído decir que es así como se hace...

La voz había resonado alrededor de ellos y se sobresaltaron antes de mirarse, indecisos. Finalmente, Camille extendió el dedo y dio dos golpecitos leves en la madera.

Con un chirrido, la puerta se abrió.



Una paradoja muy humana del arte del Dibujo es que la creación de algo duradero se revela extremadamente difícil, mientras que la destrucción está al alcance de cualquier principiante...

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

Se esperaban cualquier cosa salvo el espectáculo que se ofreció entonces ante sus ojos.

Un bosque de robles viejos y nudosos se extendía ante ellos. A sus pies, la hierba verde y corta estaba salpicada de minúsculas flores blancas.

—Damiselas de las cinco —constató Camille sin poder evitarlo.

Por encima de los árboles, nubes de formas redondeadas surcaban de vez en cuando el cielo, de un azul perfecto. Un viento leve y suave traía un efluvio extraño, compuesto por la improbable mezcla de un perfume floral, el olor de la resina y el del yodo marino. A un centenar de metros de distancia, una brecha entre los troncos dejaba entrever una extensión de agua calma. Los cantos de distintos pájaros resonaban en las ramas y, en más de una ocasión, una pareja de ardillas que jugaban a perseguirse les mostró sus penachos rojizos.

—Es imposible —balbució Salim—. No podemos estar en el exterior: estamos debajo de la torre...

Se dio la vuelta.

Un roble más imponente que el árbol más inmenso que hubieran tenido ocasión de ver en Gwendalavir se alzaba detrás de ellos. La puerta que acababan de franquear se abría en su tronco, y los primeros peldaños de la escalera se veían claramente.

—Pero ¿qué... qué...? —profirió.

—Chis —lo tranquilizó Camille—. No acabo de entenderlo, pero estoy segura de

que no corremos ningún riesgo.

Avanzó un paso en el bosque, maravillándose ante el espectáculo que éste le ofrecía y ante la beneficiosa armonía que reinaba en él. Los escasos arbustos se hundían bajo racimos de apetitosas bayas rojas, que adivinó deliciosas; no había ni una zarza y no oía el zumbido de ningún insecto. Un recuerdo insistente trató de aflorar a la superficie de su mente. ¿Dónde había visto antes un lugar como aquél? Sin duda, no en la realidad. No existían semejantes bosques. Sólo podía haber sido en un sueño, pero no lograba acordarse. Se aproximaron a la linde del bosque.

Las aguas tranquilas de un lago bañaban las raíces de los últimos árboles. En su centro emergía una isla de buen tamaño, mientras en el horizonte despejado una cordillera de montañas alzaba sus picos coronados de nieve.

Grandes losas de piedra rosada asomaban a la superficie del lago, formando un vado hasta la isla.

—La calzada de los gigantes... —susurró Camille—. Empiezo a dudar de lo que encontraremos ahí, y eso me inquieta un poco.

—Creí que no había peligro...

—Y no lo hay. ¿Cómo quieres que lo haya en un sitio como éste? No; lo que temo es que se desmoronen mis certezas.

—Lo siento, colega, pero no pillo ni una palabra de lo que dices...

—No importa, Salim, no importa. Esta isla se llama Avalon.

—¿Como en la leyenda de Arturo? ¿La isla de Merlín?

—Sí... Vamos, ven. Continuemos.

Avanzaron por las losas. No eran deslizantes y parecían dispuestas para facilitar el paso de una a otra. Camille se detuvo un instante para sondear con la mirada las aguas límpidas.

—¿Qué estás buscando? —murmuró Salim, abrumado por la magnificencia del lugar.

—Un hada —respondió Camille suavemente—. Pero creo que nos la encontraremos en Avalon.

Fue la primera en poner el pie en la isla, en la que se adentraba un sendero por el que avanzaron.

Siguieron un rato su zigzag entre robles y abedules antes de llegar a un claro en cuyo centro se erigía una inmensa roca blanca.

Había una casita baja con tejado de paja construida contra su flanco. Ante la puerta de entrada, un manzano extendía sus ramas cargadas de fruta.

Un hombre sentado en la hierba, con la espalda apoyada contra su tronco, sonrió al verlos.

—Camille, ¿o debería decir Ewilan?, bienvenida a Avalon. Y tú también, Salim.

El hombre, de unos cuarenta años de edad, tal vez menos, iba vestido con un simple pantalón de tela manchada de verde en las rodillas y una túnica clara. Su rostro franco no presentaba ningún rasgo distintivo, excepto una mirada chispeante de

inteligencia con unos iris color avellana y una nariz ligeramente torcida.

La sorpresa de Salim se multiplicó por cien cuando Camille tomó la palabra.

—Gracias, Merwyn, ¿o debería decir Merlín?

El desconocido estalló es una fresca carcajada.

—Bravo, jovencita. Me alegro de que la primera persona con la que hablo desde hace siglos sea tan espabilada como tú.

—¡Desde hace siglos! —gruñó Salim en voz baja.

—No aparento mi edad, ¿verdad, chico?

Merwyn ya no estaba riendo, y sin embargo una gran sonrisa continuaba brillando en sus ojos.

—Pero ¿qué está haciendo usted aquí? —preguntó Salim—. ¿Por qué se esconde en este lugar, por muy bonito que sea? ¿Y por qué no se ha...?

—¿Muerto?

Salim, incómodo, se limitó a asentir con la cabeza.

—No tengo tiempo para morir: tengo demasiado trabajo, cosa que responde a tus otras dos preguntas.

Merwyn volvió la cabeza hacia Camille. No se había levantado, así que ella se agachó para quedar a su misma altura.

—Está dibujando un universo, ¿verdad? Todo cuanto nos rodea es eterno y es usted quien lo ha creado. Usted lo ha imaginado todo: los árboles, las flores, el cielo, el agua, los animales, las montañas... Nos encontramos dentro de su dibujo.

—¡Un razonamiento perfecto! No lamento haberte dejado llegar hasta aquí. Tu espíritu es maravilloso, sin ninguna de las máculas causadas por la maldad, la intolerancia o los prejuicios. Sé lo que te trae hasta mí y me alegraré de ayudarte, pero regálame antes un poco más de tu esplendor...

—Sé por qué hace todo esto —murmuró Camille con tristeza—. Sé por qué abandonó a los hombres y por qué vive recluido desde hace siglos.

Un respetuoso silencio se instaló. Merwyn ya no sonreía. Estaba perfectamente inmóvil y su mirada, sumergida en la de Camille, dejaba escapar una pena infinita. Al fin, ésta continuó:

—Sé quién es la mujer que descansa en la choza que hay detrás de usted, en una tumba de cristal. Sé que dibuja para ella. Sé que, al rechazar su propia muerte, es la de ella la que desafía. Sé que, cuando usted haya terminado su obra, la única salida posible será el regreso de Vivyan. Pienso en usted y me duele.

Camille se calló.

Por un instante, Salim creyó que su amiga se echaría a llorar, pues los ojos le brillaban de la emoción; pero fue por la mejilla de Merwyn por donde una lágrima, sólo una, rodó para ir a perderse en la hierba.

Éste tomó la palabra con una voz suave y triste a la vez.

—Gracias, Ewilan. Tu compasión me ayuda mucho más de lo que crees. Tus padres están vivos, aunque eso ya lo sabías, como sabes que Elea Ril' Morienvál es la

causa de todos sus males. Están retenidos prisioneros en la cima del pico del Destino, en la más extensa de las islas Alinas del Gran Océano del Sur. Con todo, no corren ningún peligro, pues modificaron el dibujo mediante el cual los ts'liches y Elea Ril' Morienvál los habían sujetado, poniéndose así fuera de su alcance. Los esfuerzos sumados de sus enemigos no pudieron deshacerlo, pero ellos son incapaces de liberarse por sí solos. Te corresponde a ti hacerlo. Aun así, si quieres conseguirlo, tu hermano deberá unir sus fuerzas a las tuyas. Ve a buscarle; te acompañará, puedes estar segura, pero no vayas sola porque fracasarías. Márchate con Salim y con Bjorn: ellos serán los pilares de tu éxito. Esto es todo cuanto puedo hacer por ti.

Transcurrieron unos segundos y, cuando Merwyn volvió a tomar la palabra, su voz volvía a ser firme.

—Ahora nos separaremos para no volvernos a ver nunca. Hubo una época en que realmente me hubiera gustado ser tu amigo, pero ahora ya no tengo tiempo. Una eternidad de trabajo me aguarda.

—Gracias, Merwyn —murmuró Camille—. Acaba de hacerme un regalo maravilloso. Espero... no, ¡sé que lo logrará!

El hombre, una leyenda en dos universos, mostró una sonrisa distante, como si ya no estuviera allí del todo; su increíble voluntad volvía a estar totalmente concentrada en su obra de demiurgo.

Alzó la mano y acarició el cabello de Camille.

Hubo un relámpago muy luminoso. Camille y Salim cerraron los ojos y, al volver a abrirlos, cada cual se encontró en su habitación y metido en su cama.

—¿Qué tal? —preguntó Ellana con voz adormecida—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí —respondió Camille.

No podía decir nada más, pues las lágrimas que surcaban sus mejillas habrían ahogado sus palabras.



Yo conocí a Arturo, Lanzarote y Perceval... pero eso fue en otro lugar, en otra historia.

Merwyn Ril' Avalon.

A la mañana siguiente, Camille no abrió los ojos hasta que el sol estuvo próximo a su cénit. Despertó de un profundo sueño sin imágenes y se desperezó antes de mirar a su alrededor. Ahí estaba Siam, instalada en un sillón, con las piernas dispuestas por encima de uno de los brazos. Estaba leyendo un grueso volumen encuadernado en cuero que cerró al ver a Camille incorporarse en su cama.

—Pocas veces he visto a alguien dormir con tantas ganas —exclamó—. ¿Es que hay alguna marmota entre tus antepasados? ¡Sería la única explicación!

—Me parece que estaba realmente cansada... ¿Dónde están los demás?

—Han desayunado en la terraza sur y luego, tras comprobar que no tenías ninguna intención de despertarte en un buen rato, se han ido.

—¿Se han ido?

—Sí. Mi hermano ha decretado una jornada de descanso obligatorio. A esta hora deben de encontrarse junto al lago Lumia, preparando barbacoas para el almuerzo. Yo me he ofrecido para esperarte y hacerte de guía. ¿Quieres comer algo antes de irnos?

A través de la ventana, Camille contempló el cielo de un azul profundo, casi violeta, sin una sola nube.

—¡Una docena de chuletitas! ¿Crees que podremos llegar a tiempo?

Siam se puso en pie de un salto.

—¡Ningún problema! ¡Sígueme!

Camille se vistió rápidamente y descendieron por unas escaleras que las

condujeron a las caballerizas. *Acuarela* lanzó un relincho de alegría al ver aparecer a su dueña y Camille se apresuró a rascarle entre las orejas. Luego, intentando igualar la destreza de Siam, la ensilló antes de encaramarse a su lomo.

Después de saludar a los guardias, las dos chicas salieron de la Ciudadela por la puerta este y penetraron en un magnífico bosque frondoso. Camille tomó una profunda bocanada de aire puro. Su encuentro con Merwyn le había devuelto el equilibrio. Le gustaba que su espíritu estuviera en orden y, ahora que al fin recuperaba la seguridad, la situación se le antojaba de pronto mucho menos complicada. Seguía lamentando la desgracia del prodigioso dibujante, pero saber dónde estaban sus padres y lo que le hacía falta para llegar hasta ellos la colmaba de alegría.

Se volvió hacia Siam, que cabalgaba a su lado con el inevitable sable de los fronterizos colgado en la espalda.

—¿Nunca te separas de él? —le preguntó, señalándole el arma con el dedo.

—¡Jamás! Sin él, me siento como desnuda...

—Hablas igual que Ellana —se sorprendió Camille—. A mí me parece más bien engorroso y, vistas mis aptitudes para la esgrima, totalmente superfluo. Sólo es un trozo de metal, no un vestido...

—Dime —replicó Siam sin alterarse—: ¿cómo te sentirías si te arrebataran la posibilidad de dibujar?

Camille reflexionó un instante.

—Creo que me sentiría como des... ¡Buen golpe! Ya entiendo lo que quieres decir; he hablado sin pensar.

Siam se echó a reír. Apenas debía de tener dieciocho años, y los hoyuelos que formaba su hilaridad resaltaban aún más su juventud. Camille se sintió muy próxima a ella. De tácito acuerdo, taconearon sus monturas y el viento fresco de la carrera enseguida azotó sus rostros.

El follaje de algunos árboles empezaba a teñirse de oro, tal vez la única nota que anunciaba el final del verano. En el corazón de aquella naturaleza salvaje y desierta, el camino estaba bien trazado. Camille disfrutaba del placer de cabalgar cuando, de repente, dos raïs aparecieron aullando.

Debían de ser unos supervivientes de la última gran batalla que habían salvado la vida huyendo y gracias a su resistencia. Eran enormes e impresionantes con sus armaduras erizadas de pinchos. Su cara era repugnante, y los dos caninos que asomaban por su hocico chorreante de baba eran de color amarillo. Uno sostenía una maza tachonada y el otro una inmensa cimitarra desportillada.

Acuarela se encabritó. A Camille se le resbalaron los estribos y se encontró sentada en el suelo, con el único perjuicio de un intenso dolor en las nalgas. Siam, que no había tenido ninguna dificultad para dominar a su corcel, saltó a tierra y corrió hacia ella. Los raïs avanzaron contoneándose y emitiendo borborigmos amenazadores.

Camille estaba a punto de enloquecer cuando su mirada se cruzó con la de Siam. En ella leyó, estupefacta, una clara alegría teñida de entusiasmo.

—¿Nos los repartimos? —propuso Siam.

En un destello, Camille comprendió dos cosas. La primera, que Siam le estaba ofreciendo, según su escala de valores, un auténtico regalo. Era evidente que la joven fronteriza se habría ocupado con mucho gusto de los dos raïs ella sola. Y la segunda, que ella, Camille, era perfectamente capaz de salir de apuros de aquel enfrentamiento. Los ts'liches ya no la acosaban, así que ya no tenía que disimular su don ni se encontraba en un Hiato. Podía dibujar como quisiera y el hecho de adquirir esta conciencia la sacudió como una revelación.

—Ya he visto suficientes muertos —respondió—. ¿Puedes desarmar al tuyo?

—¡Ningún problema! ¿Y tú?

—Yo hasta puedo desnudarlo.

—¿A que no? —gritó Siam, desenvainando su sable.

El primer raï alzó su cimitarra. Pero, como si estuviera dotada de vida propia, la hoja de la fronteriza se enroscó alrededor de la de la criatura con un silbido serpentino. La espada del guerrero puerco salió por los aires para ir a caer entre los matorrales, unos diez metros más allá.

Camille se deslizó en las Espiras. Por su mente desfiló una docena de posibles dibujos, de los que retuvo uno, elegante y eficaz.

A tres pasos de ella, el segundo raï se detuvo observando con cara de estúpido el ramo de flores que había reemplazado a la maza en su mano. Entonces soltó un gruñido de sorpresa cuando cada una de las placas que formaban su armadura se puso a temblar. El metal apagado se engalanó de colores tornasolados y, una tras otra, unas veinte mariposas gigantes levantaron el vuelo.

El raï se encontró vestido con unos simples calzoncillos y una camiseta agujereada. Cuando ésta se transformó en una ligera humareda que el viento dispersó, el guerrero puerco, traumatizado, prefirió rendirse. Sosteniendo con los puños la última de sus prendas, huyó a toda prisa.

Siam casi había acabado con el suyo.

Lo mantenía a distancia golpeando con la parte roma de su hoja, lo que lo obligaba a mantenerse en su sitio mientras ella, con la parte afilada, iba cortando las ligaduras de cuero que mantenían unidas las distintas partes de la armadura. Se divertía mucho, operando con la maestría de un auténtico cirujano.

Un último golpe de sable acabó de reducir la coraza a un amasijo de metal inútil que cayó a los pies del raï. Siam hizo otros dos gestos deslumbrantes y la camiseta fue a reunirse con la armadura. El guerrero puerco se quedó inmóvil. Observó a las dos jóvenes humanas con cara de atontado y luego, presa del pánico, giró sobre sus talones y huyó.

—Qué pena —lamentó Siam—: ¡no estaba desnudo del todo!

—El mío tampoco —admitió Camille—, pero creo que lo prefiero así. Hay

ciertos horrores que es mejor evitar...

Se miraron una a otra y se echaron a reír.



Cuando encontraron a sus compañeros a orillas del lago Lumia, el maestro Duom y Bjorn se dedicaban a asar las chuletas mientras Maniel trataba de enseñar a Salim a pescar. Edwin y Ellana, sentados sobre una roca, charlaban tranquilamente con los pies a ras de agua.

—Y bien, Ewilan —preguntó el viejo analista—, ¿has dormido bien? ¿Ha sido agradable el trayecto?

—Sí a las dos cosas —respondió ella sin turbación.

No añadió nada más y Siam no mencionó a los raís. Ambas sentían que aquel secreto compartido era la primera piedra de una sólida amistad. Bjorn, al divisar a Camille, se había precipitado hacia su caballo y había sacado una bolsa de su pistolera. Volvió corriendo.

—Demasiado tarde —le gritó Salim—. La carne ya está carbonizada: ¡hoy comeremos hierba!

Pero no era la comida lo que preocupaba al caballero. Abrió la bolsa y sacó dos perlas irisadas que más bien parecían hechas de luz que de materia.

—¡Unas viajeras! —exclamó el maestro Duom—. ¿De dónde las has sacado?

—¿Sabe lo que son? —se sorprendió Bjorn.

—¡Pues claro, pedazo de alcornoque! —se indignó el viejo—. Se trata de una maravilla excepcional que data de la época de Merwyn. Cada una de ellas encierra un dibujo en proceso, un paso al otro lado, en concreto. Quien utiliza una viajera puede transferirse de un sitio a otro, solo o llevándose a alguien, como si se tratara de un dibujante de alto nivel. Por desgracia, cada esfera sólo puede utilizarse una vez y a continuación desaparece. Ignoraba que todavía quedasen hoy en día.

—Mira por dónde —dijo Bjorn—. Me las he encontrado esta mañana debajo de la almohada. Pensaba pedirle a Ewilan su opinión.

—¿Cómo? —se exaltó el analista—. ¿Debajo de tu almohada? ¿Estás de broma?

—¡Maestro Duom! —intervino Camille.

Las miradas se volvieron hacia ella.

—Esas viajeras estaban ahí porque sólo puedo llevarme a una persona conmigo cuando dibujo un paso al otro lado.

Una oleada de sorpresa sacudió a la tropa antes de que Camille prosiguiera.

—Si conseguimos salvar parte del almuerzo, me gustaría que tomásemos un bocado: me muero de hambre. Y, si estáis de acuerdo, os contaré una historia. Una historia increíble y maravillosa que para nosotros tiene un sentido muy especial. ¡La aventura no ha terminado!



UN PASO ATRÁS





El inspector Franchina, al frente de la investigación sobre las desapariciones de Camille Duciel y Salim Condo, ha dado a entender, en una entrevista informal concedida a un periódico local, que actualmente se están siguiendo nuevas pistas, dando preferencia a la hipótesis de una fuga con un trágico final...

Extracto del informativo televisado.

Gamille había dudado mucho antes de elegir su destino. Las palabras de la señora Boulanger, que aún resonaban en su memoria, la habían acabado de decidir: «Mathieu lleva dos años viviendo en París. Se matriculó en Bellas Artes y sólo le vemos durante las vacaciones». El verano estaba tocando a su fin, por lo que no estaba segura de que Mathieu se encontrara en su casa, pero ahí era de todos modos donde tenía más posibilidades de encontrarle. Así que había optado por dar un paso al otro lado que los conduciría al parque junto al río, y eligió efectuarlo por la noche para que su llegada pasase desapercibida.

Se materializaron detrás de un arbusto y Bjorn abrió los ojos de par en par. Tragó saliva con dificultad mientras se pasaba la mano por el pelo. Se lo había cortado antes de salir y, sin sus trenzas y su armadura, estaba irreconocible.

—Asombroso... —balbució, señalando los edificios iluminados que superaban la copa de los árboles.

Camille estuvo de acuerdo, y se alegró en silencio de haberle ahorrado a su amigo un paseo por París. El caballero había accedido a acompañarla sin dudarlo, pero le hubiera costado asimilar la realidad de una gran ciudad. Salim carraspeó.

—Sabes, no puedo evitar darme una vuelta por mi casa. Ignoro el motivo, vistos los lazos que me unen a lo que queda de mi familia. Tal vez sea por curiosidad...

Había hablado con voz vacilante, como si temiera la reacción de Camille. Pero le tranquilizó que ésta asintiera con la cabeza.

—Yo haré una visita a mis padres, quiero decir, a los Duciel, pero sí sé el motivo: me deben algunas explicaciones y tengo intención de obtener respuestas a mis preguntas.

Salieron del parque. Ya era de noche, y sin embargo las calles estaban iluminadas y numerosos transeúntes deambulaban aún por las aceras.

—No pensé que fuera a volver aquí algún día —murmuró Salim, mirando a su alrededor.

—No huele muy bien —señaló Bjorn—; y esos coches, ¿cómo los llamáis?, son demasiado ruidosos para mi gusto.

—Ten paciencia —bromeó el muchacho—, enseguida te acostumbrarás. ¡Ya verás como luego no quieres irte!

—Y bien —intervino Camille—, ¿por dónde empezamos? ¿Vamos a casa de Mathieu?

Al no obtener respuesta, se llevó las manos a las caderas y los regañó.

—Os recuerdo que soy la más joven. Podríais hacer un esfuerzo y no dejar que tome yo todas las decisiones. ¡Parecéis dos corderitos!

—No te preocupes, Bjorn —se mofó Salim—: le da con regularidad, pero va mejorando. No hace mucho tiempo me llamaba molusco. Ahora me convierte en corderito. ¡Tal vez algún día tenga derecho a que me trate como a un humano!

Dime, colega —continuó, dirigiéndose a Camille—, ¿cambiaría algo que te diéramos nuestra opinión? ¡Tú nunca tienes en cuenta lo que te proponen! Supongamos que te aconsejo esperar a mañana para ir a ver a tu hermano. ¿Cuál sería tu reacción?

—Te escucharía hasta el final —soltó ella con voz tranquila— y te diría que es una idea estúpida. Iremos ahora mismo. ¡En marcha!

Bjorn la observaba, alucinado, y Salim asintió con la cabeza.

—Sorprendente, ¿verdad?



Eran las diez de la noche en punto cuando Camille llamó al timbre del número 26.

Salim y Bjorn se habían quedado rezagados y ella sintió que las piernas le temblaban como la primera vez que había hecho ese mismo gesto. Su único encuentro con su hermano había sido demasiado breve como para que pudieran conocerse realmente. En esa ocasión trató de convencerlo para ir a Gwendalavir, pero Mathieu no había mostrado ningún deseo de acompañarla. Ojalá esta vez se mostrara más conciliador; al fin y al cabo, se trataba de sus padres...

La puerta se abrió y apareció la señora Boulanger. Contempló a Camille con aire

sorprendido y consultó su reloj.

—¿Sí?

—Siento molestarla a estas horas —se disculpó Camille—, pero es absolutamente necesario que vea a Mathieu.

La señora Boulanger dudó un instante y después suspiró.

—Entra. Supongo que debes tener una buena razón para presentarte tan tarde.

Camille la siguió por un pasillo que daba al salón y la cocina. La señora Boulanger se detuvo al pie de la escalera y llamó:

—¿Mathieu? Tienes visita.

Se oyeron unos pasos mientras la señora Boulanger se dirigía al salón.

A Camille se le aceleró el corazón. Vio las piernas de su hermano, luego su torso y por fin su rostro.

—¡Tú! —articuló él en cuanto la vio.

Como respuesta, ella se limitó a mostrar una sonrisa que quería ser lo más encantadora posible. Expresiones contradictorias desfilaron por el rostro de Mathieu, demasiado fugaces como para que ella pudiera analizarlas. El chico bajó los tres peldaños que lo separaban de su hermana y se quedó a unos centímetros de ella.

—Mathieu —comenzó—, he vuelto porque...

—Lo lamento —la interrumpió él con delicadeza—. Lo lamento de verdad. ¡Me comporté como un idiota!

—Pero...

—No, déjame hablar. A lo largo de estos dos últimos meses, me he sentido devorado por la vergüenza. Si supieras cuántas veces he soñado con que volvieras y me ofrecieras la oportunidad de rectificar... Quisiera demostrarte que soy diferente de lo que hayas podido creer...

Una oleada de alivio inundó a Camille.

—¡Eso me parecería maravilloso! Pero debes saber que he vuelto por un motivo concreto. Si estás de acuerdo en escucharme, corres el riesgo de verte arrastrado a extraordinarias aventuras...

—Ya vi una muestra aquí en París, cuando aquel loco histérico te atacó. Todo lo que me contaste aquel día es cierto, ¿verdad?

—¡Todo!

—¿Y lo de... nuestros padres?

—Es por ellos por lo que he venido esta noche.

Mathieu se mesó el cabello.

—¿No crees que deberíamos sentarnos para hablar tranquilamente? —propuso.

—Excelente idea. Espera sólo un segundo.

Se concentró y se deslizó en las Espiras. Era la primera vez que intentaba contactar con Salim, pero no le representó ninguna dificultad. Lo conocía tan bien...

Éste se sobresaltó cuando la voz de Camille resonó en su cabeza.

—*Tranqui, colega, sólo soy yo. He encontrado a Akiro y todo va de primera.*

Creo que ha cambiado mucho o tal vez yo lo había juzgado mal. ¡Seguro que un poco de cada cosa, en realidad! Ahora voy a hablar con él y tengo para un buen rato, quizá toda la noche. Podrías aprovechar para dejarte caer por tu casa con Bjorn, si sigues queriendo ir. Quedamos en el parque mañana a las nueve. Un beso.

Cuando la voz se calló, Salim permaneció inmóvil por la sorpresa. Al final agarró el brazo de su amigo y lo sacudió.

—Bjorn, dime una cosa: ¿te han besado alguna vez dentro de la cabeza?



Mathieu observaba asombrado a Camille, que llevaba varios segundos con aire ausente, como si fuera a desvanecerse.

—¿Qué tal?

—¡Muy bien! —lo tranquilizó ella—. Estaba mandando un mensaje a un amigo. Es una de las cosas que tengo que explicarte... ¿Vamos allá?

Los dos hermanos subieron juntos al piso de arriba.

El susurrador, que había asistido a su encuentro acurrucado en las sombras, soltó un gritito de satisfacción y desapareció.



Los resultados de Salim son correctos, pero podrían ser mucho mejores si trabajara con más seriedad y regularidad. Debe procurar no hablar tanto ni confundir sentido del humor con insolencia.

Señorita Nicolás, maestra.

Salim se volvió hacia Bjorn.

—Camille está charlando con su hermano y tiene para largo. Hasta mañana por la mañana, de hecho. Me gustaría darme una vuelta por los Pintores: es el barrio donde vivía yo. ¿Me acompañas?

—¡Encantado, si primero comemos algo! —exclamó el caballero.

Ambos se pusieron en marcha. Al pasar por el puente sobre el río, Salim le contó a Bjorn la vez que Camille y él habían acabado en el fondo del agua después de un desafortunado paso al otro lado. Luego extendió el brazo hacia el barrio de la torre romana, explicándole que aquél era el lugar donde vivían los padres adoptivos de Camille. Después, los edificios de los Pintores se irguieron ante ellos y se calló.

Muchos niños jugaban aún en las aceras iluminadas por altas farolas mientras, en los rincones oscuros, grupos de más edad charlaban o escuchaban música. Bjorn engulló el último bocado de un sándwich enorme relleno con dos bistecs y patatas fritas que habían comprado en el centro. Se limpió la boca con el reverso de una manga y luego escrutó los alrededores.

—¡No son muy gráciles esas torres! —consideró.

Salim abrió los brazos en señal de fatalidad.

—Lo sé. Y yo sólo pensaba en una cosa: en irme de este lugar. Ahora que lo he hecho, me doy cuenta de que aquí dejé una parte de mí. No me arrepiento de nada, pero tampoco puedo olvidar...

En su voz había un matiz inusual de tristeza y Bjorn lo observó con bondad.

—¿Cuál es tu plan?

—Simplemente mirar, creo —respondió Salim—. No quiero ni imaginar la reacción de mi madre si volviera a casa esta noche, como si nada... ¡Sus gritos se oirían desde la otra punta de la ciudad!

—¿Gritos de alegría?

—¿Bromeas? No es mi verdadera madre, ¿sabes? La mía murió cuando yo era un bebé. Mi padre se volvió a casar con una mujer que acababa de llegar del Camerún. Tuvieron cinco hijas. Como no había manera de que asomara un varón y yo le traía malos recuerdos, él se largó. Entonces llegaron dos primos y yo empecé a dejar de sentirme en casa.

Mientras hablaba, Salim arrastró a Bjorn hacia un banco y se sentaron, enfrente de la torre Picasso.

—Ahí es donde crecí: en el piso diecisiete de ese edificio —continuó el muchacho—. No recibí bofetadas, pero tampoco cariño. En realidad, nunca nadie se ocupó realmente de mí. Si supieras cuántas veces deseé tener un padre o un hermano mayor que me defendiera cuando me chinchaban o me amenazaban en la calle... Pero como no fue así, aprendí a arreglármelas solo. Y a toda prisa. Para ser sinceros, Bjorn, creo que si no hubiera conocido a Camille, yo habría acabado mal.

Hubo un largo silencio. El caballero observaba las torres y a los jóvenes que deambulaban ociosos. Por las ventanas con los postigos todavía abiertos, distinguía la luz azulada de docenas de televisores y, de vez en cuando, los faros de un coche iluminaban brevemente las paredes llenas de estúpidas pintadas. No lo entendía.

A su lado, Salim estaba absorto en sus pensamientos.

De pronto, éste volvió a tomar la palabra con la voz teñida de dulce alegría.

—Ella es excepcional —confió a su amigo—. Fue ella quien despertó mis ganas de interesarme por las cosas y las personas. Gracias a ella me aferré al colegio, aunque mi destino pareciera escrito. Soy lo que soy, pero lo que soy se lo debo a ella...

—¡No, te equivocas!

Bjorn había hablado con fuerza, fijando sus ojos en los de Salim.

—Ewilan no inventó tu coraje, tu fortaleza de carácter y tu lealtad —continuó—. Nadie te obligó a correr en su auxilio, y yo te debo la vida a ti, no a ella. Créeme, a muchos adultos les convendría cambiar la actitud que tienen por la tuya. Puedes estar orgulloso de lo que eres.

Salim se limitó a inclinar la cabeza antes de resoplar como si saliera de un sueño. Se puso en pie.

—Voy a respirar por última vez el aire de mi infancia —decidió—. ¿Me esperas aquí?

Bjorn captó su necesidad de estar solo. Nadie podía pasar página sobre su pasado sin desear echar un último vistazo hacia atrás.

—Ningún problema. Estoy sentado, tengo el estómago lleno y hace buen tiempo. Aguardaré toda la noche, si es necesario.

Salim se lo agradeció con la mirada y, con paso inseguro, cruzó la calle.

El caballero le vio avanzar por la explanada al pie de la torre, saludar con la mano a un grupo de niños afanados en desmontar una bici, pasar por delante de una banda de jóvenes instalados en los peldaños de la escalera y después franquear la puerta de vidrio del vestíbulo.

Bjorn suspiró y estiró sus largas piernas. Tenía prisa por dejar aquel lugar y volver a su casa. Más que el aspecto poco atractivo de todo aquello, lo incomodaba la sensación de estar desubicado. Era lo bastante culto como para saber que, al igual que todos los humanos de Gwendalavir, descendía de los hombres que habían elegido el exilio, y esa elección corría por sus venas. Ahora entendía que, durante años, Camille se hubiera sentido desfasada respecto a lo que estaba viviendo.

Pensar en Camille llevó sus pensamientos hasta Merwyn. ¿Por qué diablos habría insistido el mítico dibujante en que él acompañara a los adolescentes, dando a entender que su presencia era indispensable para el éxito de la aventura?

Un grito lo arrancó de sus reflexiones. ¡Salim le estaba pidiendo ayuda!

Bjorn se levantó de un salto y echó a correr, buscándose en el costado el mango de su hacha. Mientras cruzaba la calle tomó conciencia de que iba desarmado. Soltó una palabrota. Esquivó por los pelos una motocicleta que se le iba a echar encima cuando ya estaba llegando a la acera opuesta.

Salim se encontraba frente a un grupo de individuos con actitud amenazadora. ¡Sin previo aviso, el caballero arremetió contra ellos!



Salim no había subido hasta su antiguo apartamento.

Se había paseado un momento por el vestíbulo de entrada, pasando una mano distraída sobre las paredes cubiertas de grafiti y los buzones reventados. Imposible descifrar los nombres, aunque dudaba que el suyo hubiera estado escrito ahí algún día.

Chutó con desgana unos folletos que había por el suelo y fue consciente de que ya no pertenecía allí.

A partir de ahora, su vida estaba en otra parte, con otras personas. Esa brutal certeza lo aplacó como si un viento purificante hubiera empezado a soplar sobre su pasado, y respiró más profundamente. Mandó un adiós silencioso al piso diecisiete y salió de la torre.

La banda aún estaba ahí, justo al lado de la entrada: seis jóvenes de entre dieciséis y veinte años de edad. Salim los conocía. No eran exactamente de la peor calaña pero sí agresivos, con cierta tendencia a la provocación gratuita. Ya había tenido

problemas con ellos en varias ocasiones, siempre por peticiones que rayaban la amenaza: «Salim, ¿tienes dos euros? Salim, tengo que pedirte una cosa...». Con diplomacia, calma y sentido del humor, siempre había salido del apuro sin tropiezos. Y también cediendo, demasiado a menudo, para su gusto.

Al cabo del tiempo y gracias a una sabia combinación de discreción y mimetismo, había adquirido la facultad de pasar desapercibido a los ojos de esas bandas. Sin embargo, al salir de la torre echó los hombros atrás y su paso mantuvo una seguridad innegable. Había cambiado. Había luchado contra los raïs, afrontado múltiples riesgos y sobrevivido a innumerables peligros. Había visto ciudades fantásticas y hasta se había topado con un dragón. Su torso estaba más estirado y sus músculos más endurecidos. Ya no tenía miedo.

—¡Pásame tu gorra!

Salim volvió la cabeza. Uno de los jóvenes sentados en la escalera se estaba dirigiendo a un niño de unos diez años que había cometido el error de cruzar su mirada. El tono no era agresivo pero la expresión burlona no ocultaba que se trataba de una orden. El niño, intimidado, obedeció. Salim intervino sin reflexionar.

Extendió el brazo e interceptó la gorra antes de que cambiara de mano. La volvió a colocar en la cabeza de su propietario, a quien empujó con suavidad hacia la calle. El niño no se hizo de rogar y salió pitando, no sin lanzarle antes una mirada agradecida.

—Oye, idiota, te estás buscando problemas...

El joven que había codiciado la gorra se había levantado y se acercaba a él.

En un abrir y cerrar de ojos, Salim recordó todas las veces que había bajado la cabeza ante los insultos. Las palabras brotaron antes de que pudiera contenerlas.

—¡Mi único problema eres tú, cara de rata!

Su interlocutor se quedó inmóvil una fracción de segundo. Luego reaccionó.

Muy deprisa.

Su mano izquierda cogió el cuello de Salim mientras su puño derecho se proyectaba hacia su cara describiendo un arco de círculo cerrado y peligroso. Era un habitual de las peleas callejeras, pero Salim fue más rápido que él.

Más que esquivarlo, avanzó buscando el contacto con su adversario. El golpe que estaba destinado a su pómulo sólo le rozó la nuca, ofreciéndole una pequeña ventaja que supo aprovechar. Con los costados de ambas manos, golpeó con todas sus fuerzas las costillas de su agresor. Éste se dobló en dos, emitiendo el ruido de un balón de cuero al reventar. Se dejó caer de rodillas en un desesperado intento de recuperar el aliento, mientras Salim retrocedía un paso.

Los otros cinco se le echaron encima. Evitó un primer puñetazo, lanzó su pie contra una tibia y sonrió a su pesar cuando oyó un grito de dolor.

—¡Bjorn! —chilló, antes de encajar un impacto en el mentón.

Se agachó para golpear las piernas de uno de los jóvenes, erró el tiro y recibió un golpe en el cráneo que le hizo ver las estrellas, pero consiguió desembarazarse de sus

atacantes antes de que éstos lo machacaran. En su afán por hacerle daño, a los agresores les entorpecía el hecho de ser tantos, pero Salim sabía que tenía las de perder. Propinó un violento golpe de codo y uno de los asaltantes quedó doblado en dos.

Bjorn entró en acción en aquel momento.

El primer joven se había recuperado y se preparaba para volver a la carga. De repente, sintió que lo agarraban de la nuca con fuerza; una mano de hierro atrapó el tiro de sus pantalones y lo lanzó por los aires hasta un matorral cercano. Un segundo agresor corrió una suerte idéntica antes de que los demás comprendieran que las tornas habían cambiado, así que dejaron a Salim para enfrentarse a aquel nuevo adversario.

Por muy impresionante que fuera la estampa de Bjorn, no se acobardaron y, al cabo de un segundo, el caballero se encontró rodeado. Salim, con dificultades para recuperar el equilibrio, levantó la mirada y vio que un tercer chico salía volando. Bjorn, consciente de estar forcejeando con adolescentes y no con adultos, no repartía golpes. Se conformaba con parar los que intentaban infligirle a él y, cuando tenía la posibilidad, arrojaba a uno de sus adversarios sin la menor delicadeza, lanzando un rugido sordo.

Cuando ya había hecho una buena limpieza y los jóvenes estaban cerca del pánico, la escena se iluminó súbitamente.

—¡Policía! ¡No se muevan!

La voz había restallado fuerte, autoritaria. El grupo se dispersó como una bandada de gorriones dejando a dos chicos fuera de combate, demasiado groguis para huir. Bjorn, atónito, lanzó una mirada entorno mientras Salim se levantaba a duras penas.

Tenían cuatro policías delante. Uno de ellos sostenía una potente linterna; otro estaba apoyado en su coche y hablaba por radio. El caballero esperó a que Salim renqueara hasta donde se encontraba él. No tenía ni idea de qué actitud adoptar, y el muchacho no le fue de mucha ayuda.

—Ya estoy harto de estas riñas callejeras —espetó el policía dejando su micrófono—. ¡Venga, nos llevamos a estos cuatro!



He encargado a nuestros dos mejores Centinelas que estudien el otro mundo. La adquisición de conocimientos sobre nuestros orígenes constituye uno de los objetivos de esta misión. El otro es determinar si ese otro mundo representa un peligro para Gwendalavir...

Sil' Afian, alocución durante un consejo del Imperio.

Ahora ya lo sabes todo, o casi.

Camille se desperezó y se recostó en la cama de Mathieu. Llevaban horas hablando, contándose lo que habían vivido y descubriéndose el uno al otro, primero con prudencia y luego, enseguida, con sorprendente complicidad.

Al entrar se habían sentado en la alfombra en medio de la habitación. Camille había admitido rápidamente que había juzgado mal a su hermano, y así se lo había confesado.

—Estaba convencida de que eras un egoísta pretencioso...

Mathieu había sonreído, algo incómodo.

—Es una parte de mí mismo que sin duda existe. En mi descargo debo decir que estaba muy preocupado por los exámenes y completamente hecho polvo. Ya sé que son unas disculpas penosas, pero a lo mejor pueden ayudarte a entender un poco mi reacción.

A continuación, habían evocado su pasado.

Igual que Camille, Mathieu no tenía ningún recuerdo de la época anterior a su llegada a este mundo, pero, al contrario de su hermana, había trabado unos fuertes lazos afectivos con su familia adoptiva. Los Boulanger habían sido unos padres modelo y le habían ofrecido todo el amor que hubieran dado a un hijo de su propia sangre.

Camille y Mathieu también abordaron el terreno más íntimo de sus pensamientos ocultos, y cada uno confió al otro todas aquellas cosas tan personales que raramente se comparten. Ella habló de la muerte, que había vislumbrado ante sí, mientras él absorbía cada una de sus palabras. También había esbozado un retrato de Salim, suficiente para que Mathieu adivinara, por sus palabras, cuánto significaba para ella.

Él, por su parte, había hablado de su pasión por la pintura, su búsqueda desesperada de la perfección, sus aventuras amorosas y sus decepciones cuando éstas terminaban. Cada desengaño se llevaba un pedazo de sus ilusiones, pero él, incansable, continuaba buscando a la que sería su complemento perfecto. Le había confesado a Camille que, igual que ella, a menudo se sentía al margen de la realidad... Habían aventurado un posible futuro en un lugar diferente que, ahora, él estaba dispuesto a explorar.



—¡Madre mía —dejó escapar Camille—, qué feliz estoy de haberte encontrado!

Mathieu le sonrió. Aquella hermana pequeña, llegada como un milagro, estaba transformando su vida. Una discreta llamada a la puerta le hizo volver la cabeza.

—Adelante.

La señora Boulanger se coló en la habitación.

Se había puesto un albornoz encima del camisón, y una arruga de inquietud surcaba su frente. Camille fue consciente de repente de que eran casi las tres de la madrugada. La madre adoptiva de Mathieu tenía toda la razón al sorprenderse de que ella aún estuviera allí.

Camille quiso disculparse, pero no tuvo tiempo.

—Ya es tarde, Mathieu —señaló la señora Boulanger—. Si quieres que tu hermana se quede a dormir, sólo tienes que coger el colchón del armario empotrado y ponerlo al lado de tu cama.

Él reaccionó un segundo antes que Camille.

—¿Qué...? ¿Cómo sabes...? —balbució.

Ella hizo un gesto de resignación.

—¿Que cómo sé que esta chica es tu hermana? Hasta un ciego se daría cuenta. Tenéis los mismos ojos violeta, la misma sonrisa, el mismo timbre de voz... ¡Es evidente que corre la misma sangre por vuestras venas!

—Pero...

—Y eso no es todo. Sabía desde hace mucho que iba a llegar este día. Mucho antes de tu primera visita, muchacha. Lástima que tu padre no esté aquí en este momento, Mathieu: sentirá no haber podido despedirse de ti.

—¿De qué estás hablando? —murmuró Mathieu.

La señora Boulanger le acarició la mejilla con la yema de los dedos y se volvió

hacia Camille.

—Tú eres Ewilan, ¿verdad? Y has venido a buscarlo para llevártelo ahí, a ese otro mundo.



Por muy atípica que sea la actitud de Maxime y Françoise Duciel, no creo que tengan nada que ver con la desaparición de la joven Camille. Es evidente que no la quieren y que su rapto los deja indiferentes, pero eso no basta para considerarlos unos criminales. Al menos, ante la ley...

Inspector Franchina, informe para el juez de instrucción encargado de la investigación sobre la desaparición de C. Duciel y S. Condo.

Recapitulemos. Usted afirma llamarse Bjorn Wil' Wayard, curioso nombre, dicho sea de paso, y no tiene ningún modo de demostrar su identidad. No puede darnos ninguna dirección ni indicarnos un lugar de trabajo. Según usted, nadie le conoce y es una casualidad que le hayamos encontrado en compañía del joven Salim Condo, a quien la policía de toda Francia lleva semanas buscando. ¿Me equivoco?

Bjorn encogió sus anchos hombros.

—No.

El inspector Franchina, sentado detrás de su escritorio, se pasó las manos por el pelo sacudiendo la cabeza.

—¡Es alucinante! —dijo al fin—. ¡Completamente alucinante! ¿Y asegura que no sabe nada de la hija de los Duciel?

—Nunca he oído hablar de ella —respondió Bjorn—, se lo he repetido mil veces.

Hacía ya más de dos horas que el inspector de policía lo estaba interrogando, y no se le ocurría la menor estratagema para salir de aquel berenjenal. Sin embargo, había ido por los pelos que no pasara nada.

Los habían conducido a la comisaría, donde habían apuntado sus nombres sin formularles más preguntas. Salim y los otros dos jóvenes eran menores, y un policía

había refunfuñado ante la idea de tener que devolverlos a sus hogares. El caso de Bjorn era un poco más complicado, pero, a pesar de su incapacidad para presentar un carné de identidad, estaba claro que su puesta en libertad sería un puro trámite. La pelea no había tenido más consecuencias que un ojo morado para uno de los muchachos y unas costillas doloridas para el otro, nada grave que reprochar a ninguno de los protagonistas. Por desgracia para Salim y Bjorn, el inspector Franchina estaba de servicio esa noche. Al pasar por la comisaría, enseguida había reconocido al chico desaparecido desde principios de verano.

El caso había tenido una gran repercusión y los superiores del cuerpo de policía habían sido muy críticos con su manera de llevarlo. Dos adolescentes secuestrados que se liberan por sí solos antes de desaparecer otra vez: ¡eso daba muy mala impresión!

Al descubrir a Salim sentado en un banco en la sala de guardia, el inspector Franchina creyó que estaba soñando. Aun así, había reaccionado rápidamente y Bjorn, puesto bajo arresto de inmediato, había pasado a ser el principal sospechoso en un secuestro.

—¡Miente! —gritó el policía asestando un violento puñetazo a la mesa—. ¿Quién es usted? ¿Qué ha hecho con Camille Duciel?

Bjorn cerró los ojos un instante. Cuando los volvió a abrir, estaba claro que había decidido callar. Estoico, cruzó los brazos y se quedó mirando una mosca que se había posado sobre una pila de papeles.

El inspector Franchina se levantó suspirando.

—Como quiera —soltó—. ¡Pero no crea que su mutismo me impedirá descubrir la verdad! No he terminado con usted, en absoluto.

El policía se acercó a la puerta y la entreabrió.

—Haga venir al joven Condo —ordenó.

Salim no tardó en aparecer y Bjorn le dirigió una mirada llena de esperanza.

—Salim —comenzó el inspector—, ¿podrías repetirnos delante de este señor lo que me has explicado hace un momento?

—Es que...

—No tengas miedo, hijo —lo animó el policía—. No corres ningún peligro. Te lo aseguro.

Salim respiró hondo e, ignorando a Bjorn, empezó a hablar:

—¡Es él! Él nos secuestró a Camille y a mí...



Lil' Kiptian, el emperador más autoritario de Gwendalavir, nunca contempló la posibilidad de prohibir a los Centinelas tener su propia familia. No por bondad, sino para que fueran más eficaces. Sabía que, si les dejaba conocer la felicidad, serían implacables a la hora de defenderla...

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo.*

Ya has dicho demasiado como para detenerte ahora...

Mathieu había hablado con suavidad, pero su voz denotaba cierta tensión.

La señora Boulanger sonrió con tristeza.

—Voy a contaros lo que sé, pero antes quiero prepararme un buen café. ¿Qué os parece si nos instalamos abajo, en los sillones del salón? Ya no tengo edad para sentarme en el suelo.

Su última frase había sido un débil intento de relajar el ambiente, pero surtió poco efecto. Camille y Mathieu estaban demasiado anonadados como para reaccionar.

Un poco más tarde, la señora Boulanger dejó tres tazas humeantes sobre la mesa de centro. Se llevó lentamente el café a los labios y, después de beber un sorbo, tomó la palabra con voz lenta, casi indiferente.

—Hay que remontarse diez años atrás. Bernard, mi marido, y yo ya sabíamos que no podíamos tener hijos. Pensábamos adoptar uno, pero aún no habíamos iniciado los trámites para hacerlo. Llevábamos una vida trepidante. En aquella época, Bernard era un gran reportero y siempre iba de un lado a otro. Yo lo seguía en casi todos sus viajes y éramos conscientes de que no había sitio para un bebé en la familia que formábamos. Acabábamos de volver de Brasil adonde habíamos ido para realizar un largo reportaje cuando nos llamó Hervé, fotógrafo como Bernard y un amigo cabal.

Un hombre formidable, abierto, con una cultura impresionante, que por desgracia se mataría tres años después en un accidente de coche. Nos invitó a su casa para celebrar nuestro regreso, pues quería presentarnos a una pareja a la que había conocido durante nuestra ausencia. Así es como nuestro camino se cruzó con el de Altan y Elicia.

Camille se sobresaltó. Es cierto que se esperaba alguna revelación, pero no oír el nombre de sus padres en boca de la señora Boulanger. Ésta continuó:

—Por supuesto, en aquella época usaban nombres falsos: Alain y Elise. A Bernard y a mí nos sedujeron nada más verles. Eran los seres más cautivadores que habíamos tenido ocasión de conocer jamás. Sus conocimientos eran inmensos y totalmente abiertos, de estilos variados. Eran atentos con los demás, así que tratar con ellos era todo un placer. Además, tenían un lado misterioso que los hacía terriblemente atractivos. Decían que eran escritores, pero se negaban a hablar de sus obras y algunas cosas que eran evidentes a veces los dejaban tan sorprendidos como a recién nacidos. Por ejemplo, poseían un saber sobre la música o la literatura como para matar de envidia a los mejores especialistas, pero luego nos bombardeaban con preguntas ingenuas sobre el funcionamiento de nuestras instituciones políticas. Aunque nos veíamos de forma intermitente, entablamos una fuerte amistad. El trabajo de Bernard nos obligaba a alejarnos durante semanas, y a menudo ellos desaparecían más tiempo aún sin que supiéramos adónde iban. Fue durante una velada en casa de Hervé cuando Alain y Elise nos revelaron la verdad.

La señora Boulanger se terminó el café y dejó la taza, con la mirada perdida en sus recuerdos.

—Me acuerdo perfectamente de aquel día. Tras la cena, nos instalamos en el salón y nos pusimos a relatar nuestros viajes. Bernard hablaba de Nueva Guinea y de la impresión de extrañeza que había sentido al descubrirla. «Conozco un lugar que te parecería mucho más extraño», afirmó Alain entonces. Así es como averiguamos la existencia de Gwendalavir. Aun a riesgo de parecer ridícula, debo admitir que no nos sorprendió demasiado. Hallamos la respuesta a preguntas que no habíamos formulado, la realidad quedó iluminada por una luz diferente y nosotros lo aceptamos. Nuestros dos amigos estaban inquietos: la situación en Gwendalavir estaba empeorando y no se atrevían a llevarnos a visitar su mundo por el peligro que conllevaría. Así que fue a través de sus relatos como descubrimos un lugar que no aparecía en ningún mapa. Aquel secreto compartido fortaleció nuestra amistad. Sin embargo, poco a poco nos fuimos viendo menos. Altan y Elicia ya sólo venían muy raramente y, cuando teníamos la suerte de verles, su tensión ensombrecía la alegría del reencuentro. Un día, hace ocho años, desaparecieron.

Casi a su pesar, Camille se inclinó hacia la señora Boulanger, escuchándole embelesada. ¿Por fin iba a averiguar lo que había pasado?

—Durante seis meses no tuvimos noticias. Estábamos convencidos de que no volveríamos a verles cuando, una noche, apareció Elicia. Iba sola. Llevaba una prisa

terrible pero, según nos confió, tenía que pedirnos un favor inmenso. Las cosas iban muy mal en Gwendalavir y deseaba, si acontecía lo peor, que nos ocupáramos de sus hijos. Habíamos oído hablar de vosotros en varias ocasiones, pero nunca habíamos tenido el placer de veros. Por supuesto, aceptamos. Elicia nos avisó de que borraría vuestros recuerdos para que no os sintierais desgraciados, pero también por vuestra seguridad. No teníais que conocer nunca el parentesco que os unía ni conoceros. Hervé se ocuparía de ti, Ewilan, mientras que Bernard y yo tendríamos la posibilidad de criarte a ti, Mathieu. Así lo acordamos, aunque eso significara perder el contacto. Elicia nos los agradeció con gravedad y se marchó. Nunca la volvimos a ver. Unos meses más tarde, Hervé se mató en un accidente de coche. Fue un trago muy difícil de afrontar, pues estábamos profundamente unidos a él. Tres días después de su entierro, el juez nos convocó. Altan y Elicia lo había dispuesto todo. Sólo tuvimos que estampar nuestra firma al pie de una hoja para encontrarnos con un muchachito de once años que no recordaba nada de su pasado.

La señora Boulanger calló y contempló a Mathieu antes de continuar:

—Te convertiste en nuestro hijo, pero siempre supe que un día nos dejarías.

Camille había absorbido cada una de las palabras pronunciadas. Por un instante se obligó a callarse, pero luego ya no pudo contenerse más.

—¿Y yo?



El don aparece hacia los dieciocho años, a veces algo más tarde, pero muy raramente antes, y en tal caso permanece en estado embrionario. Sin embargo, la precocidad es un rasgo común a los mejores dibujantes. Es más, se diría que un don asentado a principios de la adolescencia puede ofrecer a su poseedor un poder muy superior a la norma. ¿Confirmación o paradoja?

Maestro Duom Nil'Erg, discurso de apertura de la 345.ª sesión de la asamblea del gremio de analistas.

La señora Boulanger se volvió hacia Camille.

—Tú no tuviste tanta suerte como Mathieu. Aunque podrías haber sido muy feliz si Hervé no hubiera tenido ese estúpido accidente.

—Sin duda —asintió Camille—, pero eso no explica cómo me adoptaron los Duciel...

A modo de respuesta, la señora Boulanger se levantó y descolgó una fotografía, que contempló un instante antes de pasársela a Camille.

—Aquí tienes una de las imágenes con que Hervé se ganó su fama. Fue tomada en Corea, hace unos doce años.

Camille tenía ante los ojos una foto en blanco y negro donde aparecía un joven curvado bajo el peso de un enorme saco. La fotografía había sabido captar en la mirada del chico la angustia de una madurez alcanzada demasiado pronto y el peso de una desesperada desdicha.

La foto era excelente, pero fue la firma, abajo a la derecha, lo que llamó la atención de Camille: ¡Hervé Duciel!

—Hervé era el hermano de Maxime Duciel, tu padre adoptivo —precisó la señora Boulanger.

Una importante pieza del rompecabezas se colocó en su sitio y Camille sintió que se quitaba un peso invisible de encima. Sus padres la habían alejado de ellos, cierto, pero habían buscado su felicidad y su seguridad. Sólo un dramático revés del destino la había conducido a una familia huérfana de afecto y cariño.

—Comprendo —murmuró—. Pero ¿por qué los Duciel? Siempre supe que no me querían. A pesar de todos mis esfuerzos, siempre me consideraron una extraña.

—La verdad no es muy agradable —explicó la señora Boulanger—. Hervé era un fotógrafo famoso que había ganado varios premios, entre ellos uno de gran prestigio. Varios periódicos se disputaban sus trabajos y se ganaba muy bien la vida. Su hermano estaba muy celoso de él. Hervé sabía que corría un gran riesgo paseándose por todos los sitios del planeta donde los hombres cometen locuras. Cuando aceptó la responsabilidad de criarte, quiso que estuvieras a salvo si a él le pasaba algo. Así que redactó un acta notarial, legando sus bienes a su hermano si éste accedía a adoptarte en caso de alguna desgracia. Y sucedió lo peor. La muerte lo sorprendió, pero no en un país extranjero sino en una carretera rural. Menos de diez días después, Maxime Duciel se convirtió oficialmente en tu padre adoptivo. Un individuo como él no se planteó siquiera la posibilidad de renunciar a la herencia de su hermano, aunque tú formarás parte del lote.

Camille dudó un instante. No quería herir a aquella mujer tan amable, pero necesitaba comprender. Comprenderlo todo.

—Pero ¿por qué Hervé Duciel me encomendó a su hermano? ¿Y por qué ustedes no hicieron nada? No es mi intención reprocharle nada, pero me he preguntado tan a menudo qué estaba haciendo yo con los Duciel...

—Por desgracia, las respuestas a tus dos preguntas son complicadas. Hervé era poco objetivo en todo lo que se refería a su hermano. Sabía que Maxime y su mujer siempre habían deseado un hijo. Estaba convencido de que serías bienvenida en su casa, de que serías feliz. Y además, ese testamento sólo era una precaución. Como la mayoría de las personas, no esperaba morir...

Mathieu tomó la palabra con voz suave.

—De acuerdo, pero ¿por qué no hicisteis nada por Camille cuando comprendisteis que los Duciel no la querían?

—Olvidas lo que nos había contado Elicia. Vuestra irrupción en nuestro mundo significaba que a vuestros padres les había pasado algo grave y vosotros estabais en peligro. Debíamos hacer todo lo posible para que no os encontrarais. No teníamos elección. Tu vida, Ewilan, se nos escapaba.

—Lo entiendo —murmuró Camille—, lo entiendo.

Estaba más tranquila. Siete años de su vida acababan de cobrar sentido. El alivio la hacía sentir muy, muy ligera.

—¿Y ahora? —preguntó Mathieu a su madre.

—Supongo que si Ewilan te ha encontrado es porque las cosas han cambiado. Os vais a marchar, ¿no?

Mathieu se volvió hacia su hermana y Camille fue consciente de que se lo estaban preguntando a ella.

—Sí —admitió—. Mañana por la mañana, es decir, enseguida. La situación en Gwendalavir ha recuperado la normalidad, pero nuestros padres necesitan nuestra ayuda.

—¿Cómo puedes saberlo? —se sorprendió la señora Boulanger.

—Es una historia realmente larga —respondió Camille—. Creo que debería esperar a que regresemos para escucharla.

El rostro de la señora Boulanger se iluminó.

—¿Mathieu regresará? ¿Lo dices en serio?

—Claro. ¡Yo no secuestro a la gente! No creo que estemos de vuelta para el nuevo curso de Bellas Artes, pero Mathieu, sea cual sea el rumbo que tome su vida, siempre podrá ir y venir entre los dos mundos.

Una lágrima de felicidad brilló en el rabillo del ojo de la señora Boulanger, que se la secó despreocupadamente con el dorso de la mano.

—Es magnífico —exclamó—. Sabía que no debía interponerme en tu camino, Mathieu, pero la idea de no volver a verte se me antojaba insoportable.

—¿No volver a verme? ¿Estás de broma? —replicó Mathieu, que parecía tan conmovido como su madre adoptiva—. ¿Te crees que podría vivir sin tus creps y tus canelones?

La señora Boulanger le pellizcó la nariz.

—Pero ¡qué malo eres! —soltó, riéndose.

Luego volvió a ponerse seria.

—Si os tenéis que ir temprano, necesitaréis dormir un poco. ¡A la cama! —ordenó.



La duración de un arresto provisional es de veinticuatro horas. Sin embargo, puede prolongarse hasta cuarenta y ocho si el fiscal del gobierno lo autoriza por escrito.

Código penal francés.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?
—Digo que Bjorn está en la cárcel, o al menos encerrado en comisaría, y que lo acusan de haberme secuestrado y hacerte desaparecer a ti. Y soy yo quien lo ha vendido porque no he encontrado otra forma de explicar qué hacíamos juntos. Y espero que haya entendido por qué he actuado así, si no, ¡se pondrá como un energúmeno conmigo!

Después de injuriar a su compañero, el inspector Franchina en persona había acompañado a Salim a su casa. El recibimiento no había sido muy diferente del que esperaba. Su madrastra había fingido alegrarse, pero no había lugar a dudas de que ya casi se había olvidado de él. Sus hermanastras y sus primos tampoco habían parecido muy afectados por su regreso. En cuanto entró en su casa, sólo tuvo ganas de una cosa: volver a irse. Había esperado a que amaneciera, durmiendo sin cerrar los ojos del todo, y a las ocho se había escabullido sin avisar.

Camille y Mathieu habían llegado algo tarde a la cita. Salim apenas se había molestado en saludarles antes de explicar lo que había ocurrido la víspera.

—He estado a punto de venir a despertaros en plena noche, pero he pensado que no serviría de gran cosa. ¿Qué vamos a hacer?

Observaba a Camille, con la certeza de que ésta encontraría una solución. Camille suspiró y, después, se le iluminó la cara.

—¿Dónde está el problema? Bjorn tiene en su poder la segunda viajera. Puede

cambiar de mundo cuando le apetezca.

Salim puso cara de pena.

—Es que...

—¿Qué? —se inquietó Camille.

A modo de respuesta, Salim se metió la mano en el bolsillo y sacó una bola con reflejos irisados.

—Sólo quería gastarle una broma —se justificó—. No paraba de insinuar que el entrenamiento de Ellana era una tomadura de pelo, que yo era tan sigiloso como...

Camille se dio una palmada en la frente.

—¡La viajera de Bjorn! —lo cortó ella—. ¡Salim, eres un pedazo de irresponsable con el cerebro atrofiado! ¿Cuándo te decidirás a utilizar ese garbanzo que tienes dentro del cráneo? ¿Cuándo?

Salim estaba tan afligido que Mathieu no pudo evitar echarse a reír, lo que provocó una terrible mirada de su hermana.

—No te rías, por favor —le rogó ésta—. ¡Si se cree gracioso, se pondrá insoportable!

—Lo siento muchísimo —murmuró Salim—. ¿Crees que se puede hacer algo?

—¡Por supuesto que sí! —soltó Camille—. ¡No querrás que volvamos sin Bjorn!

—No, evidentemente, pero...

—Cállate —le ordenó— y déjame pensar. Bjorn está encerrado en un sitio que no conozco, así que es imposible presentarse allí con un paso al otro lado. En cambio, puedo contactar con él, o al menos eso creo. Ya sólo nos queda pensar un modo de devolverle la viajera, pero Salim y yo no tenemos ninguna oportunidad de franquear discretamente las puertas de la comisaría...

—Podría hacerlo yo —propuso Mathieu.

—Es una solución. Falta concebir un plan que te permita abordar a Bjorn.

—¿Dices que puedes contactar con él?

—Tiene que ser posible, ¿por qué?

—Pídele que llame a un abogado, o al menos que finja hacerlo. Así podría acercarme a él sin despertar sospechas...

—Genial, colega —exclamó Salim—: ¡te disfrazas de abogado, entras en la comisaría, le pasas la bola a Bjorn y nos largamos! ¡Está chupado! ¿Sabes, Camille? Tu hermano es listo, ¡casi tanto como yo!

Camille levantó los ojos al cielo.

—No lo sabes bien. ¡Este plan es un disparate!

—¿Por qué? —gimió Salim con aspecto muy cansado—. A mí me parece muy bien...

—Porque estamos en la vida real, Salim, no en un culebrón americano. El hecho de que una persona arrestada pueda llamar a un abogado no significa que cualquiera pueda hacer ese papel. ¡Sobre todo alguien tan joven como Mathieu! No, hay que rumiar otra cosa. Dejadme pensar.



El señor y la señora Duciel estaban tomando el desayuno.

Reinaba un silencio quebrado tan sólo por el ruido de las páginas del periódico que el señor Duciel leía mientras removía su café. Cuando extendió la mano distraídamente hacia la cesta, su mujer carraspeó.

—¡Maxime, ya te has comido dos cruasanes! —le reprochó.

El señor Duciel se disponía a replicar cuando una voz detrás de él le hizo sobresaltarse.

—Tiene razón, estás engordando. ¡Deberías hacer régimen y probar con el ejercicio!

El matrimonio Duciel dio la vuelta con un respingo. Una taza se volcó sin que nadie le prestara atención, manchando irremediablemente el mantel de encaje.

—¿Camille?

Si, a pesar de la sorpresa, la señora Duciel había logrado articular una palabra, su marido parecía un pez colorado fuera de su acuario: abría y cerraba la boca sin que de ella saliera ningún sonido y tenía los ojos desorbitados.

—Sí, soy yo —replicó ella—, qué perspicaz. ¿Os alegráis de verme?

—Pero... ¿De dónde sales? —profirió la señora Duciel—. ¿Dónde has estado? Creíamos que...

Camille se acercó. Una parte de ella se maravillaba ante esta situación, que meses atrás hubiera resultado impensable. Había sorprendido a los Duciel y los estaba contrariando, y no sentía el menor temor. Cogió una silla y se sentó.

Al fin, el señor Duciel recuperó el habla.

—Pero esto es increíble —exclamó—. ¿Dónde diablos te habías metido? Te creíamos secuestrada.

—Este exceso de cariño me llega al alma... —comentó Camille con una amarga sonrisa—. No me raptaron, sólo me fui. Voluntariamente. Y para evitaros hipótesis inútiles, sabed que me volveré a ir. Para siempre.

El señor Duciel hizo un gesto de retirada.

—Estás delirando, Camille. Me parece que...

—¡No me sueltes uno de tus habituales discursos! —lo cortó ella—. Tengo prisa y espero de vosotros una explicación. Nunca os he oído hablar de mi pasado. Ni siquiera delante del juez, cuando obtuvisteis mi custodia. ¿Es que vuestro hermano Hervé no os había contado de dónde vengo?

—¿Hervé? Pero...

El señor Duciel farfullaba y su esposa se había puesto pálida. Él se frotó los ojos, tratando de recuperar el dominio de una situación que se le escapaba por completo.

—¿Quién te ha...? ¿Por qué...?

—¿Sabéis? —continuó Camille—. Me conformo con una sola pregunta, aunque

tenga muchas otras sin respuesta que me incordiarán toda la vida: ¿qué esperabais de mí? ¿Qué me echabais en cara? ¿Por qué nunca me quisisteis?

—¡Porque no eres nuestra hija! —intervino la señora Duciel—. Porque fue Hervé quien nos impuso tu adopción. Porque nunca nos acostumbramos a ti. Porque eres extraña e incomprensible.

El discurso, pronunciado con una frialdad hiriente, golpeó a Camille como un puñetazo en la boca del estómago.

—Eso es mentira —se sublevó—. Yo era una niña pequeña y desorientada que necesitaba amor desesperadamente. Vosotros podríais haberlo sido todo para mí y reemplazar a los padres que había perdido. ¡Y no me disteis ninguna oportunidad! Pero contestad a mi pregunta —continuó, obligándose a respirar hondo—: ¿Os explicó Hervé de dónde vengo?

Hubo un breve instante de silencio y luego la voz del señor Duciel se elevó, tan insensible como la de su esposa.

—Sí, conocíamos tus orígenes. Mi hermano nos los reveló cuando nos pidió que nos ocupáramos de ti en caso de desgracia. Al pobre muchacho, tu historia le parecía increíblemente apasionante. A nosotros nos costó mucho darle crédito, pero él acabó convenciéndonos. ¿Cómo querías que nos apegáramos a ti en ese contexto? Antes del accidente de Hervé, temíamos meternos en un proceso de adopción porque no queríamos acoger a un niño extraño en casa. Queríamos un niño idéntico al que hubiéramos podido tener y te tuvimos a ti, Camille, la más distinta de todos los seres extraños de la Tierra. ¿Puedes pedirle a un perro que adopte a un gato?

—Pero...

—No, déjame acabar. Quieres una respuesta y la vas a tener. Es cierto que no hay amor entre nosotros; tal vez cierta apariencia de afecto, pero nada más. No obstante, nosotros no somos responsables de esta situación. Cuando desapareciste, enseguida comprendimos que no te habían raptado, sino que habías vuelto allí, sea donde sea eso. Y no quieras fingir que no eres una extranjera y que tu mundo guarda similitudes con el nuestro. ¡No olvides que estuve a punto de perder la vida por tu culpa y la de ese asesino que irrumpió aquí! Así que no esperes que nos derrumbemos ante el anuncio de tu partida definitiva.

Camille le había escuchado sin pestañear.

Hubiera debido sentirse indignada, quizás anonadada. Por fortuna, ahora contaba con unos amigos fieles que ejercían el papel que los Duciel siempre habían rechazado asumir. Sin embargo, notó que el último vínculo que aún la unía a su familia adoptiva se rompía con una punzada de dolor en el vientre.

Esperó a recuperar la serenidad antes de hablar con voz firme.

—Al menos, vuestras palabras tienen el mérito de ser sinceras —subrayó sin acritud—. Me iré tal como os he prometido, pero antes de que nos separemos me vais a ayudar. Puede que por primera vez, aunque os aseguro que será la última y no veo cómo podríais negaros.



Efectuar el Gran Paso con sus dos hijos y borrar sus recuerdos requería de Elicia Gil' Sayan que fuera una dibujante excepcional. Abandonarlos, quizá para siempre, exigía una voluntad sobrehumana...

Doume Fil'Battis, cronista del Imperio.

Bjorn había pasado una noche execrable.
¡Él, un caballero del Imperio, detenido como un vulgar malandrín e interrogado durante horas por ese lacayo convencido de estar reteniendo a un monstruo devorador de niños!

¡Y Salim, que lo había abandonado de la forma más cobarde, acusándole de haberlos raptado a él y a Ewilan! Claro que el muchacho sólo había actuado así para recuperar la libertad, pero el sentimiento de haber sido traicionado permanecía y era de lo más desagradable.

Para colmo, Bjorn también se había dado cuenta de que su viajera había desaparecido y, junto con ella, la única oportunidad de escapar.

Al fin, después de que respondiera a mil preguntas, lo habían arrojado a una estancia cuyo sobrio mobiliario no disimulaba su función: una celda.

—Mañana por la mañana —había anunciado el inspector— le presentaremos al fiscal. No me cabe duda de que accederá a prolongar su arresto. Aunque también podría ser que lo inculpara de inmediato, y en tal caso iría a la cárcel...

Un fiscal, una cárcel... Bjorn ignoraba de qué se trataba, pero era consciente de que no se encontraba en una situación brillante. Entonces, ¿por qué Merwyn había querido que se uniera a la expedición?

La litera de su calabozo era dura como una piedra y el sucedáneo de comida que le habían servido resultaba insípido. Bjorn abrió los ojos al alba, de bastante mal

humor. Por muchas vueltas que le daba, no veía en absoluto cómo podía salir de aquella trampa. Ojalá Camille y Salim no se hubieran olvidado de él...

A las ocho y media, el inspector Franchina le hizo una visita.

—El fiscal lo recibirá antes del mediodía. Si quiere contarnos algo que ayer se olvidara de explicarnos por descuido, ahora es el momento. Estoy seguro de que una muestra de buena voluntad por su parte incitaría al fiscal a ser benevolente. ¿Algún comentario sobre la pequeña Camille Duciel, tal vez?

Bjorn tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrojar al policía contra una pared. Inspiró profundamente y logró conservar la calma de milagro.

—Ya le he dicho mil veces que no conozco a esa chica —gruñó—. ¿Por qué insiste en dudar de mi probidad?

La extraña manera que tenía el sospechoso de expresarse, observada a lo largo de toda la noche, confirmaba al inspector Franchina sus sospechas. ¡El tal Bjorn Wil' Wayard era culpable y había que sacarle la verdad! Salió sin tomarse la molestia de responder.

Más tarde, un policía escoltó a Bjorn desde su celda al despacho del inspector. Durante los pocos segundos que duró el trayecto, el caballero se planteó fríamente la posibilidad de aporrear a su guardián para huir, pero la sensatez se impuso: no conocía nada de este mundo y, suponiendo que su fuga saliera bien, ¿adónde iría?

El inspector ya estaba ahí, sentado en compañía de un individuo al que Bjorn no había visto nunca.

—Me gustaría asistir a la entrevista —estaba diciendo el inspector—. Usted no es del oficio y tal vez se pierda algún detalle crucial.

—Es posible, pero si se queda, corremos el riesgo de que él se cierre en banda. Déme una oportunidad: se trata de mi hija...

Franchina dudó un instante y luego, sacudiendo la cabeza para mostrar su falta de convicción, se volvió hacia Bjorn.

—Señor Wil' Wayard, si es que éste es su verdadero nombre: le presento al señor Duciel, que insiste en hablar con usted a solas. Aunque no lo recoja el reglamento, no sé cómo negárselo.

El policía abrió la puerta y soltó, antes de salir:

—Tienen diez minutos. De todos modos, el furgón para el traslado llegará enseguida.

El cerrojo tintineó detrás de él y Bjorn centró su atención en el individuo que había solicitado verle. Así que aquél era el padre adoptivo de Ewilan...

¡No le gustaba nada! La opinión de Ewilan sin duda le influía, pero hubiera podido prescindir de ella y juzgar al señor Duciel por su sola apariencia. Todo en él desprendía suficiencia y falsedad. ¿Qué querría ese hombre?

No tuvo que esperar demasiado para saberlo.

—¿Qué ha hecho con mi hija?

¡Oh, no, ya empezaban otra vez!

—La echamos de menos. Si usted sabe algo, tiene que...

—*Hola, Bjorn, ¿qué tal?*

El caballero abrió los ojos de par en par. Delante de él, el señor Duciel seguía hablando en un tono quejica, al parecer sin haber oído la voz. ¡La voz de Ewilan!

—*¡Evidentemente! ¿Quién iba a ser si no? ¿Un ts'lich? Bueno, escucha: mi padre adoptivo, ese tipo tan poco simpático que, a priori, tienes delante en este momento, va a devolverte la viajera.*

—*¡La viajera!*

Bjorn había hablado en voz alta, casi gritando, y el señor Duciel se sobresaltó.

—*¿Cómo? —balbució—. ¿Qué está diciendo?*

—*Nada —lo tranquilizó el caballero—, nada de nada. Continúe, se lo ruego.*

Maxime Duciel lo miró como si estuviera tratando con un perturbado, pero retomó su actitud plañidera.

—*Hemos quedado en que él no te diría nada importante. Seguro que la policía está escuchando vuestra conversación y quizás os estén grabando. Tendréis que ser discretos cuando él te entregue la esfera.*

—*Pero... —comenzó Bjorn.*

El señor Duciel detuvo su perorata.

—*¿Sí?*

—*Pero... eso... es dramático —soltó el caballero.*

—*Sí, tiene razón. Cuando vimos que...*

Y continuó su monólogo.

—*Si tienes algo que decir —prosiguió Camille—, habla en tu cabeza. Mi padre adoptivo nos está ayudando más o menos obligado y a la fuerza. No confíes en él.*

—*No tenía intención de hacerme amigo suyo...*

—*Bravo, Bjorn, te oigo perfectamente. Y ahora, vamos a lo más importante: cuando hayas recuperado la viajera, lárgate sin pensar en nosotros.*

—*¿Y Akiro?*

—*Está listo para marcharse, igual que Salim. Ya sólo te estamos esperando a ti.*

Una gran sonrisa callada se dibujó en el rostro del caballero, lo que acabó de convencer a su interlocutor de que estaba loco de atar.

—*Ésta es la mejor noticia que he oído desde hace mucho. En cuanto...*

—*¡No! Preferiría que dieras el paso al otro lado cuando hayas salido de comisaría.*

—*¿Por qué?*

—*El inspector Franchina ya ha tenido muchos problemas por mi culpa. No quisiera que además le echaran en cara tu fuga. Es un hombre justo que hace su trabajo lo mejor que puede.*

—*¿Estás segura?*

—*Por favor, Bjorn...*

—*Vale, de acuerdo. Pero en cuanto haya salido de aquí, me largo. ¡Estoy hasta la*

coronilla de tu mundo!

Bjorn percibió una carcajada en su mente y una última frase:

—*Nos vemos en la Ciudadela.*

El caballero fue consciente de que el señor Duciel se había callado. Se levantó y se acercó a aquel hombre grueso que, a su pesar, hizo un gesto de retroceso.

—Lo lamento —declaró Bjorn, tendiéndole la mano—, pero no puedo hacer nada por usted. Desconozco dónde está su hija.

El señor Duciel se levantó a su vez y cogió el gran puño del caballero. Parecía un poco despavorido y, cuando la puerta se abrió, volvió la cabeza hacia el inspector Franchina como para mendigar ayuda.

—¿Y bien? —preguntó el policía.

—Nada. Nada de nada.

El señor Duciel salió rápidamente sin mirar atrás. El policía dirigió a Bjorn una mirada severa.

—Dígame, ¿no le ha conmovido ese pobre hombre?

—Ese hombre no es pobre ni conmovedor —espetó el caballero con un rictus— y usted lo sabe tan bien como yo...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada más que lo que he dicho.

El inspector lo observó con recelo y después, ante su mutismo, lo hizo conducir otra vez a su celda. Una vez solo, Bjorn respiró hondo. Bien calentita dentro de su puño cerrado, la viajera le susurraba que sus desgracias habían terminado al fin.



Algunos de nuestros mayores pensadores afirman que hay incompatibilidad entre el arte del Dibujo y la tecnología. La existencia de los dos mundos derivaría de esa incompatibilidad...

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

¿Ha recibido bien el mensaje? —se inquietó Salim. Se encontraba con Camille y Mathieu en una calle del centro de la ciudad, apoyado como ellos en la programación del teatro.

Camille levantó un pulgar satisfecho.

—De primera —soltó—. Todo se arreglará.

—Oye, Camille...

La chica miró a su amigo. Él, de común tan alegre, tenía un aspecto contrariado.

—¿Qué te pasa? Parece que te hayas atragantado...

—¿Bjorn no te ha dicho si estaba enfadado conmigo?

Camille puso cara de preocupación.

—Sólo ha dado a entender que, cuando te coja, empezará por las orejas...

Salim, comprendiendo que se burlaba de él, respiró con más libertad. Mathieu advirtió, sin embargo, que sólo se había tranquilizado a medias. Pusieron rumbo a comisaría, pues Camille no quería marcharse sin estar segura de que Bjorn había salido del embrollo y deseaba asistir a su paso al otro lado. El caballero no tardaría mucho en utilizar la viajera, así que debían darse prisa.

Mathieu pasó un brazo por los hombros de su hermana. Poco a poco iba tomando conciencia de que tal vez recorriera aquellas calles por última vez, y las miraba con un espíritu tan emocionado como alegre. Camille tenía la impresión de poder leer los pensamientos de su hermano. Éste estaba feliz, y ella compartía esa felicidad con

todo su corazón.



Se instalaron en la terraza de un café, separada de la entrada de comisaría por una placita y un cruce poco concurrido a esa hora del día.

Pidieron bebidas y un sándwich para Salim.

—Anoche no comí nada —explicó éste—, ni tampoco esta mañana. ¿Os dais cuenta de que hay cosas que hasta me quitan el apetito? Increíble, ¿no?

—En efecto —asintió Mathieu.

—En cualquier caso, ¡no consiguen quitarte el habla! —se mofó Camille.

Salim se hizo el ofendido.

—Soy un incomprendido —gimoteó—. ¡Donde siembro el arte y la belleza de la palabra, sólo recojo la indiferencia o la irritación de individuos totalmente desprovistos de grandeza de espíritu!

Mathieu soltó un silbido de admiración.

—Bonita frase...

—Y sin la menor relación con lo que la precedía —interrumpió Camille—. ¡Mirad!

Había agarrado el antebrazo de su hermano y señalaba la comisaría.

Los dos muchachos volvieron la cabeza en el momento en que un furgón azul con rejas en los cristales salía a la calzada.

—¿Creéis que será él? —preguntó Salim.

—Es probable —susurró Camille—. Preparémonos...

El vehículo avanzó hasta un semáforo en rojo. Estaba a sólo unos diez metros de la terraza del café y Camille distinguía perfectamente a los dos agentes que iban sentados delante. Cuando el semáforo se puso en verde, el furgón se estremeció.

Al principio, los tres espectadores creyeron que los bandazos del vehículo provenían de un desajuste del motor, pero enseguida se hizo evidente que no era así en absoluto. ¡Un minicataclismo estaba haciendo estragos en la parte de atrás del furgón!

El conductor, alertado por el ruido, detuvo el vehículo. Salió del habitáculo junto con su compañero en el instante en que las dos puertas de atrás se abrían de golpe. Bjorn apareció en la abertura con cara risueña. Detrás de él se distinguían los cuerpos tendidos de tres guardias.

—¡Aire! —aulló el caballero.

Y saltó a la calle.

El conductor y su compañero desenfundaron sus armas y fueron hacia él.

Camille apretó las mandíbulas. ¿Por qué Bjorn no se había limitado a eclipsarse con discreción? ¡Iba a conseguir que le pegaran un tiro! Se deslizó en la Imaginación.

Cuando los policías llegaron hasta Bjorn, uno sostenía un periódico a modo de revólver y el otro un salchichón. El caballero los cogió con delicadeza por la nuca. Sus cráneos entrechocaron con un ruido abominable y se desplomaron pesadamente.

La escena había atraído a numerosos espectadores, que retrocedieron un paso cuando Bjorn se volvió hacia ellos. El caballero estalló en una risotada estruendosa e hizo una reverencia.

—Damas y caballeros —lanzó con voz estentórea—, me inclino ante ustedes.

Y, de pronto, simplemente ya no estaba ahí.

Entre la multitud se elevaron unos chillidos a los que respondió una sirena de policía.

—¡Genial! —exclamó Salim—. ¡Menudo artista! ¿Habéis visto qué fuga?

—Debería haberme figurado que te gustaría —masculló Camille—. ¡Han estado a punto de matarle y a ti te parece genial!

—Yo...

—Disculpad —interrumpió Mathieu—, pero deberíamos alejarnos. Estamos en primera fila y mejor será que no os reconozca nadie, como por ejemplo el inspector Franchina.

—Tienes razón —aprobó Salim, contento de cambiar de tema—. ¡Larguémonos de aquí!

Se levantaron sin prisa y abandonaron la escena. Los curiosos afluían y aquel sitio iba a llenarse de policías. Sus pasos los condujeron hasta el parque.

—¿Ha llegado el momento también para nosotros? —preguntó Mathieu.

—Sí —respondió ella—. ¿Estáis listos?

—¡Listo! —afirmó Salim.

—¡Listo! —afirmó Mathieu.

Camille se proyectó en la Imaginación.

Sin duda, Merwyn había previsto que Mathieu regresaría con Bjorn gracias a la segunda viajera. Llevar a dos personas consigo requería un poder que ella no poseía. Y sin embargo, el paso al otro lado fue de una facilidad desconcertante. Sin que tuviera casi conciencia de su dibujo, desaparecieron.



EL-LOBO





Galaz poseía el corazón de Bjorn, la fuerza de Maniel y el dominio de las armas de Edwin, pero no tenía sentido del humor. ¡Y ése es un defecto reprobable!

Merwyn Ril' Avalon.

Se materializaron en la biblioteca de la Ciudadela, cuyo aspecto Camille había memorizado cuidadosamente. Había quedado acordado que se establecerían turnos para que siempre hubiera alguien esperándoles allí, por si acaso necesitaban ayuda. En ese momento Siam estaba hojeando un grueso volumen encuadernado en cuero. Cuando el grupo apareció, ella se levantó ágilmente y se dirigió hacia ellos.

—¡Ewilan! —exclamó—. ¡Por fin! Empezábamos a preocuparnos.

Camille mostró una amplia sonrisa. La joven fronteriza le caía bien, y descubrir que la había echado de menos le llenaba el corazón de alegría.

—Yo también estoy aquí —subrayó Salim.

Siam se inclinó como para disculparse.

—Lo lamento, noble visitante. Confieso que, como no estabas haciendo tonterías, no te había visto. Espero que sepas perdonarme... Y supongo que este chico es tu hermano, Ewilan. Yo soy Siam, la hermana de Edwin.

Se había vuelto hacia Mathieu y le estaba ofreciendo una maravillosa sonrisa. Una vez más, Camille observó que se trataba de una joven muy bonita, con su trenza rubia y una piel tersa que hacía resaltar sus grandes ojos grises. Todo su ser irradiaba una aureola de gracia, pero, a pesar de su silueta menuda, se la adivinaba musculosa y resistente. Camille se disponía a contestar cuando se quedó inmóvil de repente: ¡la Imaginación se estaba abriendo!

Antes de que comprendiera lo que sucedía, un ramo de fragantes flores apareció en la mano de Mathieu. ¡Camille se quedó con la boca abierta! No se trataba de un dibujo, sino que eran flores reales: su hermano, a quien poco importaba la imposibilidad de dibujar en la Ciudadela, había utilizado la Imaginación para ir a buscarlas vete a saber dónde. ¡Él, que se suponía que no tenía ningún don!

No tuvo tiempo de preguntarse más. Una radiante admiración se había plasmado en los rasgos de Mathieu, como si hubiera llegado al paraíso y estuviera contemplando un ángel. Entregó su ramo a una sorprendida Siam.

—Yo soy Akiro —declaró con voz de ensueño— o Mathieu. Da lo mismo, pero creo que prefiero este último nombre. No creí que al llegar aquí fuera a encontrar lo que siempre había buscado.

—¿Y qué es lo que buscabas? —le preguntó Siam con la mirada fija en él.

—La belleza —respondió el muchacho—. O más bien la gracia. O la perfección. La feminidad. El absoluto. Todo eso a la vez, sin duda...

La joven guerrera se echó a reír con frescura.

—Toma ejemplo, Salim —exclamó—: ¡aquí tienes a alguien que sabe hablarle a una chica!

Camille advirtió que, a pesar de su comentario desenfadado, a Siam le habían impactado las palabras de Mathieu. Sonrió interiormente: la adaptación de su hermano a Gwendalavir prometía ser más fácil de lo previsto...

—¿Y Bjorn? —quiso saber entonces—. ¿Cómo está? Se ha ido unos diez minutos antes que nosotros.

—No ha llegado aquí —afirmó Siam—. Yo llevaba más de una hora leyendo en esta habitación cuando habéis aparecido vosotros.

—No puede ser —gimió Salim—. ¿Dónde puñetas se ha metido esta vez?

Camille reflexionó unos segundos.

—¿Dónde se encuentra el maestro Duom? —preguntó—. Hay que avisarlo.

Salieron de la biblioteca y fueron corriendo al ala de la Ciudadela donde estaban instalados el viejo analista y sus compañeros.

Por el camino se cruzaron con algunos fronterizos, que los saludaron con respeto. Camille sabía que los hombres del Norte apreciaban a Siam por sus cualidades y no tan sólo porque fuera la hija de Hander Til' Illian, señor del lugar. Así que se alegró al darse cuenta de que también ella recibía esas muestras de estima. Su duelo contra Holts Kil'Muirt había puesto de su lado a los rudos guerreros que, desde hacía años, luchaban por el devenir del Imperio en las Marcas del Norte. Éstos respetaban el coraje por encima de todo y, a sus ojos, ella había demostrado su valor al aceptar un combate que corría gran peligro de perder. Camille, por su parte, no consideraba el coraje de la misma manera, pero ésa era otra historia...

Mientras seguía a su hermana, Mathieu observaba el entorno con avidez, aunque muchas de sus miradas iban dirigidas a Siam. La Ciudadela era una construcción imponente, creada gracias al Poder de unos dibujantes con la ayuda inestimable del

ingenio y la habilidad de los arquitectos. Su tamaño y belleza no podían dejar de impresionar a alguien tan sensible para el arte como él.

Edwin y Ellana fueron a su encuentro cuando estaban atravesando el gran patio central.

—¡Camille! —gritó Ellana—. ¡Salim! ¡Por fin!

Salim se volvió hacia Mathieu.

—Como ves, algunos sí se acuerdan de que existo...

Y luego, al percibir la mirada que el joven posó sobre Ellana, continuó, burlón:

—¡No te atreverás a hacer otra vez el truco de las flores!

Pero la admiración de Mathieu más bien se debía a la pareja que formaban Ellana y Edwin, y no a la indiscutible belleza de la marchombre. Vestidos con prendas anchas y oscuras, transmitían un carisma deslumbrante, desprendían una fuerza resplandeciente y hacían una pareja perfecta.

—¡Akiro! —exclamó Edwin, posando las manos sobre los hombros del joven—. Me alegro de volver a verte. ¡Bienvenido! Estábamos preocupados por vosotros. ¡Ewilan, has estado fuera más tiempo de lo previsto!

—Las cosas nunca son tan fáciles como parecen —dijo ella—. Aunque estoy inquieta por Bjorn. Debería haber llegado antes que nosotros, pero Siam no lo ha visto.

Edwin hizo un gesto tranquilizador.

—Tranquila, está aquí. Ha utilizado la viajera para materializarse directamente en las cocinas de la Ciudadela. Me lo ha comunicado Maniel. En este momento se está recuperando, o más bien está arrasando las reservas de los fronterizos. Todo está en orden.

Camille suspiró aliviada mientras Ellana observaba el ramo de flores que Siam llevaba en la mano.

—¿Es que ahora crecen flores entre los libros de la biblioteca? —preguntó la marchombre, un tanto burlona.

Los pómulos bronceados de la joven se tiñeron de rojo. Dudó un instante y luego, al fin, prefirió no contestar. Edwin lanzó una mirada asombrada a su hermana pequeña, pero se abstuvo de hacer cualquier comentario.

En aquel momento, un rugido les hizo darse la vuelta:

Bjorn acababa de llegar, en compañía de Maniel y del maestro Duom.

—¡Salim, voy a transformarte en carne de paté! —aulló el gran caballero.

Salim, de golpe, pareció inquieto.

—¿Estás seguro de querer que todo el mundo se acuerde de que existes? —ironizó Camille.



Hoy en día, todos los hijos de Gwendalavir conocen la leyenda de Ewilan Gil' Sayan. ¡Y pocos de ellos dudan de que la realidad fuese aún más bella!

Doume Fil'Battis, cronista del Imperio.

Mathieu no se había encontrado nunca con una asamblea tan alegre. Bjorn se había precipitado hacia Salim. El muchacho había intentado ponerse a salvo, pero el caballero lo había alcanzado con cuatro zancadas. Lo había alzado por encima de su cabeza y lo había hecho girar mientras gritaba invectivas.

—¡Traidor! ¡Hermano de pacotilla! ¡Sucio egoísta mentiroso y bellaco!
Además de amenazas.

—¡Voy a hacer que pagues tu felonía! ¡Cuando haya acabado contigo, parecerás una rata caída de un precipicio!

Mathieu, asustado, se había preguntado cómo socorrer a Salim. Lanzarse al asalto de aquel coloso no era una decisión que se tomase a la ligera.

—No te preocupes —lo había tranquilizado Ellana—, es su forma de decirse hola y de demostrar hasta qué punto se han echado de menos.

Un anciano, que encajaba con la descripción que le había hecho Camille del maestro Duom, se había acercado entonces a él. Transmitía una gran sabiduría y no parecía turbado por las acrobacias aéreas de Salim. Estaba visiblemente impaciente por interrogarle, aunque se contenía. Mathieu también había descubierto a Maniel, el gigante, que habría resultado tremendo si no fuera por su fisonomía bonachona y su voz tranquila.

Después de las presentaciones, le habían concedido una visita guiada a la Ciudadela durante la cual se había topado con Hander Til' Illian, señor de las Marcas

del Norte. El patriarca lo había evaluado un instante antes de ponerle una mano encima del hombro y darle la bienvenida. Mathieu había empezado a sentirse como en casa...



—Ya está —declaró Siam—: has visto lo esencial de la Ciudadela.

Bjorn y Maniel se habían escabullido por el camino para continuar comiendo mientras Edwin y Ellana iban a curar a *Murmullo*, que cojeaba ligeramente.

—Nos falta visitar la Atalaya.

El maestro Duom, asombrado, miró a Camille.

—Imposible —comenzó—. Tú me explicaste...

—¿Que mi hermano no tenía ningún poder? Es lo que pensé, y te pido disculpas, Mathieu, pero sin duda me equivocaba. ¿No es cierto, Siam?

La muchacha, que había puesto sus flores en un jarrón hacía una hora, asintió con la cabeza.

—Es posible, en efecto, que tenga algún poder...

No precisó cuál y Camille le guiñó el ojo.

—¿La Atalaya? —quiso saber Mathieu.

—Es la estancia situada en la cima más elevada de la torre de la Ciudadela —explicó el maestro Duom—. Se trata de un lugar de Poder al que sólo pueden acceder los dibujantes. Y cuando digo dibujantes me refiero a los mejores de todos. Conozco a muchos que se creían buenos y, sin embargo, vieron cómo se les negaba el acceso.

—Yo no entiendo nada de dibujo —afirmó Mathieu.

Sonrió al darse cuenta de lo que acababa de pronunciar: si sus amigos de Bellas Artes lo hubieran oído...

—Al menos, de esta clase de dibujo —rectificó—. Camille me ha hablado de ello y la he visto dibujar, pero me es desconocido. Mi poder se limita a cambiar, con mi sola voluntad, los colores de una tela. Este don me parecía formidable, hasta el momento en que conocí a mi hermana y vi que apenas era nada en comparación con sus proezas.

Su comentario estaba desprovisto de toda envidia.

—Maestro Duom, ¿no cree que aun así habría que probarlo? —propuso Camille.

—Claro —asintió el viejo analista—, aunque lo que me anunciaste me deja pocas esperanzas. Además, no dispongo de mi material.

—Por eso he pensado en la Atalaya —insistió Camille—. Antes he realizado un paso al otro lado sin ninguna dificultad y llevando a dos personas. ¿Cabe la posibilidad de que Mathieu me haya ayudado sin saberlo!

—¡No exageréis la importancia del dibujo! —intervino Siam—. Yo no sé dibujar y soy perfectamente feliz.

Mathieu le lanzó una mirada agradecida que se tiñó de inquietud cuando ella prosiguió.

—Siempre me las he apañado bastante bien para hacer pedazos a mis enemigos con mi sable, ¡y eso que algunos eran dibujantes!

El maestro Duom, inconsciente de la turbación del joven, había tomado una decisión.

—Tienes razón —asintió—, probaremos en la Atalaya. Enseguida saldremos de dudas.

Así pues, partieron hacia el patio de manzanos. Al distinguir la torre, Mathieu emitió un silbido.

—¡Qué alta!

—¡Dímelo a mí! —exclamó Salim—. Y tú tienes alguna posibilidad de entrar, pero yo voy a chuparme toda la subida para quedarme en la puerta. ¿No quieres que les esperemos abajo, Siam?

—¡Ni hablar! —respondió la joven guerrera—. Quiero ver lo que pasa. ¡Si supieras la cantidad de veces que, siendo niña, intenté forzar la entrada de ese maldito cuarto! ¡Era una auténtica obsesión! Probé mil trucos y todos fracasaron estrepitosamente. Aún hay noches en que sueño que entro en la Atalaya, ¿te das cuenta?

Emprendieron el ascenso manteniéndose pegados a la pared para evitar contemplar el vacío, cada vez más profundo, que se abría a sus pies. La subida se prolongó durante casi media hora, pues el maestro Duom exigió numerosos altos por el bien de su corazón. Finalmente alcanzaron el rellano. Y ahí, a pocos metros, estaba el arco blindado con una cortina de luz azulada.

—¿Es aquí? —preguntó Mathieu.

—No, la Atalaya es el cuarto que se encuentra encima de nosotros —rectificó Camille—. Esta luz constituye una especie de puerta. Basta con que la ignores.

—Para que te des con la cabeza contra un muro —puntualizó Salim.

Siam se echó a reír, pero Camille se encogió de hombros.

—No le hagas caso. Mira, es fácil.

Avanzó y pasó a través de la luz sin notar la menor molestia.

—¿Lo ves? —soltó, regresando—. No hay peligro.

No obstante, Mathieu parecía escéptico.

—Yo pasaré primero —anunció el maestro Duom—, aunque la entrada nunca me ha resultado tan sencilla como a Camille.

Se acercó a la cortina azulada y, tomando una gran inspiración, dio un paso al frente.

Al principio pareció que se le negaba el paso, pero luego, poco a poco, avanzó. Lo hacía al ralentí, como atrapado en un líquido pegajoso, pero acabó por atravesarla.

—No creas que es fácil —le dijo a Mathieu—. ¡Tu hermana es una excepción! Os espero aquí: no pienso entrar y salir porque sí.

—No quisiera que me tomarais por un gallina —expuso Mathieu—, pero esta luz azulada me provoca escalofríos.

—¿De verdad? —se sorprendió Salim.

El joven le lanzó una breve mirada antes de cuadrarse de hombros.

—Nada que no pueda dominar —añadió.

Apretó las mandíbulas y dio un paso en dirección al viejo analista. Para su inmensa estupefacción, se encontró sin esfuerzo junto a él, al otro lado de la cortina luminosa.

—¡Lo he logrado! —exclamó, incrédulo.

El maestro Duom lo observaba con una mezcla de preocupación y alegría en la mirada.

—No —rectificó—, no del todo.

—¿Cómo que no? Pero si he pasado al lado bueno.

—Sí; sin embargo, no has atravesado la cortina de luz. Has realizado un paso al otro lado, cosa mucho más difícil.

Mathieu creía que Camille aún estaba en el rellano. La buscó con la mirada, pero ya la tenía a su lado. Desbordante de orgullo, lo abrazó con fuerza.

—Eres genial —lo felicitó—, y yo no soy más que una pobre estúpida por haber dudado de ti.

El maestro Duom se aclaró la garganta.

—Ignoro si esta prueba es completamente fiable, pero no se puede negar que posees el Poder.

Mathieu, aunque muy contento con su éxito, prefería controlar sus emociones.

—No es mi intención criticar a quienes colocaron esta protección, pero me parece que si uno puede penetrar en la Atalaya con un paso al otro lado, y con ese paso se puede llevar a quien quiera, el filtro ya no sirve de nada.

Por un breve instante, el rostro del analista reflejó una espantosa duda y después se serenó.

—Tu razonamiento es correcto —afirmó el maestro Duom—, a pesar de que ignoras lo esencial: es absolutamente imposible introducir en la Atalaya a alguien que no sea dibujante. Por ningún medio.

Mathieu dedicó un guiño discreto a su hermana y desapareció para volver a aparecer junto a Siam.

—Caminando también es fácil, ¿sabes? —observó Camille.

—Cada cual tiene su estilo —replicó él.

Susurró unas palabras al oído de Siam, que lo escuchó atentamente antes de asentir con un gesto de la cabeza. Su rostro se había iluminado al oírlo, aunque parecía un poco inquieta. Mathieu la cogió de la cintura. De repente, ya no estaban allí.

—¡Estos jóvenes! —protestó el maestro Duom—. En cuanto son capaces de la menor habilidad, empiezan a pasarse. ¿Adónde diablos se la ha llevado?

La voz de Mathieu resonó, procedente de lo alto de los pocos peldaños que se elevaban detrás de ellos.

—Estamos aquí. Siam deseaba ver la Atalaya.

—¡Pero te he dicho que era imposible! —se atragantó el analista.

—En mi tierra —respondió Mathieu con amable ironía— hay un cuento que empieza así: «Ignoraban que era imposible, así que lo hicieron». Guay, ¿no?

Al oír a su hermano, Camille había subido corriendo los escalones que conducían a la Atalaya. Así que no vio la mirada de admiración del maestro Duom.

—Maldita sea —murmuró éste—. Vaya familia...

De día, el espectáculo era aún más deslumbrante que de noche y Camille se quedó atónita. Mathieu no cesaba de extasiarse. Hasta el maestro Duom estaba conmovido.

Pero la más feliz era, sin ninguna duda, Siam, que contemplaba maravillada las Fronteras de Hielo y se volvía embelesada hacia las llanuras o las mesetas de Astariul, sin dejar de expresar su alegría.

—¡Mirad! —gritó de repente—. ¡Un águila!

Se giraron en la dirección que ella señalaba. El ave rapaz planeaba a unos diez metros de la Atalaya, ignorándolos soberanamente.

—¡Madre mía, qué grande es! —exclamó Mathieu—. No sabía que un animal de este tamaño pudiera volar.

—Pues espera a ver al Héroe de la Dama —replicó Camille.

—¿A quién?

—Al Dragón.

—Me has hablado de él —recordó Mathieu—, pero me cuesta creerlo. Es tan disparatado que...

—En mi tierra —lo interrumpió el maestro Duom con el aire de satisfacción que proporciona la revancha— hay un cuento que empieza así: «Ignoraban que el Dragón no existía, así que lo encontraron».

Mathieu sonrió.

—Mensaje recibido. Mediré más mis palabras.

Para utilizar las propiedades amplificadoras de la Atalaya no era necesario saber dibujar. Enseguida se hizo evidente que Siam era, de lejos, la mejor observadora del grupo.

Sus compañeros aprovecharon su perfecto conocimiento de la región para descubrir las Marcas del Norte y deleitarse con la vista, cautivadora bajo el sol radiante.

El maestro Duom se apartó a regañadientes del espectáculo.

—Nos esperan a mediodía a la mesa del señor de la Ciudadela —indicó— y no sería correcto llegar tarde. Volvamos abajo.

Mathieu hizo franquear la cortina luminosa a Siam con un paso al otro lado mientras Camille y el maestro Duom se reunían con ellos en el rellano.

—¡Ostras! —exclamó entonces Camille—. ¡Salim! Me había olvidado por

completo.

Ya no había ni rastro de él.

—Soy una egoísta rematada —se enfureció—. No he pensado ni por un segundo en que se había quedado solo a este lado.

—Pero ¿por qué no nos ha llamado? —se extrañó Mathieu.

—¡Porque estaba realmente disgustado! Salim siempre hace ruido. Es cuando calla cuando hay que escucharle.

Se precipitó a la escalera.

Encontró a Salim sentado en un murete, en el patio donde había tenido lugar el duelo. Él, al oír sus pasos, levantó la cabeza pero permaneció en silencio. Camille se quedó inmóvil ante él, a la espera de que dijera algo, y después se lanzó:

—Lo siento, Salim. Me he comportado como la peor egoísta. Te pido perdón.

—Es injusto —murmuró él.

—Lo sé, Salim, pero...

—No, lo injusto es que no puedo soltarte todas las frases groseras que tenía preparadas. Me voy porque te has olvidado de mí, me enfado y doy vueltas a mi rencor y, cuando apareces, ya no tengo nada que decir. Estás aquí y soy feliz. Eso es todo y es injusto.

—Yo... Tú... —balbució ella.

—Tienes razón, colega —concluyó Salim bajando de un salto—. Vámonos a comer.

Le cogió la mano para llevársela y ella se dejó guiar en silencio. El corazón le latía a mil por hora.



Mucho después, Camille despertó con una extraña sensación: la certeza de que algo importante había sucedido sin que ella cayera en la cuenta. Algo esencial. Rememoró la jornada, tratando de encontrar el indicio que se le había escapado, analizando hechos y gestos hasta que, de pronto, lo halló: Mathieu había dado un paso al otro lado, pero eso no era todo. ¡Lo había realizado hacia un lugar que no conocía!



Uno se convierte en marchombre mediante la simple propuesta de un miembro del gremio, pero la admisión no se hace efectiva hasta que se supera un período de iniciación de tres años, durante el que se revelan nuestros secretos al novicio...

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

Durante la comida, Mathieu fue el centro de atención. Puesto que Altan y Elicia eran dos personajes conocidos y queridos en las Marcas del Norte, el regreso de su hijo se consideraba un acontecimiento feliz. Se habló mucho del paso al otro lado con que había permitido que una no dibujante penetrara en la Atalaya, y todos estuvieron de acuerdo en que, al igual que su hermana, había heredado el talento de sus padres. Mathieu protestó, asegurando que no estaba tan dotado como ellos creían, pero todos achacaron sus palabras a la modestia. Finalmente, el señor de la Ciudadela se recostó en su silla cruzando los brazos.

—¿Qué proyectos tenéis ahora? —preguntó con voz estentórea.

—Mathieu y yo debemos partir cuanto antes hacia el sur —explicó Camille—. Junto con Salim, si aún quiere acompañarnos y si Ellana no se opone... Ahora sabemos que nuestros padres están prisioneros en el archipiélago de las Alinas. Tenemos que liberarlos.

El señor Til' Illian asintió con la cabeza. Entendía muy bien esa clase de obligación.

—Se trata de una noble misión —afirmó—, pero puede que no exenta de riesgos. Los piratas alinos son los amos del Gran Océano y no veo cómo podríais llegar hasta el archipiélago. En cuanto a salvar a vuestros padres...

—Lo intentaremos —aseguró Mathieu.

Una vez más, el patriarca hizo un gesto de aprobación.

—Bien dicho —consideró—. Un hombre se mide por sus actos, no por la longitud de sus frases. He contactado con el emperador para informarle de la actitud de Elea Ril' Morienval y su fuga, que parece confirmar su culpabilidad. Me ha pedido que haga todo cuanto esté en mi mano para ayudarlos. ¿Pensáis lanzaros solos a esta aventura o aceptaréis compañía?

—¡Estaría bueno que no nos quisieran con ellos! —gritó Bjorn, subrayando sus palabras con un puñetazo en la mesa.

—¡Estoy con él! —exclamó Maniel.

—Yo igual —lanzó el maestro Duom.

El señor Til' Illian se volvió hacia Edwin.

—¿Y tú, hijo mío?

—Hemos contraído una deuda con Ewilan —explicó Edwin con su voz tranquila—. Y hoy podemos saldarla. Este motivo bastaría para que la acompañara, pero además me comprometí por mi honor ante su madre. Estaré con Ewilan hasta el final.

La muchacha se quitó un peso de encima. Edwin siempre había dado a entender que le proporcionaría su ayuda, pero oírsele afirmar en voz alta y clara era otra cosa. Con él a su lado, el porvenir adquiriría tintes tranquilizadores.

—También mis pasos van a conducirme hacia el sur —anunció entonces Ellana, guiñándole el ojo a Camille—. Salim y yo nos uniremos a la tropa. Ya habrá tiempo para ocuparse del futuro de este bribón.

Camille respiró hondo. El grupo se reunía de nuevo y todo iba bien.

No obstante, Hander Til' Illian no había terminado.

—Ya veis, chicos, que os rodea una valerosa escolta. Sin embargo, no es suficiente. Gwendalavir está a salvo, pero los caminos siguen siendo peligrosos: los ladrones que seguían al ejército imperial para alimentarse de su derrota todavía andan sueltos. Esos bandidos saben que el emperador se ocupará de ellos muy pronto, por lo que temo que se sientan acorralados y cometan actos desesperados. Así que ordenaré a dos o tres fronterizos que os acompañen hasta Al-Jeit.

Camille conocía el valor de los combatientes de la Ciudadela. La escolta que le ofrecía el señor Til' Illian era una garantía de seguridad casi absoluta.

—Tengo una propuesta mejor —exclamó de pronto Siam—. Quédate con tus hombres, padre: yo acompañaré a Ewilan y Akiro.

—¿Estás segura de que has pensado lo que estás diciendo, hija mía? —se exaltó Hander Til' Illian, frunciendo las cejas.

—¿Acaso dudas de que sea tan buena guerrera como tres de tus hombres? —replicó Siam sin flaquear—. En ese caso pídeles que se enfrenten a mí; ¡sabes que no tienen la menor oportunidad! He sopesado mis palabras. ¡Que no se diga que la hija del señor de las Marcas del Norte no contribuyó a pagar la deuda de su pueblo!

El patriarca se acarició la barba pensativamente y luego una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Como de costumbre, te las arreglas para obtener aquello que deseas de tal modo que yo no pueda negártelo. Tu lengua es tan temible como tu sable. Estoy orgulloso de ti. Puedes unirte a ellos.



Dedicaron la tarde a los preparativos de la partida, programada para la mañana siguiente. Edwin y Ellana se ocuparon de los caballos y la carreta con ayuda de Salim, que participó activamente en su revisión.

Tras decidir que la provisión de alimentos era asunto suyo, Bjorn y Maniel emprendieron el asalto de las cocinas de la Ciudadela. El maestro Duom a punto estuvo de enojarse con ellos para que se mostrasen razonables y sólo cogieran lo necesario.

Siam se había llevado a Mathieu y Camille a las caballerizas. Camille se moría de ganas de volver a ver a *Acuarela*. En cuanto a la joven fronteriza, tenía que elegir una montura para Mathieu.

—Pero si nunca he puesto el culo en una silla de montar —protestó éste—. ¿Cómo queréis que recorra cientos de kilómetros a caballo?

—Yo pensé lo mismo cuando tuve que hacerlo —lo tranquilizó Camille—, pero me las apañé muy bien. Y creo que he entendido por qué.

—¿Y?

—Nuestra madre borró todos nuestros recuerdos para facilitar nuestra adaptación al otro mundo. Sin embargo, aunque nuestros cerebros han olvidado que sabíamos montar, nuestros cuerpos lo recuerdan.

Siam presentó a Mathieu un joven semental de pelaje pío.

—Se llama *Pincel*. Estaba predestinado, ¿no? Tiene un carácter tranquilo, estoy segura de que os llevaréis bien.

Mathieu parecía dudar, pero se obligó a poner buena cara. Siguiendo las indicaciones de su instructora, ensilló a *Pincel* y se alzó sobre su lomo.

—¿Qué tal? —le preguntó Camille, que acababa de subirse a horcajadas de *Acuarela*.

—Me da la impresión de que todo es perfecto —admitió él—. Me siento a gusto. ¿Probamos a dar un paseo?

Siam corrió a preparar su propio caballo y los tres jóvenes abandonaron la Ciudadela para dar una breve cabalgata.

Cuando regresaron, Salim los aguardaba junto a las caballerizas. Desde su vuelta a Gwendalavir se esforzaba por comportarse como un alegre compañero, pero no lo hacía de corazón. Camille pasaba todo su tiempo con Mathieu; Bjorn y Maniel eran inseparables y Ellana no había retomado su formación como marchombre. La hermana de Edwin había encontrado fácilmente su sitio en el grupo, mientras que él

tenía la sensación de estar perdiendo el suyo. Era difícil no sentirse arrinconado...

Siam percibió las miradas de envidia que les lanzaba y se dirigió a él.

—Salim, me gustaría que me hicieras un favor.

—¿Qué?

—Hace unos meses terminé de domar a un potro. Ahora casi es adulto, pero a causa de la guerra contra los raïs nadie ha tenido tiempo para montarlo. ¿Aceptarías viajar con él hasta Al-Jeit?

El rostro de Salim se iluminó.

—¿En su lomo?

—Bueno... ¡Yo en tu lugar preferiría eso que lo contrario!

—¡Hecho, tía! Esto... Quería decir que estoy de acuerdo.

Siam le trajo un caballo joven de sedoso pelaje color habano, articulaciones delgadas y mirada inteligente. Después de acariciarle el cuello, Salim se subió a él con tanta destreza como Mathieu, aunque se mostró mucho más exuberante.

—¡Esto es una pasada! —chilló—. Me siento capaz de llegar hasta la Luna con este animal.

—Si le gritas en las orejas —le advirtió Siam— puede que llegues hasta la Tierra, no sé si me entiendes...

—¡Entendido, jefa! —se apresuró a murmurar Salim—. ¿Cómo se llama?

—Por ahora no tiene un nombre de verdad. ¿Quieres bautizarlo tú?

Salim no vaciló.

—¡*Fulgor de Seda!* Lo llamaré *Fulgor de Seda*. Mathieu aprobó la elección con una discreta inclinación de la cabeza y Camille sonrió. Se sentía orgullosa de su amigo.



Más avanzada la tarde, Camille y Mathieu se encontraron a solas un rato, en una terraza que ofrecía una vista grandiosa.

—¿Estás decepcionada porque no sé dibujar? —quiso saber Mathieu.

—No —afirmó ella—, en absoluto. Me alegro de que estés aquí y eso me basta.

—Sé que no tengo el don, y sin embargo he dibujado un ramo al llegar. ¿Qué quiere decir eso?

—No has dibujado esas flores —le indicó Camille—. Pondría las manos en el fuego a que eran reales. Han aparecido porque así lo has querido tú, aunque sería incapaz de explicar cómo te las has ingeniado. Posees un don, eso es indudable, pues has sido capaz de hacer algo que nadie más puede realizar: un paso al otro lado hacia un lugar que no conocías. Se trata de un Poder enorme. Tal vez lo acompañen otras capacidades de las que aún no tenemos conciencia; incluso el maestro Duom está lejos de abarcar todas las posibilidades del Arte.

Mathieu se encogió de hombros, expresando así que no tenía prisa por descubrirlo. Contempló el cielo, que se oscurecía hacia el este mientras, en el oeste, se teñía de rojo y oro.

—¿Crees que lograremos encontrar a nuestros padres?

—¡No te quepa ninguna duda!

Camille había hablado con firmeza.

Señaló el horizonte con el dedo y añadió:

—¡Están ahí, y nada nos impedirá llegar hasta ellos!



Hoy en día parece evidente que el exilio y encarcelamiento de Altan y Elicia Gil' Sayan se debieron a la acción conjunta de los ts'liches y Elea Ril' Morienva, a la que sin duda ayudó Holts Kil'Muirt. Si Altan y Elicia no fueron asesinados, a pesar de que su muerte hubiera servido a los designios de la traidora, es porque participaron en su propio secuestro, evitando de ese modo a sus enemigos la posibilidad de ponerle fin y situándose fuera de su alcance.

Doume Fil'Battis, cronista del Imperio.

Hacía tres días que habían salido de la Ciudadela cuando descubrieron un campo de batalla por primera vez. Era una vasta extensión de hierba rodeada de colinas redondas, coronadas por bosques tupidos; un lugar apacible que uno se imaginaba frecuentado por manadas de herbívoros y algunas familias de depredadores.

Allí los ejércitos raïs se habían enfrentado con los humanos, sin piedad y tal vez sin esperanza. La tierra había quedado saturada de sangre y había restos macabros esparcidos sobre una superficie increíble. Fragmentos de corazas, cascos y armas rotas, pero también cuerpos que los pájaros y los animales necrófagos habían dejado a medio devorar.

El inicio del viaje, sin embargo, había sido agradable. Acostumbrados a la vida en grupo, cada cual sabía cuál era su tarea en los altos y las acampadas, y la realizaban de buen grado. Mathieu y Siam se habían integrado sin dificultad en esa organización.

No era la primera expedición para la hermana de Edwin. Desde su primera juventud, ésta había seguido a los guerreros de la Ciudadela en campaña, motivo por

el cual conocía perfectamente la región. Mathieu, más que un mundo, parecía estar descubriendo un estilo de vida, basado en la camaradería y la confianza. Estaba risueño y feliz...

... y visiblemente enamorado de Siam.

Bjorn había tratado de pincharlo por este tema, a pesar de las duras miradas de Camille. Aquel muchacho le caía bien y, dado su carácter, le resultaba casi imposible callarse. Pero al primer chiste, Ellana se había acercado a él como si nada y le había cogido una oreja.

—¿Estas cosas se arrancan? —había preguntado, retorciéndosela a lo bestia.

Bjorn había soltado un aullido de dolor antes de poder liberarse con dificultad. Se había pasado el resto de la mañana frotándose la oreja. Luego, nadie más se había atrevido a hacer el menor comentario a los guiños que Mathieu lanzaba a la joven fronteriza.



Pero ahora, el ambiente no estaba para bromas ni sonrisas.

En varias ocasiones, Camille cerró los ojos al pasar junto a cuerpos mutilados, hasta que Edwin decidió dar un rodeo para evitar el centro de la llanura, escenario del grueso del enfrentamiento.

—Una guerra siempre es atroz —comentó—, pero creo que lo peor de todo son éstos —dijo el maestro de armas al tiempo que señalaba con el dedo unas siluetas lejanas que se afanaban en la hierba—. Cañoneros —añadió—. Bandas de ladrones que sólo son humanos de nombre. Siguen a los ejércitos y, después de la batalla, despojan a los muertos, saqueando y pillando sin ninguna vergüenza. Pobre del herido que llama su atención: son capaces de matar por una sortija o un pedazo de armadura.

Maniel, que había guerreado mucho al servicio del Imperio, soltó un gruñido.

—¿Y si fuéramos a por ellos? —propuso—. Sólo son una docena.

Bjorn asintió vigorosamente, pero Edwin se negó en redondo.

—¡Ni hablar! Esos saqueadores son más numerosos de lo que parece y pueden resultar temibles si se les acorrala. Limpiar la zona es tarea de las legiones imperiales, no nuestra.

Continuaron su ruta, y Mathieu lo hizo presa de una náusea persistente. La televisión y los periódicos siempre habían mostrado imágenes de las guerras y masacres de su mundo. Pero tener ante sus ojos el resultado de la locura de unos seres decididos a matarse entre sí lo ponía enfermo.

También estaba sorprendido por la actitud de Siam.

La joven había mirado sin pestañear los restos más sanguinarios de la batalla, y cuando Maniel había propuesto atacar a los saqueadores, había acariciado la

empuñadura de su sable con una cruel sonrisa...

Mathieu se preguntaba si su elegante porte no sería una trampa destinada a atraer a los imprudentes junto al filo de su hoja, si no sería una fiera más que una mujer.

Como si hubiera percibido sus pensamientos, Siam se removió sobre su silla y sumergió su mirada en la de él, lo que, en un solo segundo, disipó sus temores y sus dudas. Mathieu dio un hábil golpe de talón para situarse a su altura.

Sus reflejos habían resurgido de un pasado sumido en la oscuridad, en una muestra evidente de que el análisis de su hermana era sin duda exacto: se comportaba como un jinete consumado.

Salim había tenido más dificultades.

Fulgor de Seda era una montura dócil, de temperamento tranquilo y paso regular. Cosa que no había impedido a Salim notar enseguida un terrible dolor en las nalgas y en los músculos de los muslos. Después de cabalgar durante varias horas, ya no sabía qué postura adoptar y, al acabar el primer día, hubiera cambiado con agrado su caballo por la carreta de no haber temido la deshonra.

La primera mañana había sido atroz. Ellana le había dado unos consejos cuando él se estaba planteando seriamente renunciar, pero fue la risa de Bjorn lo que le había permitido superar su sufrimiento. Mosqueado por las bromas del caballero, se había vuelto a montar en la silla apretando los dientes. Y había resistido.

Tres días más tarde, aunque aún no se sentía cómodo, Salim empezó a comportarse como un auténtico caballero y sus músculos se fueron endureciendo. Aun así, suspiró con alivio cuando Edwin anunció el alto de la tarde. Se acercó a Camille.

—Oye, colega, ¿no crees que hubieras podido proponer un paso al otro lado hasta Al-Jeit? Lo digo para no estropear la piel de mi... esto... de nuestro culo.

—Me parece que no soy capaz de semejante proeza, y en lo más hondo de mí siento que no debo abusar del Poder. Es una cuestión de equilibrio. Cuando dibujo, engaño a la realidad. Sobre todo, no hay que pensar que se trata de un juego. Dibujo cuando hay una urgencia, pero ahora no tenemos prisa. Elea Ril' Morienvál sigue con sus tejemanajes y, mientras esté libre, será peligrosa, pero Merwyn me aseguró que mis padres no corrían peligro. Confío en él, así que nos desplazaremos a caballo, como todo el mundo. ¿Lo entiendes?

—Yo sí —admitió Salim—, pero mi culo no.

Camille levantó los ojos hacia el cielo, aunque no pudo evitar echarse a reír.

Algo más tarde, los compañeros se encontraban en torno a una hoguera. Bjorn había recogido unas tablas, restos de una carreta reventada durante la batalla, que ardían alto y claro, alejando la claridad de las estrellas al tiempo que ahuyentaban el frío de la noche.

Edwin estaba repartiendo los turnos de guardia cuando, no lejos de ellos, un caballo orejeó. Se llevó la mano a la empuñadura de su sable.

—¿Qué es lo que...? —comenzó Mathieu.

Siam ya había sacado su hoja.

Su gesto fue fulgurante. El roce del acero deslizándose en la vaina precedió al silbido de una flecha que brotó de la oscuridad. El sable de la joven fronteriza azotó el aire junto a la nariz de Mathieu y la saeta, seccionada como por arte de magia, cayó a sus pies, inofensiva.

—¡El fuego! —chilló Edwin.

Ellana había sacado sus dos puñales y se había lanzado al frente. Una flecha se clavó en la carreta, a un palmo de su cabeza, seguida de otras dos. Camille se deslizó en la Imaginación.

¡El fuego! Había que apagar el fuego, pues su luz permitía a los asaltantes apuntarles sin correr ningún riesgo. Con el corazón desbocado, cogió la primera imagen que pasó a su alcance. Tras un chasquido sonoro, un auténtico diluvio cayó del cielo.

No era una lluvia, ni siquiera un aguacero; no: era una increíble cantidad de agua, vertida brutalmente sobre el campamento como por una invisible cisterna voladora.

Las llamas se extinguieron de inmediato. Con el impacto, Camille fue arrojada a tierra y aplastada contra el suelo, que de repente se había vuelto cenagoso, lo que sin duda evitó que se rompiera los huesos.

En la oscuridad completa, de pronto se elevaron unos gritos y luego sonó el tintineo de las armas de acero entrechocándose.

Camille, medio atontada, se sentó a duras penas.

—¡Luz, maldita sea! —estalló Edwin.

Con un escalofrío, la muchacha se dispuso a regresar a la Imaginación.

—Déjalo, Ewilan, déjalo. Ya me encargo yo...

Era la voz del maestro Duom. Camille lo ubicó con precisión cuando su dibujo tomó forma. Bocabajo sobre el barro y sucio de la cabeza a los pies. Pero eso no le impidió dibujar con eficacia. La escena se iluminó. Estaban siendo atacados por una docena de hombres que habían aprovechado la oscuridad para acercarse, contando con el factor sorpresa para vencer en el envite. ¡Error! Frente a ellos se alzaban cinco combatientes empapados pero temibles a los que ninguna persona sensata se hubiera enfrentado por propia voluntad.

Edwin llevaba la voz cantante con su espantosa sangre fría. Detrás de él, Bjorn y Maniel manejaban sus armas como si estuvieran segando trigo mientras, a su lado, Ellana y Siam rivalizaban en mortífera audacia. La joven fronteriza utilizaba el sable con tanta maestría como su hermano. Los asaltantes que la habían elegido como blanco juzgándola por su edad, estatura y sexo no tardaron en lamentarlo amargamente. Ya en el primer minuto del enfrentamiento se desplomaron varios enemigos, mientras Bjorn empezaba a entonar un salvaje canto de guerra.

Detrás de los combatientes, dos hombres se alzaron con arcos en la mano. Camille, con las nalgas aún remojándose en el barro, dudó, debido a su desventura acuática, sobre si lanzarse otra vez a las Espiras. No fue necesario.

Mathieu se materializó a la espalda de uno de los arqueros, blandiendo una de las pesadas tablas que Bjorn había recogido para la hoguera. Ésta se partió en dos cuando el joven la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el cráneo del tirador, que se derrumbó. Su compañero dio media vuelta y soltó su flecha casi a bocajarro, pero ésta fue a parar a lo lejos. Mathieu había desaparecido.

El hombre no tuvo tiempo de buscarlo con la mirada. Una forma maciza se le arrojó a la garganta. Camille, boquiabierta, reconoció la silueta de un animal. ¿Un perro? ¿De dónde diablos salía?

El combate tocaba a su fin. Una decena de cuerpos enemigos yacían en el fango, mientras que ninguno de sus compañeros parecía herido. Rápidamente, los últimos asaltantes giraron sobre sus talones y huyeron a toda prisa.

Camille echó un vistazo en torno: Edwin y sus amigos limpiaban sus armas mientras Mathieu ayudaba al maestro Duom a levantarse. El viejo analista estaba cubierto de barro, pero, extrañamente, no protestaba. Al contrario: una gran sonrisa risueña surcaba su rostro.

—Ewilan, ¿no tendrías un poco de agua por casualidad? —se rió entre dientes.

Camille sintió el rubor de la vergüenza subiéndole al rostro. Al querer ayudar a sus compañeros, había estado a punto de ahogarlos. Le hubiera gustado esconderse en la guarida de un ratón.

Para disimular, avanzó hacia la poderosa bestia de pelaje oscuro, casi negro, que había acudido en su auxilio.

Un grito de Edwin la inmovilizó.

—¡No, Ewilan! ¡No te acerques!

—Pero... —protestó ella—. Nos ha defendido y...

En dos pasos, Edwin fue a colocarse junto a ella. Seguía sosteniendo el sable en la mano.

—Es un lobo, Ewilan. ¡Un lobo del Norte!

La frase golpeó a Camille como un puñetazo. Volvió la cabeza, inquieta de repente.

—¡Salim! ¿Dónde está Salim?

No se veía al muchacho por ninguna parte, y sin embargo no había podido alejarse. En un instante de lucidez, Camille aceptó lo inconcebible. Avanzó hacia el lobo.

—¡Retrocede! —ordenó Edwin agarrándole el hombro—. Esta bestia no es un cachorro al que se pueda acariciar.

Camille movió la cabeza.

—¡Es Salim!

—¿Cómo dices? —profirió el maestro Duom.

—¡Digo que este lobo es Salim!

Hubo una serie de exclamaciones. Camille aprovechó el estupor general para liberarse de la mano de Edwin. Éste lanzó una breve mirada a Ellana, que corrió a la

carreta a por su arco. Ensartó una flecha y se preparó.

La luz creada por el maestro Duom empezaba a palidecer, pero el lobo seguía siendo muy visible. Se trataba de una bestia bastante joven, de torso poderoso y colmillos impresionantes. Sentado sobre las patas traseras, los observaba con curiosidad y sin una pizca de temor.

Camille caminó en su dirección. Él no le prestó una atención especial, pero, cuando la tuvo a dos metros de distancia, le enseñó los dientes y se puso a gruñir. Ella se quedó inmóvil.

—Retrocede —repitió Edwin a media voz—. Sin movimientos bruscos.

Ellana se había acercado la pluma de la flecha hasta la mejilla. Controlaba su respiración, lista para lanzar la saeta mortal.

—Retrocede, ¿me oyes? —insistió Edwin.

Sin hacer caso de sus palabras, Camille se agachó despacio, mirando al lobo a los ojos.

—¿Salim? —murmuró—. ¿Eres tú?

Su convicción se convirtió en certeza. Su amigo se encontraba ahí, ante ella.

—Salim —continuó—, ¿por qué te has transformado? ¿Necesitas ayuda?

El lobo había dejado de gruñir. No obstante se mantenía a la defensiva, con las orejas aún caídas hacia atrás. Durante unos instantes, escuchó a Camille con atención. Los demás, inmóviles y algo más lejos, intercambiaban palabras en voz baja, creyendo sin duda que él no les oía. En cambio, sus palabras retumbaban en sus oídos, tan alto como si hubieran aullado. Pero no le interesaban.

Las palabras de la joven humana, por lo contrario, sonaban distinto. Creaban en él un eco que evocaba una parcela borrosa de su pasado. Un período que no lograba convertir en olores, como si no le perteneciera del todo. Por un momento intentó comprender qué le estaba diciendo.

Luego se cansó.

Ya no estaba inquieto, pero sentía la llamada de la noche. La necesidad de cazar vibraba, irresistible, en su sangre. Se irguió. La humana de ojos violetas se había callado. Él le lanzó una última mirada y dio media vuelta.

—¡Salim!

El lobo desapareció en la oscuridad.



Cuando Ewilan Gil' Sayan llegó por segunda vez a Gwendalavir, se materializó junto a Edwin Til'Illian. ¿Debemos creer que es una cuestión de azar que dos seres tan excepcionales se conocieran así? Algunos ven en ello una intervención de Merwyn; otros lo achacan a la voluntad de la Dama; y aun hay quien, como yo, lo considera una señal de lo mucho que nos queda por descubrir...

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

Estás segura? —preguntó Mathieu a su hermana.
Camille sacudió la cabeza, enojada.

—¡Pues claro! Y de todos modos, si no fuera Salim, ¿dónde se habría metido él? Ha desaparecido cuando nos han asaltado esos saqueadores.

Mathieu no supo qué contestar y se calló, incómodo. La transformación de Salim había hecho olvidar el ataque del que habían sido víctimas. Contempló la flecha que Siam había rebanado con su sable, salvándole así la vida.

—Ni siquiera la he visto llegar —exclamó—. ¿Cómo has podido reaccionar tan deprisa?

La joven fronteriza sonrió, satisfecha de la admiración que leía en el rostro de él.

—¡Entrenamiento! —le respondió—. ¡Entrenamiento, enfrenamiento y entrenamiento! Pero tú también te las has apañado perfectamente.

—He hecho lo que podía cuando he conseguido recuperarme del susto. Lo menos que puedo decir es que no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones. Y la ducha de mi hermana tampoco me ha ayudado a reaccionar de la mejor manera...

Siam la buscó con la mirada.

Camille estaba escudriñando la oscuridad, algo apartada del grupo, y no

respondió cuando Bjorn la invitó a ir a comer. El caballero intercambió una mirada de preocupación con Edwin.

—No podríamos distinguir sus huellas —afirmó el maestro de armas—. Ven a sentarte, Ewilan. Mañana lo buscaremos.

—No tengo hambre —replicó ella sin darse la vuelta.

Bjorn esbozó un gesto pero Ellana lo retuvo por el brazo. Maniel realizaba el primer turno de guardia y comieron en un silencio casi completo. Cuando terminaron, el maestro Duom se puso en pie haciendo una mueca.

—Se me ha pasado la edad de hacer pícnicos nocturnos sobre la hierba mojada —refunfuñó—. ¡Se me están oxidando los huesos!

Después del ataque habían desplazado el campamento, tanto para alejarse de los cuerpos de los saqueadores muertos como para salir de la zona empapada por el chaparrón provocado por Camille. La humedad de la noche había caído, motivo por el cual protestaba el viejo analista, aunque nunca hasta ahora se había quejado de eso. Cojeando, se aproximó a Camille, que seguía fuera del círculo de luz que dispensaban las llamas.

—No deberías preocuparte tanto, Ewilan —comenzó, sentándose junto a ella.

Camille fingió no haberlo oído.

—Lo que le pasa a Salim tiene que ver con Merwyn —prosiguió, sin ofenderse por su silencio—. Una prolongación inesperada de lo que ocurrió antes de que llegáramos a la Ciudadela. Estoy seguro de que todo se arreglará. Ya te dije que nunca ha sucedido nada malo a causa de Merwyn.

—No consigo contactar con él.

Camille había hablado en voz muy baja, como absorta en sus pensamientos.

—Ya me he dirigido a él alguna vez utilizando el Arte —continuó, más fuerte—. Era fácil. Muy fácil. Lo conozco tan bien... Pero ahora ni siquiera consigo rozar su mente. Es como si hubiera desaparecido sin más. ¡Tengo miedo de que no vuelva nunca!

El maestro Duom tosió.

—Creo que te equivocas, Ewilan. Lo creo de veras.

—No es que sea un gran argumento —dejó escapar—, pero siempre se puede tener esperanza...

El viejo analista no respondió.

No tenía nada que añadir.



La noche transcurrió sin que el lobo diera señales de vida.

Al alba, Edwin se dispuso a seguir su rastro. No halló prácticamente nada e informó de su fracaso en pocas palabras.

—Pretender seguir la pista a un lobo del Norte es absurdo. No tenemos ninguna oportunidad.

—Pero ¡no podemos abandonarlo aquí! —estalló Camille—. ¡Se trata de Salim, no de un lobo!

Le respondió un pesado silencio.

—No sabemos en qué dirección iniciar la búsqueda —explicó Edwin al fin—. Puede encontrarse detrás de esa loma o a cincuenta kilómetros de aquí, hacia el norte, el sur o cualquier otra parte. Incluso puede que...

—Puede... —interrumpió Mathieu.

Todas las miradas se posaron en él.

—Puede —siguió el joven observando a su hermana— que no lo hayas llamado de la forma correcta.

—Sin ánimo de ofenderte, Mathieu, ¡tú qué sabes! —replicó Camille, reprimiéndose a duras penas de mandarlo a paseo—. He intentado contactar con él muchas veces y si hubiera tenido que funcionar, ya lo habría logrado.

—Eres dotada y eficaz, de eso no cabe duda, pero me he explicado mal. Pienso que si Salim se transformó en lobo, debes intentar llegar hasta un lobo, no hasta Salim. Me contaste cómo habías conseguido llamar a los caballos cuando habían huido...

Camille plantó un gran beso en la mejilla de su hermano.

—¡Eres genial, y yo soy una burra! —gritó, alejándose.

—Se trata de una operación ardua —murmuró el maestro Duom en respuesta a la pregunta callada de Mathieu—. Necesita aislarse para contactar con él.

—Y contactar con él no bastará —insistió Edwin—. La parte animal que hay en él se ha impuesto a su parte humana. Si la oye, es un lobo lo que regresará.

Camille paró a unos treinta metros del campamento. Se sentó en la hierba, con la mirada perdida a lo lejos.

—Recojamos nuestras cosas —propuso Edwin—. Pase lo que pase, no podremos quedarnos aquí indefinidamente...

Casi habían terminado de cargar la carreta cuando un grito de Camille llamó su atención. Se había levantado y escrutaba un bulto oscuro que, a lo lejos, trotaba en su dirección.

—¡Espera, Ewilan! —exclamó Edwin.

Demasiado tarde.

Ella ya estaba corriendo hacia el lobo y nada podía detenerla. Edwin se lanzó en su persecución, a pesar de que no tenía ninguna oportunidad de alcanzarla a tiempo: Camille le llevaba una buena ventaja y corría a toda velocidad.

Cuando estaba a sólo unos diez metros del lobo, tropezó con una raíz y agitó un instante los brazos antes de efectuar una magnífica voltereta que la dejó tumbada de espaldas.

Edwin soltó una maldición. Detrás de él oyó el galope de *Murmullo*, pero sabía

que Ellana llegaría demasiado tarde.

Camille se estaba levantando cuando el lobo la alcanzó.

Aplastada por su mole, volvió a caer de espaldas.

Edwin sacó su sable y salvó los últimos metros que la separaban de Ewilan aullando para apartar al animal de su presa. No era necesario.

Sus dos patas traseras sujetaban los hombros de Camille contra el suelo, pero el lobo le estaba dando grandes lengüetazos en el rostro mientras ella forcejeaba sin dejar de reír.

—Ya basta, Salim —exclamó—. ¡Además de que pesas y apestas, eso de lamer la cara de tus amigos está muy feo!



¡La misión de Ewilan! Una leyenda que se propagó a través del Imperio llevada por el alborozo de la victoria, por el alivio de un pueblo. En pocos años, esa misión se convirtió en uno de los pilares de nuestra cultura, comparable a la epopeya de Merwyn...

Doume Fil'Battis... cronista del Imperio.

El viaje prosiguió plácidamente a través de las grandes llanuras del Norte. En los escasos pueblos que cruzaban se les acogía con afecto. Los granjeros que vivían en aquella región sabían que habían escapado a la invasión raï gracias al coraje de los fronterizos y a la intervención de Ewilan. La mayoría de las veces se negaban a recibir dinero por los víveres que Edwin y los suyos necesitaban.

Sólo el lobo negro que se desplazaba con los viajeros despertaba inquietud entre la gente. Se trataba de una bestia desconfiada que difícilmente toleraba que se le acercaran, y todo en ella recordaba su condición salvaje.

Sin embargo, la muchacha de los ojos violeta había logrado la hazaña de domesticarlo. El animal la obedecía y se quedaba tranquilo cuando ella se lo pedía. Eso bastaba para calmar a los comerciantes y posaderos y, de paso, alimentaba las historias que ellos se encargaban de divulgar. Tal vez fuera así como nació la leyenda que enseguida recorrió Gwendalavir...

Después de diez días viajando sin obstáculos, durante los cuales la cohesión del grupo se reforzó aún más, llegaron a orillas del Gur. El principal afluente del Pollimag era un curso de agua impresionante de caudal tumultuoso, que devoraba montañas acarreando enormes troncos arrancados a los bosques del este.

—Nos desviaremos hacia el oeste —indicó Edwin—. Alcanzaremos el camino

del Norte y después cruzaremos el Gur por el puente de Chen.

—¡Mi tierra! —se entusiasmó Bjorn—. Si pasamos cerca, os enseñaré la granja de mis abuelos y haremos un alto para aprovisionarnos. Mi abuela prepara las mejores tortas de todo Gwendalavir.

—Me pregunto por qué aún no eres obeso —le soltó Ellana—. ¡Comes tanto que deberías haber explotado hace ya mucho!

El caballero se limitó a reír.

—¡Confundes la grasa con el músculo, jovencita! Un hombretón como yo debe alimentarse correctamente si quiere conservar su encanto.

Todos se sorprendieron aguardando la réplica que iba a llegar. Alguien debió de decir: «¿Qué pasa, Salim? ¿Estás durmiendo?», o bien se imaginaron que lo oían y las miradas se volvieron hacia Camille.

Ésta, de pie delante del río, parecía vagar por el océano secreto de sus pensamientos, con *Acuarela* a su izquierda y el lobo sentado a su derecha. Se había hecho mayor durante este trayecto, como si la transformación de Salim hubiera repercutido en todo su ser. Primero había tratado de invertir el proceso, con el maestro Duom sumándose a sus esfuerzos, pero fue inútil. Ninguno de los dos sentía el efecto de un dibujo en lo que le ocurría a Salim, así que se demostraban impotentes frente a aquel fenómeno.

Aunque Camille se resistía a imaginar que aquella metamorfosis durase eternamente, se había resignado a la idea de que, durante un tiempo, su amigo la seguiría bajo una forma prestada. Lograba comunicarse con él, pero había confiado a Ellana que no percibía nada de Salim.

Era un lobo que caminaba a su lado, un auténtico lobo salvaje sin nada de humano, salvo el extraño afecto que lo unía a ella.

El lobo actuaba como si la conociera desde siempre, mostrándole un gran apego. En cambio, no le gustaba que los demás miembros de la tropa se le acercaran, aunque en ningún momento había mostrado ninguna señal de agresividad con ellos.

Camille pasaba mucho tiempo con él, un tiempo que ya no dedicaba a hablar con sus amigos. Esta vez, sin embargo, había seguido los derroteros de la conversación y se volvió hacia Bjorn con una sonrisa.

—Ellana tiene razón —afirmó—. ¡Estás engordando! Me temo que tu encanto está a años luz, como el primer diente de leche del maestro Duom.

El caballero abrió de par en par unos ojos sorprendidos.

—¿Gordo? ¿Sin encanto? Maldita sea, Ewilan, no puede decirse que tengas pelos en la lengua. ¿Estás segura de que sigues siendo mi amiga?

—Claro que sí, Bjorn. Si los amigos no se dicen la verdad, ¿quién lo va a hacer? Te sobran al menos diez kilos y te aconsejo que los pierdas. Tú te sentirás mejor y nosotros podremos volver a hablar de tu encanto. Dicho esto, te seguiría queriendo aunque te pusieras tan gordo que no pudieras pasar por la puerta. Así es la amistad.

—No te preocupes por mi salud y por mi encanto, Ewilan. Te prometo que si

algún día intuyo que voy por el mal camino, me pondré a régimen, pero por ahora, ¡ni hablar!

Ellana puso los ojos en blanco.

—Abandona, Camille —soltó—. Estoy segura de que tiene un estómago en lugar de cerebro. ¡Es como intentar razonar con una piedra! ¡O más bien con un paté de termitas a las setas!

El caballero estalló en una carcajada atronadora que poco a poco se fue contagiando a todos los miembros del grupo. Hacía días que no sucedía algo semejante y, cuando reanudaron la marcha, les parecía haber recuperado un poco de la alegría de antaño. En su fuero interno, Camille se prometió a no dejar que su inquietud por Salim influyera tanto en su estado de ánimo.



El Gur marcaba el límite entre dos mitades bien diferenciadas del Imperio. Al norte, una parte salvaje, poco poblada y sembrada de pueblos de cazadores y de granjeros. Al sur, grandes explotaciones agrícolas, ciudades a veces inmensas y fábricas de vidrio, acero o incluso tejidos.

Para llegar al puente de Chen invirtieron casi toda la jornada en bordear la orilla del río, y se cruzaron con más viajeros que desde su partida de la Ciudadela. Al-Chen, en efecto, sólo iba a la zaga de Al-Jeit en su tamaño y población.

El puente de Chen era una construcción esbelta que cruzaba el Gur con dos arcos elegantes. Al otro lado del río, el camino era ancho y estaba pavimentado con grandes piedras llanas. Descubrieron inmensos campos cultivados, sembrados de trigo o cebada. Sin embargo, en esa época del año, después de la siega y antes de la labranza, parecían estar abandonados. En las praderas cuidadosamente cercadas con vallas de madera, rebaños de silbadores pacían en la abundante hierba.

El lobo pareció mostrar sumo interés por aquellos animales y Camille cruzó los dedos esperando que se reprimiera. Mientras caminaba a su lado la gente no le prestaba verdadera atención, tomándolo sin duda por un perro grande, pero si empezaba a echar el ojo al ganado, la situación podía volverse delicada. Cuando hicieron un alto Camille expuso su inquietud a Edwin, que abrió los brazos en señal de impotencia.

—No se puede hacer gran cosa —consideró—. Vigílalo de cerca y procura que siempre pueda comer a voluntad. Por lo demás, sólo nos cabe esperar a que resista la tentación.

El lobo no tenía nombre.

Nadie se había decidido a llamarlo Salim, pero a todos les había resultado imposible designarlo de alguna otra forma. Así que era el lobo. Aunque no se alejaba demasiado de Camille, a veces, llegada la noche, echaba a correr y desaparecía para

cazar; regresaba una o dos horas más tarde con el hocico embadurnado de sangre.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —suspiró ella—. No puedo llevarlo atado...

Maniel, que había asistido al diálogo, contempló las impresionantes mandíbulas del animal, sentado tranquilamente junto a Camille.

—¡La verdad es que inspira respeto! —juzgó.

El maestro Duom se aproximó.

—Sin embargo, hay que encontrar una solución. Mañana entraremos en Al-Chen y sus habitantes no serán tan tolerantes como los aldeanos con que nos hemos topado hasta ahora.

Vaciló y, después, continuó con voz insegura:

—Este lobo no pinta nada en la segunda ciudad más importante del Imperio; sólo puede traernos problemas. ¿Por qué no devolverle la libertad...?

Las palabras del analista causaron malestar, y los compañeros intercambiaron miradas de sorpresa. Un leve tic deformó la comisura de los labios de Camille.

—¡No es un lobo —articuló—, sino Salim! ¡Para devolverle la libertad tenemos que ayudarle a recuperar su apariencia, no deshacernos de él! De todos modos, si eso molesta a alguien, nuestros caminos pueden separarse aquí mismo. Que cada cual siga el suyo; yo no abandonaré a Salim. ¡Nunca!

Se había expresado con calma, pero había imprimido fuerza en cada una de sus palabras. Mathieu le pasó un brazo por encima de los hombros, mostrando así su apoyo. Camille se lo agradeció con una breve sonrisa. La reacción de los demás fue similar, y el maestro Duom se encontró siendo el blanco de siete miradas reprobatorias.

—Seguro que Duom ha querido decir... —comenzó Edwin.

El viejo le interrumpió. Se le veía avergonzado, como si acabara de adquirir conciencia de la magnitud de lo que acababa de declarar.

—Lo siento, Ewilan. He hablado sin pensar. Olvídalo, te lo ruego...

Camille asintió con la cabeza. Sabía que el analista era sincero y que sus palabras se habían adelantado a su pensamiento.

—¿Que olvide qué? —soltó—. ¡Ya no me acuerdo de nada!



Pollimag: El Pollimag es un río desmesurado, pero su caudal sólo explica en parte la inmensidad del lago Chen. Una gigantesca red hidráulica subterránea alimenta el río y el lago; esto lleva a suponer la existencia de un auténtico mundo bajo la superficie de Gwendalavir.

Enciclopedia del Saber y del Poder.

El camino ascendía con regularidad a través de un bosque poco frondoso de árboles resinosos y robles verdes. El clima a primera hora de la mañana era agradable, aunque el fresco del aire indicaba que el otoño se había instalado del todo.

El lobo trotaba al lado de los caballos, alejándose a veces hacia la maleza hasta que Camille lo llamaba. Entonces regresaba raudo a su lado, observándola con esos ojos amarillos que parecían esperar algo incomprensible. Las monturas se habían acostumbrado a él y ya no se inmutaban cuando salía de detrás de un matorral, casi debajo de sus pezuñas.

Pasaron un cruce de caminos, señalado por una pila de piedras llanas y un letrero de madera tallado en forma de flecha. En él figuraba una inscripción cuidadosamente grabada: La Vista. Bjorn puso cara de satisfacción.

—¡La Vista es una de las mejores posadas de la región! —explicó—. Se acerca la hora de comer... ¿No tienes hambre, Mathieu?

Una gran tirita adornaba el índice izquierdo del muchacho, resultado de su entrenamiento con el sable de Siam.

La fronteriza se había propuesto adiestrarlo en los rudimentos de la esgrima y cada noche adoptaba su rol de profesora para darle una clase. La víspera había explicado a su alumno por qué era esencial sacar y envainar rápidamente su arma.

Mathieu, que aún tenía fresco en la memoria el ataque de los saqueadores, ya estaba convencido de ello y se aplicó lo mejor que pudo.

—No olvides sacudir tu hoja antes de guardarla —había insistido ella—; si no, estará cubierta de sangre y se pegará a la vaina. A continuación, la deslizas sobre tu índice doblado para acabar de limpiarla y la enfundas.

Mathieu aún se sentía incómodo cuando Siam hablaba de sangre con tan poca emoción, pero la encontraba tan maravillosa que no podía detenerse en ese detalle. Así que había practicado aquel gesto hasta que el filo acerado del sable le hizo un corte en el dedo.

Había sentido un dolor agudo y la sangre había brotado en abundancia. El joven se entrenaba con el arma que Camille había utilizado en el duelo con el Centinela, y que ésta no había querido conservar. Era algo corta para él, pero suficientemente peligrosa.

El grito que había dejado escapar no conmovió a la sagaz instructora, que, imperturbable, había seguido con la clase.

—No es más que una herida insignificante —había decretado—, salvo si desvía tu atención del adversario, en cuyo caso corres el riesgo de que la siguiente sea mortal. ¡Mantente erguido, ponte otra vez en guardia y termina tu movimiento!

Mathieu había obedecido, dudando de si seguía estando enamorado. Sin embargo, poco después, mientras ella lo curaba, había creído derretirse y había sonreído ampliamente al oírla hablar de su progreso.

—¿Y bien? ¿Tienes hambre?

Las palabras de Bjorn tuvieron un efecto inmediato en su estómago. Desde que había llegado a Gwendalavir comía como dos, pero, al contrario del caballero, no estaba ganando peso. Sus días transcurrían al aire libre, entre cabalgatas y aventuras. Nunca había sentido semejante felicidad y todas esas actividades aumentaban su apetito. Camille, al percatarse de que su hermano salivaba de impaciencia, se dirigió a Ellana.

—Mathieu sigue el camino trazado por Bjorn. Puede que el trabajo que le impone Siam no baste. ¿Y si tú también te ocuparas de él? ¡No quisiera que empezara a parecer una foca!

—¿Una qué? —eructó Bjorn—. ¿Sabes que he cortado cabezas por menos que eso, joven insolente?

Ellana se volvió hacia Camille sin prestar atención a la amenaza.

—Lo siento, ya tengo un alumno. Por ahora está de vacaciones, pero en cuanto esté operativo recibirá una serie de clases de recuperación que recordará durante mucho tiempo.

Camille le lanzó una mirada agradecida. Sabía que la joven marchombre, igual que todos los demás, compartía su pena. Incluido el maestro Duom, que, la víspera, para hacerse perdonar, había ofrecido al lobo la mitad de su comida, como habría hecho con un camarada.

—No te preocupes por Mathieu —intervino Siam—, yo vigilo su línea...

Bjorn dio una palmada afectuosa en el hombro del muchacho.

—¡Desconfía, Mathieu! —le aconsejó—. ¡Cuando no se puede luchar, hay que huir, y creo que a ti te ha llegado el momento!

Captó la elocuente mirada que Mathieu posó sobre Siam.

—¡Demasiado tarde! —prosiguió en un tono dramático—. Qué idea tan estúpida la de enamorarse...

Luego abrió los ojos de par en par y se llevó las manos a las orejas.

—¡No, Ellana —suplicó—, retiro lo dicho!

Y, tras considerar que hombre precavido vale por dos, se alejó al trote.



La posada estaba construida en la cima de una colina redonda y rasa desde donde el viajero podía abarcar la inmensidad del lago Chen. Tan sólo un inmenso cedro azul crecía al borde del camino, a unos diez metros de la entrada.

Mathieu tiró de las riendas de *Pincel* e, impresionado, contempló el espectáculo.

—¡Ahí está el océano! —exclamó—. No entiendo nada. Debería estar al sur, no al oeste, y mucho más lejos...

Sin que sirviera de precedente, Maniel se encargó de las explicaciones.

—No se trata del océano, sino del lago Chen. Es tan grande que ni siquiera desde aquí puede verse el otro extremo. Parece ser que hay ballenas viviendo en él. Tu hermana vio a una cuando lo atravesamos para ir a despertar a los Sujetos.

—¡Una Dama —rectificó Camille—, no una ballena! La Dama del Dragón...

Mathieu logró apartarse de la contemplación del lago y luego, en compañía de Maniel y Camille, se reunió con los demás en el interior de la posada.

Numerosos viajeros se habían detenido allí: la sala, aunque inmensa, estaba casi a rebosar de gente. Antes de entrar, Camille se inclinó hacia el lobo.

—No te muevas de mi lado —le murmuró al oído—. Que no perciban tu presencia. ¿De acuerdo?

El animal se limitó a observarla plácidamente y la siguió dentro de la posada.

Bjorn había descubierto una mesa libre junto a la pared del fondo, y cuando Camille fue consciente de la multitud que los separaba de ella, notó que se le aceleraba el corazón. La mayoría de los comensales los seguía con la vista, cautivados por el lobo negro que avanzaba con ellos. Inspiró profundamente.

—Vamos allá —susurró.

Se alegraba de que Mathieu, y sobre todo Maniel, se encontraran a su lado; le costaba imaginar cómo habría soportado ella sola el peso de aquellas miradas inquisidoras.

No bien estaban llegando a la mitad del pasillo central cuando reparó en un

hombre sentado en un rincón de la sala, vestido de cuero oscuro. Tenía rasgos enjutos, casi demacrados, y le prestaba una atención mucho más acentuada que la de los demás clientes de la posada. Aun a su pesar, Camille se sobresaltó y un desagradable escalofrío le recorrió la espalda.

En aquel preciso instante, un gruñido salvaje le hizo darse la vuelta.

Un cazador, sentado a la mesa junto a un grupo de compañeros, trataba de retener por el collar a un perro de constitución poderosa, patas cortas y morro chato, al que la presencia del lobo, enemigo hereditario, estaba volviendo loco de furia.

El can estaba a punto de liberarse de la sujeción del hombre cuando el lobo se dignó volver la cabeza. Clavó sus ojos amarillos en los del moloso, sus orejas se abatieron imperceptiblemente, un rugido sordo salió de su garganta y aparecieron sus temibles colmillos. El efecto fue radical.

Los clientes más cercanos retrocedieron precipitadamente mientras el perro se aplanaba contra el suelo, como si hubiera deseado desaparecer en él. Su dueño se levantó blandiendo un enorme machete en la mano. Se encontró frente a Maniel.

Fuera del campo de batalla, donde se batía con ferocidad, Maniel era un hombre bonachón y discreto, rayando en la timidez, hasta el punto en que uno olvidaba que medía más de dos metros y pesaba aproximadamente ciento cincuenta kilos... El cazador, aunque robusto, de pronto pareció enclenque, casi frágil.

Maniel posó una mano enorme sobre su hombro.

—¿Sí? —articuló, y hasta su voz pareció impresionante.

—Es que... —balbució el cazador— es... es un lobo...

—¡No! —afirmó Maniel—. ¡No es un lobo, es un amigo! ¿Representa algún problema?

Por toda respuesta recibió un borboteo incomprensible.

—Perfecto —estimó Maniel—. Que aproveche.

Acentuó la presión de su mano y el cazador, abrumado, volvió a sentarse rápidamente. Sus compañeros vacilaron un breve instante y luego, tras evaluar el tamaño y la composición del grupo que aguardaba a Maniel, decidieron correr un tupido velo.

El lobo había perdido todo interés en el perro. Camille le acarició el flanco, resoplando aliviada. De pronto se acordó del hombre de negro y volvió la cabeza en su dirección. Ya no había nadie allí.

—Venid —soltó Maniel—, me temo que Bjorn no nos ha esperado antes de comérselo todo.



¡El indestructible! Tal era el apodo de un caballero, compañero de Perceval, que pasaba por un gigante casi inmortal. No conocían a Maniel en aquella época y en aquel mundo...

Merwyn Ril' Avalon.

No hubo ningún otro incidente, aunque fueron objeto de la atención general mientras permanecieron sentados a la mesa. El lobo se había recostado junto a la silla de Camille, reservando así un confortable espacio a su alrededor. Ya no se dignó echar ni un vistazo más a los humanos que lo rodeaban. Camille estuvo a punto de mencionar al hombre de negro, pero en el último instante se reprimió. Ahora, el parecido que en un principio le había saltado a la vista le resultaba mucho menos evidente, y consideró ridículo alarmar a sus compañeros por nada.

Al salir, tuvieron la desagradable sorpresa de descubrir que el tiempo había empeorado. Nubes amenazadoras se amontonaban en un cielo que se ensombrecía minuto a minuto y se había levantado un cierzo desapacible. Llevaban menos de media hora cabalgando cuando empezaron a caer las primeras gotas, avanzadilla de una lluvia fina que cubrió el paisaje con un velo frío y gris.

Llovió durante el resto del día.

Camille se había subido la capucha de la capa y sólo le asomaba la punta de la nariz, pero aun así temblaba, helada por la humedad que traspasaba su ropaje. Su campo de visión estaba limitado a unos pocos metros, por lo que no se dio cuenta de que habían llegado a Al-Chen hasta que franquearon la muralla exterior.

Era una ciudad inmensa, con grandes avenidas y construcciones que recordaban a las de Al-Jeit, aunque no tan impresionantes. Los pocos transeúntes con los que se cruzaron corrían a ponerse a cubierto. La lluvia se había transformado en un fuerte

chaparrón que no parecía querer cesar. Continuar en el exterior era una opción bastante estúpida.

Bjorn los guió a un albergue que conocía en un barrio tranquilo. Llegaron empapados hasta las cejas, como si se hubieran caído dentro del agua. Lanzaron un suspiro de alivio cuando un muchacho les abrió la puerta de las cuadras, permitiéndoles resguardarse al fin.

Una vez secados y almohazados los caballos, se pusieron ropa seca y entraron en la posada. Había pocos clientes y la patrona, una mujer imponente con los cabellos de un rojo encendido, los recibió calurosamente. Luego, su mirada se topó con el lobo.

—¿Qué es este animal? —preguntó.

—Un perro, bella señora —respondió Bjorn, sonriendo con expresión afable—, un perro bien educado que no causará el menor problema.

—¡Sí, claro, y yo soy un ts'lich! —replicó la mujer—. Ni hablar de tener a ese monstruo dentro de mi posada.

Ellana se acercó al oído de Camille.

—¡El encanto no surte efecto! Nuestro amigo debe de estar oxidado...

La broma no le hizo gracia. Camille no se veía con ánimos de salir otra vez bajo la lluvia, sobre todo con aquel fuego reconfortante que crepitaba en la chimenea y el agradable aroma a guiso que flotaba en el ambiente. Si embargo, si Salim no podía quedarse...

Entonces se adelantó el maestro Duom.

—Tal vez podamos arreglarlo —comenzó—. Pagaré por el... perro lo mismo que por uno de mis compañeros. Se quedará junto a nosotros y, si comete la menor tontería, me comprometo a reembolsárselo sin discutir.

Aquel argumento pareció interesar a la posadera mucho más que las sonrisas de Bjorn. Se tomó un tiempo para reflexionar y después se decidió.

—De acuerdo, pero únicamente en la sala común. No pienso dejar que ese animal entre en una de mis habitaciones. ¡Tendrá que conformarse con las cuadras!

El maestro Duom miró a Camille, que asintió en silencio.

—Muy bien —declaró él—, trato hecho.



Después de comer se repantigaron un momento junto al fuego mientras preparaban la continuación de su viaje.

Avanzada la velada, la conversación derivó hacia Elea Ril' Morienval. Las opiniones divergían al respecto. Edwin pensaba que no volverían a oír hablar de ella, mientras que el maestro Duom aún la consideraba un peligro.

—Su huida no juega en su favor —explicó—, pero si Altan y Elicia no aparecen, sin duda puede volver a encontrar su lugar en el seno del Imperio. No se le puede

reprochar nada más que a los otros Centinelas. Se las arregló para que Holts Kil' Muirt cargara con toda la responsabilidad de intentar asesinar a Camille. Si su plan hubiera funcionado, luego no habría dudado en sacrificarlo al furor de Edwin o tal vez al del emperador. Si hace desaparecer a la pequeña, sólo sale ganando. ¡No hemos terminado con ella!

Camille compartía el punto de vista del analista, aunque no dio ningún argumento. Elea Ril' Morienvál hacía planear sobre su futuro una sombra de la que habría prescindido con mucho gusto. Sentía que tarde o temprano debería enfrentarse a ella, pero se negaba a preocuparse antes de que eso sucediera.

Mathieu fue el primero en desperezarse.

—¡Ya no recuerdo la última vez que dormí en una cama! —exclamó—. Pienso disfrutar de la comodidad que nos ofrece esta posada. Buenas noches, amigos.

Después de guiñarle el ojo a su hermana, se retiró. Los demás lo fueron siguiendo uno tras otro, hasta que sólo quedaron Camille, Edwin y Ellana.

—Yo dormiré en las cuadras para vigilar al lobo —anunció Camille.

—Voy contigo —respondió la marchombre.

—Eres muy amable, pero no hace falta que seamos dos.

—¿Estás segura?

—¡Claro!

—Yo renuncio encantado a mi cama —propuso Edwin—. Estoy tan acostumbrado a dormir en el suelo, que una vez más...

—Te lo agradezco —afirmó Camille—, pero no es necesario.

Como para demostrar su resolución, se levantó. El lobo, que llevaba una hora dormitando delante de la chimenea, abrió un ojo, se estiró y después se colocó a su lado.

—Vámonos, tontorrón —le soltó ella—. ¡Te prometo que, cuando hayas recuperado tu apariencia, me las vas a pagar!

Hacía más frío en las cuadras que en el cuarto común, y sin embargo, cuando se acurrucó en la paja y el lobo la hizo entrar en calor con su mole, se sintió casi tan bien como en una cama.

—Buenas noches, colega —susurró—. Espero que no hagas toda esta comedia para dormir conmigo, porque si no...

Aquella amenaza velada le arrancó una sonrisa. Con el corazón sereno, no tardó en quedarse dormida.

Bastante después, abrió los ojos.

La noche estaba perfectamente tranquila. Había cesado de llover. Sólo la respiración de los caballos turbaba el silencio. Un escalofrío recorrió su cuerpo y comprendió que la había despertado el frío. Extendió el brazo y notó la paja a su alrededor.

¡El lobo había desaparecido!



Dos peligros siguen amenazando el Imperio: los alinos y los mercenarios del Caos. Menos poderosos que los ts'liches, enfrentarse a ellos constituirá no obstante una ardua tarea; ¡no dejan de ser hombres!

Sil' Afian, discurso durante un consejo imperial.

Camille se sentó en la paja.

Se envolvió en su capa y observó a su alrededor. La puerta de las cuadras estaba entreabierta. Maldijo interiormente al darse cuenta de que el lobo había podido salir perfectamente. Se levantó y, para tranquilizar su conciencia, comprobó que no estuviera escondido en algún rincón. Dibujó una llama que iluminó las cuadras lo suficiente para despejar todas las dudas. Ni rastro del lobo.

Camille refunfuñó. No le apetecía pasarse la noche buscándolo por las calles de Al-Chen, pero de lo contrario el lobo podía tener o más bien convertirse en un encuentro desagradable.

Se tranquilizó al recordar que podía contactar con él y ordenarle que regresara. ¡Inmediatamente!

Se deslizó en la Imaginación y se concentró en la mente del lobo. Lo alcanzó en una fracción de segundo, pero se sobresaltó al recibir el raudal de sensaciones que emitía. Estaba herido. Estaba sufriendo.

Debido al impacto, estuvo a punto de romper el contacto. Comunicarse con el lobo constituía una labor complicada. Numerosos factores esenciales para él, como los olores o los ruidos, resultaban inaccesibles para Camille. Y el dolor volvía los pensamientos del animal aún más difíciles de leer.

Trató desesperadamente de poner orden en el tumulto que agitaba el espíritu del lobo y, poco a poco, una imagen fue adquiriendo nitidez. Se encontraba a menos de

cien metros, pero no podía moverse.

Se concentró todavía más y luego suspiró aliviada. El lobo estaba en un cobertizo cerca de allí, donde se había caído en un foso. Se habría herido ligeramente con la caída. Más que un dolor causado por una herida grave, era su angustia por verse privado de libertad lo que se traslucía en el contacto que mantenía con él. Camille empujó la puerta de las cuadras.

—Ya voy —murmuró—, ya voy.

Era una noche fresca y las estrellas titilaban en un cielo despojado de nubes. El suelo estaba fangoso y numerosos charcos centelleaban bajo la luz de la luna. No le fue difícil descubrir el cobertizo que el lobo había decidido explorar, al fondo de una callejuela aún más oscura que el resto de la ciudad.

Camille dibujó su llama personal para avanzar hasta la puerta. Igual que la de las cuadras, estaba entreabierta. Asomó la cabeza y llamó a media voz:

—¿Estás ahí?

Le respondió un gruñido.

—Eres muy malo —comentó Camille—. ¿En qué lío te has metido ahora? ¡Como lobo no eres mucho más espabilado que como chico!

Empujó el batiente de madera y penetró en el cobertizo.

Para su gran sorpresa, la luz que bailaba en la yema de sus dedos se apagó, como sofocada por una mano invisible. Camille se sobresaltó y luego trató de dibujar una nueva llama. Imposible. ¡El acceso a las Espiras le estaba prohibido!

En un instante se acordó de la única vez que había experimentado esa sensación. ¡Un gomador había bloqueado su don! La imagen del hombre de negro que la había observado en la posada fue a juntarse con la de aquel animal medio sapo y medio babosa. Todo se hizo evidente. ¡Un mercenario del Caos se estaba escondiendo allí!

Cuando se abalanzaba hacia la salida, una mano se cerró sobre su hombro como una llave inglesa. No pudo reprimir un grito a la vez que, en el foso, el lobo soltaba un aullido de rabia. Camille se debatió con todas sus fuerzas, aun siendo consciente de que no serviría de nada: quien la estuviera sujetando era demasiado fuerte. La muchacha contrajo los músculos, a la espera de recibir un golpe que no llegó. En lugar de eso, fue arrastrada varios metros sin contemplaciones.

Se oyó un ruido de cadenas y, después, unos eslabones de frío acero se cerraron en torno a su puño. El mercenario que la había atacado no parecía necesitar ninguna luz para desplazarse en la oscuridad; sin embargo, cuando la soltó, ella le oyó chasquear un mechero. Una llama brotó, muy cerca.

Se encontraba atada a un poste de madera mediante una cadena metálica cerrada con un candado. Ante ella se abría un foso en cuyo fondo el lobo daba vueltas en círculo. Esa visión la alivió, pero centró rápidamente su atención en el individuo que tendía delante.

Sin duda era el desconocido que la había espiado la víspera. En sus ojos brillaba el mismo odio gélido que en los de los dos mercenarios que ya habían intentado

asesinarla. Llevaba, detrás del hombro izquierdo, un sable cuyo filo, lo sabía, era sinuoso como la lengua de una serpiente. Su gomador no era visible, pero no debía de andar lejos porque el acceso a las Espiras le seguía resultando imposible. El mercenario metió la antorcha que acababa de encender en una argolla sujeta a la pared.

—¡Así que tú eres el insecto que mató a Arkamentai!

Su voz era fría y cortante como la hoja de un puñal, y Camille se estremeció.

—¿Sabes? —continuó—, te habría eliminado aunque no me hubieran pagado por asesinarte. Pero el azar dispone bien las cosas. Tu muerte habrá unido lo útil con lo agradable. ¡Dinero y venganza!

Hizo crujir lentamente las articulaciones de sus dedos antes de proseguir con su perorata.

—Los gomadores prohíben la Imaginación a todo el mundo, incluidos sus dueños. Es su único defecto. La persona que tanto ansia verte muerta me pidió que contactara con ella cuando estuvieras a mi merced. Así que te abandono el tiempo necesario para avisarla, pero no te preocupes: enseguida vuelvo para ocuparme de ti. No falta mucho para el alba, pues he tenido que demorarme en mi tarea largo rato para atraer a tu lobo hasta aquí, así que no podré divertirme contigo. Tu muerte será mucho más rápida de lo que hubiera deseado. Hasta ahora mismo...

El mercenario salió.

Al mencionar al gomador, sin querer había señalado con la barbilla un rincón oscuro del cobertizo. Camille estiró el cuello hacia el foso. A pesar del frío de la noche, un hilo de sudor perlaba su frente.

—¡Salim! —llamó—. ¡Salim!

El lobo se inmovilizó e irguió las orejas.

—Salim —imploró Camille—, tienes que volver. ¡Estamos en peligro!

El lobo la escuchaba con atención.

—Salim —continuó ella—, se trata de un mercenario y va a matarnos. ¡Si no reapareces, Salim, voy a morir!

Había puesto en sus palabras toda la angustia que experimentaba y la mirada del lobo brilló con una comprensión nueva.

Pero aquello no era suficiente.

Camille se abandonó y descendió al fondo de sí misma...

Cuando emergió de su viaje interior, había añadido otro sentimiento a las palabras que se disponía a pronunciar. Un sentimiento que nada tenía que ver con el miedo; un sentimiento que mantenía en secreto aguardando el momento de hacer eclosión. Sin duda fue aquel sentimiento lo que marcó la diferencia.

—Te necesito, Salim. Regresa...

Lo había murmurado, pero sus palabras fueron como una flecha que se clavó en el alma del lobo.

En el corazón de Salim.

El animal se puso a temblar, como si rechazara la realidad de lo que le estaba pasando y, de repente, ya no estaba ahí. En su lugar, Salim se encontraba en cuclillas en el fondo del foso. Alzó la vista hacia ella.

—Hola, colega —dijo con voz ronca.

Por el rostro de Camille corrían las lágrimas sin que les prestara atención.

—Date prisa, molusco descerebrado —susurró—: el mercenario llegará en cualquier momento.

Con una mueca, Salim se enderezó y se izó al exterior del foso.

Se precipitó hacia Camille.

—Si supieras lo que he soñado —comenzó, peleándose con el candado y la cadena.

—¡Luego, Salim, luego!

Enseguida se hizo evidente que, sin una herramienta adecuada, le sería imposible forzar la atadura.

—No insistas —lo detuvo Camille—. Tienes que encontrar al gomador y liquidarlo; yo me ocuparé del resto. Debe de estar en ese rincón.

Apuntó con la barbilla al lugar oscuro que el mercenario había señalado. Salim cogió la antorcha y empezó a hurgar.

—Rápido —le suplicó Camille—, que va a vol...

La puerta del cobertizo se abrió ante el mercenario.

Éste se sobresaltó al descubrir a Salim y se llevó la mano a la empuñadura del sable.

—¿Qué diablos haces tú aquí?

Tranquilizado por el aspecto de Salim, se había tomado su tiempo para interrogarlo antes de atacar. Lo que vino a continuación lo dejó sin habla.

Y sin vida.

La imagen del muchacho se volvió confusa y un gran lobo negro salvó de un salto la distancia que los separaba. Unos poderosos colmillos brillaron una fracción de segundo antes de que el animal cerrara las mandíbulas en torno a la garganta del hombre. El mercenario murió sin entender nada.

El asalto sólo había durado un breve instante. Camille había cerrado los ojos. Cuando los volvió a abrir, el lobo se encontraba sentado junto a ella, con la cabeza inclinada a un lado y una mirada traviesa. Casi hubiera resultado cómico de no ser por el hilo de sangre que goteaba de su hocico.

—¿Salim?

El lobo no se movió. La mirada de Camille adoptó un tinte de mal augurio.

—Salim —lo amenazó en un tono duro—, voy a contar hasta tres. Uno, dos y tr...

La imagen del animal vaciló y apareció Salim en cuclillas en el sitio donde antes estaba el lobo.

—¿Has perdido el sentido del humor, colega?

Camille logró controlarse a base de un considerable esfuerzo.

—¿Podrías, por favor, buscar a ese gomador?

Había hablado con suavidad, pero Salim, que captó la amenaza, volvió a su búsqueda. Descubrió a aquel bicho repugnante escondido detrás de una vieja banasta. Después de hacerlo papilla con un ladrillo grande, se abrió la Imaginación.

Las ataduras de Camille cayeron al suelo y respiró con más libertad.

—Tengo un millón de cosas que contarte —empezó Salim—. Si supieras lo que he vivido...

—Eso puede esperar, Salim.

—¿Cómo que puede esperar?

—Es que quizá tengas cosas más urgentes que hacer.

—¿Bromeas? Imagínate que...

—Insisto, Salim. Creo que ahora mismo deberías hacer otras cosas.

—¿El qué?

Camille miró a su amigo con una expresión extremadamente seria.

—Vestirte, por ejemplo.

Salim bajó la mirada sin poder reprimir un grito horrorizado.

¡Estaba desnudo como el día que llegó al mundo!



Elea Ril' Morienvál era una dibujante de una inteligencia poco frecuente, pero su insaciable ambición minó su capacidad de reflexionar. ¿Cómo explicar si no que se enredase con los ts'liches, que pretendían el exterminio de los humanos, y con los mercenarios del Caos, cuyos designios eran aún más lúgubres? Quería manipularlos, pero no fue nada más que un peón para ellos...

Doume Fil'Battis, cronista del emperador.

El reencuentro se tiñó de una alegría excepcional.

En cuanto regresaron al albergue, con Salim vestido con una simple sábana anudada a la cintura, Camille despertó a todo el grupo.

La posadera, que se había levantado para averiguar el origen de aquel alboroto, fue conminada por el maestro Duom a preparar un desayuno de celebración al que Bjorn y Maniel le pidieron que añadiera cerveza, carne y embutidos. Ella, atónita, obedeció sin protestar y enseguida se reunieron en torno a la mesa de la gran sala común, ante una copiosa comida. Salim, que se había tomado unos momentos para vestirse, era el centro de aquel júbilo. Habló largo rato sobre su desventura, a pesar de que la mayor parte de sus recuerdos eran confusos, como salidos de un sueño. Su parte humana, engullida por un raudal de sensaciones animales, había sido incapaz de oponer resistencia a la transformación y se había disuelto en el espíritu del lobo. No había asistido a sus aventuras como un espectador impotente, sino que las había vivido de una forma íntegra y trató de contarlas con unas palabras que no estaban hechas para eso.

—Es difícil de explicar —concluyó—. Era yo sin ser yo, porque era un lobo que era un humano. ¿Lo entendéis?

Bjorn dejó la jarra de cerveza, que acababa de vaciar de un trago.

—¡Por supuesto! —anunció sin más.

Salim lo miró, estupefacto.

—¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo que he podido sentir?

El caballero abrió los ojos de par en par.

—En absoluto —rectificó—. Esta historia me supera.

—¡Pero has dicho «por supuesto»!

—Sólo era una manera de hablar, nada más —le comunicó Bjorn, sorprendido por su vehemencia.

—Ya veo... Por una parte, me quedo más tranquilo: temía que alguien te hubiera metamorfoseado durante mi... ausencia.

Salim se echó a reír, pero Ellana, que no había dejado de observarlo desde su regreso, comprendió que la experiencia lo había marcado profundamente. Había cambiado: desde ahora, su espíritu estaba ligado de forma indisociable al del lobo. El joven respondió a las preguntas del maestro Duom, a quien le devoraba la curiosidad. Sí, podía transformarse a voluntad; no, no iba a hacer una demostración. Convertirse en lobo era una experiencia demasiado intensa para repetirla sin motivo.

Entonces, la conversación se desvió hacia los acontecimientos de la noche y los compañeros recuperaron la seriedad.

—¿Por qué el emperador no liquida de una vez por todas a esos malditos mercenarios? —se sublevó Mathieu, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Porque no sabemos dónde atacar —explicó Edwin—. Puede que estén repartidos por todo el Imperio, como un gremio, o bien que tengan su propia población, en Gwendalavir o fuera. Nadie sabe nada sobre ellos, pero si pudiera, Sil' Afian se apresuraría a desembarazarse de esa plaga, créeme.

Ellana interpeló a Camille.

—¿Y dices que a ese mercenario lo había enviado alguien para que te matara?

—Es lo que ha dado a entender —confirmó Camille.

—¡Elea Ril' Morienva! —exclamó el maestro Duom—. ¡Sólo puede ser ella!

Salim miró al analista con la cabeza levemente inclinada a un lado y, de pronto, Camille le encontró un parecido extraordinario con el lobo que la había seguido durante casi quince días.

—Desde luego —soltó el muchacho—. Hace tiempo que sabemos lo peligrosa que es. Hay que hacérselas pagar. ¡Definitivamente!

Había articulado estas palabras con fuerza y Camille se sobresaltó. Durante una fracción de segundo, había visto brillar unos colmillos en la boca de su amigo...



LA ISLA DEL DESTINO





¿A cuándo se remonta la separación entre alinos y alavirienses? ¿Acaso alguna vez formaron un solo y único pueblo?

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo*.

Gabalgaron durante una semana antes de llegar a Al-Jeit. El otoño se había instalado en el sur del Imperio y, aunque ofrecía una maravillosa paleta de colores a los viajeros, éstos quedaron empapados más de una vez por una lluvia fría y muy desagradable.

No obstante, el retorno de Salim había insuflado al grupo un optimismo que los bruscos chaparrones no lograban mermar. El periplo se desarrolló con un buen humor salpicado por las sempiternas disputas entre Bjorn y Salim, que Maniel arbitraba, imparcial. O casi...

Salim se había reencontrado con *Fulgor de Seda*. Ya no sufría montándolo y con el paso de los días adquirió formas de jinete de gran prestancia. También retomó sus lecciones con Ellana, que, según lo prometido, se las hizo pasar canutas.

En cuanto a Mathieu, prosiguió su aprendizaje del arte del sable bajo la severa dirección de Siam. Empezaba a perder las actitudes del principiante y sus movimientos se volvieron más fluidos, veloces y precisos. Si sus viejos amigos de Bellas Artes lo hubieran visto vestido de cuero, con el rostro bronceado y sosteniendo una hoja con gesto seguro, no lo habrían reconocido.

Cuando el camino del Norte, en la cima de un collado, mostró la capital, Mathieu soltó un grito. Había detenido su caballo y estaba erguido, como petrificado, con la boca entreabierta y los ojos abiertos como platos. Camille, que había esperado aquel instante con impaciencia, se deleitó con su asombro.

La puerta de Amatista se abría a unos centenares de metros, y la cascada que caía

ante ella aureolaba los alrededores con una fantástica luz violeta. El agua manaba sin parar desde la meseta donde estaba construida la ciudad hasta el río que la rodeaba en un meandro perfecto, burlando así las leyes de la física.

Detrás de las murallas, las torres de Al-Jeit se elevaban a alturas vertiginosas, recortándose en el cielo como una maravillosa cenefa de piedra y de magia, mientras las cúpulas relumbrantes rivalizaban con el brillo del sol. A Mathieu le llevó un buen rato recuperarse y Camille se preguntó si ella habría adoptado el mismo aire de plácida admiración cuando descubrió la capital.

Se mezclaron con la multitud de viajeros que entraban en la ciudad. Mathieu no pudo dominar su estupefacción hasta que alcanzaron el palacio imperial. Un sirviente les trajo un tentempié y, poco tiempo después, un ordenanza les anunció que Sil' Afian los recibiría.

La persona de más alto rango de todo Gwendalavir fue a su encuentro cuando hacían su entrada en la sala de audiencia. Hizo una seña para que se levantaran a quienes se postraban demasiado, antes de abrazar a Edwin.

—¡Lo has logrado, viejo amigo! —exclamó—. ¡Lo has logrado! ¡Hemos ganado la guerra!

El emperador retrocedió un paso, mirándolos uno tras otro, y luego prosiguió:

—¡Gracias, amigos! ¡Gracias por salvar el Imperio! Mis palabras son muy poca cosa frente a vuestros actos, pero dejad que os exprese mi agradecimiento y mi orgullo. Tenemos una deuda con vosotros y no descansaré hasta que la hayamos pagado.

Camille se encontraba junto a Salim.

Apreciaba en su justo valor los cumplidos del emperador. En cambio, estaba inquieta por la actitud de su amigo. Sabía que, llegados a ese punto del discurso, debía de costarle mucho callarse. Le lanzó un vistazo rápido y se mordió el labio: una pequeña luz familiar bailaba en su mirada, anunciando que se disponía a tomar la palabra de forma intempestiva y sin duda ultrajante. Tenía que conminarle a guardar silencio.

Mientras Sil' Afian dibujaba un heroico cuadro de sus hazañas, Camille pisó salvajemente el pie de Salim al tiempo que lo miraba con severidad.

Por desgracia, Ellana, que lo vigilaba también, había llegado a una conclusión parecida y, en el mismo instante, le aplastó el otro pie. El muchacho hubiera logrado poner buena cara si, detrás de él, Bjorn y Maniel, sin ponerse de acuerdo, no le hubieran pellizcado el cuello a la vez que el maestro Duom giraba a medias para clavarle un agresivo dedo índice en el estómago.

—... éxito se debe al perfecto entendimiento que ha unido a todos los miembros de vuestro grupo en...

Salim, de pronto, lanzó un espantoso grito de dolor y saltó hacia arriba, intentando simultáneamente cogerse los dos pies, frotarse el cuello y protegerse el vientre.

—... ¡una maravillosa amistad! —concluyó el emperador.

—Es culpa vuestra —se quejaba Salim—. ¡Vaya idea la de abalanzarse sobre mí... parecíais cinco salvajes!

Se encontraban en las habitaciones que Sil' Afian había puesto a su disposición.

Bjorn y Maniel ocupaban toda la longitud de un sofá concebido para albergar a cuatro personas. Siam, según su costumbre, había pasado las piernas por encima del brazo del sillón. Los demás, sentados en torno a una mesa, consultaban un mapa del sur de Gwendalavir.

El emperador había reaccionado con una sonrisa ante la interrupción de su discurso. Poco tiempo después, los había llevado a un cómodo salón donde habían compartido una sabrosa comida en compañía de una decena de personajes entre lo más selecto del Imperio. Ahora había anochecido y Salim intentaba justificarse. Camille lo fusiló con la mirada.

—¿Estás diciendo que no te disponías a interrumpir al emperador?

—No, pero...

—¿Para decir algo inteligente?

—Bueno...

—Caso cerrado, entonces. ¡Le has quitado la palabra a Sil' Afian, pero al menos sabes por qué!

Salim se aproximó a la mesa, ansioso por cambiar de tema.

—¿Por qué están tan desdibujadas las islas Alinas? —preguntó, señalando el Gran Océano del Sur.

—Porque nadie ha regresado nunca para cartografiarlas —explicó Edwin, lacónico.

—¿Y vamos a ir allí... a nado?

Camille le dio una palmada en la mano.

—Tú, puede que sí. Sobre todo si continúas igual de pesado. Nosotros cogemos el buque que nos presta el emperador.

—¿Un buque? —subrayó el muchacho—. Me temo lo peor. Tengo entendido que hay un montón de piratas alrededor de estas islas de las que nadie regresa. Y seguro que ambas cosas están relacionadas, ahora que lo pienso...

—¡Salim, eres imposible! —se enfureció Camille—. Conocemos la situación aproximada de las islas y tendremos que alcanzarlas lo más discretamente posible. Eso es todo. ¿Alguna otra pregunta?

—No te enfades: estaba bromeando. ¿Para cuándo está prevista la partida?

—Salimos mañana en dirección sudoeste —le respondió Edwin mientras guardaba el mapa en un estuche de cuero—. Nos llevará tres días llegar a la costa, lo que me deja tiempo suficiente para encargarme de ti si, por casualidad, decidieras no calmarte un poco...



Los pocos navegantes que han patrullado a la altura del archipiélago han informado de la presencia de tierras cultivadas. Las Alinas albergarían, pues, a agricultores y tal vez a ganaderos. Eso los convierte en un pueblo y no en una simple horda de piratas ávidos de pillajes. No podíamos imaginar un contexto más desfavorable para el Imperio...

Señor Sai Hil'Muran, carta al emperador.

Sabes una cosa, colega?

—No, Salim, pero algo me dice que no voy a tardar en saberla...

Por una vez, el muchacho no se ofendió ante la respuesta irónica de su amiga. Estaban sentados sobre una roca a merced del viento. A su derecha, construida en el flanco de la colina, una ciudad de tamaño modesto y muros blancos: Faranji. A sus pies, un puerto con muelles de piedra, utilizados por el paso de generaciones de marineros. Había amarradas decenas de ligeras embarcaciones coloreadas, mientras tres buques estaban fondeados más allá.

Una multitud variopinta iba y venía a lo largo de unos puestos montados de espaldas a las casas, comprando los productos de la pesca local y los que ofrecían vendedores ambulantes. Salim no estaba mirando los barcos ni el mercado.

Tenía los ojos fijos en el océano que se extendía ante él, hasta donde alcanzaba la vista.

—Nunca había visto el mar.

Había hablado con sencillez, pero su voz, que traslucía una profunda emoción, disuadió a Camille de responder. Ella le regaló una sonrisa que hizo titilar el violeta de sus ojos, antes de cogerle la mano. Permanecieron en silencio hasta que Bjorn los arrancó de su contemplación.

—¡Camille! ¡Salim! ¡Venid a visitar vuestras nuevas habitaciones!

El caballero se encontraba al pie de la masa rocosa a la que habían escalado para disfrutar de una vista más bonita, y les estaba haciendo señas para que descendieran. Con un suspiro de pesar, obedecieron.

—¿Ha encontrado Edwin nuestro barco? —quiso saber Salim.

—Sí, está anclado ahí. El de las dos velas blancas a medio plegar: el *Algus Oyo*. El capitán Hal Nil' Bround estaba en tierra y lo hemos estado buscando un buen rato, pero ya está todo en orden. El equipaje está cargado y la tripulación está a bordo. Mañana por la mañana nos hacemos a la mar.

—¿No ha cambiado Edwin de opinión respecto a los caballos? —lo interrogó Camille.

—No. Se quedan en las cuadras. Una vez en la isla tendremos que ser discretos, así que nos desplazaremos a pie.



El navío, al que llegaron con ayuda de un bote, era la mitad de grande que la *Perla de Chen*. Bastaba con cuatro hombres para maniobrarlo. El Imperio poseía pocos barcos y los pescadores sólo se aventuraban a alta mar muy raramente, por temor a sufrir los ataques de los piratas alinos. Así pues, sus embarcaciones eran adecuadas para una actividad costera, pero no para adentrarse demasiado en el océano. En cuanto a los comerciantes, hacía ya mucho tiempo que habían renunciado a transportar su mercancía por mar, dejando a los piratas la supremacía absoluta sobre el Gran Océano del Sur.

Antes de que los ts'liches obstruyeran el acceso a las Espiras, los pueblos costeros estaban protegidos por guarniciones de guardias imperiales que, con la colaboración de los dibujantes, mantenían a los filibusteros a distancia. Los alinos salieron beneficiados con la traición de los Centinelas y sus saqueos se habían intensificado desde hacía varios años. No dudaban en hacer incursiones al interior de las tierras, saqueando todo a su paso y sembrando la destrucción y la muerte. El regreso de los Centinelas permitiría a Sil' Afian recuperar el control, aunque no se hacía ilusiones: la tarea se antojaba larga y difícil.

—¿Por qué los dibujantes del Imperio no consiguen solucionar el problema de los piratas? —sugirió Camille al maestro Duom.

El viejo analista, de pie en el puente del *Algus Oyo*, se agarraba prudentemente a la borda. Nadie había logrado convencerlo de que se quedase en Al-Jeit, y cuando Edwin, a pesar de todo, había insistido por última vez, el palacio había temblado bajo el estampido de un monumental acceso de cólera. El irascible anciano había exigido que le dejaran vivir la aventura hasta el final y nadie había podido con él. Así que había embarcado junto con los demás.

—Los piratas tienen sus propios dibujantes —le respondió a Camille—, y algunos incluso son muy buenos. Tienen a su favor el conocimiento del mar y la potencia de los buques. Disponen de una ventaja de siglos sobre nosotros.

—Nuestra travesía será peligrosa, ¿no es cierto?

El maestro Duom se encogió de hombros.

—Digamos que no va a ser muy relajada...



El buque incluía, además de la sala donde dormía la tripulación, dos cabinas, una de las cuales estaba reservada al capitán.

—Siam, Camille y yo cogemos la cabina libre —decidió Ellana.

—Pero... —comenzó Bjorn.

—¡Nada de peros! —lo interrumpió la marchombre—. Como únicas representantes del género femenino, tenemos derecho a cierta consideración. ¿No estás de acuerdo?

—Yo ofrecería encantado un trato de favor a una mujer débil, lo que no es tu caso. Estas últimas semanas has demostrado cuan temible eres...

Ellana le dedicó una sonrisa cruel.

—¡Y sin embargo, te empeñas en llevarme la contraria!

Bjorn se quedó callado un instante, calibrando la musculatura de la joven y calculando hasta dónde sería capaz ésta de llegar. Al no hallar respuesta para esta pregunta esencial, eligió el camino de la sabiduría.

—La sala me parece agradable —afirmó—. Voy a llevar allí mis cosas. ¡Ahora mismo!

Cogió su petate y se metió por la escalerilla que desaparecía en las entrañas del barco. Cuando hubo desaparecido, Camille se volvió hacia Ellana.

—¿No crees que te has pasado?

—¡No te preocupes! —exclamó la marchombre, echándose a reír—. Ya sabe que soy su amiga.

—¡Pero eres realmente dura con él!

Ellana volvió a ponerse seria, clavando su mirada en la de Camille.

—Bjorn es un soldado —explicó—. Con hábitos de soldado y comportamiento de soldado, igual que Maniel. Si no les demuestro que soy fuerte, pensarán que necesito ser protegida, vigilada y guiada. Mi libertad está en juego, Ewilan. No dejaré que unos palurdos me la pisoteen con el pretexto de que les sobran las buenas intenciones...

Ellana le había hablado como a una adulta y eso impactó a Camille. Sin embargo, necesitaba otra opinión e interrogó a Siam con la mirada. La joven fronteriza participó encantada en la conversación.

—Desde que yo tenía tu edad, me paso el día cascando a chicos convencidos de saber mejor que yo lo que me conviene con el pretexto de que soy una chica —expuso—. Más de una vez me he visto obligada a hacer que corriera la sangre de buenos compañeros que no habían entendido que yo decido sola sobre mi vida. Estoy de acuerdo con Ellana: tenemos que permanecer libres y para eso hemos de ser fuertes. ¡Tenemos que ser duras!

Mientras se dirigía a la cabina que la combatividad de Ellana acababa de proporcionarle, Camille reflexionó sobre las palabras de sus dos amigas. No estaba del todo de acuerdo con su punto de vista, pero se daba cuenta de que aquél era un tema serio que debería estudiar a fondo si no quería equivocarse de camino más adelante.



A la mañana siguiente, muy temprano, una serie de crujidos en la estructura del navío la arrancaron del sueño. Abrió los ojos y se levantó.

La marejada que había mecido su sueño durante la noche se había acentuado y tuvo que aferrarse a la mesa para no perder el equilibrio. Se volvió hacia las literas de Siam y Ellana. La marchombre había salido de la cabina, pero la joven fronteriza seguía acurrucada bajo la manta.

—¡Hemos levado anclas! —le gritó Camille.

—Y a mí qué... —masculló su amiga—. Estoy durmiendo.

Camille resistió la tentación de saltarle encima y, después de vestirse a toda velocidad, se precipitó al exterior. El cielo, al este, se teñía de un naranja que anunciaba una majestuosa salida del sol. La tierra quedaba ya lejos y grandes olas de un azul profundo rompían contra los flancos del *Albus Oyo*, haciendo saltar chorros de espuma. El capitán Nil' Bround había desplegado las dos alas blancas, que chasqueaban al viento. La tripulación se afanaba con la arboladura. Edwin y Ellana eran los únicos viajeros que se encontraban sobre el puente. Los demás debían de estar durmiendo.

—Es brutal, ¿no? —gritó Camille antes de que una tanda de salpicaduras la regara copiosamente.

El *Albus Oyo* avanzaba rumbo al sur y a buena velocidad. El aire tenía un sabor picante que ella aún no había sentido nunca. Se había sentado en la proa del buque, en la borda, con los pies en el vacío y de cara a la inmensidad. Se sentía absolutamente libre y feliz, relajada a pesar del fresco de la mañana acentuado por su ropa mojada.

El resto de la tropa llegó poco después de que las costas de Gwendalavir desaparecieran en las brumas del horizonte. Camille comprendió, por sus rostros desencajados, que estar tumbado en el fondo de un barco en movimiento no debía de

ser una experiencia muy agradable para unos novatos. Salim fue el último en subir al puente, con el aire gruñón de quien ha dormido mal.

Cuando vio a Camille, encaramada en la proa del *Algus Oyo* con las aguas oscuras debajo, saltó hacia ella.

—¡Bájate de ahí! —chilló—. ¡Te vas a caer!

Ella saltó al suelo y lo contempló un instante antes de ofrecerle una amplia sonrisa.

—Tranquilo, colega. Sé lo que me hago y...

—¡No, no lo sabes! Eres una inconsciente al subirte ahí. Sólo con que el barco chocara contra una ola grande, te hundirías. No trates de hacerme creer que reflexionas cuando haces algo semejante. ¡Yo sé ver dónde hay peligro!

Los demás, atraídos por el vocerío, se habían acercado y Camille los miró, estupefacta. Su mirada se cruzó con la de Ellana y después con la de Siam. Salim estaba fuera de sus casillas y la presencia de espectadores no hizo si no avivar su furor.

—¡Cuando uno no sabe, no lo hace y ya está! ¿Me oyes?

Nunca le había dirigido la palabra en ese tono. Por un instante, Camille se preguntó si, de haber estado a solas con ella, se hubiera comportado del mismo modo, pero no era momento para reflexionar. El discurso de Ellana y Siam estaba adquiriendo sentido de golpe.

Giró sobre sus caderas apretando el puño derecho y lo proyectó hacia la mandíbula de Salim.

El golpe le pilló por sorpresa. A causa del impacto salió disparado hacia atrás y cayó al suelo del puente. Camille se había hecho daño en la mano, pero no iba a permitir que nadie se diese cuenta. Se acercó a Salim, que estaba tumbado de espaldas y la miraba con ojos estupefactos.

—¡Yo hago lo que quiero! —chilló—. ¡Donde quiero, como quiero y cuando quiero! ¿Entendido?

Sin esperar respuesta, le volvió la espalda y, con una sonrisa satisfecha, atravesó el barco hasta la popa. Bjorn lanzó una mirada recelosa a Ellana.

—¿Qué le has ido a contar a la pequeña?

Una expresión de ingenua sinceridad se dibujó en el rostro de la marchombre.

—No sé de qué estás hablando.

Bjorn se agachó hacia Salim.

—Ven, amigo mío —le lanzó, ayudándole a levantarse—. Creo que tendré que explicarte cuatro cosas sobre las mujeres...

Se alejó sosteniendo al muchacho, que lanzaba frecuentes vistazos a Camille. Ésta se había encaramado de nuevo sobre la borda, desde donde trataba de penetrar los secretos de los fondos marinos. No le prestó la menor atención.

A mitad de la jornada, los compañeros se reunieron en el comedor de oficiales para almorzar. Cada cual simuló haber olvidado el incidente. A veces, Salim se

frotaba la mandíbula con aire pensativo, lo que arrancó discretas sonrisas a Siam y Ellana.

El capitán Hal Nil' Bround comía con ellos y respondió cordialmente a sus preguntas.

—Todo el mundo conoce el emplazamiento de las islas Alinas —expuso—. ¡Rumbo al Sur! Incluso yo las he vislumbrado una o dos veces, pero acercarse a ellas es muy distinto. Los piratas son unos experimentados marinos y navegan con unos buques con los que el *Algus Oyo* no puede competir. Es mejor mantenerse lejos de ellos si uno no quiere acabar como alimento para los peces en el fondo del océano.

—Pero, entonces —se inquietó Mathieu—, ¿cómo piensa actuar?

El capitán hizo un gesto tranquilizador.

—El archipiélago tendría que ser visible mañana a última hora. Por la noche abordaremos la Isla Grande, que es vuestro destino, y sin ninguna luz encendida que pueda delatar nuestra acción; vosotros desembarcáis y yo me largo con mis hombres y el *Algus Oyo*.

—¿Que se larga? —subrayó el joven.

El maestro Duom se aclaró la garganta.

—Esto... He hablado largo y tendido de esto con el emperador... No podemos pedirle al capitán Nil' Bround que nos espere. Correría un riesgo demasiado importante...

—Y entonces, ¿cómo nos las apañaremos para regresar?

—¡Con un paso al otro lado, Akiro! Ya sois dos los que podéis efectuarlo. Si encontramos a Altan y Elicia, seréis cuatro. ¡Será un auténtico juego de niños!

Mathieu no pareció convencido, pero no osó contrariar al analista.

A continuación, el capitán les reveló todo cuanto había averiguado sobre las islas Alinas en el transcurso de sus años de navegación. ¡Era bien poca cosa! Corría el rumor de que la Isla Grande albergaba una ciudad, aunque nada hacía pensar que no se tratase de una simple leyenda. Sin duda, debía de haber un sitio donde los piratas acumulaban el botín de sus saqueos y donde fabricaban y reparaban sus barcos, pero, si ese lugar existía en realidad, nadie había podido localizarlo jamás.

Cuando la comida tocó a su fin, el grupo de amigos no sabía mucho más, pero su inquietud había aumentado un grado. Pasaron la tarde en el puente, descansando o contemplando el océano. El viento seguía siendo propicio y el *Algus Oyo* avanzaba a buena velocidad.

La única sorpresa del día siguiente la causó un pez volador que aterrizó en el estómago de Bjorn cuando éste estaba haciendo la siesta en el puente. Al contacto con el cuerpo palpitante del intruso, el caballero lanzó un grito estridente que provocó la hilaridad de los allí presentes. Con aire ofuscado, Bjorn atrapó al pez y volvió a enviarlo al mar con un gesto de rabia, amplificando las risas a las que acabó por unirse.

El día tocaba a su fin cuando Hal Nil' Bround extendió el brazo, gritando:

—¡La Isla Grande! ¡Ahí enfrente!

Una orilla se recortaba a lo lejos, todavía imposible de detallar. El capitán se relajó. Con el paso de las horas su ansiedad había ido en aumento, pero ahora que su misión llegaba a su fin, empezaba a calmarse.

El grito de un marinero encaramado al aparejo borró de inmediato la sonrisa de su rostro.

—¡Piratas a estribor!



Es muy probable que la Dama y el Dragón sean inmortales, y es seguro que el amor que se profesan supera nuestra imaginación...

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo*.

Por un momento, el capitán Nil' Bround pensó que iba a alejarse de sus perseguidores. El *Algus Oyo*, aprovechando el viento de popa, volaba sobre las olas, y la ventaja sobre los piratas creció poco a poco. Luego, cuando el sol rozaba el horizonte, dejó de aumentar y uno de los buques enemigos comenzó a acercarse inexorablemente. El capitán lanzó una sarta de maldiciones.

—¡Ése nos atrapa antes de que anochezca! —renegó—. Tiene más velamen que nosotros... ¡Qué mala pata, habíamos conseguido librarnos de los otros dos!

—Yo puedo intentar ralentizarlo —propuso Camille.

Hal Nil' Bround apenas la miró.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

El maestro Duom, que lo había entendido, aprobó.

—Adelante, Ewilan, hazlo. Ya le explico yo al capitán de qué se trata.

Camille se lanzó a las Espiras sin saber lo que iba a intentar. No se planteó siquiera hundir el barco de los piratas. Ellos, en su lugar, no habrían dudado en hacerlo, pero matar a unos hombres cuando no estaba siendo amenazada directamente le parecía inconcebible. ¡El viento! ¡Tenía que actuar sobre el viento!

Pronto se dio cuenta de que se trataba de un ejercicio muy complicado. Tenía que dibujar con delicadeza una masa de aire en movimiento sin que ésta perturbara su propio avance. Procediendo mediante toques sucesivos, creó un viento lo bastante poderoso como para oponerse a aquel que empujaba el buque enemigo, y lo lanzó con toda la fuerza de su voluntad.

El grito de alegría de sus amigos le informó de que lo había logrado. El barco de los piratas había aminorado la marcha, deteniéndose casi. Camille estaba saliendo de las Espiras cuando sintió que nacía un poderoso dibujo. Mientras comprendía que aquel que lo generaba se encontraba en el buque de sus perseguidores, su propia creación voló hecha pedazos. Maldiciendo, trató de reproducirla, pero fracasó: un dibujante se le estaba oponiendo y, aunque tenía menos talento, su conocimiento superior del mar y del viento no le dejaban a ella ninguna oportunidad.

—No lo consigo —se enervó.

—Pues entonces nos espolearán hasta hundirnos —anunció el capitán—. Ni siquiera tendremos la posibilidad de defender nuestras vidas. Me temo que éstos serán nuestros últimos minutos...

—Maldita sea —protestó Edwin—, ¡si tan sólo pudieras mandarme allí, Ewilan, les quitaría las ganas de meterse con nosotros!

Camille separó los brazos, desolada.

—No puedo dar un paso al otro lado hacia un lugar que no conozco —explicó—, estoy...

De pronto, se interrumpió para llamar a su hermano.

—¡Mathieu! —gritó—. ¡Tú sí que puedes!

—Pero —objetó el joven— yo no sé...

—No lo digas —le ordenó ella—. ¡Tienes que conseguirlo! ¡Lleva a Edwin al barco pirata y luego vuelve a buscar a los demás! Es nuestra única oportunidad.

—Bien —accedió él, respirando hondo—. Siempre se puede intentar...

Cogió a Edwin del brazo y se concentró. Una chispa de sorpresa iluminó su mirada justo antes de que desaparecieran.

—¡Ha funcionado! —aulló Bjorn—. ¡Sé de unos que van a encontrarse con una buena sorpresa! ¿Quién es el siguiente?

—¡Yo! —dijeron a la vez Ellana y Siam.

Intercambiaron una sonrisa antes de volverse hacia Camille.

—¿Crees que podrá llevarnos a las dos? —preguntó la marchombre.

—¡Imposible! —zanjó el maestro Duom.

—¡Claro que sí! —lo contradijo Camille.

Antes de que el analista tuviera tiempo de replicar, Mathieu se materializó ante ellos con los ojos como platos.

—¡Ahí hay mucha gente! —jadeó—. ¡Al menos treinta, puede que más!

—¡Pues date prisa en transportarnos! —ordenó Siam.

Mathieu no hizo preguntas cuando Ellana y la joven fronteriza lo cogieron cada una de una mano y, un segundo después, se encontraban en el barco pirata.

Edwin estaba en el centro de una confusa pelea y su sable giraba tan deprisa que casi se volvía invisible. Una docena de hombres barbudos, con los torsos desnudos cubiertos de tatuajes, lo atacaban con una ferocidad animal. Otros tres yacían en el suelo, pero Edwin se encontraba en una mala posición. Sobre él llovían golpes de

hacha y de espada que no lograban ni por un instante hacerle bajar la guardia.

Mathieu debería haber vuelto a buscar a Bjorn o Maniel, pero no conseguía abandonar a Siam. Paralizado por el peligro que ésta corría, la observó lanzarse a la refriega.

Ellana se había arrojado la primera. Su llegada no había pasado desapercibida: un enorme pirata arremetió contra ella blandiendo una gigantesca hacha en la mano. La marchombre se echó al suelo, pasando por debajo del filo de su enemigo, dio una voltereta y se levantó pegada a su torso velludo.

El pirata quiso dar un paso atrás para liberar su arma, pero los dos puñales de Ellana lo habían alcanzado. El coloso se desplomó con un gorgoteo de agonía.

Los dos comparsas que se precipitaron en su auxilio se toparon de frente con Siam. Vacilaron un instante al descubrir su trenza rubia, su pequeño tamaño y su silueta menuda. Y eso les resultó fatal.

El sable de Siam silbó, abriendo una fea herida en el vientre de uno de los piratas, mientras su talón izquierdo atizaba el aire y se clavaba en la garganta del segundo.

Una docena de alinos que aguardaban la ocasión de lanzarse sobre Edwin las atacaron entonces, pero ellas eran inalcanzables.

Ellana hacía piruetas, saltaba, se zambullía por encima o por debajo de sus oponentes y sólo alzaba sus armas para infligir sangrientas brechas antes de ponerse fuera de alcance mediante una acrobacia. Siam manejaba su sable con una eficacia diabólica. Cada uno de sus gestos estaba impregnado de una gracia salvaje; parecía deslizarse sobre el puente, mientras detenía con elegancia los ataques de sus macizos adversarios y dejaba tras de sí una estela de muerte.

Mathieu estaba alucinado. La coreografía de las dos amigas casi le hacía olvidar la sangre que brotaba por todas partes.

La «voz» de Camille le provocó un sobresalto.

—*Mathieu, ¿qué está pasando?*

Aún no le había hablado nunca así, pero él entendió instintivamente cómo funcionaba la cosa.

—*Todo en orden. Ahora voy.*

Se apresuró a realizar un paso al otro lado y se encontró otra vez en el puente del *Algas Oyo*, donde Maniel y Bjorn le esperaban con las armas en mano.

Ya no se veía ni rastro de sonrisa o amabilidad en los rostros de ambos soldados. Se disponían a librar un combate y sabían que se jugaban la vida. Una batalla siempre es mortalmente seria.

Sin demora, Mathieu cogió el brazo de Bjorn y desapareció con él. Volvió casi de inmediato y cogió a Maniel de la mano.

—No te olvides de mí —le lanzó Camille antes de que partiera otra vez.

El joven asintió. Un instante después, Camille apareció a su vez en el barco pirata. Salim, que se había agarrado al cinturón de Mathieu en el momento en que desaparecían, se encontraba al lado de ella. El combate estaba alcanzando su

paroxismo.

Maniel y Bjorn, que se habían plantado en el puente al lado de Edwin, empleaban su masa corporal y su conocimiento de las armas en despejar el espacio que los rodeaba. El choque de las hojas de acero retumbaba con un estruendo que a Camille le pareció espantoso, aunque nada comparable a los aullidos furiosos que lanzaban los piratas alinos. ¡Por primera vez, unos enemigos iniciaban la guerra en uno de sus buques! Aquella ofensa mortal sólo podía ser lavada con sangre; su vida carecía de importancia.

Mathieu desenfundó su sable y se lanzó a la batalla, sin tener en cuenta la advertencia que le gritó su hermana. Inmediatamente se encontró en las garras de un alino que manejaba una cimitarra. Paró por los pelos la primera serie de golpes. Empezó a hervirle la sangre en las venas. Utilizando todas las sutilezas de las enseñanzas de Siam, respondió con un furor que hizo retroceder al pirata a pesar de que le superaba en tamaño.

Camille se obligó a apartar la mirada del enfrentamiento para concentrarse en su tarea. Había un dibujante escondido en ese buque y tenía que velar para que no perjudicara a sus amigos. Lo localizó en cuanto entró en las Espiras.

Era un hombre con barba, de torso desnudo como los otros alinos y cuerpo cubierto por los mismos tatuajes azulados, que se encontraba en el castillo de proa. El combate aún era confuso, así que el pirata dudaba en usar su arte por temor a herir a los suyos.

Su primer dibujo, una enorme bola de hierro, se materializó justo encima de Maniel. Hacía falta algo así para acabar con aquel coloso, que parecía tan indestructible como un acantilado. No era un dibujo excepcional, pero la caída de la bola resultaría mortal.

Pero la bola no cayó.

Camille la ató a la verga de la vela mayor mediante una sólida cadena de acero. El dibujante alino perdió unos segundos preciosos mirando estúpidamente cómo su obra oscilaba por encima del puente, y Camille supo sacar provecho a esa pausa.

El balanceo de la bola de hierro aumentó de repente y salió disparada hacia su creador, como un péndulo gigante. El pirata se burlaba de los vientos y del océano, pero desviar la trayectoria de una bola de quinientos kilos de metal sobrepasaba su capacidad. Fue alcanzado a la altura del estómago y, con un repulsivo crujido de huesos, cayó por encima de la borda.

Camille regresó a la realidad. Un ruido de enfrentamiento muy cercano le hizo sobresaltarse. Un pirata, que se había aproximado a ella mientras estaba inmersa en la Imaginación, luchaba contra un lobo negro dispuesto a matarlo. El hombre y el animal se encontraban enredados en el suelo en una pelea que al principio parecía confusa, aunque Camille adivinó que el lobo estaba cogiendo ventaja y que muy pronto degollaría a su adversario. Apartó la mirada, y eso le salvó la vida.

El dibujo estaba bien hecho. ¡Muy bien hecho!

No lo había notado penetrar en la realidad y, de no haber percibido con el rabillo del ojo la enorme guadaña plateada que hendía el aire en su dirección, habría quedado seccionada en dos.

Se echó al suelo y la hoja, que no sostenía nadie, pasó a ras de su cabeza, llevándose su mechón más despeinado. Camille rodó rápidamente a un lado. Cuando volvió a levantarse, la vio.

De pie, allí donde antes estaba el dibujante alino.

¡Elea Ril' Morienvál!

En el mismo instante, la guadaña regresó en una segunda oscilación mortal, pero Camille estaba preparada. La hoja de acero reluciente se apartó de su trayectoria y giró hacia la Centinela renegada. Una expresión de absoluta estupefacción se dibujó en sus rasgos, y sólo tuvo el tiempo justo para hacer desaparecer su creación antes de que ésta la decapitara.

Se recuperó con rapidez y proyectó sobre Camille una serie de canicas luminosas que brillaban con una malsana luz verde. Camille, que ignoraba de qué se trataba, se limitó a desviar el impulso que habían recibido. Las canicas se perdieron en el mar.

Entonces la inundó una cólera formidable.

—¡Traidora! —aulló.

Como un eco de su grito, se oyó un crujido enorme. El mástil de mesana se rompió por la base y volcó directo hacia Elea Ril' Morienvál.

La Centinela dibujó un puntal y el mástil se detuvo a menos de un metro de su rostro. Respiró hondo como para hacer acopio de todas sus fuerzas, pero un segundo crujido, todavía más violento que el primero, anunció la caída del palo mayor.

Cuidadosamente guiado por Camille, se abatió en el mismo punto que el primero.

Una sombra de temor surcó la mirada de la Centinela. Justo antes de ser aplastada, desapareció. Camille abandonó las Espiras a regañadientes. Elea Ril' Morienvál había realizado un paso al otro lado, pero no se perdía nada por esperar...

Junto a ella, el lobo había terminado su mortífera tarea y se encontraba a sus pies, vigilante. La batalla finalizaba. El último pirata, queriendo escapar del hacha de Bjorn, sucumbió bajo el sable de Edwin.

Un profundo silencio se apoderó del lugar.

El puente del buque estaba repleto de manchas sanguinolentas, mientras que los mástiles abatidos con su maraña de velas desgarradas otorgaban a la escena cierto aire apocalíptico.

Mathieu, sorprendido por estar aún con vida, no podía apartar la mirada del cuerpo del pirata contra el que había luchado. Ninguno de sus compañeros había recibido heridas de consideración, pero sólo las dos jóvenes estaban indemnes. Como si aquel enfrentamiento hubiera sellado su amistad definitivamente, se arrojaron una en brazos de otra.

La voz de Mathieu las arrancó de su alegría.

—Están llegando los otros barcos. ¿Qué hacemos?

Se precipitaron a la popa.

Los dos buques piratas se encontraban a unos centenares de metros.

—Mathieu —profirió Bjorn—, tienes que devolvernos al *Algas Oyo*. ¡Enseguida!

—¿De qué serviría eso? —intervino Edwin—. ¡Han salvado su desventaja y son mucho más rápidos que nosotros!

—¿Quieres que luchemos? —se sorprendió el caballero.

—¿Tienes alguna otra idea?

Ellana limpió sus puñales con una vela desgarrada.

—Pues que los más jóvenes se vayan —soltó con voz dura—. ¡No tenemos ninguna oportunidad en este combate!

Los dos barcos avanzaban casi juntos. Habían reducido su velamen para disponerse al abordaje. Una cantidad asombrosa de siluetas se movía sobre sus puentes.

Camille no pudo evitar encontrarlos hermosos.

—*Créeme, existen cosas mucho más impresionantes en este mundo.*

Las palabras habían retumbado en el interior de su cabeza y se sobresaltó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta.

Sobre ella se volvieron miradas de sorpresa, pero la respuesta ya estaba sonando.

—*¿Quién quieres que sea? ¡Yo, desde luego!*

Durante un segundo, Camille no lo entendió, pero luego se hizo la luz en su mente.

—¡La Dama! —exclamó—. ¡Viene la Dama!

Nadie tuvo tiempo de pedir explicaciones. El mar se levantó como si un volcán entrara en erupción y la Dama surgió.

Su cuerpo gris, reluciente y perfilado era más largo que diez buques puestos uno detrás de otro. Se irguió por encima de las altas olas creadas por su llegada, chorreante con un millón de cataratas, como una auténtica diosa de los océanos. Por un instante se mantuvo derecha frente a los piratas, tan alta y majestuosa como la mayor de las torres de Al-Jeit, y luego se dejó caer otra vez con un estruendo titánico.

Una fenomenal ola de impacto, semejante a una tempestad, sacudió el barco donde se encontraban los compañeros, que tuvieron que agarrarse para no caer por encima de la borda.

—*Hasta pronto, Ewilan. Mis mejores deseos te acompañan en tu búsqueda.*

El océano se agitó largo rato pero, cuando por fin se calmó, la Dama había desaparecido.

Ya no quedaba ni rastro de los alinos.



¡Procurad usar siempre vuestro don con sabiduría! Dibujar significa interferir en la realidad, por lo que sólo puede concebirse si vuestro acto creativo está colmado de respeto. Respeto por la naturaleza, respeto por los demás y respeto por vosotros mismos.

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

La temperatura de la noche era clemente y la luz de la luna llena bastaba para que pudieran desplazarse fácilmente. El capitán Nil' Bround los había desembarcado en una playa desierta antes de volver al *Algus Oyo*.

—Aprecio vuestra compañía —había precisado—, sobre todo después de lo que habéis hecho, pero mi buque es lo primero para mí. ¡Hay aquí demasiada gente que querría mandarlo al fondo del mar! Os deseo muchos ánimos para continuar vuestra misión y para vuestro regreso. Que la Dama siga velando por vosotros.

Su bote se había alejado antes de perderse en la oscuridad.

—¿Alguien tiene idea de la dirección que hay que tomar? —preguntó Ellana.

—La verdad es que no —admitió Camille—. Merwyn mencionó esta isla y el pico del Destino, pero no sé nada más.

—El pico del Destino sólo puede ser una montaña —intervino Edwin—. Y no la vamos a encontrar aquí. En marcha.

Bordearon el océano durante una hora; luego la costa se volvió rocosa e iniciaron la ascensión de una meseta que se alzaba sobre el oleaje. La vegetación era muy parecida a la del extremo sur de Gwendalavir: algún que otro árbol de hojas estrechas y puntiagudas y matorrales olorosos y densos. No encontraron rastros de ninguna actividad humana, apenas algunas huellas de animales pequeños.

Por eso, al llegar al término de su ascensión, les sorprendió descubrir a sus pies

una bahía que se adentraba profundamente en el interior, alrededor de la cual se extendía una ciudad de tamaño respetable. A pesar de lo avanzado de la hora, muchas casas seguían iluminadas y las calles parecían acoger una importante actividad.

Edwin soltó un silbido.

—¡Podría tratarse de la mítica capital alina! —exclamó—. Muchos relatos la mencionan, pero nunca ha sido localizada. Es una información que a Sil' Afian le alegrará poseer.

Una cantidad impresionante de buques fondeaban en el puerto. Al descubrirlos, Camille se dijo que al emperador le convenía construir una flota digna de ese nombre si quería imponer la paz en el Gran Océano del Sur.

Ellana señaló con el mentón una vivienda aislada en las alturas.

—Con un nombre como éste, el pico del Destino debe de ser famoso entre los alinos. ¿Y si fuéramos a preguntar a quienes vivan ahí?

—¿Estás de broma? —se sorprendió Bjorn.

—Para nada. No iremos a escalar todas las montañas de la isla. Y tampoco podemos esperar a que alguien tenga la amabilidad de ofrecerse a darnos indicaciones. Qué os apostáis a que las obtengo si alguien de esa casa las sabe.

Nadie se atrevió a poner en duda su palabra, y se acercaron en silencio a la vivienda, constituida por dos edificios bajos y una torre cuadrada, que estaba iluminada. Ellana señaló una ventana abierta, a unos diez metros del suelo.

—Ésa será mi puerta de entrada.

La casa estaba rodeada por una verja metálica, pero franquearla fue un juego de niños para la marchombre. Se metió entre los matorrales mientras los demás la esperaban en el exterior, ocultos por las hojas bajas de un árbol solitario.

—¿Cómo piensa hacerlo? —se inquietó Camille.

—Los marchombres tienen extraños poderes —le explicó Edwin—. Ya sabes que pueden inmovilizar a las personas a través de su canto. Y eso no es todo. He oído decir que los más dotados son capaces de hipnotizar a sus víctimas y de sonsacarles la información que buscan. No me cabe duda de que Ellana forma parte de ellos...

Comenzó una larga espera, turbada tan sólo por el grito de los pájaros nocturnos y los susurros ocasionales de los compañeros.

Edwin y Siam observaban el edificio con atención, prestos a lanzarse en auxilio de Ellana ante la menor alarma.

Camille reparó en la mano de Bjorn sobre su hacha, los músculos contraídos de Maniel y la expresión decidida de Mathieu y de Salim. ¡En caso de peligro, todos se precipitarían a ayudar a la marchombre!

Se oyó un murmullo de arbustos y Ellana se irguió de repente en medio de todos ellos.

—¡Ya está! —anunció, deleitándose con la sorpresa de sus amigos.

—¿El qué? —la interrogó el maestro Duom.

—La respuesta, por supuesto. El pico del Destino es una cima rocosa que se erige

en una zona desértica a menos de un día de camino rumbo al sur. Es un sitio conocido porque, desde hace siete años, una protección invisible impide que nadie se acerque...

Su monólogo los dejó estupefactos a todos.

—Pero ¿cómo te las has arreglado? —se sorprendió Bjorn.

—Sin ánimo de ofenderte, no creo que puedas entenderlo —le respondió Ellana con amabilidad—. No ha habido sangre ni dolor, no he matado a nadie, ni he derribado puertas o machacado a guardianes. Simplemente he recabado la información utilizando el medio adecuado.

—Pero... —balbució el caballero.

—Sutileza, Bjorn, sutileza. Pero no te preocupes demasiado: muchos hombres carecen de ella, sobre todo los guerreros muy musculosos...

—¡Eres genial! —exclamó Camille.

—Lo sé —replicó la marchombre sin modestia—, pero ahora tenemos que ponernos en marcha. Ahí dentro hay alguien que no estará de muy buen humor cuando recupere la conciencia...

Caminaron hasta bien avanzada la noche, adentrándose en un paisaje de vegetación árida, sembrada de bloques de piedra blanca y restos de desprendimientos. Finalmente, Edwin ordenó un alto.

—Según lo que ha descubierto Ellana, el pico del Destino ya no debe de quedar muy lejos. Descansemos, mañana necesitaremos estar en forma.

Compartieron una comida frugal y fría y después Edwin realizó la primera guardia. Camille comprendió que no tenía intención de dormir, pero no se alarmó: Edwin nunca había mostrado el menor signo de fatiga o de sofoco. ¡Daba la sensación de ser insensible al cansancio! Se acurrucó debajo de un arbusto, cerca de una gran roca de forma redondeada, y cerró los ojos. Al cabo de unas horas, iba a encontrar a sus padres.



Un molesto rayo de sol la sacó de un sueño sin imágenes. Se sentó y observó a su alrededor. El día aún era muy joven, pero bastaba para proporcionar un nuevo aspecto a la isla, más salvaje, rocosa e inhóspita.

Uno tras otro, los demás despertaron bajo la mirada ligeramente burlona de Edwin, que los dominaba desde lo alto de un enorme bloque de piedra calcárea blanca.

—Sube aquí —le lanzó a Camille—. Tengo una sorpresa para ti.

Ella se tomó su tiempo para desperezarse y se encaramó a la roca. Siguió con la mirada la dirección que le señalaba Edwin y descubrió la cumbre de un pico rocoso que la luz matinal teñía de un hechizante color anaranjado. Se elevaba a menos de

diez kilómetros del lugar donde habían dormido.

—¿El pico del Destino? —quiso saber Camille.

—Diría que tiene todo el aspecto de serlo —respondió Edwin.

—¡Ven a verlo, Mathieu!

Camille llamó a su hermano, que, despertándose a duras penas, se estaba frotando los ojos. Éste se apresuró a trepar hasta ellos.

—¡Hemos llegado! —le reveló ella.

—¿Crees que habrá guardias? —preguntó Mathieu.

El maestro de armas se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a haberlos? Si Altan y Elicia están ahí, no es a causa de los alinos. Ellos no tienen ningún motivo para vigilar una roca desde hace siete años.

—¡Te olvidas —le recordó Camille— de que ayer Elea Ril' Morienva se encontraba a bordo de un barco pirata!

—Es cierto —admitió Edwin—. Puede que acercarse al pico del Destino no sea un camino de rosas como yo pensaba, pero sólo tenemos una manera de averiguarlo...

Mathieu estaba inmóvil. El pico, erguido como una promesa, acabó de convencerlo de que aquello que estaba viviendo era muy real.



Elea Ril' Morienva entró a formar parte de la leyenda bajo la marca de la traición. Era taimada, ambiciosa y sin escrúpulos, pero no deja de ser la primera que estableció relaciones con los alinos...

Doume Fil'Battis, cronista del Imperio.

Tomaron un copioso desayuno, aunque de común acuerdo consideraron prudente no encender la hoguera, y después levantaron el campamento. El avance a través de la isla resultó menos difícil de lo previsto. Había senderos, sin duda trazados por silbadores salvajes, que permitían franquear las barreras rocosas. En cuanto a las rocas desprendidas, eran más espectaculares de lejos que de cerca. La mañana tocaba a su fin cuando descubrieron la depresión.

Era un inmenso socavón, enteramente constituido por una arena que iba desde el amarillo fuerte hasta un naranja casi rojo y estaba erosionada por miles de surcos debidos al flujo del agua de lluvia.

En su centro, a unos cien metros de distancia, se elevaba un impresionante pico rocoso de forma tortuosa, en cuya cima destacaba la oscura abertura de una gruta. Camille notó que su aliento se aceleraba.

Se disponía a hablar cuando algo se materializó ante sus pies y empezó a hacer ruiditos.

—¡El susurrador! —exclamó—. ¡Ha vuelto!

Se agachó para coger a la bola de pelaje gris, que se puso a ronronear.

—¿Estás aquí para traerme un mensaje o para darme la bienvenida? —le preguntó.

Sus amigos, que ya habían oído hablar de aquel bicho, se aproximaron para observarlo. Entonces, como si hubiera aguardado a que el auditorio estuviera al

completo, el susurrador dibujó. Incluso aquellos que no tenían el don percibieron lo que estaba ocurriendo.

—Es mi madre —murmuró Camille.

Las palabras que el susurrador transportaba estaban a punto de trasladarse a la realidad, pero entonces emitió un grito agudo. Sus miembros se tensaron y se contorsionó en las manos de Camille, mientras una gota escarlata perlaba la comisura de su boca. Al fin quedó inmóvil, con los miembros rígidos por una breve pero terrible agonía.

Camille lo contempló fijamente un instante y después alzó hacia sus compañeros unos ojos empañados por las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —balbució.

Ellana le quitó el susurrador muerto de las manos mientras el maestro Duom tomaba la palabra con una voz llena de inquietud.

—He sentido otro dibujo, juntos antes de que pereciera el susurrador. Temo lo que eso puede significar...

Con un mismo gesto, Edwin y Siam desenfundaron su sable y siguieron con su punta la línea completa del horizonte. El paisaje estaba perfectamente desierto y el silencio sólo era turbado por los cantos de los pájaros.

—¿Un dibujante ha matado al susurrador? —quiso saber Mathieu—. ¿Está pensando en Morienvál?

—No puedo asegurarlo —respondió el analista—, pero es probable...

—Yo no veo nada —anunció Edwin—, aunque detrás de esas rocas podría esconderse un ejército sin que nos diéramos cuenta. Sigamos en marcha.

Con actitud seria, emprendieron el descenso al socavón. Resbalaban sobre la arena y rápidamente quedaron cubiertos de un polvo ocre. Ante el temor de ser asaltados, Edwin y Siam no habían vuelto a guardar sus armas, y Maniel y Bjorn habían sacado las suyas. No obstante, alcanzaron sin obstáculos el pie del pico rocoso.

—Aquí está —soltó Salim, tendiendo la mano.

Justo antes de que rozara la piedra, le detuvo una pantalla invisible semejante a la que vedaba el paso a la Atalaya.

—Esto debe de ser la protección de la que os hablé —explicó Ellana, fracasando ella también en su intento de tocar la piedra—. Estamos llegando al final.

—¡Sobre todo estáis llegando a vuestro fin!

La voz había retumbado, amplificada hasta el extremo, y se sobresaltaron violentamente antes de escrutar los alrededores.

Al principio, nadie se manifestó; después apareció una silueta en lo alto de la pendiente que acababan de descender.

—¡Morienvál! —espetó Camille—. ¡Reconocería su cara de serpiente a kilómetros de distancia!

—¡Premio! —respondió la Centinela.

Estaba lejos del pico, pero su voz llegaba hasta ellos sin dificultad y a ella no le costaba oírles. La rabia invadió a Camille, que se lanzó a las Espiras... ¡para ser inmediatamente expulsada de ellas!

—Lección número uno —se burló Elea Ril' Morienva—. La llegada de tus padres aquí es el resultado de una mezcla más que asombrosa del poder ts'lich, de sus propias voluntades y de un toque personal. Las Espiras quedaron muy afectadas y dibujar aquí se ha vuelto imposible.

Por un instante, Camille intentó abrirse camino en la Imaginación, pero enseguida tuvo que renunciar. La Centinela estaba en lo cierto.

Como si hubiera aguardado hasta que Camille admitiera esa verdad, Elea Ril' Morienva continuó:

—Lección número dos. Aquí, donde me encuentro yo, sigue siendo posible utilizar el Poder. Vuestra aventura terminará pronto. ¡Pero para uno de vosotros se acaba ahora mismo!

Hizo un gesto con la mano y una flecha apareció a menos de cinco metros del pecho de Edwin. Volaba a una velocidad alucinante, imparable. Edwin sólo tuvo tiempo de agitar los párpados, pero Ellana fue más rápida que la saeta mortal. Saltó tan veloz, que su gesto pareció casi borroso a los ojos de Camille.

Logró colocarse delante de Edwin, y se oyó un jadeo cuando la flecha se hundió en su pecho. El impacto la proyectó hacia atrás y cayó en los brazos del maestro de armas, que la sostuvo con suma delicadeza antes de depositarla en el suelo.

La risa de Elea Ril' Morienva retumbó, salvaje y desdeñosa.

—Tenía que arreglar cuentas contigo, fronterizo... pero el azar dispone bien las cosas. ¡Estoy segura de que sufres más así que si tú mismo hubieras recibido la flecha!

Edwin no la escuchaba. Estaba inclinado sobre Ellana, que respiraba con dificultad. Sus rasgos estaban tensos por el dolor, y una espuma rosada asomaba a las comisuras de sus labios.

—Ya van tres —articuló con apuros—. Te he salvado la vida tres veces. Siempre cumplo mi palabra...

—Calla, no digas nada... —murmuró Edwin.

Ellana alzó una mano temblorosa hacia su rostro, que acarició suavemente.

—Si no hablo ahora, no estás en disposición de volver a oírme otra vez —susurró ella con una mueca—. Acércate y te diré lo que sigue.

Edwin apretó los dientes con tanta fuerza que le sobresalían los músculos de las mandíbulas. Se agachó y acercó su oído a la boca de la marchombre.

Nadie más oyó lo que ella le confiaba, pero cuando se enderezó, le brillaban los ojos.

—Yo también —anunció, simplemente—. Yo también.

Ellana mostró una sonrisa que iluminó su rostro, y cerró delicadamente los ojos.

—¡No! ¡No! ¡Eres un monstruo! —vociferó Bjorn—. ¡Lo vas a pagar!

Se precipitó hacia Elea Ril' Morienvál haciendo girar su hacha.

—¡Espera! —le gritó Siam.

Pero el caballero no estaba dispuesto a escuchar a nadie. Ciego de ira, sólo deseaba una cosa: matar a la Centinela. Había cubierto la mitad de la distancia cuando decenas de siluetas armadas surgieron al lado de ella.

—Lección número tres —soltó la dibujante—. Los enemigos de mis enemigos son mis amigos. A los alinos no les ha gustado que destruyerais tres de sus buques: se mueren de ganas de hacérselo pagar.

Lanzando aullidos, los barbudos guerreros rodaron pendiente abajo en dirección a Bjorn.

—¡Por todos los Sujetos! —exclamó Maniel antes de lanzarse a echar una mano a su amigo.

No tuvo tiempo de llegar hasta él.

Un impresionante movimiento del aire levantó súbitas nubes de polvo y una mole increíble, tan alta como una casa, aterrizó al lado de Bjorn.

—¡El Héroe de la Dama! —chilló Camille—. ¡El Dragón!

La criatura estaba en cuclillas en el centro del socavón, con las alas plegadas contra el cuerpo titánico y el largo cuello de reptil apuntando en dirección a los piratas alinos.

Éstos detuvieron su carrera con una serie de torpes derrapes. Se elevaron gritos de incrédulo terror y los salvajes guerreros dieron media vuelta llevados por un pánico que rayaba en la histeria.

Con un rugido ensordecedor, el Dragón abrió unas fauces tan anchas como la puerta de un granero. De ellas brotó un chorro de llamas de veinte metros de longitud que rozó la cabeza de los fugitivos, acelerando aún más su desbandada. En cuestión de segundos, los piratas desaparecieron detrás de la cresta, arrastrando a Elea Ril' Morienvál consigo.

El Dragón bajó la mirada hacia Bjorn.

El caballero parecía minúsculo junto a la masa aplastante que lo sobrepasaba y, a pesar de su coraje, se sintió tan insignificante como un mosquito frente a un tigre. Tragó saliva con dificultad.

Los ojos inmensos y cobrizos que lo observaban lo mantenían clavado en su sitio, impidiéndole darse a la fuga, cosa que hubiera deseado hacer por encima de todo. La voz que resonó en el interior de su cráneo le hizo sobresaltarse.

—*¡Es la segunda vez que mi fuego te salva la vida, muchachito!*

Nadie lo había llamado así desde que abandonara la infancia, pero Bjorn no se ofendió. Esbozó una pobre sonrisa.

—Gracias, esto... señor... —balbució.

Maniel había dejado de correr cuando el Dragón se había posado, y contemplaba la escena con estupefacción. Ya no sentía el menor deseo de acudir en ayuda de su amigo.

—*No me lo agradezcas: era deseo de la Dama.*

Como si hubiera anunciado una verdad fundamental, haciendo inútil toda discusión, el titánico ser se enderezó. Los músculos colosales de sus patas se tensaron y sus alas se desplegaron a medias, casi aplastando a Bjorn, que tuvo que dar tres pasos atrás. Era evidente que se disponía a alzar el vuelo cuando un grito lo detuvo.

—¡Espera!

El Dragón volvió la cabeza: Camille estaba corriendo en su dirección. Se aproximó a la inmensa criatura hasta posar la mano en el cuero apergaminado de su piel.

—*Te reconozco, pequeña mortal. Tú me ayudaste cuando los cielos me estaban prohibidos. Me alegro de volver a verte...*

—Ahora soy yo quien se encuentra en apuros —lo apremió ella.

—*Habla.*

—Mi amiga está herida. Va a morir.

—*La vida de los humanos es breve...*

—¡NO!

Camille había chillado. Un resplandor amarillo cruzó la mirada del Dragón.

—No —repitió ella con fuerza—, no debe morir. La Dama me salvó cuando me necesitaba. Hoy le toca pagar su deuda. ¡Tiene que venir a ayudar a Ellana!

Unos colmillos largos como sables relumbraron y un aliento ardiente barrió el rostro de Camille.

—*¡Nadie le dice a la Dama lo que debe hacer! Ella os ayudó ayer y yo os he ayudado hoy. ¡Ya nadie debe nada!*

Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas.

—Por favor —murmuró—. Por favor...

Durante un largo minuto, el Dragón no se movió. El universo entero parecía inmovilizado por un caparazón de silencio y espera. Luego, su larga cola atizó la arena.

—*Que uno de vosotros ponga a tu amiga en mi lomo y la sujete con fuerza. Me la llevo a ver a la Dama.*

Camille reprimió por los pelos un grito de alegría.

—Bjorn —lanzó—, ve a buscar a Ellana. ¡Deprisa!

El caballero reaccionó al instante. Se marchó corriendo y volvió raudo, acompañado por Edwin, que sostenía a Ellana en sus brazos como si fuera de cristal. La marchombre tenía los ojos cerrados y un débil aliento alzaba su pecho. La flecha seguía clavada entre sus costillas.

Camille explicó brevemente a Edwin la propuesta del Dragón.

—¡Tienes que acompañar a Ellana! —concluyó.

Edwin dudaba, dividido entre dos obligaciones que se contradecían.

—Pero prometí ayudarte hasta el final...

—Ve —lo apremió—. Ahora ya ha terminado. Ya no hay peligro, nos las

arreglaremos. Es mejor que la sostengas ahí arriba.

Edwin le dio las gracias con una elocuente mirada y se volvió hacia el Dragón. No pestañeó cuando la voz de la criatura resonó en su mente.

—*Mi Dama puede salvarla, pero tenemos que acercarnos a ella. ¿Tendrás la valentía de montar sobre mi lomo? A ningún humano se le ha ofrecido jamás semejante proposición...*

—¡Si fuera necesario, me enfrentaría a ti por ella! Pero está gravemente herida; temo que no aguante el viaje que nos propones.

—*Yo puedo hacer que su estado no empeore. Mi poder es grande, aunque no iguale al de mi Dama. No perecerá encima de mi lomo, confía en mí.*

—Confío. No obstante, debes saber que dibujar aquí es imposible y que yo estoy tan unido a ella como tú a tu Dama.

El Dragón alzó sus fauces al cielo y soltó una serie de rugidos ensordecedores que terminaron con un impresionante chorro de llamas.

Bjorn retrocedió precipitadamente, pero Edwin y Camille no pestañearon, pues entendían lo que pasaba: el Dragón se estaba riendo.

—*¡No profieras semejante estupidez, mortal! No tienes ni idea de lo que nos une a la Dama y a mí. Y los límites de los dibujantes humanos no me conciernen. Yo vivo en las Espiras, no las utilizo. Creer que podrían estarme prohibidas no tiene sentido. Y ahora, sube; tu compañera se está muriendo.*

Desplegó su ala izquierda, que fue a tenderse sobre la arena.

Edwin puso el pie sobre el denso cuero de la criatura. Llevando a una Ellana inconsciente, caminó encima del ala hasta alcanzar el hombro del Dragón. Consiguió sentarse detrás de una cresta ósea en la base del cuello y estrechó a la joven marchombre contra sí.

Cuando el Dragón se aseguró de que sus pasajeros estaban bien instalados, se propulsó por los aires. Camille, aunque ya lo había visto despegar, se quedó estupefacta ante el poderío salvaje de su ascenso. ¡No le extrañaba que hubiera podido atravesar el techo de la Academia de Al-Poll!

En unos cuantos segundos, la criatura no fue más que un punto en el azul del cielo; después desapareció por completo.

Los compañeros se consultaron en silencio y a continuación se dirigieron al pico del Destino. A pesar de la esperanza que les ofrecía el Dragón, la herida de Ellana los abatió como una capa de gélida angustia.

—Lección número cuatro. ¡Puede que los alinos sean unos cobardes, pero yo no abandono jamás!

Acababan de alcanzar el pico rocoso y se dieron la vuelta, sobresaltados. Elea Ril' Morierval se encontraba en el mismo lugar donde había estado poco antes. Hizo un nuevo gesto con la mano y una nueva flecha apareció, directa hacia Camille.

Esta vez, Siam estaba preparada.

Por muy rápida que fuera la saeta, su sable lo fue aún más y la flecha cayó a sus

pies, seccionada en dos. Una segunda siguió la misma suerte, y luego una tercera.

Entonces, las saetas se encadenaron, tan fulgurantes que eran casi invisibles, pero Siam las interceptaba como si un sexto sentido guiara su filo. La joven fronteriza estaba magnífica y Camille dudaba de que alguna otra persona fuera capaz de realizar semejante proeza. De todos modos, era evidente que no podría continuar así mucho tiempo.

Elea Ril' Morienvál se reía mientras mandaba flecha tras flecha, apuntando uno detrás de otro a cada compañero. Ninguno tenía la capacidad de evitar sus proyectiles; sólo Siam los mantenía con vida. Por mucho que intentaran ponerse a cubierto, siempre aparecía una saeta, portadora de muerte, por un ángulo imprevisto o desde una posición imposible.

En cada ocasión, Siam intervenía y lograba desviarla. Hacía piruetas delante de ellos como un auténtico duende, formando con su sable una barrera que la Centinela aún no había conseguido penetrar. Aun así, sólo era cuestión de minutos, tal vez menos...

Siam apartó una última flecha con lo llano de su hoja y, aprovechando una breve tregua, clavó la mirada en la de Mathieu. Se produjo un intercambio fulgurante, posible sólo gracias al vínculo que se había creado entre ellos con el paso de los días. Un vínculo mucho más fuerte de lo que cabía imaginar...

El joven comprendió lo que ella esperaba de él y supo que era capaz de hacerlo. Avanzó y puso la mano sobre su hombro. Lo demás sucedió como al ralentí.

Cuando Elea Ril' Morienvál alzaba el brazo para un nuevo disparo, Siam levantó su sable. En el momento en que lo bajaba, Mathieu realizó un paso al otro lado.

Lo ignoraba todo de las Espiras. Sólo sabía que podía ir a donde quisiera cuando lo quisiera. Era su único don, pero no tenía límite.

La Centinela los vio desaparecer y, durante una fracción de segundo, no entendió lo que estaba pasando. Nadie podía dibujar al pie de ese pico...

El sable de Siam rebanó su cuerpo, desde el hombro hasta la cadera.

Elea Ril' Morienvál se desplomó.



El poder que ofrece el arte del Dibujo es limitado. El amor, en cambio, es infinito.

Merwyn Ril' Avalon.

Si puedes realizar un paso al otro lado, puedes llevarnos hasta ahí...
Camille se había dirigido a su hermano y aguardaba su respuesta, ansiosa.

Mathieu y Siam habían regresado junto a sus compañeros, cogidos de la mano como si lo que acababa de ocurrir hubiera afianzado su relación.

—Vamos allá —respondió él, simplemente.

Camille le cogió el brazo y se dejó llevar.

Se materializaron en la cima del pico del Destino, ante la abertura que ya habían detectado. Camille percibió de inmediato que, a aquella altitud, la Imaginación volvía a resultarle accesible. Dibujó su llama favorita y luego penetraron en la gruta.

Era una cavidad poco profunda, tapizada de arena fina. El aire era seco, y en él flotaba un aroma a menta del todo incongruente en ese lugar.

Altan y Elicia se encontraban en lo más hondo, inmóviles, de pie uno junto a otro y con una sonrisa misteriosa en los labios. Una fina capa de polvo los cubría, única prueba del tiempo que había transcurrido desde que dejaran de moverse. Sus rasgos eran apacibles y, a pesar de la rigidez que los paralizaba, estaban impregnados de una serenidad completa.

Ni un solo escalofrío recorrió el cuerpo de Altan cuando su hijo, suavemente, le puso la mano en el pecho, y Elicia no pestañeó cuando Camille apartó un mechón rubio que un viento antiguo había hecho caer en mitad de su rostro.

Era como si estuvieran muertos, pero no lo estaban: tan sólo esperaban.

Desde hacía años.

Los esperaban a ellos, sus hijos...

Camille se sumergió lentamente en las Espiras.

Las ataduras que mantenían a sus padres prisioneros habían sido forjadas por los seres más terribles que existían. Eran complejas, casi indestructibles, pero eso no tenía ninguna importancia. Camille fue consciente del camino invisible que había seguido durante años y que la había conducido hasta esa gruta. Comprendió que nunca había estado sola. Ellos siempre habían estado ahí, a su lado. El dibujo que creó fue a imagen del amor que siempre habían sentido por ella.

Poderoso.

Irresistible.

Infinito.

Altan y Elicia fueron liberados.

Siete años de separación se desvanecieron de golpe.

Siete años de inmovilidad tocaron a su fin, con un estallido de nítida felicidad.

Ewilan y Akiro se arrojaron en los brazos de sus padres.



Permanecieron inmóviles largo rato, apretándose unos contra otros, sin hablar.

Luego Elicia dio un paso atrás, apartándose de sus hijos para contemplarlos mejor. Camille se volvió entonces hacia ella y una palabra brotó de sus labios. Una palabra que ya había perdido la esperanza de pronunciar algún día.

—Mamá...

Los ojos se le empañaron y una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Mamá!

Había gritado. Una angustia atroz le atenazaba el estómago. Estaba jadeando.

La fuerza casi sobrenatural que le había permitido superar tantos obstáculos escapaba de ella por mil desgarrones, dejándola tan débil como un recién nacido. Elicia la vio palidecer y reaccionó como hacen todas las madres cuando sus hijos tienen miedo.

La estrechó entre sus brazos y la apretó contra su corazón, murmurándole tiernas palabras al oído. Esperó a que las lágrimas, que ahora fluían a raudales, se agotaran, y cuando Camille, mucho rato después, al fin se calmó, siguió meciéndola suavemente.

—Estoy aquí, pequeña mía, estoy aquí. Nunca volveré a dejarte.



El fin de la guerra contra los raïs marca el inicio de una nueva era para el Imperio. Largo tiempo hemos estado confinados dentro de nuestras fronteras. Ha llegado la hora de explorar el mundo...

Sil' Afian, alocución durante un consejo del Imperio.

Todo va bien; ¡se han encontrado!
Las palabras del maestro Duom fueron seguidas de una algarabía general.

—¿Está seguro? —preguntó, de todos modos, Salim.

El viejo analista sonrió.

—Acabo de recibir el mensaje de un amigo al que ya no creía volver a oír: Altan, el padre de Ewilan y Akiro. Enseguida bajarán; ahora les apetece estar en familia. ¡Maldita sea, cuánto me alegro!

Agarró a Siam y le plantó dos glandes besos en las mejillas. Después cogió a Maniel, que lucía una serena sonrisa, y juntos se lanzaron a una danza endiablada. Siam estalló en una carcajada que se redobló cuando Bjorn tomó a Salim y se puso a dar vueltas estrechándolo contra su corazón.

Camille, Mathieu y sus padres se reunieron con ellos cuando el sol había recorrido ya gran parte de su trayectoria en el cielo. Durante un rato, todo fueron abrazos y gritos de alegría. Luego, Camille hizo las presentaciones.

—Duom es un viejo compañero —precisó Altan, sonriendo— y ya conocemos a Siam. Aunque era mucho más joven la última vez que la vimos. Y no tan encantadora... —concluyó, observando a su hijo.

Éste no pudo evitar ruborizarse un poco, pero la mirada que intercambió con la joven fronteriza fue más elocuente que un montón de palabras.

—Éstos son Bjorn y Maniel —comenzó Camille—, los amigos más valerosos que se pueda desear. Sin ellos, nada habría sido posible. Son valientes, leales, atentos...

Los dos soldados se agitaron un poco, incómodos ante esa desacostumbrada lluvia de piropos. Altan percibió su turbación y les dio un abrazo.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por nuestros hijos y por nosotros.

Bjorn balbució una frase ininteligible mientras Maniel, mudo de la emoción, se limitaba a mover la cabeza.

—Y tú debes de ser Salim...

Elicia se había acercado al muchacho, que se sintió embargado por una oleada de emociones.

La mujer que le había hablado tenía los mismos ojos que Camille, violetas, inmensos y luminosos. Su belleza iba más allá de lo que había imaginado, y había tanta dulzura en sus rasgos que, de pronto, le entraron ganas de llorar.

—He oído hablar mucho de ti —continuó ella—, durante estos años en que los sueños han sido mi único contacto con la realidad. Eres tal como esperaba; me alegro de que mi hija te haya elegido.

Salim tragó saliva con dificultad. No lograba apartar su mirada de Elicia. Era todo aquello que él nunca había conocido, todo aquello a lo que había aspirado siempre... Fue consciente de que era incapaz de recordar el rostro de su propia madre y ese descubrimiento lo abrumó aún más. Como si lo hubiera adivinado, Elicia le pasó la mano por la mejilla.

—Ahora nos tienes a nosotros.

Aunque los demás no captaron lo que decía, Salim lo entendió y su porvenir se engalanó con los colores del arco iris.



En la gruta, Camille había mencionado a sus padres la herida de Ellana. Estaba convencida de que la Dama la había salvado, pero sentía una imperiosa necesidad de asegurarse, por lo que apremió a sus compañeros para que se pusieran en marcha.

—Hay que salir de este puñetero socavón para poder volver a dibujar —recordó el maestro Duom.

La expresión, particularmente atrevida en boca del analista, hizo sonreír a todos.

Llegaron rápidamente al promontorio donde había estado Elea Ril' Morienvál durante el último asalto. Su cuerpo ya no se encontraba allí.

Siam, inquieta, sacó su sable, pero no hacía falta.

Partiendo del punto en el que había sido abatida la Centinela, un reguero de sangre conducía hasta una gran roca blanca, a pocos metros de distancia. Elea Ril' Morienvál, todavía con vida, estaba recostada contra ella. Al verlos, una mueca de odio deformó sus rasgos.

—Malditos —soltó—; estáis libres...

Sin bajar la guardia, se acercaron a ella.

La herida que le había infligido Siam era terrible, pero el inmenso poder que palpitaba en ella la había mantenido con vida y era posible que acabara por salvarla.

—Elea, ¿por qué toda esta locura? —murmuró Altan—. ¿Por qué este desastre?

—Cállate, me das ganas de vomitar con tu aire remilgado y tu actitud compasiva —espetó la Centinela—. Deseaba el Imperio. Deseaba utilizarlo para una conquista sin precedentes.

¿Sabéis, pobres estúpidos que os conformáis con la mediocridad, que Gwendalavir sólo es una ínfima parte del mundo en que vivimos? Ricas tierras nos aguardan al otro lado de las montañas, al otro lado del océano. Están habitadas, algunas de ellas incluso por hombres. A la cabeza de los ejércitos imperiales, yo las habría conquistado. Habría sido la más grande.

Elea Ril' Morienvál calló un instante, llena de odio.

—Tú lo has echado todo a perder, pequeño bicho apestoso...

Altan, que se había agachado, se enderezó.

—Vámonos —dijo—, ya no nos queda nada que hacer aquí.

Sus compañeros le siguieron los pasos y todos se alejaron sin darse la vuelta. Entonces se oyó un último grito:

—¡Me vengaré! ¡Me las vas a pagar por lo que has hecho, Ewilan!

Elicia se detuvo. Sus rasgos estaban tensos, y sus mandíbulas crispadas. Con un quedo silbido, sacó una hoja afilada de una vaina disimulada junto a su pantorrilla. Una fría determinación paralizaba su rostro. Estaba dando media vuelta cuando Camille la cogió del brazo.

—¿Adónde vas?

Elicia no contestó. Bajo sus dedos, Camille notaba unos músculos que la resolución volvía tan duros como el acero. Siam se interpuso. Había comprendido lo que Elicia acababa de decidir y su código de honor la empujaba a intervenir.

—¡No puede hacer eso! —exclamó—. ¡Está moribunda!

—Sobrevivirá si no la mato.

Elicia había hablado con una voz carente de emoción.

—Ya no es peligrosa; ¡sería un crimen!

Lentamente, Elicia se volvió hacia la joven fronteriza, sumergiendo su mirada en la de ésta.

—Eres demasiado joven —dijo—. Demasiado para saber que una madre prefiere mil veces ser una asesina a ver a un hijo suyo amenazado por una loca sanguinaria. Algún día lo entenderás; ahora, déjame seguir mi camino.

Había tanta fuerza en la voz de aquella mujer, que Siam, a su pesar, se hizo a un lado.

En aquel instante, todos los que poseían el don se volvieron hacia Elea Ril' Morienvál.

La Centinela estaba dibujando, recurriendo a sus últimas fuerzas para realizar un paso al otro lado.

—¿Qué...? —balbució Camille.

Pero Elea Ril' Morienva había desaparecido, abandonando tras de sí, como una maldición, una gran mancha escarlata sobre la roca blanca. Ya nadie hablaba. Tan sólo se dejaba oír el leve soplo del viento, subrayado por el zumbido de los escasos insectos visibles.

Elicia había cerrado los ojos. No los volvió a abrir hasta un minuto después.

—La suerte está echada —murmuró—. Volveremos a vernos, Elea...

Luego volvió ostensiblemente la espalda a la roca, confinando su inquietud a un rincón secreto de su corazón.

—Vamos —continuó, con voz jovial—. ¡Tenemos una cita con la Dama!



~iG racias!

—*Lo que nos une está más allá de las palabras, joven humana. Entre nosotras no es necesaria ninguna frase, y menos aún los agradecimientos. Nuestros caminos volverán a cruzarse, lo sé, y cuando vuelva a verte será un hermoso día para mí.*

Camille se encontraba en un promontorio rocoso que sobresalía océano adentro, en el extremo sur de Gwendalavir.

Habían abandonado el archipiélago de las Alinas mediante un paso al otro lado, pues cada dibujante era capaz de efectuarlo llevando consigo a un compañero. Camille no había dudado ni un instante al elegir su destino. Sabía dónde la estaban esperando, igual que sabía que Ellana estaba a salvo.

A sus pies, el agua se extendía calma, oscura e insondable. El suave lomo de la Dama apenas asomaba a la superficie, pero su cabeza se erguía muy por encima. Sus ojos inmensos estaban clavados en los de Camille y un flujo de comprensión absoluta circulaba entre ellas. El Dragón, encaramado a un acantilado, observaba la escena, inmóvil. Los compañeros se encontraban a una decena de metros detrás de Camille, mientras que Edwin y Ellana estaban de pie en la playa. Lentamente, la Dama se sumergió sin provocar el menor remolino y desapareció en las profundidades.

Entonces, el Dragón se dejó caer desde lo alto del acantilado. Justo antes de impactar contra la superficie del océano, desplegó sus alas y remontó en espiral, derecho hacia el cielo, apuntando en dirección al sol poniente. Deslumbrados, no pudieron continuar siguiendo su vuelo.

Edwin y Ellana se reunieron con ellos tras atravesar un estrecho sendero. Cuando llegaron a la cima del promontorio, Altan y Edwin se dieron un largo y caluroso abrazo.

—¡Qué alegría volver a verte! —exclamó Edwin.

Luego se liberó para volverse hacia Elicia. Ésta le tendió el brazo, sonriendo, y él se limitó a cogerle las manos. Una intensa emoción se traslucía en sus rasgos, normalmente impenetrables.

—Amigo mío —declaró ella—, ¿cómo agradecerte lo que has hecho por mis hijos?

—Sólo he hecho lo que hubieras hecho tú por los míos...

Una sonrisa enigmática estiraba sus labios, pero Elicia no se dejó engañar. Dio un paso hacia Ellana.

—Gracias a ti también. Sé cuál ha sido tu intervención. Sin ti no estaríamos libres.

Tal vez fuera la sangre que corría por sus venas, o quizá que su poder continuaba creciendo, pero el hecho es que Camille oyó las demás palabras pronunciadas por Elicia. Las que sólo estaban destinadas a Ellana y que la joven marchombre percibió directamente en su mente.

—*Tienes mucha suerte. Es un hombre de cualidades inmensas. Espero que sepas hacerle feliz. Si supieras cuánto lo merece...*

—*Lo sé.*

Camille abrió los ojos de par en par: Ellana había respondido a su madre sin la menor vacilación, como si siempre hubiera dominado la delicada técnica del discurso silencioso. ¿Qué otros secretos debía de ocultar la marchombre?

Pero Ellana ya estaba continuando.

—*Tú ocupaste mucho tiempo el centro de sus sueños...*

—*¡Y tú me has reemplazado!*

—*Pocas veces me quedo sin aquello que deseo...*

Elicia se echó a reír para sorpresa de los demás, ignorantes del diálogo que acababa de tener lugar.

—Te creo —respondió en voz alta—. Te deseo lo mejor.

Bjorn creyó que se refería a la milagrosa curación de Ellana y dio una palmada.

—¡Padres que reaparecen tras años de exilio! —exclamó—. ¡Una amiga que regresa de las puertas de la muerte! ¡Esto sólo puede celebrarse con un banquete!



Había llegado la noche.

De común acuerdo, habían decidido no regresar de inmediato a Al-Jeit. Habían avisado a Sil' Afian de que deseaban celebrar en íntima compañía el desenlace de la misión antes de volver a la capital. Bjorn y Maniel habían talado suficiente madera como para asar un buey y, con los recursos de la orilla, estaban preparando una comida que prometía ser suculenta. Camille y Salim estaban sentados en la hierba, en lo alto de una eminencia que se alzaba sobre la inmensa fogata.

—Es raro pensar que todo ha terminado —apuntó suavemente Salim.

—Sí —asintió Camille—, sólo que nada termina nunca.

—¿Y eso qué significa, colega?

—Pues mira, sobre todo que tendremos que acostumbrarnos a vivir en la misma casa, con los mismos padres, y que sólo eso ya representa una aventura...

—Qué agradable es oírlo...

—No pongas esa cara, Salim; ¡has entendido muy bien lo que quería decir!

—Vale, de acuerdo, pero no tendrá nada que ver con raïs, con ts'liches, con mercenarios, con traidores, con piratas, con...

—¡Ya lo capto, Salim!

—Con vampiras, con ogros, con tigres, con gomadores, también con...

—¿Lobos?

—Eso no es para cachondearse, colega.

Camille le sonrió.

—Si realmente tenemos ganas de aventuras —continuó ella—, siempre podemos dedicarnos a lo que nos reveló Elea Ril' Morierval.

—¿Explorar tierras desconocidas?

—¿Por qué no? Ella dio a entender que había humanos viviendo más allá del Imperio. Sería emocionante ir a su encuentro. Pero antes tendremos un montón de ocasiones que celebrar.

—¿En qué estás pensando?

—En todas estas parejas que se han formado o reencontrado en pocos meses: mis padres, Edwin y Ellana y también Mathieu y Siam.

—¿Y quién más? —la apremió Salim.

—Ya está.

—¿Ya está?

—Pues sí, ya está. No está nada mal, ¿no?

Hubo un pesado silencio. A Salim le costaba ocultar su decepción. Suspiró y Camille se echó a reír, dándole una palmada en el hombro.

—¡Salim, pedazo de molusco, hay que saber leer la mirada de una chica, y no solamente escuchar sus palabras!

Salim se sobresaltó.

—¿Quieres decir que...?

La voz de Bjorn se elevó hasta ellos.

—¡La comida está lista, enamorados!

—¿Lo ves? Hasta Bjorn se ha dado cuenta —se burló ella—. ¿Qué dices, entonces? ¿Te basto yo como aventura?

Salim se puso en pie de un salto.

—¡Colega, tú eres la única aventura que realmente me apetece vivir! ¡Lo sabes, siempre lo has sabido y es algo que no cambiará nunca!

Cogidos de la mano, descendieron la colina, rumbo a la hoguera y rumbo a su

futuro.

Glosario

Akiro Gil' Sayan: Nombre alaviriense de Mathieu Boulanger. Akiro salió de Gwendalavir cuando tenía once años y no conserva ningún recuerdo de sus orígenes. Hijo adoptivo de la familia Boulanger, ahora tiene dieciocho años de edad, es un apasionado de la pintura y cursa estudios en la Escuela de Bellas Artes de París.

Alavirienses: Habitantes de Gwendalavir.

Alinos: Piratas humanos que viven en el archipiélago de las Alinas, en el Gran Océano del Sur. Los alinos llevan siglos saqueando Gwendalavir e impidiendo que el Imperio se aventure mar adentro.

Altan Gil' Sayan: Uno de los Centinelas más poderosos de Gwendalavir. Es el padre de Ewilan y de Akiro. Despareció mientras intentaba desmantelar un complot contra el Imperio.

Andadores: Criaturas aracniformes de más de un metro de altura, venenosas y agresivas, capaces de dar el paso al otro lado. Viven en la cordillera del Poll, aunque a veces son utilizados por los ts'liches para llevar a cabo misiones.

Artis Valpiedra: Soñador de la cofradía de Ondiana. Artis es un hombre de gran timidez, poco acostumbrado a frecuentar a quienes no son soñadores. Como todos los de su gremio, posee el don de la Curación.

Bjorn Wil' Wayard: Bjorn, que tiene treinta y dos años cuando se encuentra con Ewilan por primera vez, ha pasado la mayor parte de su vida en busca de misiones épicas y evitando las preguntas embarazosas. Sin embargo, esto no le impide ser un caballero; fanfarrón, sin duda, aunque noble y generoso de todas formas. Bjorn es un experto en el manejo del hacha de combate y... en los banquetes bien regados.

Camille Duciel: Véase Ewilan Gil' Sayan.

Chiam Vit: Chiam es un faël. Con el arco es un tirador temible, y como compañero es brioso y mordaz. Le encanta burlarse de los humanos y su torpeza, aunque muestra una solidaridad intachable hacia sus amigos alavirienses.

Corredores: Pájaros incapaces de volar y de unos cincuenta centímetros de altura. Viven en las llanuras alavirienses, donde cavan madrigueras profundas. Su carne es un manjar de primera en Gwendalavir.

Damas: Las damas son cetáceos gigantes que reinan en las aguas de Gwendalavir. La Dama es una inmensa ballena gris que posee un poder superior al de los dibujantes

alavirienses.

Duom Nil' Erg: Analista célebre por su talento y su carácter difícil, ha puesto a prueba a varias generaciones de dibujantes, determinando el poder de su don y permitiéndoles utilizarlo de la mejor manera. Su capacidad para la reflexión y la agudeza de su mente han influido a menudo en la política del Imperio.

Edwin Til' Illian: Uno de los pocos alavirienses que ha entrado en vida en los grandes anales de la leyenda. Edwin Til' Illian está considerado como el guerrero completo. Maestro de armas del emperador, general de los ejércitos alavirienses, comandante de la Legión Negra, acumula títulos y proezas al tiempo que mantiene un halo de secretismo sobre su vida.

Elea Ril' Morienva: Esta Centinela, tan poderosa como Elida y Altan Gil' Sayan, es una figura tenebrosa. Su ambición y su sed de poder son desmesurados, y su falta de moral la convierte en una adversaria temible.

Elicia Gil' Sayan: Madre de Ewilan. Su belleza y su inteligencia estuvieron a punto de convertirla en emperatriz de Gwendalavir, pero eligió desposar a Altan. Desapareció junto a su marido mientras ambos intentaban dismantelar un complot contra el Imperio.

Elis Mil' Truif: Maestro dibujante y profesor célebre por ser el autor de un imponente tratado destinado a los alumnos dibujantes de la Academia de Al-Jeit.

Ellana Caldin: Joven marchombre rebelde e independiente. Dentro de su gremio, a Ellana se la considera un prodigio que va tras los pasos de Ellundril Chariakin, la mítica marchombre. Aun así, su alma conserva una frescura que la distingue de los de su especie.

Ewilan Gil' Sayan: Nombre alaviriense de Camille Duciel. Joven superdotada que tiene unos grandes ojos violeta y una marcada personalidad. Adoptada, para su desgracia, por los Duciel, en realidad es hija de Altan y Elicia y posee el don del Dibujo en su máxima expresión y eficacia. Cuando entra en contacto con el Imperio de Gwendalavir, le corresponde la misión de salvarlo de la amenaza de los temibles ts'liches.

Faëls: Los faëls, aliados del Imperio, viven al oeste del bosque de Barail. Constituyen una raza apasionada por la libertad y el individualismo. De pequeño tamaño, célebres por su rapidez y su agilidad, son unos guerreros feroces, enemigos natos de los raïs.

Françoise Duciel: Madre adoptiva de Camille, es una persona egocéntrica, afectada y petulante.

Gomadros: Artrobatracios parecidos a un cruce entre sapo y babosa. Los mercenarios del Caos los utilizan por su capacidad para bloquear el acceso a las Espiras de la Imaginación.

Gwendalavir: Principal territorio de los humanos en el segundo mundo. Su capital es Al-Jeit.

Hal Nil' Bround: Patrón del buque *Algas Oyo*.

Hander Til' Illian: Señor de los fronterizos y padre de Edwin y de Siam, Hander Til' Illian es la segunda figura en importancia del Imperio. Dotado de un impresionante carisma, dirige las Marcas del Norte con mano de hierro.

Hans: Soldado del Imperio bajo las órdenes de Saï Hil' Muran, señor de la ciudad de Al-Vor.

Hervé Duciel: Amigo difunto de la familia Boulanger. Era un fotógrafo de prestigio y hermano de Maxime Duciel, padre adoptivo de Camille.

Holts Kil' Muirt: Centinela alaviriense y compañero de Elea Ril' Morienva.

Illian Polim: Maestro navegante y patrón del navío la *Perla de Chen*.

Inspector Franchina: Inspector de policía encargado de investigar la desaparición de Camille y Salim.

Iván Wouhom: Comerciante de cereales alaviriense que vive en la región de Al-Vor.

Legión Negra: Fuerzas de élite del Imperio.

Maestro Carboist: Maestro soñador, superior de la cofradía de Ondiana. Como todos los soñadores de alto rango, el maestro Carboist desempeña un importante papel político en cuanto consejero del señor de Al-Vor.

Maniel: Soldado del Imperio bajo las órdenes de Saï Hil' Muran, señor de la ciudad de Al-Vor. Maniel es un coloso de carácter dulce y sociable.

Marchombres: Los marchombres han desarrollado sorprendentes capacidades físicas basadas sobre todo en la rapidez y la flexibilidad. Todos ellos comparten la misma pasión por la libertad y rechazan cualquier forma de autoridad, aunque su código de conducta es muy riguroso.

Mathieu Boulanger: Véase Akiro Gil' Sayan.

Maxime Duciel: Padre adoptivo de Camille, es un hombre de negocios egoísta y engreído.

Mentai: Guerrero de elevado estatus en la jerarquía de los mercenarios del Caos y poseedor del don del Dibujo.

Mercenarios del Caos: Guerreros que viven en la clandestinidad y que detestan cualquier forma de ley que no sea la suya. Su objetivo final es el aniquilamiento del Orden y de la Vida. Representan uno de los grandes peligros que amenazan el Imperio.

Merwyn Ril' Avalon: El más célebre de los dibujantes. Merwyn puso fin a la Edad de la Muerte destruyendo el primer cerrojo ts'lich de la Imaginación y contribuyó al nacimiento del Imperio. Personaje principal de numerosas leyendas alavirienses.

Navegadores: Los navegadores utilizan su arte para hacer avanzar sus embarcaciones de ruedas hidráulicas, esos grandes navíos que recorren los ríos alavirienses, principalmente el Pollimag.

Ogros: Mamíferos bípedos carnívoros, semiinteligentes y agresivos que pueden llegar a medir tres metros de altura. Los ogros viven en clanes y son temibles.

Paul Verran: Vagabundo parisino apasionado por la lectura que entabla amistad con Camille.

Raïs: También llamados los guerreros puercos por los alavirienses. Raza no humana, manipulada por los ts'liches y enemiga jurada del Imperio, los raïs son los pobladores de un reino inmenso al norte de Gwendalavir. Son bien conocidos por su estupidez, su maldad y su salvajismo.

Saï Hil' Muran: Señor de la ciudad de Al-Vor, Saï Hil' Muran dirige los ejércitos imperiales en las llanuras del norte para hacer frente a los raïs.

Salim Condo: Amigo inseparable de Camille. Salim, de origen camerunés, es un muchacho alegre, dotado de una vitalidad exuberante, además de ser un gimnasta consumado. Está dispuesto a seguir a Camille hasta el fin del mundo, de éste o de otro...

Señora Boulanger: Madre adoptiva de Mathieu.

Señorita Nicolás: Profesora de lengua de Camille y Salim.

Siam Til' Illian: Joven fronteriza, hermana de Edwin. Siam es una guerrera consumada, cuya agradable sonrisa oculta una temible eficacia con el sable y una absoluta falta de temor frente a los combates.

Sil' Afian: Emperador de Gwendalavir, Sil' Afian es amigo de Edwin Til' Illian y de los padres de Ewilan. Su palacio se encuentra en Al-Jeit, la capital del Imperio.

Silbadores: Ungulados del tamaño de un gamo que viven en estado salvaje, aunque los alavirienses también los crían en granjas, por su carne y su piel.

Sañadores: Viven en cofradías masculinas. Depositarios del arte de la Curación, derivado del Dibujo, que obra milagros.

Sorbedores de Umbrosa: Lagartos insectívoros de lengua prensil.

Susurradores: Apenas más grandes que un ratón, los susurradores son pequeños roedores que poseen la capacidad de dar el paso al otro lado. Son utilizados por los dibujantes consumados para transmitir mensajes.

Tigres de las praderas: Felinos temibles cuyo peso puede superar los doscientos kilos.

Thuy: Viejo fronterizo, sanador de la Ciudadela.

Ts'liches: «¡El enemigo!». Raza no humana de la que tan sólo quedan unos pocos miembros. Son unas criaturas terriblemente maléficas.

Vampiras: Criaturas humanoides maléficas y casi invulnerables que viven en la meseta de Astariul. Las vampiras son poco habituales, pero alimentan una gran cantidad de las leyendas más sombrías de Gwendalavir.

Yaknils: También llamados Seres de Fuego, los yaknils viven en las entrañas subterráneas de Gwendalavir. Fueron los causantes de la masacre que condujo a la evacuación de Al-Poll.

Zalamera de Hulm: Planta insectívora que atrae a sus presas cantando.

«Making of»

Detrás de la escritura y la publicación de una trilogía como *Ewilan* hay una cantidad impresionante de trabajo, pero también de placer. Y una gran complicidad entre el autor y el editor.

En cada etapa hemos discutido, reflexionado, potenciado caminos y perseguido errores e incoherencias. También hemos dialogado, bromeado y delirado, y así es como, al margen de las aventuras, se fue dibujando otro mundo. El mundo de los entresijos de la escritura, de los que os ofrecemos algunas muestras...

PIERRE BOTTERO

Entrevista con Duom Nil' Erg

Uno de nuestros periodistas, Jack Maldosh, tuvo la suerte, la satisfacción y el honor de conocer a Duom Nil' Erg, uno de los personajes principales de la trilogía de *Ewilan*. El célebre analista se prestó al juego de las preguntas y las respuestas, que se reproduce íntegramente a continuación.

Jack Maldosh: Buenos días, maestro Nil' Erg, y, antes que nada, gracias por concedernos esta entrevista.

Duom Nil' Erg: Buenos días. Y en lo que se refiere a mi colaboración, no he tenido elección.

J. M.: ¿Qué quiere decir?

D. N. E.: A pesar de las afirmaciones del autor, por lo demás bastante discutibles, nosotros, los personajes, gozamos de muy poca libertad. El libre albedrío es un concepto que no existe allí de donde yo provengo. Sin duda es usted un hombre encantador, pero debe saber que después de las casi novecientas páginas de *Ewilan* hubiera preferido mil veces un baño caliente seguido de un masaje en lugar de esta entrevista.

J. M.: Entiendo...

D. N. E.: Ellana o Siam.

J. M.: ¿Perdón?

D. N. E.: Para el masaje. Ellana o Siam... Mejor Siam, de hecho... Me gusta esa chiquilla.

J. M.: Esto... maestro Nil' Erg, ¿fue *Ewilan* una aventura tan extraordinaria como dicen?

D. N. E.: ¿Es que no ha leído la trilogía?

J. M.: Sí, claro, pero me gustaría conocer su opinión personal.

D. N. E.: Pues bien, debo admitir que no fue coser y cantar. Hubo momentos muy difíciles.

J. M.: ¿Por los ts'liches? ¿Por los mercenarios del Caos?

D. N. E.: ¡No, por el olor!

J. M.: ¿El olor?

D. N. E.: ¡Sí, el olor! A Bjorn le huelen terriblemente los pies.

J. M.: Ajá... ¿Podría hablarnos de la huida por el bosque, aquel episodio dramático en que, si no me equivoco, estuvo usted a punto de sufrir una crisis cardíaca?

D. N. E.: ¡Puro teatro!

J. M.: ¿Qué quiere decir con eso?

D. N. E.: El autor necesitaba a un viejo analista, sabio y achacoso. Yo era el único analista disponible, y soy sabio, pero, modestia aparte, presumo de buena forma. A título anecdótico, le diré que el próximo mes de junio pienso participar en la maratón de Al-Jeit. En la escena a la que usted alude hice comedia, lo que, al fin y al cabo, resulta bastante lógico teniendo en cuenta que me pagaron por ello. Si hubiera puesto la directa, los raïs no nos habrían cogido y todo el capítulo se habría ido a... esto... se habría ido al garete. El autor no me lo habría perdonado.

J. M.: Ya veo... ¿Qué puede contarnos, precisamente, de sus relaciones con el autor?

D. N. E.: Es un gran chico, aunque algo monomaniaco.

J. M.: ¿Por qué?

D. N. E.: Más de dos años escribiendo *Ewilan*, día y noche, horas y horas colgado al teléfono con su editora, prácticamente durmiendo con su ordenador... ¡No me gustaría haber estado en la piel de su mujer!

J. M.: ¿Y en lo que se refiere a sus relaciones con él?

D. N. E.: ¡Ni mu! ¡Aún estoy bajo contrato!

J. M.: ¿Y con los demás personajes?

D. N. E.: Depende... me cae muy bien Salim, que es un muchacho con un gran sentido del humor. Tengo debilidad por Ellana y Siam, eso ya se lo he dicho. Maniel es un gran tipo y Bjorn, olor de pies aparte, tiene pocos defectos de verdad. De hecho, Edwin es el único al que no soporto.

J. M.: Ah, ¿sí? Sin embargo, Edwin es un héroe.

D. N. E.: ¡Dirá más bien un dictador intransigente, pretencioso y no muy avisado! Todos esos títulos que tiene se le han subido a la cabeza, es inaguantable. Mire, con sólo hablar de él me salen manchas rojas en los brazos. Hablemos de cualquier otra persona, hágame el favor.

J. M.: ¿Ewilan?

D. N. E.: ¡Dichosa criatura! ¡Tiene unos ojos que hacen volar a los peces! Dentro de unos años, la gente se hará un lío con ella: Jean-Louis Thouard (ya sabe, el ilustrador de la edición francesa) la había dibujado con dos o tres años más de lo que estaba escrito en la historia, pero el tarugo del autor no la encontró lo bastante... vaya, la encontró demasiado... Jean-Louis tuvo que rectificar. Qué lástima...

J. M.: ¿Y sus cualidades como dibujante? No me dirá que su don no es tan importante como su físico.

D. N. E.: Sin comentarios.

J. M.: ¿Cómo que no? ¡Ewilan es la mejor dibujante de Gwendalavir!

D. N. E.: Eso es lo que pretende el autor...

J. M.: ¿Insinúa usted que...?

D. N. E.: ¡Yo no insinúo nada de nada!

J. M.: Pero...

D. N. E.: ¡Mire, si yo tuviera los ojos de color violeta y un poco más de pelo, seguro que ahora me estaría preguntando por la trilogía Duom! Espero que esto le baste como explicación, porque no tengo intención de contarle nada más. No me apetece buscarme problemas con el autor.

J. M.: De acuerdo. Maestro Duom, usted es analista. ¿Puede hablarnos de su trabajo?

D. N. E.: Con mucho gusto. Un analista tiene dos funciones principales. Comprueba el poder de los dibujantes potenciales y asegura la transmisión de los mensajes difundidos gracias al don. Debo señalarle también que estas explicaciones aparecen en la trilogía. Podría estar usted más atento...

J. M.: Le ruego que me perdone... Una última pregunta: su papel no parece limitarse al de viejo sabio. A menudo se involucra en escenas de una dimensión cómica flagrante. Estoy pensando especialmente en el episodio en que Salim le llama abuelo.

D. N. E.: Ya sé a qué escena se refiere.

J. M.: Su carácter parece ablandarse entonces, hasta transmitir ternura. ¿Debemos suponer que, cuando le llaman abuelo, en cierta medida se libera en usted una oleada de bondad?

D. N. E.: Verá usted... Yo corro la maratón, pero además soy campeón veterano de todas las categorías de boxeo tailandés...

Entrevista con Ellana Caldin

Alentado por la acogida del maestro Duom Nil' Erg, Jack Maldosh fue a llamar a la puerta de Ellana Caldin. La famosa marchombre se prestó de buena gana al juego de preguntas y respuestas. ¡He aquí el reportaje!

Jack Maldosh: Buenas noches, señorita Caldin.

Ellana Caldin: Buenas noches, Jack.

J. M.: Debo confesarle que estoy especialmente emocionado. A pesar de todas las peticiones de que es usted objeto, aceptó esta entrevista sin dudarlo, haciéndome incluso el gran honor de recibirme en su casa. No todos los días tengo la oportunidad de interrogar a una estrella de su calibre...

E. C.: No exagere, Jack. Ni soy una estrella, ni hay nada excepcional en el hecho de que lo reciba aquí.

J. M.: Señorita Caldin...

E. C.: Llámeme Ellana, se lo ruego.

J. M.: Con mucho gusto. Ellana, la finalidad de esta entrevista, evidentemente, es satisfacer la curiosidad de su legión de admiradores, que se mueren de ganas de saber más cosas sobre usted. Y la pregunta más frecuente se refiere, por supuesto, a su inquietante plasticidad y a sus asombrosas capacidades físicas. ¿Cuál es su secreto?

E. C.: Todo se resume en una fórmula: ¡una mente de hierro en un cuerpo de miedo!

J. M.: ¡Qué bonito! ¿Puede desarrollarlo un poco?

E. C.: Corro dos horas todas las mañanas, consumo alimentos biológicos y practico el taichi, el aikido y el tiro al arco, pero también la escalada, la natación y el parapente. Tengo un doctorado en Filosofía y otro en Etnología. Hablo con fluidez cinco idiomas y entiendo otros diez. No fumo, desde luego, y reservo el alcohol para las grandes ocasiones. Eso es todo.

J. M.: ¡Cuánta modestia! ¡Es usted asombrosa!

E. C.: Gracias.

J. M.: Ellana, puede que la siguiente pregunta le parezca indiscreta, y no quisiera que...

E. C.: Hágala, Jack, y ya veremos lo que me parece.

J. M.: Bien. Me da la sensación de que, ya desde la primera entrega, entre usted y Edwin se esbozan las bases de una relación... esto... ¿cómo decirlo...?

E. C.: ¿Amorosa?

J. M.: ¡Exacto! ¿He sabido leer lo que había entre líneas?

E. C.: Es usted maravillosamente perspicaz, Jack.

J. M.: ¿Yo? Bueno... Gracias, Ellana. ¿Es Edwin su tipo de hombre? ¿Es el modelo que deberán seguir todos los pretendientes que sueñan con conquistarla?

E. C.: ¡Nada de eso!

J. M.: No lo entiendo...

E. C.: *Ewilan* es una novela, Jack, una simple novela. El autor se jacta de mostrar situaciones insólitas, pero le aseguro que la historia de amor que se deduce entre el jefe carismático y la rebelde hiperfemenina está más que visto. Entre nosotros, me ha parecido entender que personas bien situadas le habían hecho reparar en el aspecto extremadamente estereotipado de sus personajes. ¡Allá él con sus pretensiones de originalidad!

J. M.: ¿Y Edwin?

E. C.: Por mucho que me empujara el autor a echarme en sus brazos, le encuentro muy poco interesante. Vacío.

J. M.: Es usted muy dura: un autor que no cuenta nada nuevo, un héroe vacío...

E. C.: Soy exigente conmigo misma, así que me considero con derecho a serlo con los demás.

J. M.: Entonces, ¿Edwin no es su tipo?

E. C.: ¡Y dale! Como diría *Ewilan*, ¿quiere que le haga un dibujo?

J. M.: Un dibujo no, pero algunas precisiones...

E. C.: Bien. Edwin posee un físico atractivo y su voz es bastante agradable, pero por dentro la cosa falla. Está convencido de encarnar al guerrero absoluto y esta certeza le corroe el cerebro. Cada vez que mata a un monstruo pierde un poco de coeficiente intelectual, y no sabe usted la cantidad de monstruos que ha matado a lo largo de su vida... Créame, acabará cubierto de laureles pero reducido a un estado vegetal. ¿Cómo quiere que me enamore de un puerro? Yo doy importancia a la inteligencia, al humor, a la sutileza, cualidades de las que Edwin carece por completo. Bjorn, en cambio...

J. M.: ¿Bjorn?

E. C.: Sí. Es un hombre extremadamente brillante, de una generosidad increíble y conocimientos vastos y eclécticos. Un formidable amante, perdón, amigo.

J. M.: ¡Vaya primicia! ¿Así que podríamos hablar de una posible unión entre usted y Bjorn Wil' Wayard?

E. C.: ¡Jack, no divague! Bjorn me cae muy bien, es cierto, pero soy una marchombre y ni siquiera me planteo comprometer mi libertad por cualquier tipo de relación reconocida oficialmente.

J. M.: ¿Se definiría como una mujer libre?

E. C: ¡Completa y definitivamente libre!

J. M.: En ese caso, ¿puedo invitarla a cenar esta noche?

E. C: Ya estoy comprometida, Jack. Lo siento.

J. M.: Pero...

E. C: Hasta la vista, Jack.

Tomas falsas

Edwin y el ts'lich: primera

El ts'lich se inclinó imperceptiblemente y las palabras brotaron de sus fauces de mandíbulas aceradas.

—Nada me podría llevar a combatirte. Las leyendas hablan de ti, el único humano que ha cumplido en cuatro ocasiones la hazaña de derrotar a un guerrero ts'lich. Sin embargo, ni siquiera el campeón de los alavirienses sobreviviría a un enfrentamiento contra dos de nosotros.

El aire se enturbió una fracción de segundo y un segundo ts'lich apareció al lado del primero.

—¿Así pues, Edwin Til' Illian, me concederás lo que he venido a buscar o habrá que alterar la leyenda?

Un rictus sardónico deformó el rostro del maestro de armas.

—Pienso abrir vuestros vientres de sucios reptiles apestosos, esparcir vuestras entrañas por todo este claro y zamparme vuestros corazones todavía humeantes. Después voy a...

—¡CORTEN!

—¿Cómo que corten?

—Edwin, querido, se trata de un libro para gente joven, no de una película *gore*. Utiliza un lenguaje adecuado, por favor. ¡Venga, repetimos!

Edwin y el ts'lich: segunda

El ts'lich se inclinó imperceptiblemente y las palabras brotaron de sus fauces de mandíbulas aceradas.

—Nada me podría llevar a combatirte. Las leyendas hablan de ti, el único humano que ha cumplido en cuatro ocasiones la hazaña de derrotar a un guerrero ts'lich. Sin

embargo, ni siquiera el campeón de los alavirienses sobreviviría a un enfrentamiento contra dos de nosotros.

El aire se enturbió una fracción de segundo y un segundo ts'lich apareció al lado del primero.

—¿Así pues, Edwin Til' Illian, me concederás lo que he venido a buscar o habrá que alterar la leyenda?

Con un gesto rápido, el maestro de armas se apartó el mechón de cabello rubio platino que caía sobre su rostro.

—¿Tú estás tonto o qué? ¡Te voy a reventar la azotea como no muevas el culo! Así que pasa de nuestra cara y...

—¡CORTEN!

—¿Y ahora qué ocurre?

—Esto no va bien, Edwin. ¡Tu lenguaje!

—No entiendo lo que quieres. ¿Es un libro para gente joven o no?

—Edwin, querido, vas a acabar conmigo. Nuestro papel consiste en ofrecer a los adolescentes una obra en la que se reconozcan, pero sin sacrificar el valor de...

—Está bien, lo comprendo. Volvamos a empezar.

Edwin y el ts'lich: tercera

El ts'lich se inclinó imperceptiblemente y las palabras brotaron de sus fauces de mandíbulas aceradas.

—Nada me podría llevar a combatirte. Las leyendas hablan de ti, el único humano que ha cumplido en cuatro ocasiones la hazaña de derrotar a un guerrero ts'lich. Sin embargo, ni siquiera el campeón de los alavirienses sobreviviría a un enfrentamiento contra dos de nosotros.

El aire se enturbió una fracción de segundo y un segundo ts'lich apareció al lado del primero.

—¿Así pues, Edwin Til' Illian, me concederás lo que he venido a buscar o habrá que alterar la leyenda?

Una llama feroz iluminó la mirada opalescente del maestro de armas.

—¿No os atenaza el temor, viles lacayos de las sombras, ante la idea de enfrentaros a mi devastadora furia? Vuestra abyección me...

—¡CORTEN!

—Pero...

—¡No, Edwin, no sirve! Sé tú mismo, nada más.

—Gracias.

—No hay de qué. Venga, repetimos.

Edwin y el ts'lich: cuarta

El ts'lich se inclinó imperceptiblemente y las palabras brotaron de sus fauces de mandíbulas aceradas.

—Nada me podría llevar a combatirte. Las leyendas hablan de ti, el único humano que ha cumplido en cuatro ocasiones la hazaña de derrotar a un guerrero ts'lich. Sin embargo, ni siquiera el campeón de los alavirienses sobreviviría a un enfrentamiento contra dos de nosotros.

El aire se enturbió una fracción de segundo y un segundo ts'lich apareció al lado del primero.

—¿Así pues, Edwin Til' Illian, me concederás lo que he venido a buscar o habrá que alterar la leyenda?

La boca del maestro de armas esbozó una dura sonrisa.

—La sangre de Merwyn fluye por mis venas, ts'lich, y la memoria de los avali... aliva... alavi... ¡Mierda!

—¡CORTEN!

Edwin y el ts'lich: quinta (¡y última!)

El ts'lich se inclinó imperceptiblemente y las palabras brotaron de sus fauces de mandíbulas aceradas.

—Nada me podría llevar a combatirte. Las leyendas hablan de ti, el único humano que ha cumplido en cuatro ocasiones la hazaña de derrotar a un guerrero ts'lich. Sin embargo, ni siquiera el campeón de los alavirienses sobreviviría a un enfrentamiento contra dos de nosotros.

El aire se enturbió una fracción de segundo y un segundo ts'lich apareció al lado del primero.

—¿Así pues, Edwin Til' Illian, me concederás lo que he venido a buscar o habrá que alterar la leyenda?

Edwin permaneció inmóvil, con la hoja apuntando al primer ts'lich y los ojos fijos en él.

Títulos, nombres y otros detalles sin importancia

El título de un libro es fuente inagotable de discusiones, pesquisas, propuestas, peleas y concesiones, entre otras cosas, entre el autor y el editor.

Durante los treinta meses aproximadamente que duró la génesis de *Ewilan*, la compañía telefónica duplicó sus ingresos gracias a las conversaciones que mantuve con Caroline Westberg, mi editora, sobre los títulos de la trilogía, por no hablar del intercambio de cartas o el correo electrónico.

Hay que decir que el título de una historia se sitúa en la frontera exacta entre la obra de creación y su impacto comercial. ¿Es «comercial» una palabra excesiva? No lo creo, sobre todo si definimos bien su sentido. El autor escribe porque le gusta escribir, pero también para que lo lean. El editor publica porque le gusta la historia, pero también para que la compren. Esta realidad implica la presencia de una tercera figura: el lector. Si el autor y el editor desean que el lector se una a ellos, hay que captar su atención, de ahí la relevancia del título. Esa importancia a menudo escapa al control del autor, atrapado en su proceso creativo un tanto autista. Por fortuna ahí interviene el editor, velando por que las discusiones puedan comenzar.

En el caso que nos ocupa, las discusiones trataron sobre cuatro títulos: uno genérico y otro para cada uno de los tres tomos. Durante mucho tiempo, *La misión de Ewilan*^[3] se llamó *Las Espiras de la Imaginación*. Cuando, tras meses de trabajo con el texto, Caroline Westberg y yo abordamos el tema del título, convinimos en cambiarlo: demasiado oscuro para quien no conociera la historia, poco impacto visual, sonoridad mediocre... De acuerdo, pero ¿qué poníamos en su lugar? Cuestión peliaguda, máxime cuando hablábamos de la trilogía utilizando, a falta de algo mejor, su antiguo título, lo que complicaba aún más nuestra reflexión. Hubo que aportar un centenar largo de propuestas, ella movilizándolo a todos los miembros del equipo editorial y yo al conjunto de mi familia. El título definitivo nació de esta forma, sin que nadie pueda atribuirse su paternidad absoluta. Consiguió la unanimidad.

Con *La misión de Ewilan* como título genérico de la trilogía, quedaban por definir los títulos de cada entrega. Yo había propuesto *Un paso al otro lado*, *El despertar de los Sujetos* y *El pico de los Ogres*. Un pequeño reajuste y volvimos a poner en

marcha la MCET (Máquina Colectiva de Encontrar Títulos). *De un mundo a otro* llegó bastante deprisa, igual que *La isla del Destino*. La segunda entrega fue un hueso duro de roer. Otra vez discusiones, pesquisas, propuestas... Finalmente nos quedamos con cincuenta y dos posibles títulos y la certeza de que entre ellos estaba el definitivo. Sí, pero ¿dónde? La MCET estaba muy recalentada, nos faltaba perspectiva.

Entonces, los alumnos de mi clase me ofrecieron su ayuda amablemente y se prestaron al juego del voto selectivo. Para cada una de las cincuenta y dos propuestas, votaron sí o no. Sólo *Las Fronteras de Hielo* obtuvo unanimidad. Habíamos encontrado el título, ¡gracias a mis veintinueve alumnos!



Hallar un título para su obra no es el único obstáculo que debe superar un autor: elegir los nombres es un tema igual de espinoso.

En efecto, debéis saber que un personaje nunca llega a un libro con un letrero colgado del cuello en el que figuren con buena letra su nombre, apellido y otros apodos. ¡Nunca! Tiene que apañárselas el autor.

En ciertos casos, el autor, muy astuto, conoce el nombre del personaje y lo llama. El personaje llega, saluda al autor, con el que tiene grandes posibilidades de entenderse, y comienza la historia. El lector sale beneficiado. Mola, pero es poco frecuente.

¿Un ejemplo al azar? El ts'lich. Encontré el nombre incluso antes de saber que el bicho existía. Su consonancia sibilante, su apostrofe y su carácter impronunciable me sedujeron de inmediato. Lo llamé. Admito que me sorprendí al verlo por primera vez, pero pronto me di cuenta de que, bajo su aspecto algo grotesco, el ts'lich era un ser tierno, un apasionado de la justicia y la fraternidad, a menos que me esté confundiendo con mi padre, cosa hartó posible...

Salim. Me gusta ese nombre. Me gustan los nombres árabes o africanos. Cuando lo llamé, Salim vino al momento. No me extraña, pues es un chico genial con el que se puede contar.



En otros casos, mucho más habituales, el autor requiere un personaje sin saber con exactitud lo que necesita. Una cuestión que, normalmente, se traduce en algo del tipo: «Quisiera un monstruo, esto... uno grande, con pinchos y grandes dientes... ¡No, dientes más largos!», o bien «Una joven esbelta, con mirada de cierva... ¡Piernas más largas!». En fin, el personaje llega, corresponde más o menos a la

petición y el autor lo reconoce de inmediato. Será Garkhablax *el Negro* o Luvinela *la Bella*. La historia puede empezar.

Es el caso de Ellana. Yo lo sabía todo sobre ella, aparte de su nombre, y en cuanto la vi, esa incertidumbre se disipó. Nos entendemos muy bien...

Maniel y Hans. Quería que fuesen robustos y sencillos; sus nombres llegaron después. La única dificultad residía en la elección que me impuso la historia: ¿cuál debía morir?



Hay otros casos que empiezan como los anteriores, pero cuando el autor descubre al personaje, se equivoca y le da un nombre que en absoluto corresponde con el suyo. Resultado: el monstruo se convierte en Ululo o en la bella Pepita. Nueve de cada diez veces el personaje se mosquea y se somete a regañadientes a las exigencias del autor, que pierde el hilo de su historia, hasta fracasa lamentable y estrepitosamente. El lector tiene toda la razón al molestarse.

Por fortuna, el editor está ahí para controlar esta clase de patinazos. Con tacto y delicadeza, el editor señala al autor que sin duda ha errado al escoger el nombre de su personaje y le sugiere que revise el texto. Gracias a esta intervención amistosa, la chorrada del autor queda corregida y el lector no se da cuenta de nada y se deleita con la historia. Siempre que sea un poco buena, porque, evidentemente, digámoslo claro, los nombres de los personajes son importantes pero no lo son todo.

Ewilan es la heroína de la misión, pero no siempre se ha llamado así. Su segundo nombre, Camille, corresponde al primer tipo de casos. Es el nombre de mi hija. Este guiño familiar estuvo a punto de provocar una catástrofe. Cuando era muy pequeña, yo llamaba a mi hija Camillette, diminutivo que pronto se convirtió en Miette, mote que se impuso lógicamente como nombre alaviriense de mi heroína, y eso en el curso de la redacción de las dos primeras entregas. Durante nuestra segunda entrevista telefónica, Caroline Westberg me subrayó con tacto y delicadeza que ese apodo, en una trilogía fantástica, quedaba desesperadamente ridículo... Lo reconocí con humildad, pero el mal ya estaba hecho. Taché la palabra Miette de mi proyecto, aunque era básicamente incapaz de sustituirla por otro nombre. Confieso que pasé varios días con unas dudas espantosas. Privada de nombre, mi heroína se debilitaba. Luego, Camille (la de la historia) me chivó amablemente la solución: «Me llamo Ewilan, tampoco es tan difícil...».



Los nombres de los personajes no son los únicos que plantean problemas. El autor puede verse en una situación embarazosa a causa del nombre de una ciudad, un río o una montaña, aunque, dado que estos elementos geográficos y topónimos están dotados de mucha menos conciencia que los personajes, el problema suele resolverse rápidamente. El autor, sereno, puede entonces dedicarse a su tarea, que es inventar escenarios originales y generadores de sueños, al tiempo que evita el principal escollo: el plagio inconsciente de nombres ya existentes.

El autor, en efecto, debe desconfiar de su inconsciente como de la peste, y sobre todo de esa pretensión que le hace considerarse capaz de crear cualquier cosa enteramente original (en el sentido de inédito). La escritura es el resultado de lo que ha leído, oído y visto, y la suma de estos conocimientos pasa por el molinillo de su mente. A veces, y de la forma más inocente del mundo, el autor regurgita un elemento menos transformado que los demás: eso es el plagio. Involuntario, cierto, pero plagio al fin y al cabo.

Así pues, el autor debe interrogarse con la mayor severidad: «¿He puesto yo el nombre a ese tal castillo Poudlard o a ese tal guerrero Aragorn? ¿He inventado yo realmente esos nombres?».

Por supuesto, los plagios involuntarios son más insidiosos. Florence Rech, que trabaja en mi editorial y de la que sospecho que es un hada o una bruja según la opinión que dé de mis textos, detectó uno que se me había escapado. Al-Vor, la primera ciudad que atraviesa Ewilan, era Al-Tor en una primera versión. Pero al'Thor es el apellido del personaje principal de Robert Jordan en su ciclo *La rueda del tiempo*. Cabría preguntarse qué relación puede haber entre una ciudad de provincias y un joven guerrero, y por lo tanto si en realidad existe plagio. La relación es mínima y el plagio lo es a medias.

La clave reside en la sonoridad. El autor, al inventar un nombre, busca que «suene» lo mejor posible; de ahí el riesgo de utilizar una palabra que ha leído, le ha gustado y ha «olvidado». La mayoría de las veces eso no tiene consecuencias, pero la conciencia profesional obliga al autor a prestar atención a lo que escribe y, sobre todo, a admitir lo mucho que debe a los demás...

El autor y los personajes: escenas caseras

¿Queréis saber un secreto? Es un secreto que se basa en un descubrimiento que puedo calificar de importante porque, cuando lo hice hace no demasiado tiempo, me iluminó todo el día...

¡Los autores no inventan a los personajes! ¡No, no los inventan, como tampoco los crean ni los conciben!

La desconocida verdad es mucho más extraña... Los autores, la mayoría de las veces ignorándolo, entran en contacto con un universo que podríamos considerar mágico y que contiene infinidad de caracteres capaces de adaptarse a todas las historias imaginables; ¡y, creedme, eso se traduce en una buena cantidad de personajes!

El autor en busca de inspiración cree apelar a su imaginación. ¡Error! La llamada se desvía hacia el mencionado universo, la petición se analiza y los personajes interesados se presentan voluntarios... o se abstienen.

Invadido por un bendito sentimiento que está, debo admitirlo, muy cerca de la autosatisfacción, el autor no se ha dado cuenta de la superchería. Un candidato ha llamado a la puerta y, feliz de echarle la mano (o la pluma) encima, el autor cree tratar con un ser impalpable surgido directamente de su mente y sobre el que ejerce todo el poder. ¡Segundo error! Los personajes secundarios son bastante discretos (aunque...), se someten de buen grado a los deseos del autor y, al pasar brevemente por la historia, rara vez se rebelan; pero con los personajes importantes es otra cosa: hacen lo que les da la gana.

El autor, que se veía lanzado a una trayectoria sencilla con su propia imaginación como única guía, se encuentra enzarzado en una negociación sin fin con su personaje, negociación que a veces se convierte en un auténtico embrollo, pues los dos protagonistas tienen visiones divergentes sobre la historia de uno y el porvenir del otro.

El autor, pues, adopta una postura diplomática, lo que no significa que ceda. Como todo buen diplomático, engatusa, falsea y tergiversa. Como todo buen diplomático, puede incluso engañar y mentir para alcanzar su objetivo. La mayoría de las veces, la situación final resulta de un compromiso; el autor, si no está satisfecho, siempre tiene la opción de romper la página y volver a empezar su historia con otro

personaje... con el que va a tener los mismos problemas.

Puesto que una explicación sólo adquiere sentido cuando va acompañada de un ejemplo elocuente, os ofrezco los pormenores de los acontecimientos que me enfrentaron a algunos de mis personajes.

Bjorn

Bjorn es el típico ejemplo de tío que, cuando lo invitan al aperitivo, se invita él solo al almuerzo, pasa la noche en la casa, se queda para las vacaciones y acaba incrustándose hasta formar parte de la familia.

Cuando Ewilan aparece por primera vez en Gwendalavir, se encuentra con un caballero que está peleando con un ts'lich. Para esta escena, yo quería un personaje anónimo que sólo sirviera para subrayar la extrañeza del mundo en el que mi heroína acababa de sumergirse. Por lo demás, estaba sacrificado de antemano porque nadie podía sobrevivir a un enfrentamiento contra un guerrero lagarto. Apenas terminada la página, me olvidaría del caballero y me dedicaría a mi historia, de la que él no formaba parte.

Ewilan llega a Al-Vor en busca de Duom Nil' Erg, el analista. Como era inconcebible que lo encontrara con demasiada facilidad —pues sería ridículo—, debe informarse sobre el lugar donde reside. Decido que se dirigirá a un grupo de alavirienses. Se trata tan sólo de un episodio menor destinado a dar coherencia y espesor a mi relato, un pasaje transitorio. Sin embargo, y os aseguro que digo la verdad, descubro con estupor que uno de los hombres es el caballero de las primeras páginas, que ha sobrevivido a su combate contra el ts'lich y que, ahora sí, cuenta con un nombre.

El regreso de Bjorn no era premeditado, al menos por mí, pero ya que está ahí pienso que, antes de desaparecer de una vez por todas, me va a servir para poner en relieve el personaje de Edwin. Así es como acontece el encuentro «musculoso» entre ambos guerreros, que reafirma la cualidad invencible de Edwin. Bjorn, una vez aplastado por su adversario, puede volver a los limbos de su universo de origen.

Pues no. Él decide otra cosa y prosigue la aventura al lado de Ewilan, adquiriendo cada vez más densidad y ocupando su propio espacio.

Confieso que entonces, desbordado y algo avergonzado, opto por hacer que muera al principio de la segunda entrega. La muerte es una sentencia difícil de pronunciar para un autor y conlleva graves consecuencias, pero en el caso de Bjorn la estimé necesaria. Escribo la escena de lucha en la que va a perder la vida, pero él se las arregla para sobrevivir, vinculándose sólidamente con Ewilan y Salim. ¡Se ha hecho su propio sitio! Admito, pues, que el caballero de gran corazón se ha

convertido en un personaje esencial de la misión y dejo que se exprese, limitándome a guiarlo para que saque lo mejor de sí mismo.

Y eso es lo que hace. Ocupa un hueco que estaba libre: el de guerrero temible pero capaz de la mayor ingenuidad, mucho más humano que Edwin, desbordante de buenos sentimientos y admirador de la amistad y la lealtad por encima de todas las demás cualidades.

No deduzcáis de ello que un autor es un títere en manos de los personajes que ha inventado, pero tampoco os fiéis de la idea de que es omnisciente y omnipotente. Crea un mundo que cuanto más complejo se vuelve, más se le escapa para obedecer sus propias reglas. ¿Y qué puede haber más complejo que el carácter de un personaje?

Edwin

El caso de Edwin difiere del de Bjorn. Desde el principio lo concibo como uno de los pilares de la misión y defino cuidadosamente su carácter y sus capacidades. Edwin es un guerrero invencible con un cuerpo y un alma como el acero. Él es el filo que abrirá paso a Ewilan, el líder que la tropa necesita.

Cumple perfectamente con su papel, pero ya en la segunda entrega surgen problemas imprevistos. Problemas de relación.

Creo que he insistido lo bastante en el hecho de que, a lo largo de una historia, los personajes toman cuerpo, volviéndose más densos y complejos, a veces de manera autónoma. Es el caso de Ewilan... y también de Edwin.

Yo había creado un Edwin rígido y todopoderoso, sin prever que su carácter pronto se volvería insoportable para la heroína de la misión, y de rebote para mí mismo.

Edwin tiene tanta seguridad en sí mismo que acaba siendo arrogante, casi despótico. La tensión aumenta con Ewilan, una apasionada de la libertad, hasta que estalla una escena que yo no había previsto en absoluto: ¡dos de los personajes más importantes de la historia ajustando cuentas!

Una vez domada la suficiencia de Edwin, éste gana en humanidad, lo que abre las puertas a una relación especial con Ellana.

No estamos ante la evolución inesperada de un personaje, sino ante una interacción que se vuelve inevitable por el desarrollo de cada carácter.

Ewilan y Salim

No todos los personajes se comportan como Bjorn y Edwin. Ewilan y Salim permanecen «fieles» a lo largo de toda la misión y no tengo sorpresas desagradables con ellos. De todos modos, las múltiples aventuras que viven, las decisiones que les hago tomar y las palabras que pronuncian van forjando su temperamento. A medida que pasan las páginas, mi poder sobre ellos es cada vez menor. Reaccionan en función de lo que son y no puedo exigirles que renieguen de una personalidad que yo he contribuido a construir.

Cuando se trata de personajes cruciales, es importante darles, desde el inicio de la historia, un impulso lo más preciso posible, aunque sin engañarse: ¡ellos irán adonde quieran! No olvidemos que los autores no se inventan sus personajes, simplemente les invitan a entrar en sus libros^[4]...



PIERRE BOTTERO (Barcelonnette, Francia, 13 de febrero de 1964 - 8 de noviembre de 2009) fue un escritor francés, conocido sobre todo por sus trilogías de literatura fantástica. Antes de dedicarse a la escritura fue maestro en el sur de Francia.

Sus obras más conocidas son cuatro trilogías; los seis primeros libros tratan sobre las aventuras de una joven francesa, Ewilan, que se desarrollan en el mundo imaginario de «*Gwendalavir*». Este mundo imaginario también aparece en otra trilogía, titulada en francés como *Le Pacte des Marchombres*, que cuenta la vida de Ellana Caldin. La última de las cuatro trilogías, *L'Autre*, se desarrolla en un mundo diferente, pero se pueden establecer muchos vínculos entre *l'Ailleurs*, el mundo de *L'Autre*, y *Gwendalavir*.

Pierre Bottero, murió a la edad de cuarenta y cinco años de un accidente de moto, el domingo 8 de noviembre de 2009, en torno a las 19:00. Perdió el control de su vehículo en una curva entre Lambesc y Rognes.

Notas

[1] Las aventuras a las que hace alusión Doume Fil' Battis están relatadas en el primer volumen de *Eurilan*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2006. (N. de la T.). <<

[2] Esta liberación está relatada en el segundo volumen de *Ewilan, las Fronteras de Hielo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2007. (N. de la T.). <<

[3] En Francia, el título de la trilogía fue *La Quête d'Ewilan* (La misión de Ewilan), y el primer título de la serie *D'un monde à l'autre* (De un mundo a otro). En nuestro país se publicó como Ewilan. (N. del E.). <<

[4] Glosario y «making of» realizados en colaboración con Claudine Bottero. <<